

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

EL CAUREL

J. M.^a Luzón Nogué
F. J. Sánchez-Palencia Ramos

y

F. Acuña, C. Alonso, F. Arias,
J. M. Caamaño, A. Rodríguez,
J. C. Sierra y J. M. Vázquez

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL DEL PATRIMONIO ARTISTICO, ARCHIVOS Y MUSEOS
SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA

1980

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

EL CAUREL

J. M.^a Luzón Nogué
F. J. Sánchez-Palencia Ramos
y
F. Acuña, C. Alonso, F. Arias,
J. M. Caamaño, A. Rodríguez,
J. C. Sierra y J. M. Vázquez

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCION GENERAL DEL PATRIMONIO ARTISTICO, ARCHIVOS Y MUSEOS
SUBDIRECCION GENERAL DE ARQUEOLOGIA

1980

Dirección de los trabajos de campo:

F. Acuña Castroviejo
C. Alonso del Real
J. M. Caamaño Gesto
J. M.^a Luzón Nogué
A. A. Rodríguez Casal
J. M. Vázquez Varela

Redacción de la memoria:

José M.^a Luzón Nogué y
Francisco Javier Sánchez-Palencia Ramos

Dibujos:

Francisco Javier Sánchez-Palencia Ramos,
Alfredo Eirias, José M.^a Luzón Nogué,
Carlos Sánchez García y Josefa Rey.

Fotografías:

José M.^a Luzón Nogué, Eduardo Grandio,
I.C.O.N.A. y Museo de Lugo

Descripción de la cerámica:

Josefa Rey.

Realizaron los trabajos de Campo:

Fernando Acuña Castroviejo (prospección y recogida de materiales).
Carlos Alonso del Real (toma de datos etnológicos).
Felipe Arias Vilas (prospección).
J. Manuel Caamaño Gesto (prospección aérea y localización cartográfica).
Alfredo Eirias (topografía).
José M.^a Luzón Nogué (diario y fotografía).
Antón A. Rodríguez Casal (toma de datos fotográficos).
Francisco Javier Sánchez-Palencia Ramos (topografía e interpretación de fotografía aérea).
José Carlos Sierra Rodríguez (prospección).
J. Manuel Vázquez Varela (prospección).

EAE. N.º 110
Imprenta del Ministerio de Cultura
Depósito legal: M-28.767-1980
ISBN: 84-7483-113-X

INDICE

	<u><i>págs.</i></u>
1. Introducción	9
2. Características geográficas y geológicas	13
3. Catálogo de yacimientos	19
4. Vías de comunicación del caurel en la antigüedad	71
5. El hábitat: los sistemas defensivos	77
6. El hábitat: los tipos de viviendas	87
7. Economía: La minería	93
8. Conclusiones	103
Láminas	107

1. INTRODUCCION

El presente estudio es el resultado de un trabajo de campo realizado en equipo en la Sierra del Caurel, en la provincia de Lugo. La parte principal de este trabajo de prospección tuvo lugar durante el mes de julio de 1977 y participaron en él miembros de diversas instituciones relacionadas con la arqueología de Galicia: Carlos Alonso del Real, José María Luzón, Fernando Acuña Castroviejo, Manuel Caamaño Gesto y Antonio Rodríguez Casal del Departamento de Arqueología de la Universidad de Santiago de Compostela; Felipe Arias Vilas del Museo de Lugo; José Carlos Sierra del Colegio Universitario de Orense y F. Javier Sánchez-Palencia, encargado de la zona noroeste en la Inspección Técnica de Excavaciones Arqueológicas. Participó también en los trabajos del campo, el alumno de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago, Alfredo Eirías.

Pero si bien la campaña de junio del 77 fue la más duradera y al mismo tiempo aquella en la que participó un mayor número de personas, durante el tiempo transcurrido hasta la fecha fueron necesarios varios desplazamientos a la zona prospectada, a fin de resolver problemas sobre el terreno y tomar datos que en su día pasaron desapercibidos. En esta segunda fase, hizo una visita F. Javier Sánchez-Palencia a la Mina de la Toca y otra pequeña estancia de tres días José M. Luzón y Manuel Caamaño en 1979, acompañados de cuatro alumnos de la Facultad, para levantar el plano del castro denominado O Campo de Vilar y reconocer la zona comprendida entre este punto y Castro Portela.

Las razones por las que habíamos seleccionado previamente la zona del Caurel para nuestro trabajo de prospección arqueológica estaban basadas fundamentalmente en el intento de detectar exploraciones mineras de época prehistórica en algún lugar de Galicia. Analizamos las posibilidades que tendría un estudio de este tipo en metales como el oro, el estaño y el cobre. Para ello mantuvimos una prolongada sesión de trabajo en el Seminario de Arqueología de la Universidad, en la que nos fueron sumamente valiosas las orientaciones de los geólogos de la compañía minera Riotinto Patiño, que habían prospectado amplias zonas de Galicia, así como de J. R. Parga y sobre todo I. Parga Pondal, director del Mapa Geológico del NO peninsular, quienes conocían mejor que nosotros las posibilidades arqueológicas que ofrecían los yacimientos antiguos relacionados con los tres metales citados anteriormente y llegaron rápidamente a la conclusión de que el estaño y el oro que se lavaba en los ríos de Galicia en la antigüedad no habrían dejado restos visibles de una industria que nosotros los arqueólogos pudiésemos detectar con facilidad. Pero no ocurría esto con la minería del cobre, que sí podría haber dejado huellas tan primitivas como esas zanjas rudimentarias a cielo abierto que recientemente se han encontrado en la provincia de

Huelva (1). Para ello la única zona de Galicia en la que coincidían todos los geólogos que podríamos intentar nuestra búsqueda de vestigios de industria metalúrgica primitiva era en las montañas de la provincia de Lugo y girando en torno al centro de Villarbacú. Más aún, algunos geólogos recordaban haber visto en aquella zona vestigios de explotaciones mineras antiguas, cuya fecha no acertaban a determinar.

Con el primer objetivo mencionado de rastrear la minería prehistórica del cobre en Galicia y basándonos en los antecedentes que acabamos de esbozar, quedó definitivamente decidido realizar un amplio proyecto de prospección en la Sierra del Caurel. El lugar escogido reunía el interés de que la zona al sur del Caurel era la única en toda Galicia donde había yacimientos de cobre que podían haber tenido una cierta importancia en la antigüedad. Nuestro interés se cifraba fundamentalmente en intentar la localización de los lugares de habitat del Bronce Final en las inmediaciones de las minas, para conocer así mejor una época de la que contamos casi exclusivamente con los datos que proporcionan los hallazgos aislados. Existía, por tanto, la posibilidad de estudiar un aspecto del Bronce Final gallego que hasta el momento permanecía totalmente inédito. Por circunstancias que se verán más adelante, el contenido de nuestro estudio varió de forma sustancial desde el primer momento en que tomamos contacto con aquella sierra, prácticamente desconocida hasta ahora para los arqueólogos.

A las posibilidades arqueológicas que reunía la zona analizándola exclusivamente sobre el papel y basándonos casi de manera única en el conocimiento geológico que de ella existía, hay que añadir un nuevo dato que hacía para nosotros particularmente atractiva la Sierra del Caurel: la casi total inaccesibilidad con medios normales de transporte a la mayor parte de las aldeas, debida al abandono administrativo de aquella comarca, hacía suponer que los yacimientos arqueológicos, en el caso de que los hubiese, estarían poco maltratados por la acción sistemática de los buscadores de materiales de construcción o sencillamente por los buscadores de tesoros. No hay que olvidar que la única carretera que hay en el Caurel llega solamente hasta Seoane y fue construida a principio de los años treinta.

Con las anteriores perspectivas y unos objetivos no muy concretos aún de prospectar una zona montañosa relativamente aislada y con posibilidades mineras, constituimos nuestro equipo de trabajo. Con él intentamos cubrir los intereses y las especialidades arqueológicas de la manera más amplia posible, para recoger datos que abarcasen desde los yacimientos prehistóricos hasta los más recientes de la antigüedad tardía o incluso de época medieval. El criterio inicial era realizar en el campo una recogida de datos lo más completa posible, para trazar las bases de nuestros estudios posteriores a partir de ellos.

Comenzamos nuestro contacto con el Caurel, delimitando cartográficamente y mediante fotografías aéreas la zona en la que íbamos a trabajar durante el verano. Además, para conocer con más detalle las difíciles condiciones orográficas en que nos íbamos a tener que desenvolver, se ocupó José Manuel Caamaño de hacer un primer recorrido de dos días para ver las condiciones de los caminos y las posibilidades de alojamiento. Curiosamente, en esta primera visita de escasos días, pudo ya señalar sobre el mapa algunos de los puntos que luego serían claves en nuestro trabajo posterior. Entre ellos destacan la Mina da Toca y el impresionante Castro de Vilar. En resumen, de esta primera visita de José Manuel Caamaño en solitario, parecía desprenderse que la zona a prospectar iba a ser casi exclusivamente el valle del río Lor, con algunas ramificaciones de valles secundarios comprendidos en unos límites que podrían fijarse entre Castro Portela y Lousada, una aldea de la que allí mismo nos decían que «es del Caurel pero pertenece a Piedrafita».

Con los datos obtenidos en los mapas geológico y militar respectivamente, fuimos con-

(1) A. Blanco Freijeiro: *Historia de Sevilla: I (I). La ciudad antigua*. Sevilla 1979, 36 s., con bibliografía más extensa.

cretando la localización de puntos en los que por unas razones o por otras íbamos a concentrar nuestros trabajos de campo. Con estos primeros datos en la mano, realizó José Manuel Caamaño un vuelo en avioneta para ir precisando con mayor exactitud los lugares que podrían en principio merecer nuestro interés.

El método de trabajo que seguimos en el campo fue muy simple. Provisos de un vehículo adecuado a las difíciles condiciones de aquella zona nos trasladábamos todo el equipo a un lugar previamente escogido. Allí, sobre el terreno, reconocíamos detenidamente el lugar y comenzábamos el trabajo que previamente nos habíamos delimitado cada uno. De esta manera, en varias horas podíamos tener levantado el plano del lugar con la localización de las construcciones que fueran visibles, así como una amplia documentación fotográfica del yacimiento y sus alrededores. Paralelamente se intentaba la búsqueda de materiales de superficie y la recogida de información sobre aquel u otros posibles yacimientos, por parte de los labradores. De esta manera en varias horas podíamos tener concluido nuestro trabajo, aunque hubo yacimientos que nos ocuparon varios días completos.

A medida que íbamos incorporando en el mapa los puntos prospectados, se iba perfilando ante nosotros un panorama cada vez más claro de lo que fue el Caurel en la antigüedad, sus vías de comunicación, los lugares de asentamiento, los sistemas de defensa, las necrópolis y todo lo que en definitiva, iba a contribuir a la visión de conjunto que damos a conocer en esta memoria. Es una forma poco habitual de atender a nuestras investigaciones arqueológicas, en las que por lo general se prefiere la realización de pequeñas excavaciones en multitud de sitios, aislados la mayor parte de las veces de un conocimiento del contexto como el que intentamos dar a conocer en este trabajo. No queremos relegar a un segundo término el valor de la excavación en los estudios arqueológicos, pero creemos que esta memoria podrá servir para ayudar a comprender lo mucho que puede avanzarse en el conocimiento arqueológico de una época o de una región determinada antes de recurrir a la excavación. Es precisamente ahora, cuando creemos haber agotado las posibilidades de la prospección, el momento para escoger uno o varios puntos y realizar otro tipo de trabajos que den respuestas a los problemas que nosotros no hemos podido resolver. En cierto modo, creemos que esta era también la idea que guiaba a los miembros del Seminario de Estudios Gallegos, F. López Cuevillas, X. Taboada Chivite, F. Bouza Brey, L. Prieto, ..., cuando en los años veinte y treinta de este siglo iniciaron la labor de catalogación de los castros gallegos, que apenas se han proseguido posteriormente.

En el curso de la prospección fuimos numerando cada uno de los yacimientos de forma correlativa. Esa numeración se señalaba en el mapa y en las fotografías aéreas, al tiempo que servía para la identificación de los dibujos, fotografías, bolsas con material recogido en el campo, notas en el diario, etc. Esa misma numeración la hemos mantenido, a pesar de que responde al orden en que íbamos visitando los diferentes lugares y ésto podía obedecer a múltiples factores. Por ello, cuando hacemos la ordenación de los yacimientos arqueológicos en esta memoria no lo hacemos de manera correlativa por la numeración de los diferentes sitios, sino haciendo una clasificación temática o tipológica. Para facilitar la inmediata localización, tanto en las figuras como en el texto, incluimos entre paréntesis en todo momento el número que corresponde a cada lugar.

Como se podrá comprobar, nuestras expectativas iniciales de buscar las trazas de la minería del cobre no se cumplieron con estos trabajos. No quiere ello decir que tales explotaciones antiguas no existan, pero las características geológicas del Caurel hacen pensar que la zona de mayores posibilidades para tal estudio sería más al este de donde nosotros estuvimos. El primer lugar que fuimos a prospectar fue el castillo de Carbedo, hacia donde nos sentíamos atraídos por el hallazgo reciente de una tabla de hospitalidad y un águila de bronce, conservados en el museo de Lugo, y de cuyo contexto apenas se dieron datos cuando

fueron publicados (2). Así se localizaron los yacimientos 1 y 2, es decir, el Castillo de Carbedo y la fortaleza del Cido. Casi inmediatamente a continuación, y guiándonos por la prospección aérea previamente realizada, entramos en una zona con grandes explotaciones auríferas de época romana, minas de la Toca (núm. 4) y Torubio (núm. 5). A partir de aquí, y a la vista de la magnitud tanto de las fortalezas, como de los trabajos mineros, nuestro esfuerzo se fue centrando en el reconocimiento minucioso de la cuenca alta del río Lor. A pesar de que teníamos intención de llegar a las posibles explotaciones cupríferas próximas a Villarbacú, no nos fue posible hacerlo en la campaña de 1977. Es más, en nuestro recorrido valle abajo, no llegamos en un primer momento más allá del Castro de Vilar, al pie del Alto do Boi. Por ello tuvimos que volver en otra ocasión para reconocer de manera más rápida el tramo comprendido hasta Castro Portela, así como otros lugares que habíamos ido señalando en posteriores observaciones con fotografía aérea.

(2) M. Vázquez Seijas: «Nuevas inscripciones romanas de la provincia de Lugo» en *BCPMHA Lugo* VII, 49-52 (1958 y 1959) 271 s.; A. d'Ors: «Miscelanea Epigráfica» en *Emerita* XXVIII (1960) 143 ss.; M. Vázquez Seijas: *Fortalezas de Lugo y su provincia. (Notas arqueológicas, históricas y geográficas)*. Lugo 1967, IV, 97 ss. e Idem: «La Cueva del Oso» en *BCPMHA Lugo* VIII, 71-74 (1969 y 1970) 295.

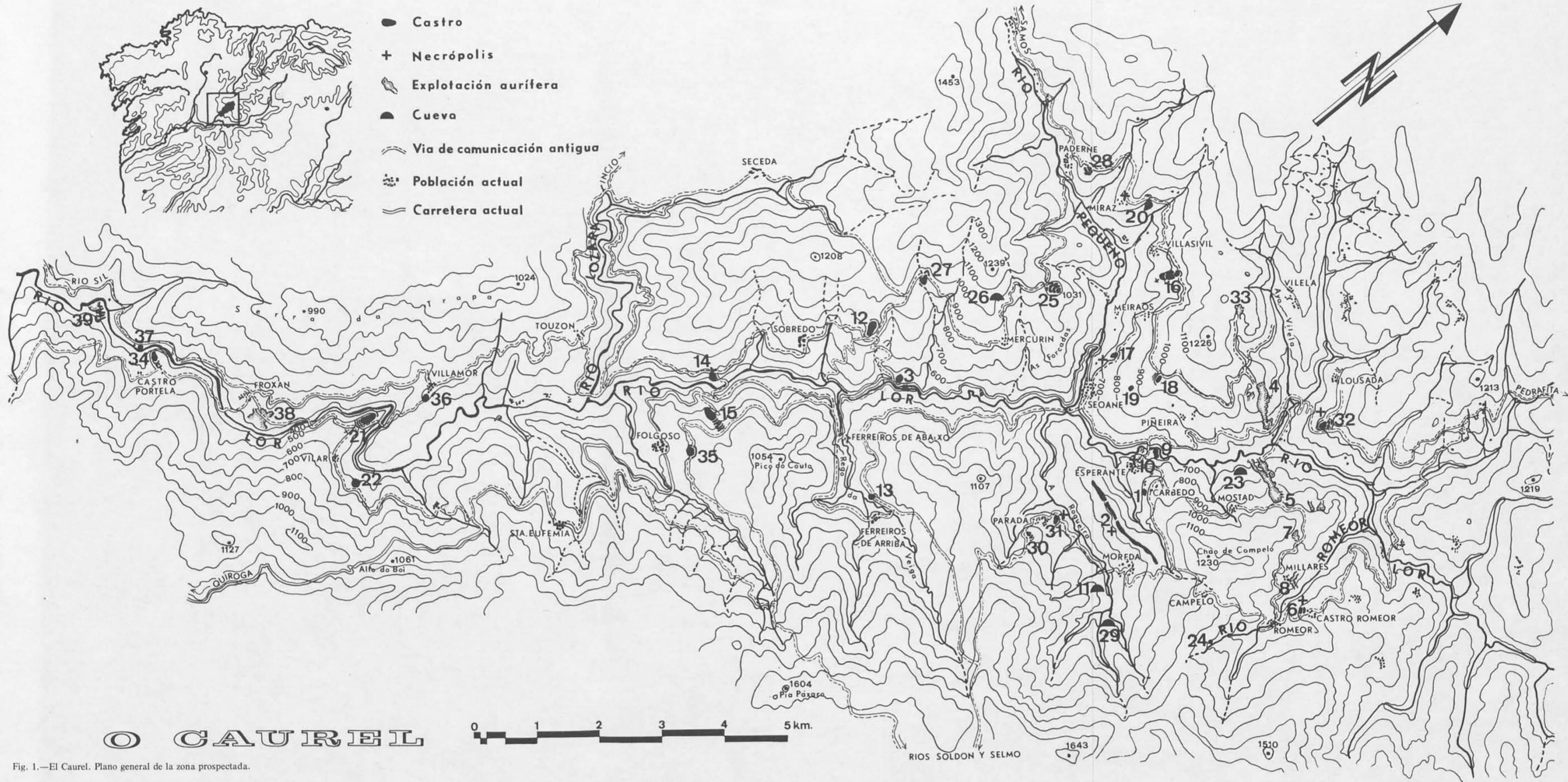


Fig. 1.—El Caurel. Plano general de la zona prospectada.

2. CARACTERISTICAS GEOGRAFICAS Y GEOLOGICAS (3)

El Caurel es una comarca natural situada al sureste de la provincia de Lugo. Según los datos más antiguos que hemos podido encontrar, anteriormente la forma más extendida del nombre era Courel. En esta forma lo encontramos en un mapa de finales del XVIII (1787) (4). El cambio de la *a* por la *o* se empezó a generalizar hacia mediados del siglo XIX (5), aunque algunos habitantes de la comarca continúan utilizando el antiguo nombre.

El actual municipio de Folgoso del Caurel abarca la mayor parte de lo que se considera comarca natural, sin embargo, los límites administrativos no se corresponden exactamente con los geográficos. Está comprendido entre los términos de Pedrafita do Cebreiro al norte, Samos, Incio y Pobo do Brollón al oeste, Quiroga al sur y Barjas y Oencia (León) al este. La extensión del municipio es de 193 Km², de los que se prospectaron la mayor parte, es decir, los que corresponden a las parroquias de Villamor (San Vicente), Folgoso (Santa Marina), Seoane (San Juan), Meiraos (Santa María), Esperante (San Pedro) y parte de Noceda (San Pedro).

Durante el curso de nuestros trabajos de campo en El Caurel dejamos sin prospectar la cuenca de Lózara, que corresponde a la parroquia de Seceda (San Silvestre), así como parte

(3) La bibliografía general utilizada para este capítulo es la siguiente: P. Madoz; *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus provincias de ultramar*. Madrid 1846-1850, VI, 264 (Cauredo o Couredo; Caurel), VII 156 (Courel) y 567 (Esperante), VIII, 115 (Folgoso), XI, 354 s. (Meiraos), XI, 385 (Orreos), XII, 169 (Noceda), XIII, 348 s. (Quiroga), XIV, 57 (Seceda) y 182 s. (Seoane), XVI, 191 (Villamor) y 336 s. (Visuña); R. Otero Pedrayo: *Paisajes y problemas geográficos de Galicia*. Madrid 1928, 80 s.; M. Amor Meilán: *Geografía del Reino de Galicia. Provincia de Lugo* (dirigida por F. Carreras Candí). Barcelona s/f, 644-651; A. Fraguas y Fraguas: *Geografía de Galicia*. Santiago 1953, 253 y 390; Instituto Geográfico y Catastral: *Atlas Nacional de España*. Madrid 1965. Láms. 39, 40, 48, 49 y 69; Ph. Matte: «La structure de la virgation hercynienne de Galice (Espagne)» en *Geologie Alpine* 44 (1968) 157 ss., en especial 212, 218, 255 y figs. 28-32; I.G.M.E.: *Mapa Metalogénico de España, E: 1/200.000*. Hojas n.º 8: Lugo, n.º 9: Cangas del Narcea, n.º 17: Orense y n.º 18: Ponferrada. Madrid 1975; A. Alfonso, L. C. Pérez y J. Palacio: *Plano geológico. P.I. de Pazo, Montouto y La Guiana*. Río Tinto Patiño S.A. Grupo de exploración minera. Informe Inédito de 28/02/1975. Agradecemos a los autores y a la empresa Río Tinto Minera S.A. la posibilidad que nos ha brindado de consultar este interesante trabajo; L. C. Pérez García: *Los sedimentos auríferos del NO de la cuenca del Duero (Provincia de León, España) y su prospección*. Tesis doctoral leída el 30/09/1977 en la Universidad de Oviedo, en especial pgs. 277 ss. (caps. 9, 10 y 11).

(4) Tomás López: *Coto del Caurel, con sus feligresías y pueblos menores de cada una, y también el Coto de Visuña, pertenecientes al partido de Castrorafe del Orden de Santiago*. Madrid 1787, que puede consultarse a través de: Servicio Geográfico del Ejército. Sección de documentos: *Cartoteca Histórica. Índice de Atlas Universales y mapas y planos históricos de España*. Madrid 1974, Mapas generales de Galicia, Provincia de Lugo, pág. y n.º 203.

(5) P. Madoz: op. cit., VII, 1956, donde se incluye el topónimo Courel, pero haciendo referencia al de Caurel; *Ibidem*, VI, 264. En realidad, cuando Madoz hace referencia a la comarca la denomina indistintamente Caurel o Courel. Por otro lado, cuando habla del municipio como demarcación administrativa utiliza los nombres de Cauredo o Couredo; *Ibidem*, VI, 264.

de la cabecera del río Selmo, con las parroquias de Visuña (Santa Eufemia) y Hórreos (San Pedro), que formaban otra demarcación administrativa que se denominaba Coño de Visuña, según el mencionado plano del S. XVIII y los datos recogidos por Madoz (6). Por otro lado, sí se prospectó la parroquia de Lousada (San Vicente), antiguamente integrada en el Caurel dentro de la parroquia de Noceda y actualmente perteneciente al término de Pedrafita do Cebreiro. En resumen, la zona estudiada por nosotros incluye la cabecera y cuenca media del río Lor (fig. 1).

La estructura geomorfológica de El Caurel se halla condicionada en gran medida por su orogénesis. Al igual que ocurrió en otras áreas de lo que Matte denomina *zona de Galicia Oriental*, la orogenia hercínica produjo un gran pliegue tumbado en El Caurel durante su primera fase; posteriormente, en un segundo plegamiento, se produjeron una serie de fallas en dirección NE-SW que afectaron a la anterior estructura. Como resultado, el relieve de toda la zona es mucho más quebrado y abrupto en general que el de las cercanas montañas del Cebreiro o los Ancares. Los estratos pizarrosos cuarcíticos o calizo-calcáreos tienen un buzamiento de 45° S. y forman unos frentes escarpados en las laderas y cumbres de las montañas.

Dentro de toda esta accidentada orografía destaca la Sierra del Caurel, que se alinea en dirección NE-SW y separa la cuenca del río Lor de los ríos Selmo y Soldón, todos ellos afluentes del río Sil. La cima más alta es el monte Pía Páxaro (1604 m.), y el Alto do Boi (1061 m.) marca el límite entre la comarca caurelana y el término de Quiroga. Por el lado occidental la Sierra de la Trapa (990 m. de altura máxima), los Montes de Lúzara (con cimas de 1.208 m., 1.239 m. y 1.455 m.) y las últimas estribaciones de las sierras del Ouribio y del Rafiadoiro, cierran la cuenca del río Lor.

El verdadero eje de toda la comarca es hoy, como lo fue también en la antigüedad, el río Lor. Su curso corresponde al de un río típico de montaña y su cauce se abre perpendicularmente a través del relieve plegado de la zona. Por este motivo presenta frecuentes quiebras y cambios bruscos de dirección, que en líneas generales lleva una orientación NE-SW. Sus fuentes se hallan en el Cebreiro, sobre los 1.100 m. de altitud y al salir de la comarca caurelana para formar la línea divisoria entre los términos de Quiroga y Pobo do Brollón está ya por debajo de los 400 m. El río Lor confluye con el Sil a la altura de Augasmestas o Ambasmestas, después de haber desarrollado un recorrido total de 50 km., de los que más de la mitad pertenecen al Caurel. La cabecera de su cuenca adquiere cierta amplitud gracias a la convergencia de abundantes afluentes que llegan en sentido perpendicular hasta el río Lor y forman unos valles recogidos, de pequeñas dimensiones y marcada sección en V, entre ellos podemos destacar los de los ríos Romeor (= Río Maior o Maor) y Pequeno y de los arroyos de Vilela y A Rogueira. A partir de Seoane el valle del río Lor se hace más angosto (lám. 1) y sus afluentes son menos numerosos, pero de mayor longitud, como ocurre con el Rego da Veiga, que pasa por la zona de Ferreirós, y con el Arroyo de Folgoso o el río Lúzara, el afluente más importante de toda la cuenca, que confluyen en el río Lor casi en el mismo punto, por debajo del pueblo de Folgoso.

En el lado oriental de la Sierra del Caurel, la comarca de este nombre también comprende parte de las cabeceras de los ríos Selmo y Soldón.

Geológicamente, la zona prospectada del Caurel se caracteriza por el dominio de las pizarras, verdes, verdes y negras, azuladas o negras del Cámbrico Inferior, Cambro-Tremadoc, Ordovícico Inferior y Silúrico respectivamente (fig. 2). En esta gran masa de pizarras

(6) Tanto en Tomás López: op. cit., como en P. Madoz: op. cit., VI, 264, las feligresías que componían antiguamente el Caurel eran las de Esperante (que incluía la actual parroquia de Seara), Folgoso, Meiraos, Noceda (que incluía la actual parroquia de Lousada), Pacios de la Sierra, Saceda o Seceda, Seoane y Villamor.

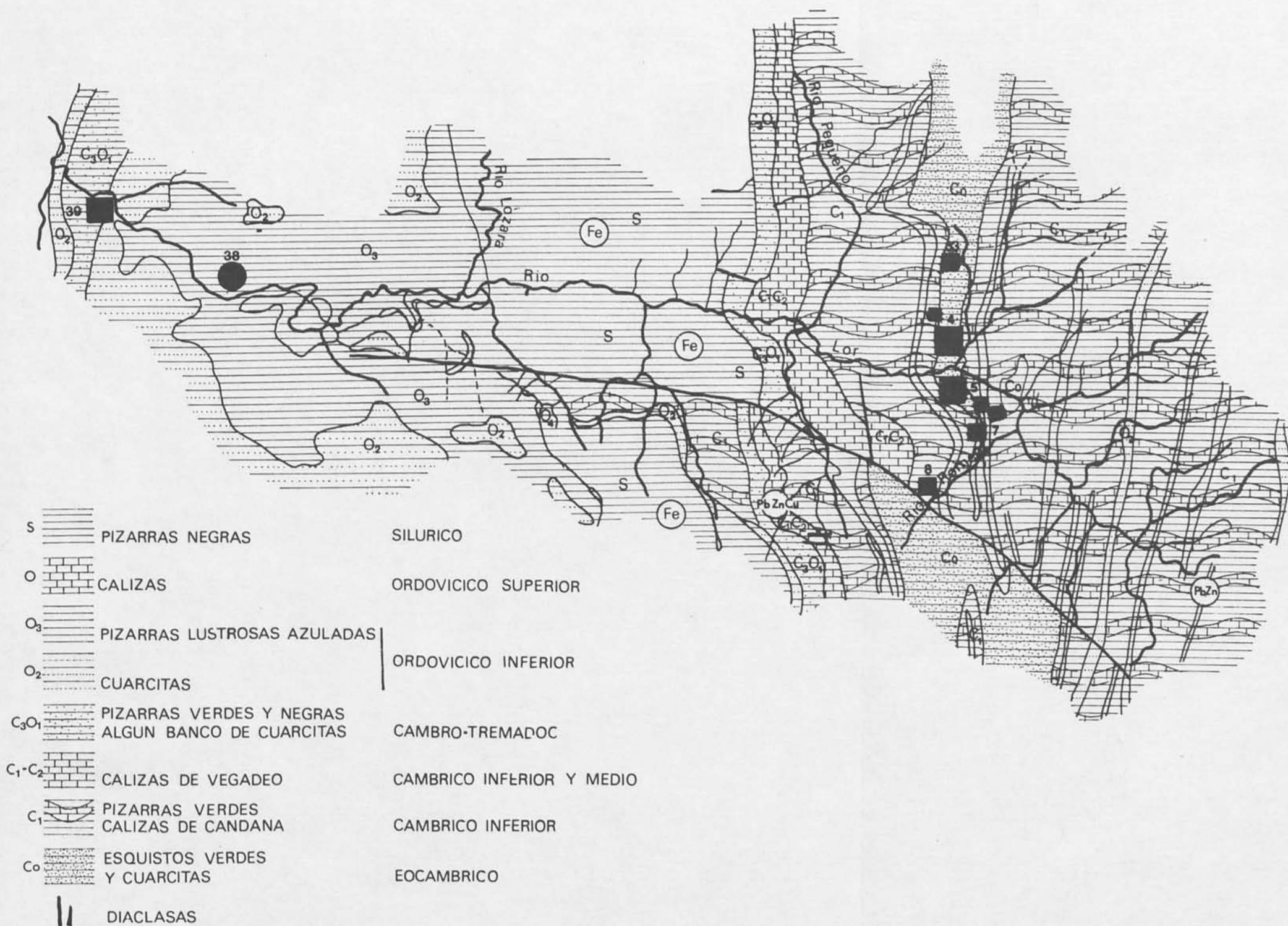


Fig. 2.—El Caurel. Plano geológico de la zona prospectada (a partir del mapa geológico de A. Alfonso, L. C. Pérez y J. Palacio).

se hallan intercalados una serie de estratos de esquisto, caliza o cuarcita que la cruzan en dirección NO-SE. Así, al N. encontramos los esquistos del Eocámbrico y las calizas del Cámbrico Inferior y Medio (calizas de Cándana y Vegadeo), mientras en la zona S. aparecen fundamentalmente las cuarcitas del Ordovícico Inferior, asociadas a las pizarras del Cambro-Tremadoc (serie de los Cabos).

Dentro de este cuadro general nos interesa resaltar fundamentalmente dos aspectos importantes para nuestro trabajo arqueológico. En primer lugar, la existencia de terrenos calcáreos ha posibilitado la existencia de habitat en cueva, poco o nada comunes en Galicia. En segundo lugar, es necesario destacar las posibilidades que presenta la zona para el desarrollo de la minería, que, como más tarde se verá, tuvo un papel fundamental dentro de los recursos económicos del Caurel en la Antigüedad. Los yacimientos o indicios minerales que pudieron ser aprovechados por los antiguos son de tres tipos (fig. 2):

— Mineralizaciones de plomo, zinc y cobre asociadas al paquete calcáreo-pizarroso del Cámbrico, que se distribuye estratigráficamente de la siguiente forma. Sulfuros de zinc, plomo y cobre en las calizas de Cándana (este es el caso del yacimiento en explotación de Rubiales, situado al NE. de la zona prospectada). En las calizas de Vegadeo se encuentran óxidos y carbonatos de plomo y zinc, en las zonas más bajas e inmediatamente por encima de las calizas de Cándana, y sulfuros de cobre, plomo y zinc en la zona superior, en el contacto con los esquistos del Cambro-Tremadoc. Aquí también pueden encontrarse pequeñas mineralizaciones de cobre secundario, así como algunos sulfuros del mismo metal en capas inmediatamente inferiores. Estos minerales pudieron ser beneficiados en pequeña escala desde época prehistórica.

— Mineralizaciones de hierro asociadas a las pizarras negras del Silúrico y que han sido explotadas en régimen muy reducido desde época imprecisable hasta hace muy poco. Esta industria, que sólo en algunos casos llegó a sobrepasar el nivel artesanal ha dejado un importante testimonio en la toponimia del Caurel: Ferreirós de Abaixo y Ferreirós de Arriba en la parroquia de Folgoso, Ferramolín, Ferrería Vella y Ferrería Nova en Horreos, Ferrería de Lousadela en Seceda y Ferrería do Ponte en Seoane (7). En la actualidad no existe ninguna explotación de hierro o ferrería en toda la comarca.

— Mineralizaciones auríferas asociadas en la zona N. a los filoncillos de cuarzo que se intercalan paralela o perpendicularmente en los estratos esquistosos del Eocámbrico o en las pizarras del Cámbrico Inferior. En el Sur, el único yacimiento de oro primario encontrado está situado en el contacto entre los estratos de pizarra cuarcítica del Cambro-Tremadoc y las cuarcitas del Ordovícico Inferior. La erosión y arrastre correspondiente del mineral aurífero posibilitó la existencia de placeres fluviales, que pudieron beneficiarse a lo largo de la cuenca del Lor desde época prehistórica y dieron lugar a los yacimientos de oro secundario explotados a la altura de Froxán. Esta es la primera referencia que se hace sobre dichos yacimientos auríferos, localizados durante nuestras prospecciones gracias a la explotación de que fueron objeto.

El tipo de yacimientos auríferos del Caurel es encuadrable dentro de lo que L. C. Pérez denomina zona astur-leonesa, donde la mineralización se concentra en vetas y filones de cuarzo que encajan en pizarras y cuarcitas del Cámbrico-Ordovícico. Frecuentemente se trata de yacimientos íntimamente asociados a la Serie de los Cabos, como es el caso del yaci-

(7) La industria en torno al hierro existente a mediados del siglo pasado dentro del actual municipio de Folgoso del Caurel era según Madoz (vide nota 3): 2 ferrerías en Folgoso, 1 fábrica de hierro y un rico coto de mineral en explotación, situado en el monte Formigueiros, en Horreos, 1 martinete y explotación de hierro en Meiraos, 1 ferrería en Seceda, 2 ferrerías en Seoane, 2 martinetes en Villamor y 1 fábrica de hierro en Visuña. Durante el pasado siglo, el hierro del Caurel se exportaba a buena parte de Galicia.

miento aurífero que se benefició en la explotación 35. Por el contrario, las mineralizaciones de la zona gallega y norportuguesa se asocian a rocas intrusivas y sulfuros.

Creemos que es conveniente dedicar aquí algún espacio para dar una visión general de los recursos económicos con que cuenta el Caurel, teniendo presente que los actuales son aproximadamente los mismos que los existentes al menos desde época protohistórica, ya que el aislamiento de la zona ha imposibilitado una actuación profunda del hombre sobre el ecosistema. En este sentido, el Caurel constituye una reserva ecológica equiparable a la de otras zonas cercanas y mejor conocidas como los Ancares. Nuestro trabajo nos ha permitido valorar en lo que se merecen estos aspectos, en absoluto ajenos a nuestra materia. Esperamos que algunos estudios ya emprendidos por equipos de trabajo, como los del Grupo Ornitológico Gallego y la Sociedad Gallega de Historia Natural, sirvan para proteger esta zona casi intacta del NO. peninsular.

Junto a las características geomorfológicas y geológicas ya mencionadas, el clima es uno de los factores que han condicionado de forma más clara las posibilidades económicas del Caurel. Es, por supuesto, más frío que en el resto de la Galicia interior debido a la altitud media de la zona que ha quedado reflejada en los datos señalados con anterioridad. La media anual es de 8° ó 9° C. (2° C. en enero y 16° C. en agosto), mientras que las precipitaciones oscilan entre 1.475 y 1.795 mm³. anuales (mínima de 25-50 mm³. en julio y máxima de 275-300 mm³. en diciembre) y son de nieve durante casi todo el invierno, ocasionando frecuentemente la incomunicación de la comarca y de algunos lugares de su interior entre sí, entre una y otra vertiente de la Sierra del Caurel por ejemplo. Para dar una idea más apreciable, digamos que los días de lluvia o nieve al año oscilan entre 120 y 130 y sólo hay de 2.000 a 2.100 horas anuales de sol, más o menos la mitad de las posibles.

Los suelos son poco aptos para su cultivo. Sobre las rocas silíceas, pizarra, esquisto y cuarcita, predomina el suelo de tipo *ranker*, es decir, muy superficial, ácido y altamente erosionable; también existen en menor escala los suelos de *tierra parda húmeda*, típicos de las zonas de montaña y que son más aptos que los anteriores como pastizales; por último, en las zonas calizo-calcáreas aparecen los suelos de *terra fusca*, muy erosionables y que sólo pueden dedicarse a prados y bosques.

La vegetación que se desarrolló sobre estos suelos es de monte bajo en gran parte. Ya desde mediados del periodo Boreal se aprecia en una zona cercana y relativamente similar al Caurel como es la Sierra de Queixa el predominio de la vegetación no arbórea con especial desarrollo de las ericáceas y las gramíneas, mientras que entre el polen de árboles aparecía muy bien representado el encinar mixto (*Quercetum mixtum*), aunque en las épocas más antiguas destacase sobre todo el avellano (*Chorylus*) (8). La vegetación actual puede considerarse como subcontinental. En las laderas medias y altas de los montes y sobre todo en las zonas pizarrosas están muy bien representadas las ericáceas, *toxo* y *xesta* por ejemplo, mientras que en las zonas calizo-calcáreas predominan los chaparrales. No faltan, sin embargo, cerrados y umbrosos bosques, como la reserva de A Rogueira, o sotos, donde las especies más representadas son el roble o carballo, el castaño, la encina y la haya, existiendo también, pero en menor escala, el pino resinero y el rebollo, sin tener en cuenta las recientes repoblaciones. En las cercanías de los ríos se concentran los prados y arboledas de fresnos, abedules y otras especies menores como el avellano, la salgueira y el saúco, que delimitan los campos de cultivo o leiras.

Las condiciones climáticas y pedológicas explican que a mediados del siglo pasado, según Madoz, fuese el centeno el cereal cultivado mayoritariamente en todo el Caurel. Junto a él se sembraba algo de trigo y el resto de los alimentos básicos eran las patatas, las

(8) P. López García: «Resultados polínicos del Holoceno en la Península Ibérica» en *T.P.* 35 (1978) 21 y figs. 7 y 8.

castañas y algunas legumbres conseguidas en pequeñas huertas. En la Antigüedad, las bellotas ocuparían en buena parte el lugar que ahora poseen la castaña y por supuesto la patata. El lino, muy cultivado en el siglo pasado, constituiría la materia prima textil junto a la lana.

Además del ganado vacuno, el cabrío y el ovino han tenido una importancia capital hasta hace muy poco tiempo; el monte bajo y unos pastos poco aprovechables para el ganado mayor favorecerían su desarrollo. La abundancia de encinares facilitaría la existencia de una importante ganadería porcina, aunque no alcanzase un desarrollo tan amplio como los anteriores. Tampoco falta el mular.

La numerosa caza mayor, corzos, ciervos y jabalíes, y menor, perdices y liebres, así como la pesca de truchas y anguilas ocuparían un lugar destacable en la dieta de los antiguos ocupantes del Caurel.

Por último la excelente y variada madera de los bosques y la piedra, sobre todo las lajas de pizarra, han sido los materiales de construcción a lo largo de toda la historia del Caurel. Como anécdota, hemos de señalar que el ladrillo no ha sido conocido en la zona hasta después de la pasada guerra civil.

En resumen, los datos que hemos presentado documentan perfectamente el carácter cerrado que ha tenido siempre la economía caurelana, que únicamente ha llegado a exportar mineral o manufacturas de hierro. El comercio ha sido prácticamente nulo y únicamente la pequeña feria de Seoane redistribuye dentro de la misma comarca los excedentes fundamentalmente ganaderos. A modo de ejemplo, cabe señalar que aún en la actualidad el exceso de la producción láctea es consumido en algunas aldeas por el ganado porcino.

Esta situación tan precaria y absolutamente endémica ha sido la causante de un desarrollo demográfico donde la emigración ha jugado un papel muy relevante, las cifras hablan por sí mismas: a mediados del siglo pasado existían 2.520 habitantes, mientras que en la actualidad la población asciende a unos 2.600 aproximadamente, es decir, el crecimiento durante más de un siglo ha sido prácticamente nulo.

3. CATALOGO DE YACIMIENTOS

3.1. CASTROS DE MEDIA LADERA

A lo largo de todo el valle del río Lor, desde Castro Portela hasta Lousada, fuimos localizando y topografiando los asentamientos antiguos sin hacer ningún tipo de selección previa. Una vez que habíamos visitado ya varios de ellos, comenzamos a comprobar la diferencia existente entre unos y otros en función de su localización. Así resultó una clara diferenciación entre dos tipos de castros o fortificaciones: los que se situaban en la parte baja del valle, junto al río, y otros que estaban emplazados a media ladera de los montes aprovechando espolones en los que se hicieron espectaculares defensas mediante fosos y murallas. A renglón seguido iniciamos la descripción de estos últimos comenzando por Castro Portela y remontando el valle río arriba hasta Lousada. A partir de aquí ya cambia el paisaje agreste del Caurel y se entra en el Cebreiro.

Durante el curso de la prospección fuimos numerando todos y cada uno de los yacimientos visitados. Esta numeración se fue haciendo por el orden en que los íbamos visitando. Cada número corresponde, pues, a un punto en el plano, así como al material de superficie que eventualmente se fuera recogiendo. Esta numeración es la que figura en los diarios, en los archivos de negativos fotográficos y en todos los planos y dibujos. Por ello no hemos creído conveniente cambiarla a la hora de la publicación. Se trata tan sólo de un número de identificación, pero no de un número de orden. El lector podrá comprobar que para darle un sentido lógico a la exposición se comienza por el yacimiento de la parte más baja de la cuenca, que es el número 35 y a continuación se pasa al 21, que es el más próximo aguas arriba.

Distinguiremos en el catálogo de yacimientos los siguientes grupos: a) Castros de media ladera. b) Castros de la zona baja. c) Sepulturas. d) Explotaciones mineras. e) Cuevas.

Los castros que catalogamos a continuación son los de la parte alta. Para ello procuramos seguir un orden sistemático. En primer lugar se dan las coordenadas geográficas de su localización. A continuación describimos brevemente el lugar en que está y cómo se llega a él contando con las pistas y caminos actuales. Seguidamente se hace una relación detallada de todos los restos visibles, sistemas de defensa, casas etc. Por último se incluyen los materiales de superficie, en el caso de que los hubiera.

A lo largo de todo el catálogo, cuando por razones de paralelismo con otros yacimientos de El Caurel se hace mención expresa de otros castros o lugares, indicamos siempre entre paréntesis el número de registro con el que se puede identificar.

Castro Portela I (34) y II (37) (lám. 2)

Coordenadas: 3° 34' 55" — 35' 05" W M
42° 32' 20" — 25" N

Es uno de los escasos lugares en la cuenca del Lor en que el nombre de una población moderna nos indica la existencia de un asentamiento antiguo. Aunque nosotros llegamos a él por el camino que va desde Folgoso, pasando por Villamor y Froxán, su acceso natural es desde la carretera que une Monforte y Quiroga en el desvío que penetra por Barxa do Lor. Este yacimiento se encuentra junto a otro que hay en la orilla opuesta (núm. 37), en una angostura del valle dominando entre ambos lo que puede calificarse de verdadera puerta de entrada en el Caurel. En este sentido es muy expresivo el topónimo de la actual población de Castro Portela.

Se halla emplazado inmediatamente a continuación de la aldea, de la que está separado por el foso defensivo. Debido a esta proximidad, es de destacar el hecho de que en la parte baja de la corta existen algunas leiras separadas por muros recientes. Esto ha contribuido también a que las lajas de pizarra de los muros antiguos hayan sido reutilizadas, por lo que los restos que afloran en el terreno son muy escasos. Destaca de forma especial, aparte de algunos aterrazamientos, la presencia de un fuerte muro de casi dos metros de espesor, que divide el castro a lo largo de su eje mayor a manera de espina en una forma similar a los que existen en el castro de Romeor (núm. 6) y el Cido (núm. 2).

A corta distancia aguas abajo se ven las cortas de una explotación aurífera (núm. 35) en las proximidades de una ermita, donde también nos indicaron el hallazgo de sepulturas antiguas. A su vez río arriba, a 1.500 metros, están los aluviones de Froxán (núm. 36), en los que hay evidentes indicios de explotación de época romana.

Castro de Vilar (21) (fig. 3)

Coordenadas: 3° 32' 45" — 33' 00" W M
42° 33' 20" — 35" N

Se sitúa sobre un espolón alargado que se orienta en dirección N-S, contiguo a la aldea de Vilar, donde el río Lor describe un pronunciado meandro (lám. 3,1). Pertenece a la serie de castros altos que defienden el camino de la margen izquierda del río (9).

Actualmente se llega a él por una pista reciente que parte del Alto do Boi y baja hasta Vilar, desde donde se va por una vereda que, a lo largo de 650 metros, comunica el pueblo con el promontorio en que se halla emplazado. Los caminos antiguos son dos: el primero baja por la ladera oriental, cruza el río y toma la dirección de Vilamor hacia el Norte. El segundo baja por la ladera occidental y cruza también el río, para dirigirse al Sur hacia los castros de Portela (núm. 34 y 37).

El monte es un macizo rocoso de pizarra de naturaleza muy agreste, en el que prácticamente se trabajó palmo a palmo toda su superficie para trazar caminos, construir defensas o habilitar espacios para la construcción de viviendas. Por todas partes se ven modificaciones artificiales de la roca natural que dan al monte, cuando se lo observa detenidamente, el aspecto de una gigantesca talla. Es sin lugar a dudas el más espectacular de todos los

(9) Sobre este yacimiento se habían dado algunas noticias en la prensa provincial de Lugo, así como en C. Sáenz Ridruejo y J. Vélez González: *Contribución al estudio de la minería primitiva del oro en el Noroeste de España*. Madrid 1974, 23 s.

yacimientos del Caurel, ofreciendo además la particularidad de que gran parte de las construcciones se hallan en un inmejorable estado de conservación.

Consiste en un espolón prácticamente inaccesible en todo su perímetro, excepto en el lado sur, donde se han concentrado de manera espectacular los más variados recursos de defensa. En la distribución del espacio ocupado parecen distinguirse dos zonas claramente diferenciadas en sus características, y posiblemente también en su función: El flanco occidental es el lugar en que se concentran, por lo conservado actualmente, las viviendas del castro. En el lado oriental, sin embargo, existen unas amplias retenidas (10) (lám. 3,2) que dan lugar a terrazas en las que no hay restos visibles de construcciones antiguas y que bien pudieron haber servido para guardar ganado.

En el vértice del espolón, por el lado norte, termina el poblado con unas defensas a base de foso y muralla, de menor envergadura que las del lado opuesto, ya que la fuerte pendiente de la ladera dificultaba suficientemente la entrada por este lado.

El acceso al castro se hacía lógicamente por el lado sur, de ahí que fuera esta parte la más defendida.

El conjunto defensivo del lado sur está basado fundamentalmente en cuatro fosos consecutivos (fig. 3, A-1, A-2, A-3 y A-4). Es posible que inmediatamente antes de acceder desde el exterior al foso A-1, el terreno estuviese sembrado de piedras hincadas en paralelismo con otras defensas similares en el Caurel, pero no nos fue posible confirmar este extremo debido a que el terreno está cultivado. Aquí está localizado el camino de acceso, que se realizaba bordeando el foso A-1 por el lado occidental, donde se controla el paso desde un torreón de planta aproximadamente cuadrada y 2,5 m. de lado (fig. 3, B-1). Pasado el foso tropezamos con el primer gran complejo constructivo, que defiende el paso por el lado oriental. Consiste en una torre situada en la cota más alta (B-2), de la que quedan vestigios, un ancho murallón que va de Este a Oeste a lo largo de 33 metros y un espesor en el punto máximo de 4,60 metros (C-1) y, por último, una serie de macizos de forma irregular que se adaptan al terreno para defender una rampa de acceso que pasa por el foso A-2 (lám. 4). El foso siguiente (A-3) está igualmente dominado desde otra torre situada en la parte alta (B-3), de la que quedan restos suficientes en superficie para localizarla, pero no para reconstruir su planta. A partir de esta torre hacia el flanco oriental se ven todavía los restos de otro espectacular complejo defensivo (C-2) compuesto por una serie de macizos escalonados con el paramento exterior redondeado (lám. 5). En su interior se distingue la planta de una habitación (fig. 3,1) que interpretamos como posiblemente relacionada con algún sistema de vigilancia o cuerpo de guardia. Todavía existe aún otro foso (A-4), en cuya parte central hay una gran muralla (C-3) de 3 metros de espesor por encima de la cual se accede al interior del recinto habitado.

Por el lado norte la defensa se basa en dos pequeños promontorios rocosos, cuyo espacio intermedio está cerrado por una muralla de 11,50 m. de largo y un espesor que oscila entre 2,50 y 2,75 metros (C-4). Como prolongación de la defensa por la ladera oriental se construyó un muro de 2,50 m. de ancho y 19 m. de largo (C-5) (lám. 9). Este muro se conserva actualmente hasta una altura de 6 metros. En el interior de este complejo defensivo aparecen los restos de dos construcciones bien diferenciadas (fig. 3, 13 y 14) que, de forma similar a lo que ocurre en el lado opuesto del poblado, entendemos que pudieron haber tenido una función de cuerpo de guardia. Hacia la parte exterior de la muralla C-4 parece que el terreno natural ha sido retocado, aunque sin llegar a constituir propiamente el vaciado de un foso.

(10) Con este nombre denominan los habitantes de aquella comarca a los bancales o aterrazamientos que se hacían en la ladera para allanar el terreno y permitir así la construcción de viviendas o el trazado de caminos.

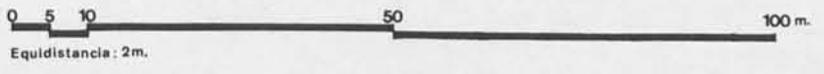
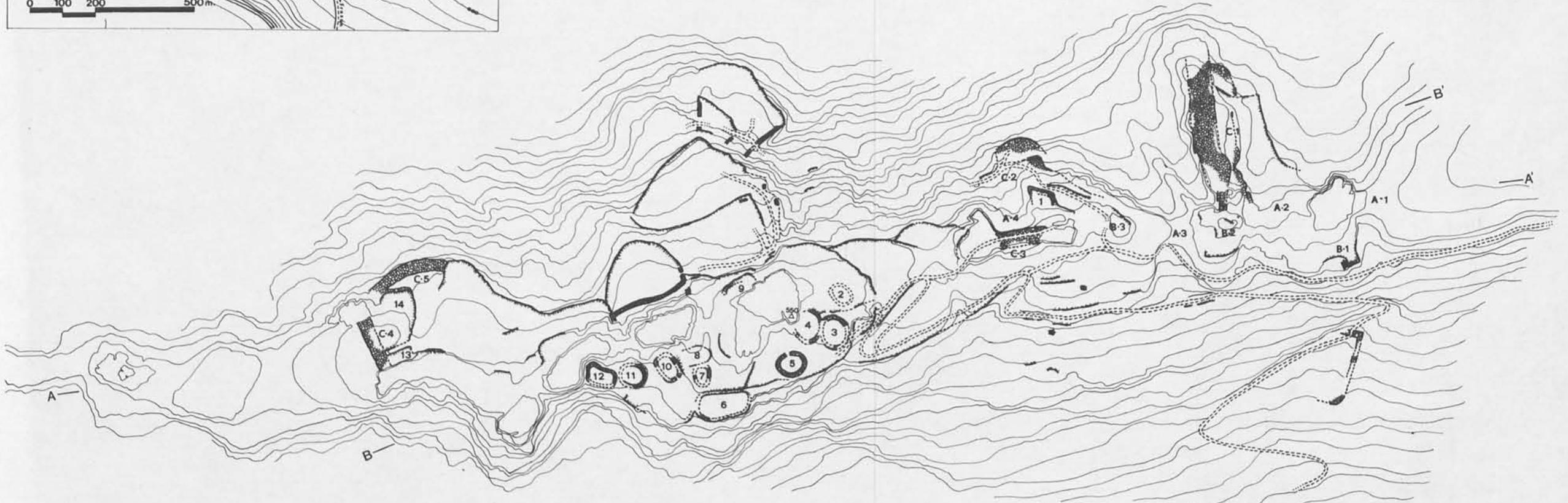
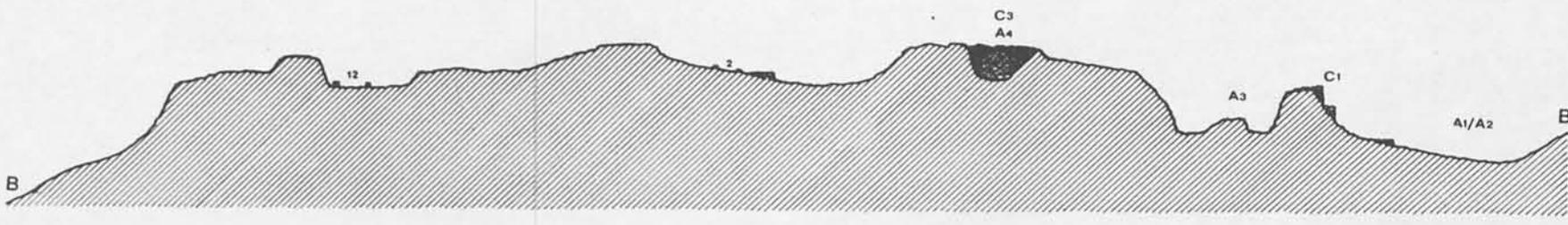
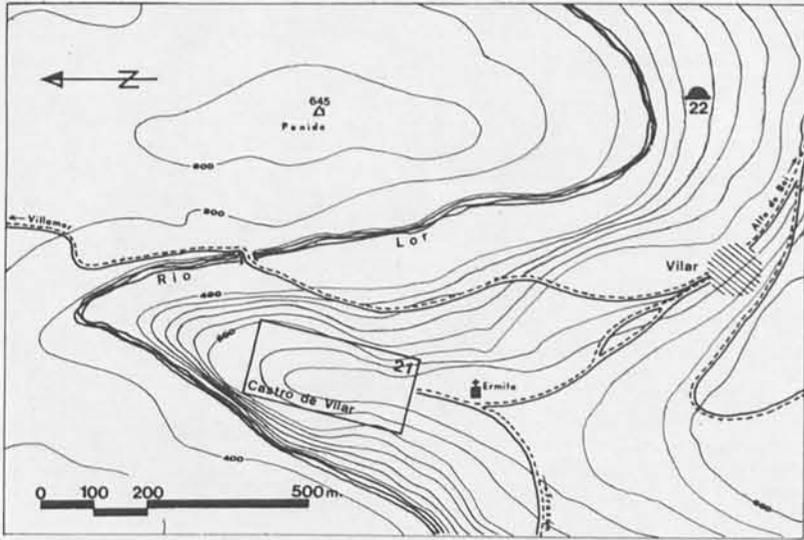
El núcleo principal de viviendas está, como ya hemos dicho, muy concentrado en un sector de la ladera occidental. Allí hemos localizado hasta once habitaciones visibles (fig. 3,2 a 12) (lám. 7) que nos dan una perfecta idea de hasta qué punto se aprovecha el terreno al máximo. La habitación número 12, por ejemplo, es de forma totalmente irregular, para aprovechar un espacio que se ha preparado socavando la roca por un lado y construyendo una retenida o bancalete en la pendiente. También la vivienda número 6 de nuestro plano, que es la de mayores dimensiones (11 x 5 m.) se encuentra apoyada en una gran retenida, dando la impresión desde abajo de que se halla literalmente en el aire. La escasez de espacio obligó a veces a aglutinar las construcciones, llegando a darse el caso de tramos de muro común o totalmente tangentes en casas de planta circular (números 7-8 y 3-4). De todas formas, al no haberlas excavado, no podemos descartar que en esto que nos parece tramo de muro medianero haya alguna puerta, con lo que se trataría no de viviendas contiguas sino de distintas dependencias de una misma casa. Por las mismas razones de espacio las dimensiones de las casas varían mucho de unas a otras siendo la más pequeña (número 7) de 3,50 x 2,50 m. y la mayor, como ya se ha indicado, de 11 x 5 m. Como detalle singular en una de las mejor conservadas hemos de señalar que en la número 11 hay un zócalo saliente de lajas de pizarra que delimitan por el lado exterior de la casa lo que es el basamento de la construcción del muro propiamente dicho. La altura de lo que queda todavía en pie, sumando el basamento y el muro, supera los dos metros (lám. 6,2).

En este conjunto de viviendas había una, la número 5 (fig. 4) (lám. 8), en la que se apreciaba una reciente remoción de escombros, hecha por algunos jóvenes de Vilar, que sólo se limitaron a quitar algunos restos de pizarra caídos en la parte interior de la vivienda sin llegar al pavimento. Para evitar que en una excavación inadecuada se perdieran datos de interés, nosotros continuamos la limpieza de la habitación hasta el piso. Consistía éste en una capa de 20 cm. de arcilla roja apisonada bajo la cual apareció un nivel de tierra quemada con carbón de 2 a 3 cm. y por debajo de éste otro de arcilla con manchas de carbón que oscila entre 10 y 15 cm. de grosor. Todo ello se asienta sobre la rosa allanada, en la que se excavó un hueco de 13 x 15 cm. desplazado del centro de la habitación, posiblemente para apoyar un poste. En la limpieza de esta casa constatamos, por tanto, una renovación del pavimento que dejó enterrados algunos materiales en el cuadrante noroeste, donde aparecieron algunos fragmentos de cerámica y varias piedras de afilar (fig. 5). En esta limpieza se localizó la puerta, que estaba orientada hacia el Este y mide 75 cm. en el interior y 80 cm. al exterior. Por lo que respecta a las dimensiones, digamos que mide 4,46 m. en el eje N-S y 4,48 m. en el eje E-W. El ancho de los muros oscila entre 0,85 y 0,70 m. La altura máxima conservada es de 1,65 m. en el lado sureste y 1,10 en el noroeste, ambas medidas tomadas en el interior.

Como ya se indicó anteriormente, la ladera oriental del monte la ocupan unos amplios espacios preparados mediante retenidas, en los que no se conservan restos de viviendas. Son de forma irregular y se superponen a diferentes niveles en la ladera, llegando a constituir hasta cinco terrazas a distinta altura. Por paralelismo con otros castros del noroeste suponemos que, de no haber alojado construcciones, estos recintos pudieron haber sido destinados a la estabulación de ganado. Hasta época reciente algunos de ellos han sido utilizados como leiras (11) por los vecinos de Vilar.

Además de los caminos de acceso que llegan al promontorio por su lado natural, que es el sur, hay otro de bajada en zig-zag hacia el río, que pudimos trazar hasta casi la mitad de la ladera, inmediatamente por debajo de la torre B-1. Este camino se hallaba defendido por un muro que transcurre pendiente abajo a lo largo de 16 metros a manera de barbacana. En

(11) Parcelas de terreno cultivado.



Castro de Vilar

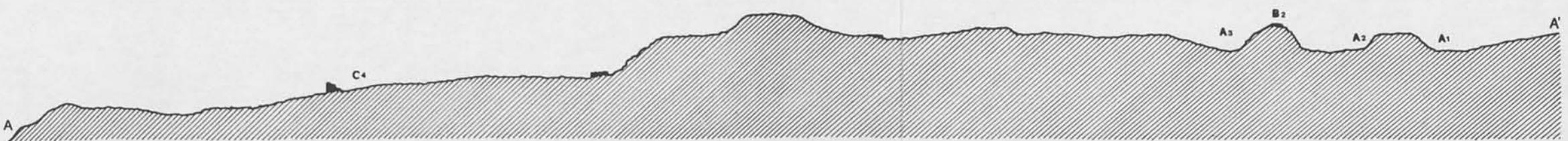
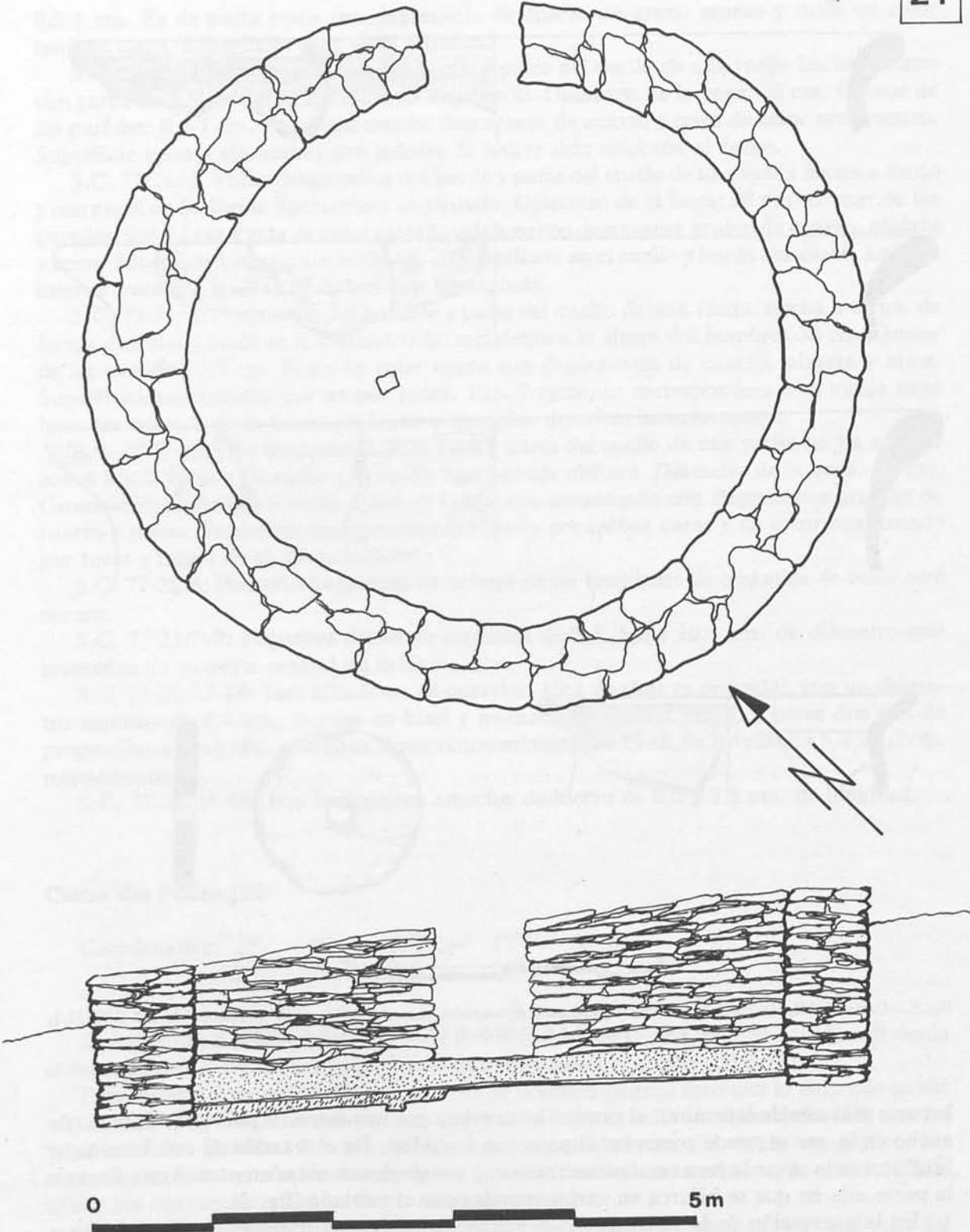


Fig. 3.—Castro de Vilar (n.º 21).



Castro de Vilar

Fig. 4.—Castro de Vilar (n.º 21). Vivienda n.º 5.

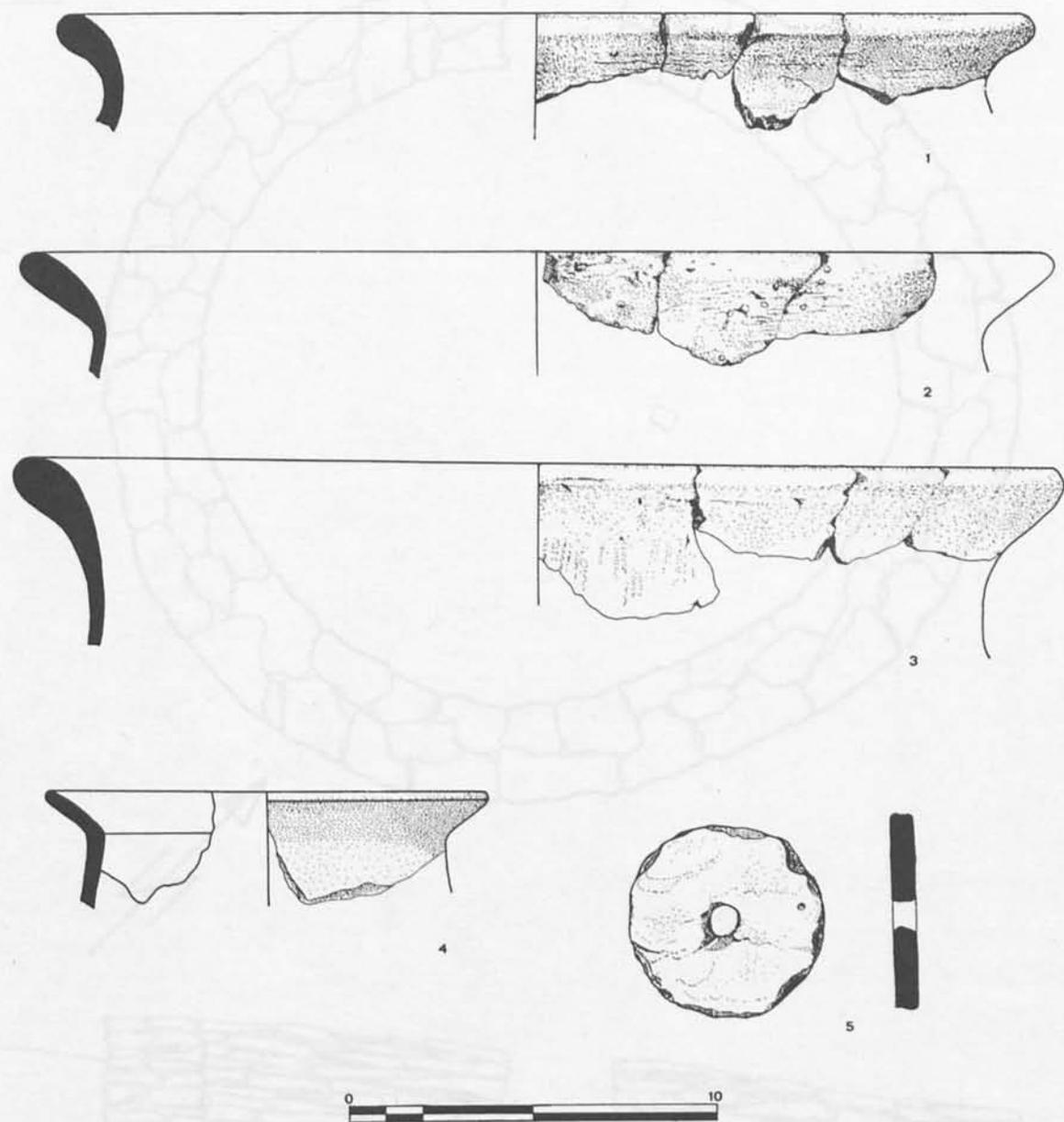


Fig. 5.—Castro de Vilar (n.º 21). Materiales arqueológicos encontrados en la excavación de la vivienda n.º 5: 1) S C 77/21-1; 2) S C 77/21-2; 3) S C 77/21-3; 4) S C 77/21-5; 5) S C 77/21-7.

la parte más alta de este muro, el camino lo atraviesa por una estrecha puerta de 0,75 m. de ancho en la que se puede controlar el paso con facilidad. En el trazado de este camino se hizo necesario cavar la roca en algunos tramos, y construir retenidas en otros hasta llegar a la parte alta en que se bifurca en varios ramales por el poblado (fig. 3).

En la excavación de la vivienda n.º 5 aparecieron algunos fragmentos de cerámica y otros materiales que describimos a continuación (fig. 5):

S.C. 77-21/1: Cuatro fragmentos del borde y parte del cuello de una vasija, posiblemente globular y con perfil en S. Diámetro de la boca: 26 cm. Grosor de las paredes:

0,5-1 cm. Es de pasta tosca con degreasante de cuarzo de grano grueso y mica en color castaño claro. Superficies muy poco alisadas.

S.C. 77-21/2: Tres fragmentos del borde y parte del cuello de una vasija hecha a torno con perfil en S, y de borde ligeramente engrosado. Diámetro de la boca: 28 cm. Grosor de las paredes: 0,4-1 cm. Pasta con mucho degreasante de cuarzo y mica de color ocre oscuro. Superficie tosca y sin acabar con señales de haber sido colocada al fuego.

S.C. 77-21/3: Varios fragmentos del borde y parte del cuello de una vasija hecha a torno y con perfil en S. Borde ligeramente engrosado. Diámetro de la boca: 28 cm. Grosor de las paredes: 0,4-1,1 cm. Pasta de color castaño grisáceo con degreasante grueso de cuarzo, pizarra y mica. Superficie toscamente acabada, con cepillado en el cuello y borde sin alisar. La cara interior presenta huellas de haber sido espatulada.

S.C. 77-21/4: Fragmento del hombro y parte del cuello de una vasija, hecha a torno, de forma globular y perfil en S. Diámetro del recipiente a la altura del hombro: 38 cm. Grosor de las paredes: 0,5 cm. Pasta de color negro con degreasantes de cuarzo, pizarra y mica. Superficies espatuladas por ambos lados. Este fragmento corresponde a una vasija cuya boca tendríamos en la forma de los tres ejemplos descritos anteriormente.

S.C. 77-21/5: Dos fragmentos de la boca y parte del cuello de una vasija hecha a torno con el borde recto y exvasado y el cuello ligeramente oblicuo. Diámetro de la boca: 12 cm. Grosor de las paredes: 0,4 cm. Pasta de color ocre anaranjado con degreasantes gruesos de cuarzo y micas. Superficie uniformemente alisada por ambas caras y de color anaranjado por fuera y negro en su parte interior.

S.C. 77-21/6: Pequeño fragmento de la base de un recipiente de cerámica de color ocre oscuro.

S.C. 77-21/7-9: Pequeños discos de cerámica de 5,3, 5,6 y 10,4 cm. de diámetro que presentan en su parte central un orificio.

S.C. 77-21/12-14: Tres afiladoras de cuarcita. Una de ellas es discoidal, con un diámetro máximo de 4,4 cm., bordes en bisel y anchura de 4,6-4,2 cm. Los otros dos son de proporciones alargadas, con unas dimensiones máximas de 19x8,6x2,4 y 20,8 x 5,4 x 3,2 cm. respectivamente.

S.C. 77-21/15-16: Dos fragmentos amorfos de hierro de 5,5 y 7,5 cm. de longitud.

Castro das Pontes (38)

Coordenadas: 3° 30' 10" — 15" W M
42° 35' 25" — 30" N

Se encuentra a 250 metros al noroeste de Folgoso sobre la cota 700. Se accede a él desde el mismo pueblo a través de un camino que llega hasta el castro (lám. 10).

Para aislarlo de la parte alta de la ladera se practicó un gran foso que lo defiende en sus vertientes N-W y S-E, mientras que la parte más baja se halla también defendida por un talud artificial. Debido a la vegetación no nos fue posible hacer el croquis topográfico. No obstante, en la fotografía aérea se aprecian con claridad las características de esta fortificación y las razones estratégicas de su emplazamiento.

Es uno más de los castros que se alinean a lo largo del camino que penetra en el valle del Lor. Se comunica con el de Foz (núm. 15) por el camino de la margen derecha, que cruza por el Alto de las Albarizas y continúa hacia el castro de A Coroa (núm. 13) en Ferreirós de Arriba. Valle abajo es el mismo camino que pasa por el castro de Vilar (núm. 21).

Castro de Foz (15)

Coordenadas: 3° 30' 15" - 25" W M
42° 35' 45" - 50" N

Junto con el Castro de Fouciños controla totalmente el paso a la parte alta del río Lor (lám. 12, 1). Se llega a él a través de un camino en zig-zag (que lo comunicaba con el de la otra orilla del río) que asciende desde el kilómetro 25 de la carretera de Quiroga a Seoane. En la antigüedad su acceso natural se hacía por el camino que viene del Castro das Pontes (núm. 38) (lám. 10).

Es un saliente alargado que se orienta en dirección Oeste entre las cotas 600 y 700, en la margen izquierda del río, a dos kilómetros del actual pueblo de Folgoso (lám. 11).

La parte en que se hizo necesario fortalecer la defensa natural de este promontorio fue el lado oriental. Para ello se excavaron hasta un total de seis fosos consecutivos. Los caballetes intermedios que quedan entre los fosos fueron sembrados de piedras hincadas (lajas de pizarra con sus aristas más afiladas hacia arriba), que se conservan en muy buen estado y se prolongan hasta media ladera en el flanco sur. Inmediatamente a continuación del último foso se levantó un parapeto a base de un grueso muro de pizarra de 2,50 m de ancho. En el punto más alto se halla rematado por una torre de considerables proporciones, que completa el sistema defensivo, siguiendo un esquema que se repite a menudo en las fortificaciones del Caurel (láms. 12, 2 y 13, 1).

Las viviendas se localizan sobre todo en la zona más alta del promontorio y en la ladera sur. Para ello se preparó el terreno, como es habitual, mediante terrazas o retenidas hechas con losas de pizarra.

Este castro se comunicaba —como se ha señalado— con los de A Coroa de Ferreirós de Arriba (núm. 13) y Castro das Pontes en Folgoso (núm. 38) por un camino antiguo que pasa inmediatamente por encima de los fosos.

El único hallazgo reseñable fue un molino plano que encontramos partido en dos mitades (SC 77/15-1).

Castro de Fouciños o Forcellas (14)

Coordenadas: 3° 30' 40" - 45" W M
42° 36' 00" - 05" N

Está situado en la margen derecha del río y se accede a él cruzando un puente de madera que hay a la altura del kilómetro 25 de la carretera de Quiroga a Seoane. Aunque la pendiente es muy acusada, ya en la Antigüedad existía un camino en zig-zag que cruzaba por este mismo punto, para ponerlo en comunicación con el castro de Foz (núm. 15). Entre ambos controlan totalmente, por su ubicación en la confluencia de los ríos Lóuzara y Lor, lo que llaman Caurel Alto (lám. 12, 1).

Es quizá el situado en una posición más abrupta de todos los emplazamientos que conocemos en el Caurel. Mediante un profundo foso artificial se ha cortado un espolón a media altura de la sierra, que deja hacia el Sureste una ladera aislada (lám. 13, 2), en la que se tuvieron que hacer terrazas artificiales a fin de conseguir espacio para la construcción de viviendas. Quedan, pues, en una pendiente que alcanza 320 de inclinación los vestigios de unas casas casi suspendidas en los escarpes, entre las que pudimos hacer croquis de algunas de planta circular y otras rectangulares con las esquinas redondeadas.

En la cota de 600 metros, pasa por aquí el camino antiguo que une los castros o

fortificaciones de este lado del río Lor. Para facilitar el control de este paso, su trazado lo lleva por la garganta del foso defensivo de este yacimiento (Lám. 13,2).

A corta distancia del lugar, hacia el noroeste se ven algunas manchas ferruginosas a distintas alturas de la ladera. En algunas de ellas hay vestigios de explotación del mineral de hierro y galerías de época reciente que hubieron de abastecer las herrerías documentadas en el Caurel durante el siglo pasado. De esta industria todavía perviven numerosos topónimos en los alrededores.

Torre do Castro o Castro de Sobredo (12) (fig. 6)

Coordenadas: 3° 29' 50" - 30' 00" W M
42° 37' 15" - 25" N

Es un ejemplo claro de los castros que se localizan en las partes altas más estratégicamente situadas para controlar el paso a todo lo largo de la cuenca del río Lor. Este en particular se halla en un lugar en que el valle se estrecha considerablemente y desde él se domina la entrada al del Rego da Veiga (cfr. núm. 13). Al pie mismo del monte, junto al río, está el Castro de Mogoxe (núm. 1) desde el que se accede por el camino que va hacia Sobredo. El yacimiento se localiza a un kilómetro al noreste del pueblo de Sobredo.

Es un espolón que se adentra hacia el valle del Lor en dirección NW-SE, aislado por la parte más alta mediante un espectacular foso defensivo tallado en la roca viva (lám. 14, 1). El largo de este foso es de 120 m, la anchura oscila entre los 5 m y los 20 m y la profundidad alcanza, por último, hasta 16 m en los puntos más altos. Este enorme socavón es sólo comparable, por sus dimensiones, a las grandes remociones de roca realizadas en las explotaciones auríferas de la cuenca alta. Tengamos en cuenta que para la defensa de este promontorio hubo de vaciarse un volumen aproximado a los 15.000 metros cúbicos.

Estos castros están comunicados entre sí por una pequeña vía de un ancho medio de tres metros, que pasa la mayoría de las veces por el foso defensivo o, cuando no es posible, como ocurre aquí, lo circunvala por la parte baja. Los castros con los que comunica este camino al castro de Sobredo son los de Mercurín y Brío por el norte y el de Forcelas por el sur.

El lugar ocupado por esta posición defensiva va descendiendo progresivamente hacia el sureste a lo largo de una longitud de 265 metros. Dada la suavidad de la pendiente en la parte baja próxima al camino, que hace más accesible el castro por este lado, se hicieron tres fosos consecutivos cuyos taludes intermedios fueron materialmente sembrados de piedras clavadas en vertical (lajas de pizarra) (fig. 6, a-1, a-2 y a-3). Finalmente, como complemento de la defensa, existe junto al foso principal del lado noroeste una pequeña elevación del terreno en la que quedan restos de una torre cuadrada o construcción similar (fig. 6, d) que es posiblemente la que da lugar al topónimo Torre do Castro; algo similar a lo que ocurre con Torre Cabreira en El Cido (núm. 2) y en el Castro da Torre de Lousada (núm. 32).

Entre las dos zonas defendidas de los extremos se localizan los restos visibles de las viviendas (lám. 14, 2). Debido a un reciente incendio que ha dejado totalmente arrasada la vegetación de este monte se pudo levantar sin dificultad la planta de hasta doce habitaciones. Generalmente se adaptan a la topografía del terreno y su forma y dimensiones varían en función del espacio que ocupan. Las hay de planta ovalada (fig. 6, 1 y 11), circular (fig. 6, 2) y cuadrada o rectangular con las esquinas redondeadas (fig. 6, 3 a 10 y 12). Es interesante resaltar que las habitaciones 3, 4 y 5 tienen parte de sus muros en común, particularidad que no se da con frecuencia en la arquitectura castreña.

Todas las habitaciones que afloran en la superficie se hallan rellenas de abundantes escombros debidos a su propia destrucción. En la número 2 procedimos a su limpieza para verificar la potencia de la estratificación y tratar de obtener algún dato arqueológico más concreto. Es la única vivienda visible de planta circular y tiene un muro que varía en su espesor de 0,80 m a 1 m. Su interior es irregular y mide 4,45 m en el eje N-S y 4,12 m en el eje E-W. La altura máxima conservada del muro es de 1 m. La puerta está orientada aproximadamente hacia el sur y mide 0,80 m. en su parte interior y 1 m. en la exterior (fig. 7, lám. 16, 1). Toda esta vivienda estaba rellena de abundantes escombros de pizarra que limpiamos hasta llegar al pavimento (lám. 15). Consiste éste en una capa de tierra arcillosa de color anaranjado que no existe en este lugar y fue posiblemente acarreada desde la parte baja. Este firme de tierra es de un espesor de 0,10 m y se asienta sobre otra capa de pequeñas lajas de pizarra de tamaño uniforme de un espesor de 0,18 m, que se hallan clavadas en oblicuo. Todo ello, el pavimento descrito y el muro circular de la habitación, se asienta a su vez sobre un enlosado de pizarra de 0,12 a 0,15 m de grosor que descansa sobre la roca natural previamente allanada. La cerámica extraída en esta limpieza se limitó a una serie de fragmentos totalmente atípicos. También se encontraron algunas piezas de pizarra con perforaciones y restos de algunos clavos de hierro.

En el extremo noroeste de la zona de habitación se eleva un pequeño promontorio de cuatro metros de altura, separado de la posible torre defensiva próxima al foso noroeste por una depresión en la que termina el único camino localizado de acceso al castro por el lado norte.

Situándonos en la actual carretera de Quiroga a Seoane y viendo el Castro da Torre desde el sur se puede apreciar perfectamente un antiguo camino de bajada en zig-zag hasta el río en forma idéntica a los que bajan en los castros de Foz (núm. 15) y Vilar (núm. 21).

Digamos, finalmente, que debido a lo escarpado del monte en que se asienta este yacimiento, fue necesario aterrazar previamente el terreno mediante muros de contención que allí denominan con el nombre de «retenidas».

Por lo que respecta a los materiales arqueológicos encontrados, se halló un pequeño fragmento de escoria y la mitad de un molino plano (SC 77/12-1). En la casa circular, limpiada hasta el pavimento por nosotros, solamente se halló un pequeño fragmento de cerámica (SC 77/12-2). Pertenece a la parte inferior de una vasija de forma globular, con una base plana de 16 cm de diámetro y unas paredes de 0,9-1,4 cm de grosor. La pasta de color castaño rojizo tiene un degreasante de cuarzo y mica. Las superficies, tanto interior como exterior, están toscamente acabadas.

A Coroa o Teso do Castro (13)

Coordenadas: 3° 28' 25" W M
42° 36' 30" N

A unos 300 m al oeste de Ferreirós de Arriba, domina este pequeño castro todo un valle secundario, cruzado por el rego da Veiga, cuyas aguas vierten al Lor por la margen izquierda. Está muy bien defendido por una pequeña corta en el lado norte, tallada prácticamente en vertical en la roca pizarrosa del monte. En la pared del foso son visibles algunos agujeros hechos para extraer pequeñas venas de calcopirita, de escasa importancia (figs. 8 y 9 y lám. 17, 1).

Se le llama «A Coroa» porque hasta hace no muchos años conservaba relativamente bien el muro semicircular que lo defendía por todo el lado sur, pero que fue deshecho en época reciente para hacer los muros de separación de las leiras que hay en la parte baja.

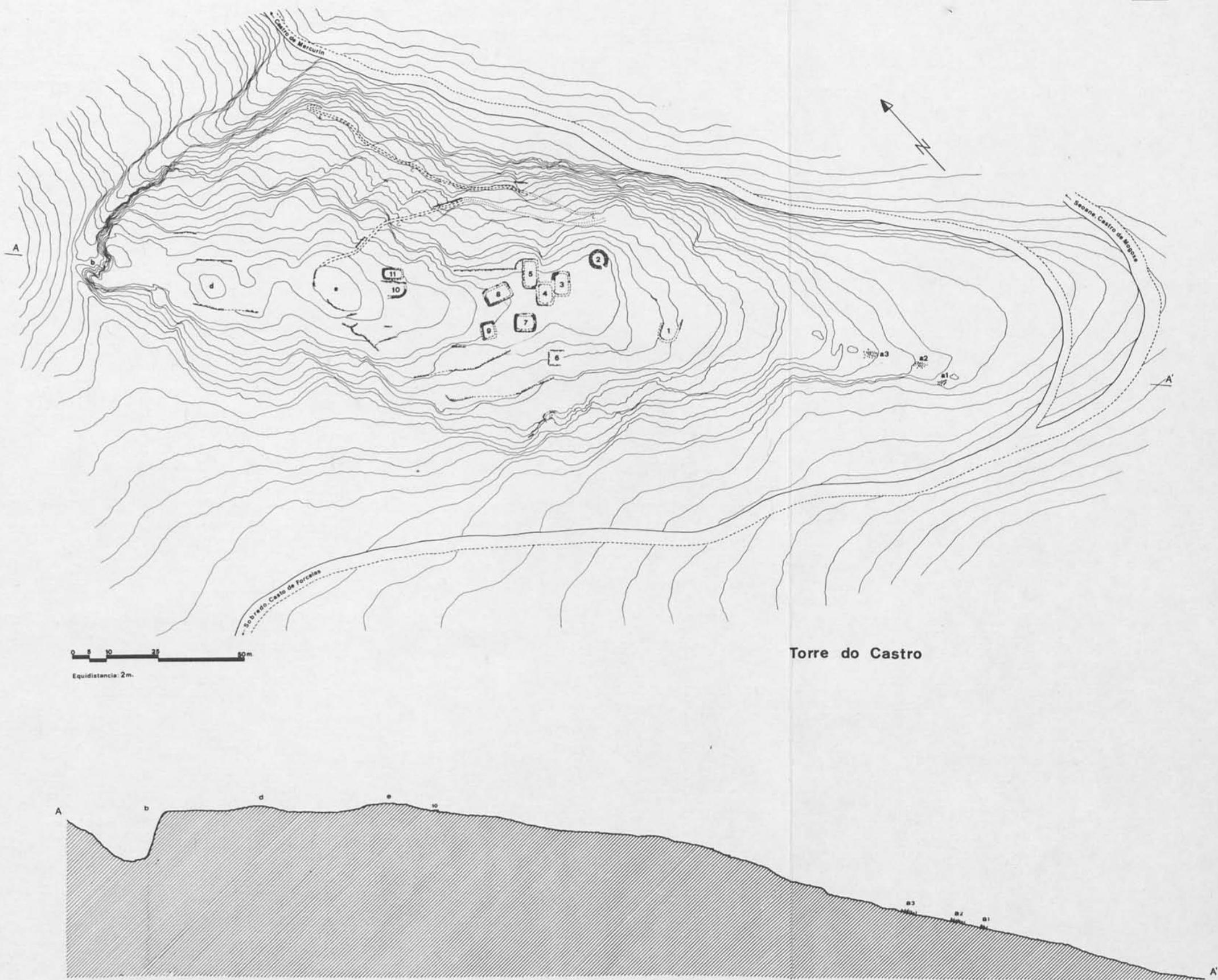
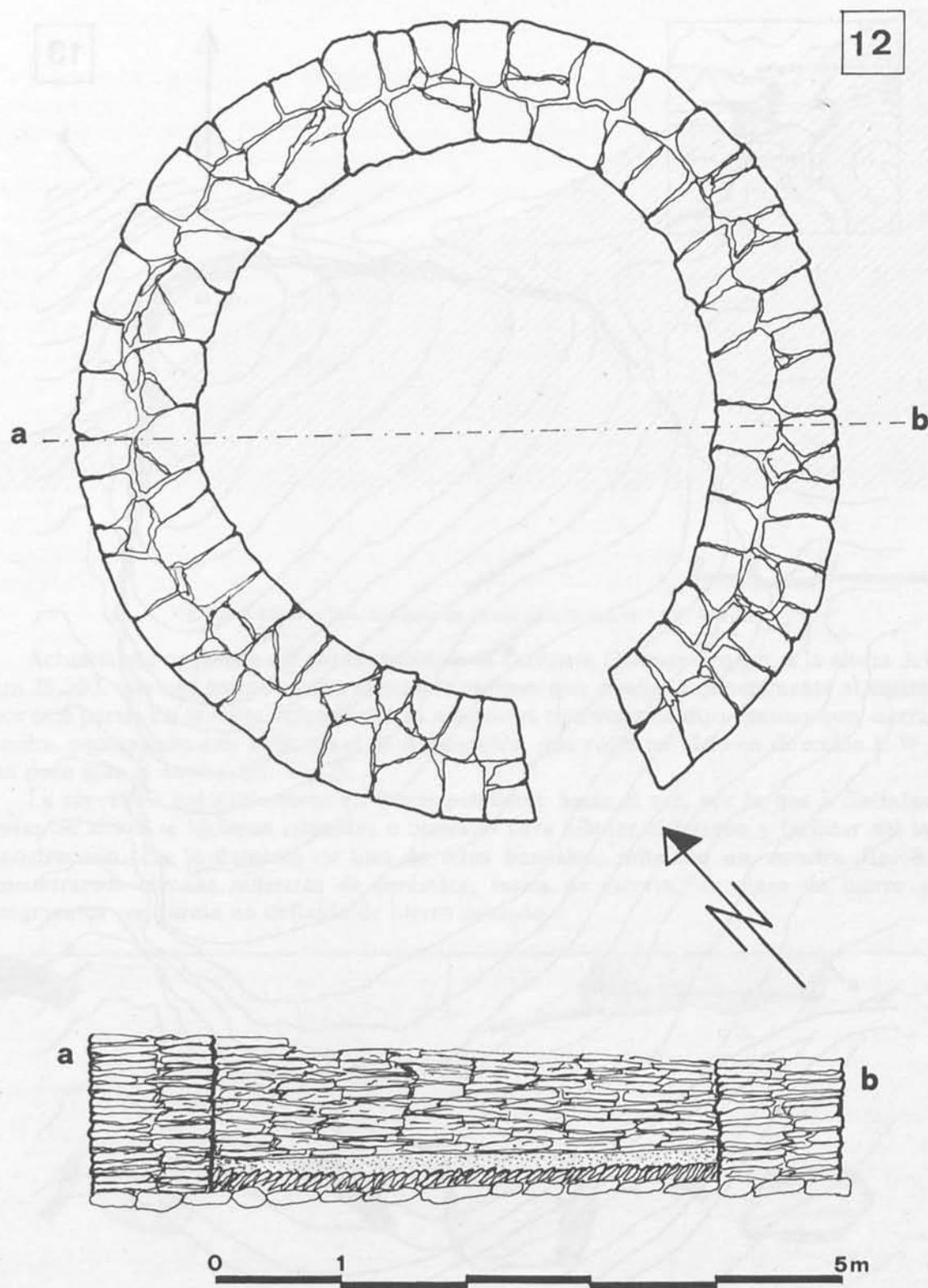


Fig. 6.—Torre do Castro o Castro de Sobredo (n.º 12).



Torre do Castro
 (Construcción circular)

Fig. 7.—Torre do Castro o Castro de Sobredo (n.º 12). Vivienda n.º 2.

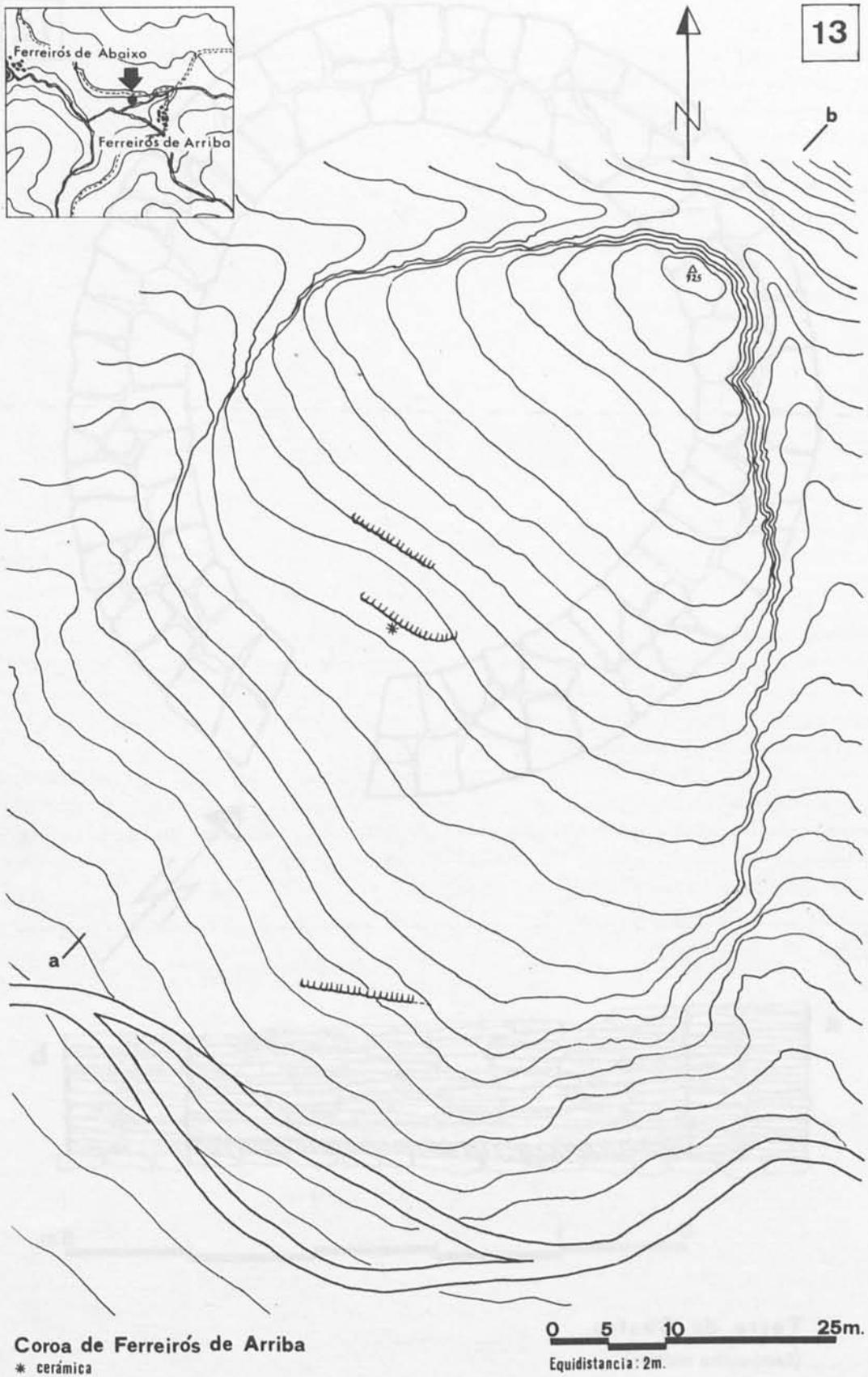


Fig. 8.—A Coroa o Teso do Castro de Ferreiros de Arriba (n.º 13). Plano.

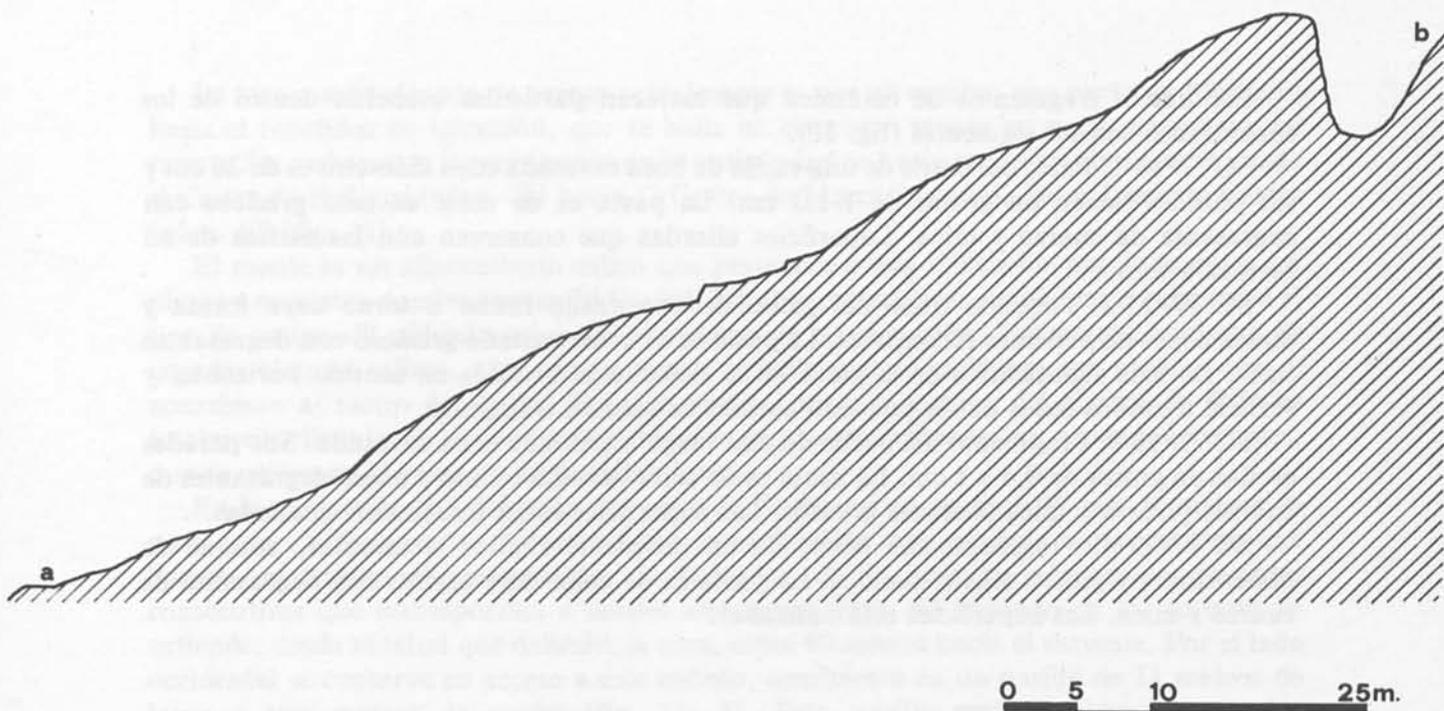


Fig. 9.—A Coroa o Teso do Castro de Ferreirós de Arriba (n.º 13). Sección.

Actualmente se accede a él por un ramal de la carretera Quiroga-Seoane, a la altura del km 28,500, que está trazado sobre el camino antiguo que conducía directamente al castro por esta parte. En la corta defensiva se ve además el comienzo de otro camino que, sierra arriba, comunicaba este valle con el de A Rogueira, que corre paralelo en dirección E-W, un poco más al norte (lám. 17, 2).

La superficie habitable corre en fuerte pendiente hacia el sur, por lo que a distintas cotas de altura se hicieron retenidas o bancales para allanar el terreno y facilitar así la construcción. En la limpieza de uno de estos bancales, señalado en nuestra fig. 8, encontramos algunas muestras de cerámica, restos de escoria, un clavo de hierro y fragmentos con forma no definida de hierro oxidado.

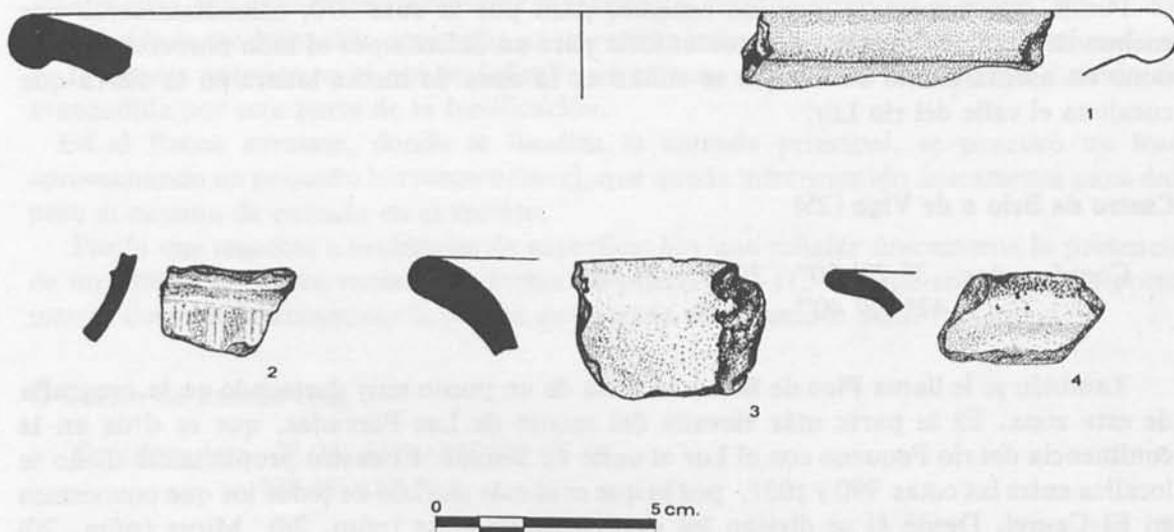


Fig. 10.—A Coroa o Teso do Castro de Ferreirós de Arriba (n.º 13). Materiales arqueológicos de superficie: 1) S C 77/13-1; 2) S C 77/13-2; 3) S C 77/13-3; 4) S C 77/13-4.

Los únicos fragmentos de cerámica que merecen particular atención dentro de los encontrados son los siguientes (fig. 10):

SC 77/13-1. Parte del borde de una vasija de boca exvasada cuyo diámetro es de 26 cm y sus paredes tienen un grosor de 1-1,3 cm. La pasta es de color castaño grisáceo con degreasante de cuarzo y mica. Superficies alisadas que conservan aún las estrías de su factura a torno.

SC 77/13-2. Pequeño trozo del galbo de una vasija hecha a torno cuya forma y dimensiones no podemos reconstruir. La pasta es de color castaño grisáceo con degreasantes finos. Lo más significativo de la pieza es su decoración bruñida en sentido horizontal y vertical a ambos lados de un pequeño cordón de sección triangular.

SC 77/13-3. Fragmento del borde de una vasija a torno de boca exvasada. Sus paredes oscilan en grosor de 0,4 a 1 cm. La pasta es de color castaño oscuro y posee degreasantes de cuarzo, pizarra y mica bastante gruesos. Las superficies están toscamente acabadas.

SC 77/13-4. Fragmento del borde de un recipiente similar al anterior, aunque de dimensiones y grosor más reducidos. La pasta es de color ocre oscuro con degreasante de cuarzo y mica. Las superficies están alisadas.

O Castro de Mercurín (27)

Coordenadas: 3° 30' 00" - 05" W M
42° 37' 50" - 55" N

Con este nombre genérico se conoce en Mercurín un asentamiento antiguo que se halla a dos kilómetros al oeste del pueblo. Está a mitad de camino entre los castros de Brio (núm. 25) y Torre do Castro (núm. 12). Su emplazamiento, muy encajado en la parte alta de un barranco, lo oculta a la vista desde otras fortificaciones, pero se halla en un lugar de fácil acceso para pasar del valle del Lózara al valle del Lor.

Debido al aprovechamiento de la piedra para construcciones modernas y al cultivo que se ha hecho hasta fecha reciente sobre el lugar, apenas quedan restos superficiales de las antiguas construcciones y terrazas.

Por lo que respecta al camino antiguo, pasa por la cota 970, inmediatamente por encima del foso que separa este promontorio para su defensa por el lado noroeste. Es por tanto un asentamiento de los que se sitúan en la zona de media ladera en la sierra que encajona el valle del río Lor.

Castro de Brio o de Vigo (25)

Coordenadas: 3° 28' 50" - 29' 05" W M
42° 38' 40" - 50' N

También se le llama Pico de Brio y se trata de un punto muy destacado en la orografía de esta zona. Es la parte más elevada del monte de Las Forcadas, que se sitúa en la confluencia del río Pequeno con el Lor al oeste de Seoane. El castro propiamente dicho se localiza entre las cotas 990 y 1031, por lo que es el más elevado de todos los que conocemos en El Caurel. Desde él se divisan los castros de Paderne (núm. 28), Miraz (núm. 20) Villasivil (núm. 16), Santo Estevo (núm. 17), Piñeira (núm. 18), Castillo de Carbedo (núm. 1), Cido (núm. 2) y Parada (núm. 30) (lám. 30).

La forma más cómoda de acceso actualmente es por un camino que parte de Mercurín hasta el repetidor de televisión, que se halla en el mismo monte un poco más abajo del castro. Sin embargo su comunicación en la antigüedad se hacía por el camino que va desde el Castro de Paderne (núm. 28) hacia O Castro de Mercurín (núm. 26) y Torre do Castro (núm. 12) (fig. 11).

El monte es un afloramiento calizo que pertenece a una alineación encajada entre las piezas y esquistos dominantes en El Caurel. Estas características geológicas condicionan el tipo de castro allí ubicado así como el sistema de construcción. Los muros aquí son de grandes bloques calizos, que a veces llegan a tener aspecto ciclópeo, con piedras que se aproximan al metro de grosor. En este sentido, la arquitectura del Castro de Brio es totalmente distinta de la de aparejos de lajas de pizarra colocadas en capas horizontales, que se utiliza en el resto de las fortificaciones.

En la parte más alta presenta una croa de 70 metros en su eje E-W por 40 metros de norte a sur. El lado norte está defendido por un farallón muy acusado que constituye una barrera materialmente inaccesible. Al lado sur de la croa se adosan dos recintos consecutivos que corresponden a sendos aterrazamientos. El segundo de los recintos se extiende, desde el talud que delimita la croa, otros 40 metros hacia el suroeste. Por el lado occidental se conserva en acceso a este recinto, consistente en un pasillo de 11 metros de largo y tres metros de ancho (fig. 11, 1). Este pasillo está encajonado por dos ensanchamientos macizos en la terraza a manera de torres. A la entrada hay restos de una garita o cuerpo de guardia (fig. 11, 2). A continuación del anterior hay un tercer recinto, que se prolonga otros cuarenta metros hacia el sur, donde termina en un talud más acusado. Este es el perímetro exterior del castro y se encuentra defendido igualmente por una gruesa muralla de la que quedan vestigios en varios puntos (lám. 18). En su parte interna, por el sector que da al lado sureste, afloran los muros de lo que parece ser una vivienda y a su alrededor abundantes fragmentos de escorias en superficie. Por el lado suroeste tiene la entrada, en la que se repite el mismo esquema de muros engrosados por los que penetra un pasillo de 2,50 m de ancho. De estos dos extremos reforzados del muro parten sendos lienzos de muralla que van paralelos al camino a lo largo de 21 y 22 metros respectivamente. Son como barbacanas que rematan en torres elípticas en sus extremos repitiendo un sistema de defensa parecido al del castro de Paderne (núm. 28). Todo este complejo sistema constructivo está en función de reforzar al máximo la entrada principal al castro (fig. 11, 5).

En el lado meridional se aprovecha una pequeña loma con restos de un muro adosado al de la terraza anterior en el que se delimita un espacio de 25 x 40 m que sirve a modo de avanzadilla por esta parte de la fortificación.

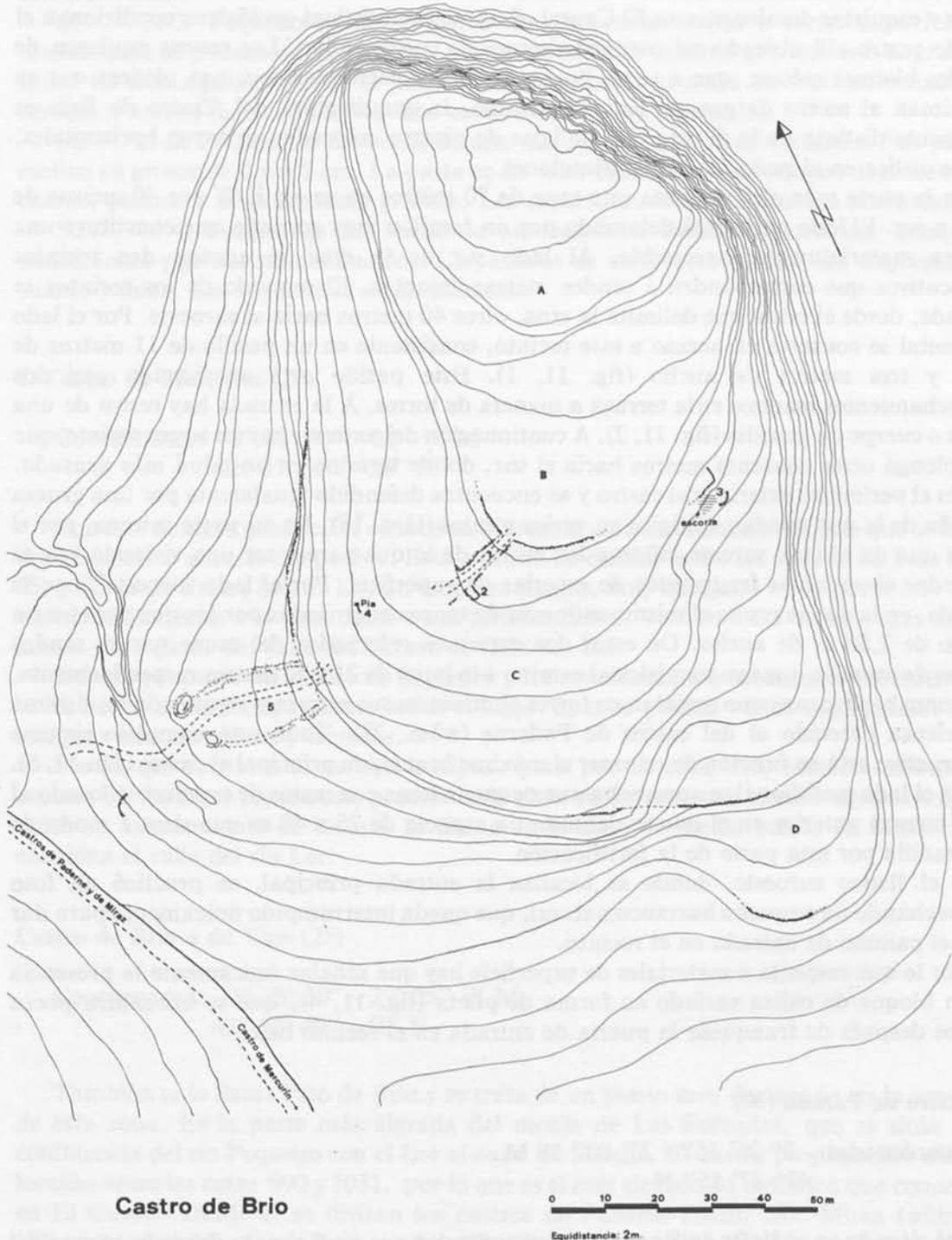
En el flanco suroeste, donde se localiza la entrada principal, se practicó un foso aprovechando un pequeño barranco natural, que queda interrumpido únicamente para dar paso al camino de entrada en el recinto.

Por lo que respecta a materiales de superficie hay que señalar únicamente la presencia de un bloque de caliza vaciado en forma de pileta (fig. 11, 4), que se encuentra pocos metros después de franquear la puerta de entrada en el recinto bajo.

O Castro de Parada (30)

Coordenadas: 3° 26' 55" - 27' 00" W M
42° 37' 15" N

Está situado en el Valle da Rogueira para controlar por aquí el paso desde la cuenca del río Selmo a la del Lor. Ocupa una inmejorable posición desde la que se divisan los castros



Castro de Brio

Fig. 11.—Castro de Brio o de Vigo (n.º 25).

de Brio (núm. 25), Cido (núm. 2), Cotorro de Villasivil (núm. 16) y Castro de Miraz (núm. 20) (lám. 30). Se llega a él a través de un camino de unos trescientos metros que asciende por la ladera desde el pueblo de Parada. Se trata de un espolón de pizarra que va en dirección E-W, en el que se ha practicado un corte para formar el foso defensivo en dirección N-S.

Debido a la reutilización de la piedra de los muros antiguos para linderos y cercas en los terrenos próximos y, posiblemente también para la construcción en el pueblo de Parada, son muy escasos los restos que quedan en la superficie del yacimiento. Cabe destacar algunos vestigios de muros junto al lado meridional del foso y en especial los de una vivienda rectangular con las esquinas redondeadas que mide 6,50 x 3,60 m, cuyos muros tienen un grosor de 0,80 metros.

Un poco más arriba de la cota en que se encuentra este castro nos hablaron de una cueva a la que llaman «Cova do Castro», pero que no pudimos localizar. Posiblemente guarde alguna semejanza con las Covas do Oso (núm. 11), ubicadas en este mismo valle.

Es curioso señalar que a pesar del topónimo *O Castro* los vecinos de Parada no tenían conciencia de que en aquél lugar se conservasen vestigios de un antiguo asentamiento.

Desde este lugar se domina un monte situado más abajo donde está el Castro del Egresario o de San Román (núm. 31), repitiendo así un esquema documentado varias veces en el Caurel en el que un castro de media ladera, mucho más fortificado, se superpone sobre otro en posición menos defendida.

Monte Cido o Torre Cabreira (2-2a-2b-2c)

Coordenadas: 3° 25' 40" - 27° 10" W M
42° 37' 50" - 38° 00" N

Es una posición estratégica de primer orden dentro de lo que llaman Caurel Alto. Consiste en un macizo alargado de unos tres kilómetros, con la cota más alta a 1.007 metros, que separa las aldeas de Moreda y Parada (Valle da Rogueira) de Esperante y Carbedo. El asentamiento antiguo se sitúa en la parte más alta, entre las cotas 1.001 por el este y 820 por el oeste, a lo largo de 1.900 metros. El lado norte cuenta con un fuerte escarpe que le sirve de defensa natural a todo lo largo. El flanco más vulnerable sería el del lado este, por lo que se ha defendido con un conjunto de tres fosos relativamente distanciados entre sí. Contiguo al primero de los fosos y hacia la parte interna del castro existen los cimientos de una gran torre defensiva y restos de un muro que corre paralelo al foso en la vertiente que da hacia Moreda. Esta torre fue posiblemente la que originó el topónimo de Torre Cabreira que también se da al lugar, aunque es mucho más frecuente el de Cido, con el que habitualmente nos referimos a él (lám. 19, 1 y 2, fig. 12).

Pasado el segundo foso existe otra muralla defensiva hacia la misma vertiente. Se trata de un lienzo de muro que corre ladera abajo desde la cima y está reforzado con una torre semicircular que conserva 2,90 m de altura; es muy similar al complejo defensivo C-2 del Castro de Vilar (núm. 21). Por último, el sistema defensivo se completa con un muro que corre a modo de espina a lo largo de la parte alta del monte para rematar en el extremo occidental del asentamiento en un potente cerco ovalado. Por la observación sobre el terreno deducimos que la mayor parte de las construcciones se sitúan en la ladera meridional y particularmente en la zona 2-c, donde además de los muros de alguna habitación que pudimos pasar al plano (fig. 12, lám. 20, 1) se recogieron algunos fragmentos de cerámica. Con todo, el más notable de los restos visibles que hay actualmente en este yacimiento es el muro mencionado en la parte alta, que tiene un

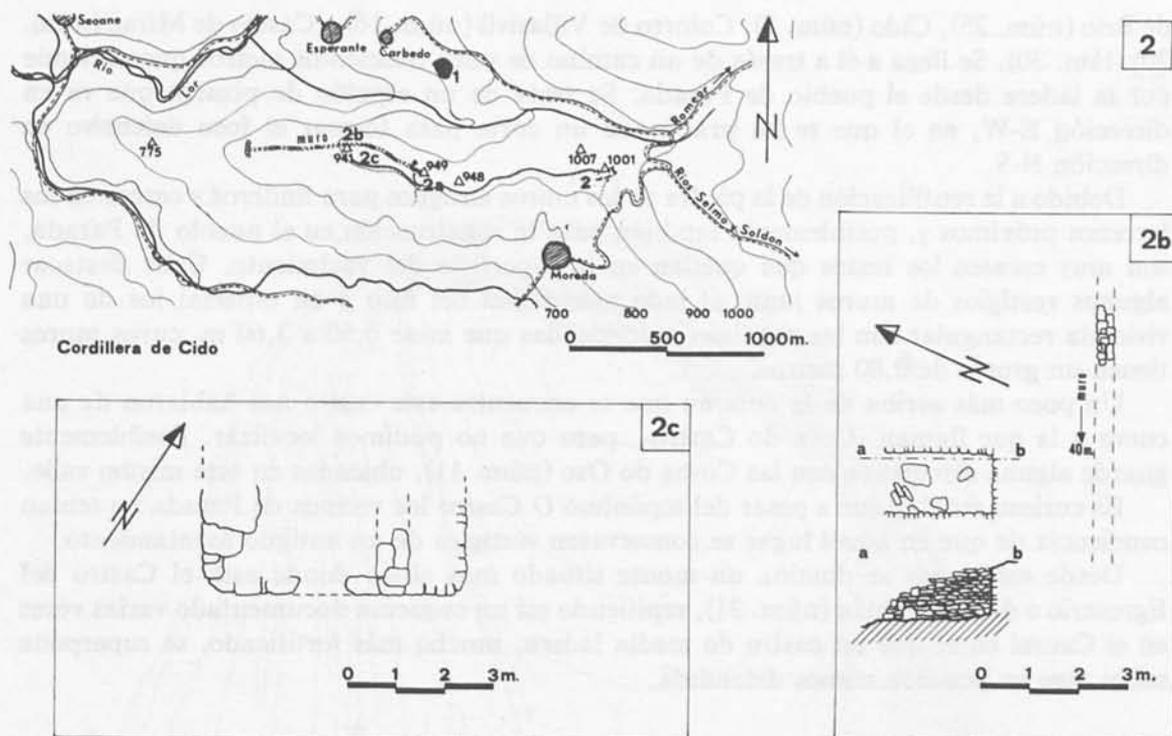


Fig. 12.—Monte Cido o Torre Cabreira (n.º 2). Plano de situación y detalle de las zonas 2b y 2c.

espesor de 0,40 m y se extiende a lo largo de casi un kilómetro. En 2-b, hacia el lado norte de este muro, hay una pequeña construcción rectangular, siempre de pizarra, como el resto de los muros localizados aquí, que, por sus reducidas dimensiones, no parece de habitación. Nosotros la interpretamos como relacionada con la defensa de esta parte del castro.

El punto de mayor interés del yacimiento está localizado en la zona 2-a, que es una pequeña esplanada en la parte más baja del foso central. En este lugar existe una necrópolis de inhumación en la que se ven los restos de dos sepulturas saqueadas (fig. 13, lám. 21). Corresponde al tipo muy conocido en El Caurel en las que la caja está hecha a base de losas de pizarra perfectamente colocadas. Este es, según todas las referencias que pudimos obtener, el punto en que se encontraron las dos únicas piezas romanas de la zona conocidas en la bibliografía arqueológica: una tabla de hospitalidad (lám. 23), y un águila de bronce (lám. 22) (12). La tabla de hospitalidad consiste por el momento en el único elemento de cronología con que contamos en El Caurel para la época romana y se fecha por los cónsules mencionados en el año 28 de la Era. De todas formas en la necrópolis en la que fueron encontrados estos objetos quedan aún por excavar bastantes enterramientos, que se ven con claridad en perfecto estado, y que pueden contener la respuesta a muchas de las cuestiones que aún están pendientes de resolver.

(12) M. Vázquez Seijas: «Nuevas inscripciones romanas de la provincia de Lugo» en *BCPMHA Lugo* VII, 49-52 (1958 y 1959) 271 s.; A. d'Ors: «Miscelanea Epigáfica» en *Emerita* XXVIII (1960) 143 ss.; M. Vázquez Seijas: *Fortalezas de Lugo y su provincia (Notas arqueológicas, históricas y geográficas)*. Lugo 1967, IV, 97 ss. e Idem: «La Cueva del Oso» en *BCPMHA Lugo* VIII, 71-74 (1969 y 1970) 295; A. García y Bellido: «Nuevos documentos militares de la Hispania Romana» en *AEArq* 39. 113 y 114 (1966) 37 s. y figs. 14 y 15 y F. Arias Vilas. P. Le Roux et A. Tranoy: *Inscriptions romaines de la province de Lugo*. París 1979, 75 ss.

2a

Sepulturas de Cido

- pizarra fragmentada
- arbol

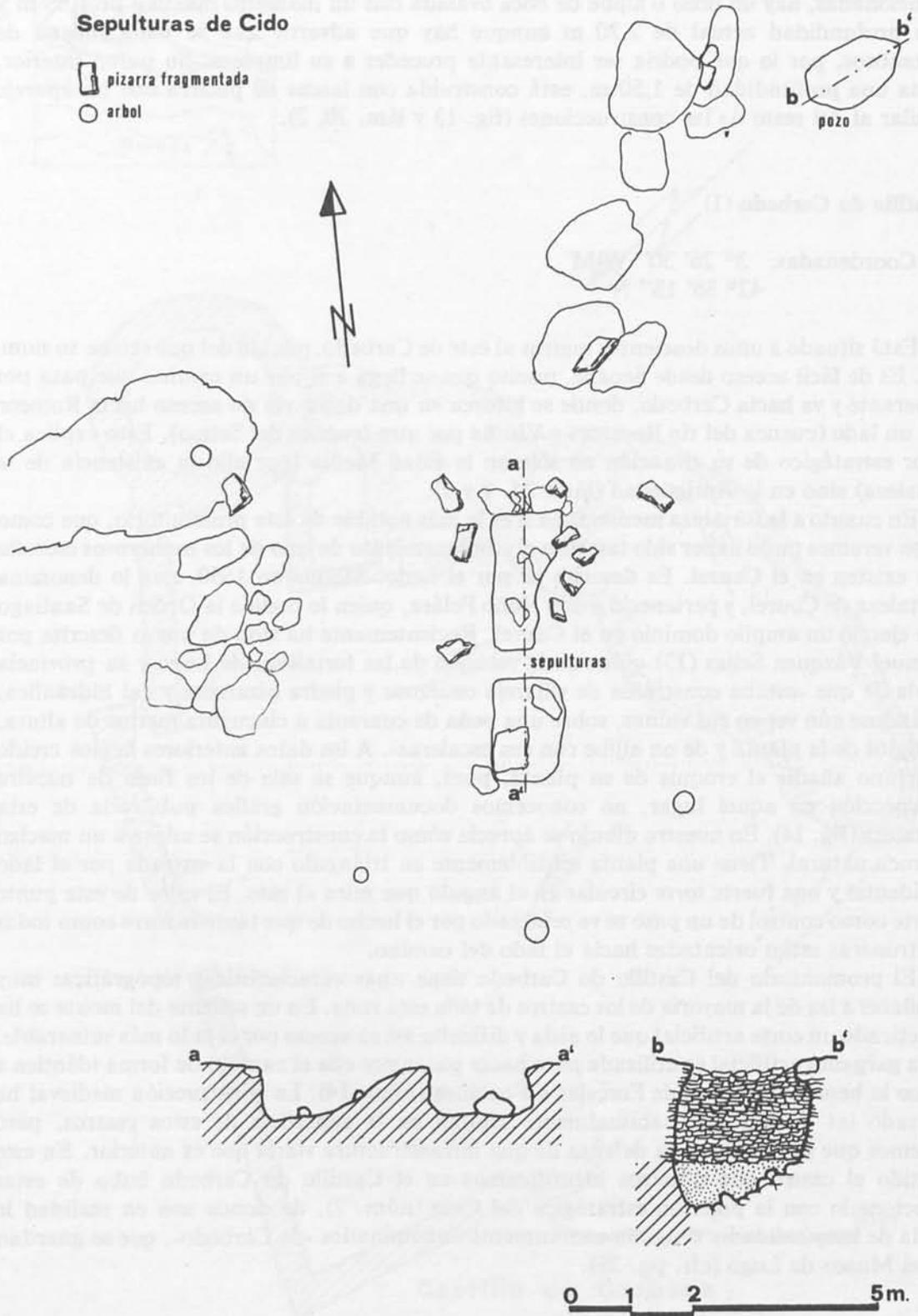


Fig. 13.—Monte Cido o Torre Cabreira (n.º 2). Detalle de la zona 2a.

También en la parte baja del anterior foso defensivo, a escasos metros de las sepulturas mencionadas, hay un pozo o aljibe de boca ovalada con un diámetro máximo de 1,65 m y una profundidad actual de 2,20 m aunque hay que advertir que se halla rellena de escombros, por lo que podría ser interesante proceder a su limpieza. Su pared interior, hasta una profundidad de 1,50 m, está construida con lascas de pizarra con un aparejo similar al del resto de las construcciones (fig. 13 y lám. 20, 2).

Castillo do Carbedo (1)

Coordenadas: 3° 26' 30" W M
42° 38' 15" N

Está situado a unos doscientos metros al este de Carbedo, pueblo del que recibe su nombre. Es de fácil acceso desde Seoane, puesto que se llega a él por un camino que pasa por Esperante y va hacia Carbedo, donde se bifurca en una doble vía de acceso hacia Romeor por un lado (cuenca del río Romeor) y Visuña por otro (cuenca del Selmo). Esto explica el valor estratégico de su situación no sólo en la Edad Media (por ello la existencia de la fortaleza) sino en la Antigüedad (lám. 24, 1 y 2).

En cuanto a la fortaleza medieval en sí es lo más notable de este promontorio, que como luego veremos pudo haber sido también el emplazamiento de uno de los numerosos *castella* que existen en el Caurel. Es descrito ya por el Lcdo. Molina en 1550, que lo denomina Fortaleza de Courel, y perteneció a don Nuño Peláez, quien lo donó a la Orden de Santiago que ejerció un amplio dominio en el Caurel. Recientemente ha sido de nuevo descrita por Manuel Vázquez Seijas (13) quien en la relación de las fortalezas de Lugo y su provincia habla de que «estaba construida de sillarejo cuarzoso y piedra pizarrosa y cal hidráulica, dejándose aún ver en sus ruinas, sobre una peña de cuarenta a cincuenta metros de altura, vestigios de la planta y de un aljibe con sus escaleras». A los datos anteriores hemos creído oportuno añadir el croquis de su planta, pues, aunque se sale de los fines de nuestra prospección en aquel lugar, no conocemos documentación gráfica publicada de esta fortaleza (fig. 14). En nuestro dibujo se aprecia cómo la construcción se adosa a un macizo de roca natural. Tiene una planta sensiblemente en triángulo con la entrada por el lado occidental y una fuerte torre circular en el ángulo que mira al este. El valor de este punto fuerte como control de un paso se ve reforzado por el hecho de que tanto la torre como todas las troneras están orientadas hacia el lado del camino.

El promontorio del Castillo do Carbedo tiene unas características topográficas muy similares a las de la mayoría de los castros de toda esta zona. En un saliente del monte se ha practicado un corte artificial que lo aísla y dificulta así su acceso por el lado más vulnerable. Esta garganta artificial es utilizada para hacer pasar por ella el camino de forma idéntica a como lo hemos visto en el de Forcelas o Fouciños (núm. 14). La construcción medieval ha borrado las huellas que habitualmente afloran en la superficie de estos castros, pero creemos que se asienta en la defensa de una infraestructura viaria que es anterior. En este sentido el castro que nosotros identificamos en el Castillo do Carbedo hubo de estar relacionado con la posición estratégica del Cido (núm. 2), de donde son en realidad la tabla de hospitalidad y el águila comúnmente denominados «de Carbedo», que se guardan en el Museo de Lugo (cfr. pg. 35).

(13) M. Vázquez Seijas: op. cit. 1967, 95 ss., Idem: op. cit., 1969 y 1970, 295 s.



1

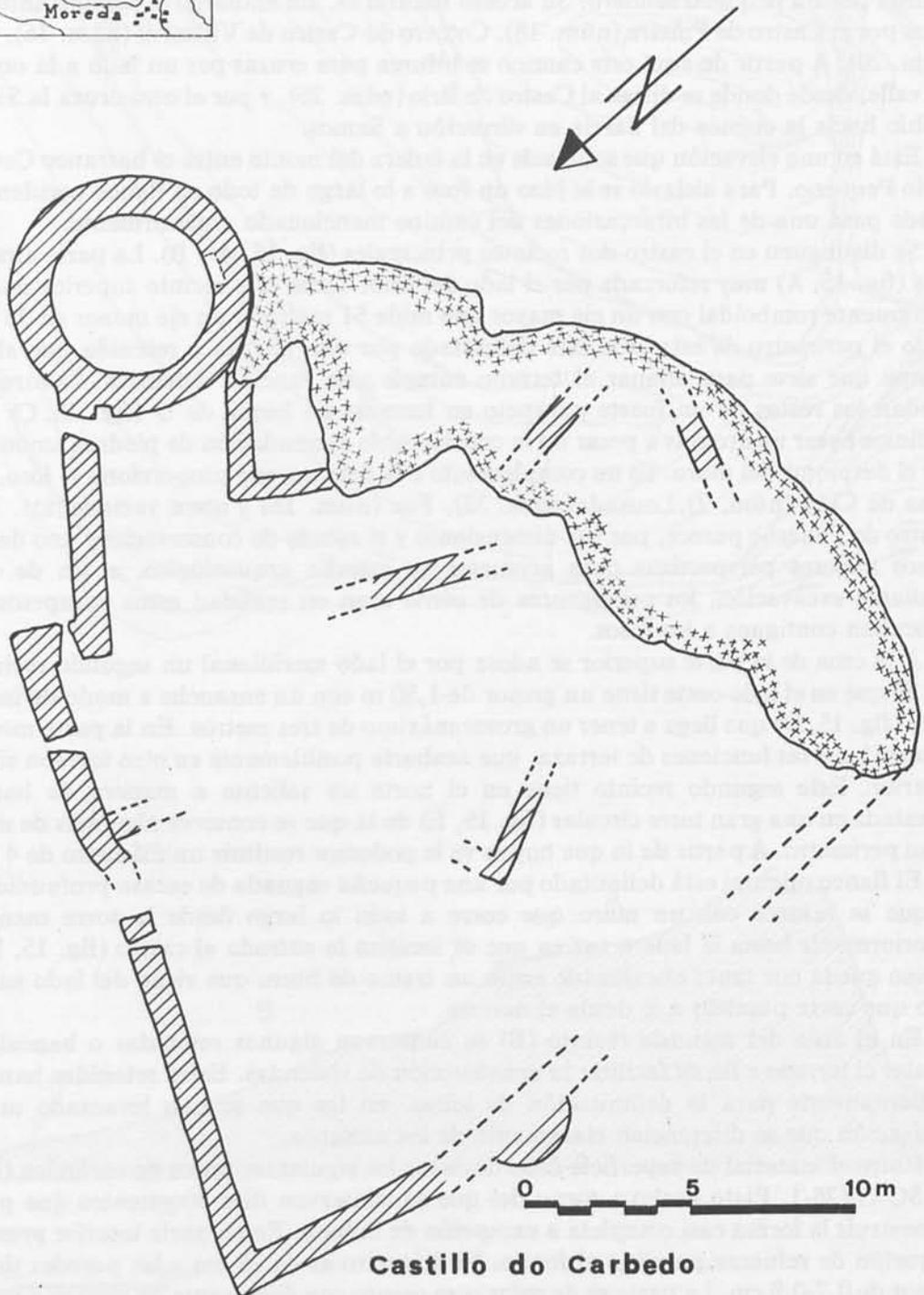


Fig. 14.—Castillo do Carbedo (n.º 1). Planta.

Castro de Paderne (28)

Coordenadas: 3° 29' 45" - 50" W M
42° 39' 35" - 45" N

Es el último castro de los que se alinean en el valle del río Pequeno y desde él se cierra el paso hacia la zona de Samos. Está a trescientos metros al noreste de Paderne desde donde se llega por un pequeño sendero. Su acceso natural es, sin embargo el camino antiguo que viene por el Castro de Piñeira (núm. 18), Cotorro do Castro de Villasivil (núm. 16), y Miraz (núm. 20). A partir de aquí este camino se bifurca para cruzar por un lado a la otra parte del valle, desde donde se dirige al Castro de Brio (núm. 25), y por el otro cruza la Sierra del Oribio hacia la cuenca del Sarria en dirección a Samos.

Está en una elevación que sobresale en la ladera del monte entre el barranco Coutillón y el río Pequeno. Para aislarlo se le hizo un foso a lo largo de todo su flanco occidental, por donde pasa una de las bifurcaciones del camino mencionado anteriormente.

Se distinguen en el castro dos recintos principales (fig. 15, A y B). La parte alta es una croa (fig. 15, A) muy reforzada por el lado del foso. Tiene este recinto superior una forma ligeramente romboidal con un eje mayor que mide 51 metros y un eje menor de 35 metros. Todo el perímetro de esta croa está delimitado por una terraza o retenida que al mismo tiempo que sirve para allanar el terreno cumple una función defensiva. Dentro de ella quedan los restos de un fuerte parapeto en terrazas en forma de U (fig. 15, C) del que pudimos hacer un croquis a pesar de la considerable acumulación de piedras amontonadas por el desplome del muro. Es un complemento a la defensa que proporciona el foso, similar a las de Cido (núm. 2), Lousada (núm. 32), Foz (núm. 15) y otros yacimientos. Este del Castro de Paderne parece, por sus dimensiones y el estado de conservación, uno de los que ofrece mejores perspectivas para acometer su estudio arqueológico, a fin de aclarar, mediante excavación, los pormenores de cómo eran en realidad estos parapetos que se colocaban contiguos a los fosos.

A la croa de la parte superior se adosa por el lado meridional un segundo recinto (fig. 15, B) que en el lado oeste tiene un grosor de 1,50 m con un ensanche a modo de incipiente torre (fig. 15, D) que llega a tener un grosor máximo de tres metros. En la parte meridional el muro hace las funciones de terraza, que acabaría posiblemente en otro torreón similar al anterior. Este segundo recinto tiene en el norte un saliente a manera de barbacana rematada en una gran torre circular (fig. 15, E) de la que se conserva algo más de un tercio de su perímetro. A partir de lo que hoy se ve le podemos restituir un diámetro de 4 metros.

El flanco oriental está delimitado por una pequeña vaguada de escasa profundidad, por lo que se reforzó con un muro que corre a todo lo largo desde la torre mencionada anteriormente hasta la ladera sur en que se localiza la entrada al castro (fig. 15, F). Este acceso queda por tanto encajonado entre un tramo de muro que viene del lado suroeste y otro que corre paralelo a él desde el noreste.

En el área del segundo recinto (B) se conservan algunas retenidas o bancales para igualar el terreno a fin de facilitar la construcción de viviendas. Estas retenidas han servido modernamente para la delimitación de leiras, en las que se han levantado muros de separación que se diferencian claramente de los antiguos.

Entre el material de superficie cabe destacar los siguientes restos de cerámica (fig. 16):

SC 77/28-1. Plato hecho a torno del que se conservan diez fragmentos que permiten reconstruir la forma casi completa a excepción de la base. En su parte interior presenta un baquetón de refuerzo próximo al fondo. El diámetro es de 28 cm y las paredes tienen un grosor de 0,7-0,9 cm. La pasta es de color ocre oscuro con degreasante de cuarzo y mica. Las paredes están alisadas y conservan un engobe rojo por ambas caras. Este acabado, que

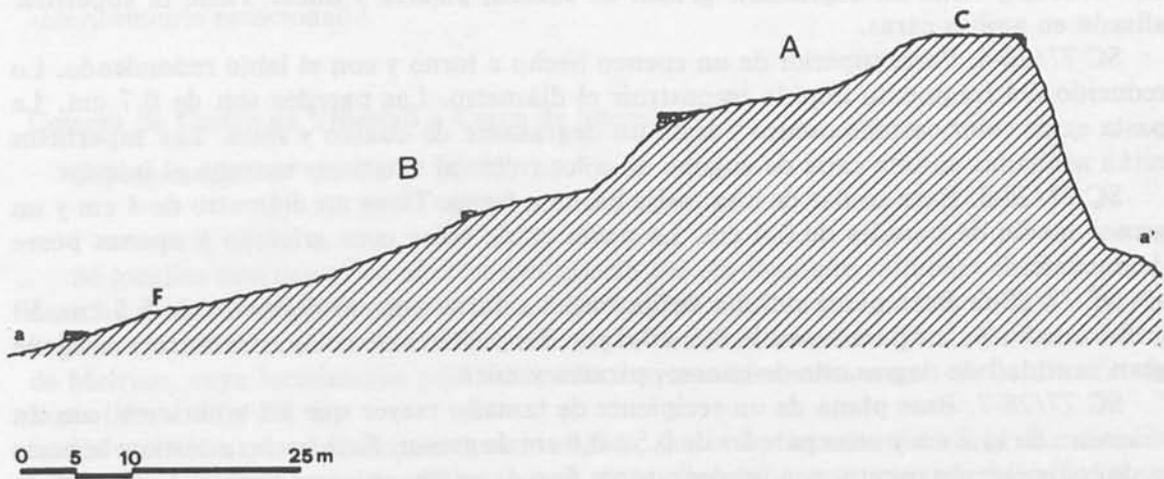
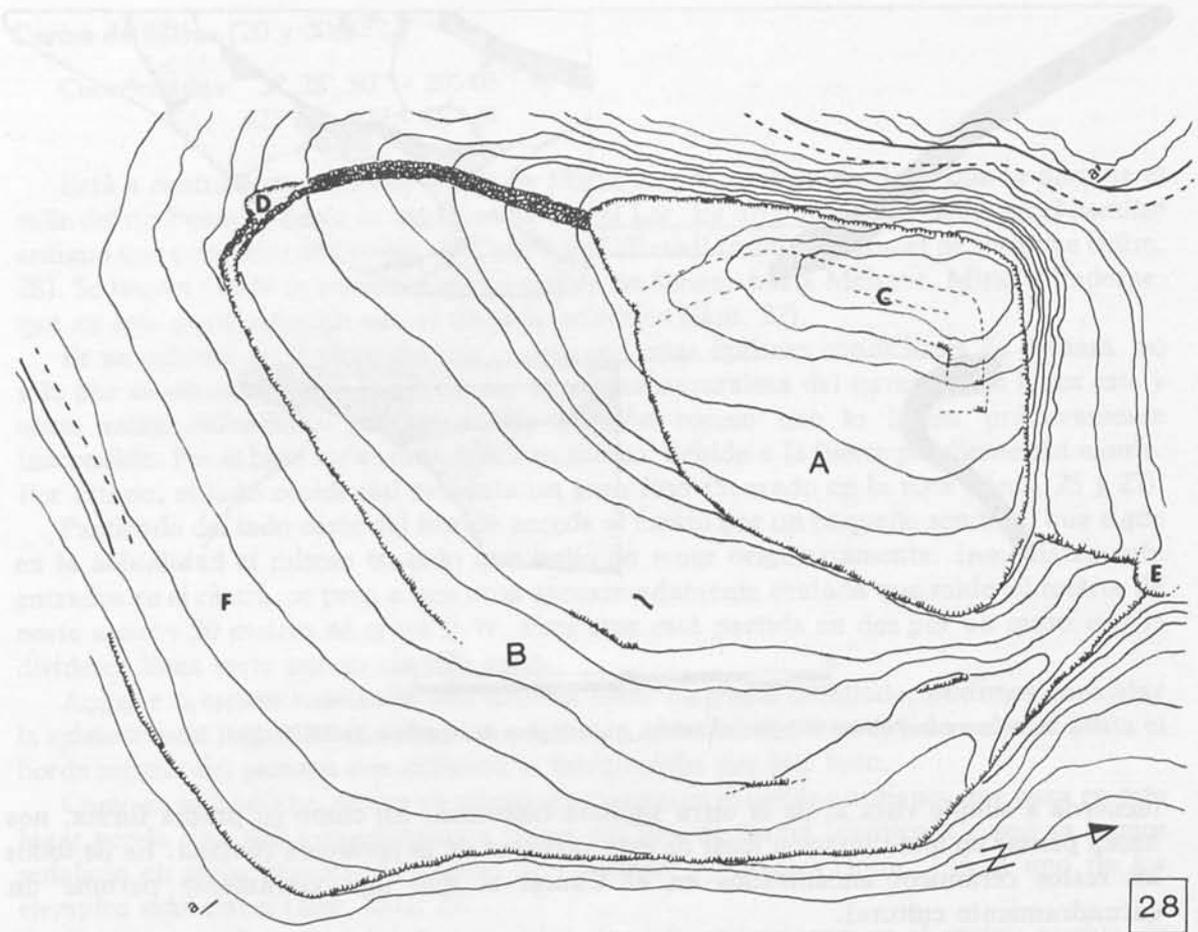


Fig. 15.—Castro de Paderne (n.º 28).

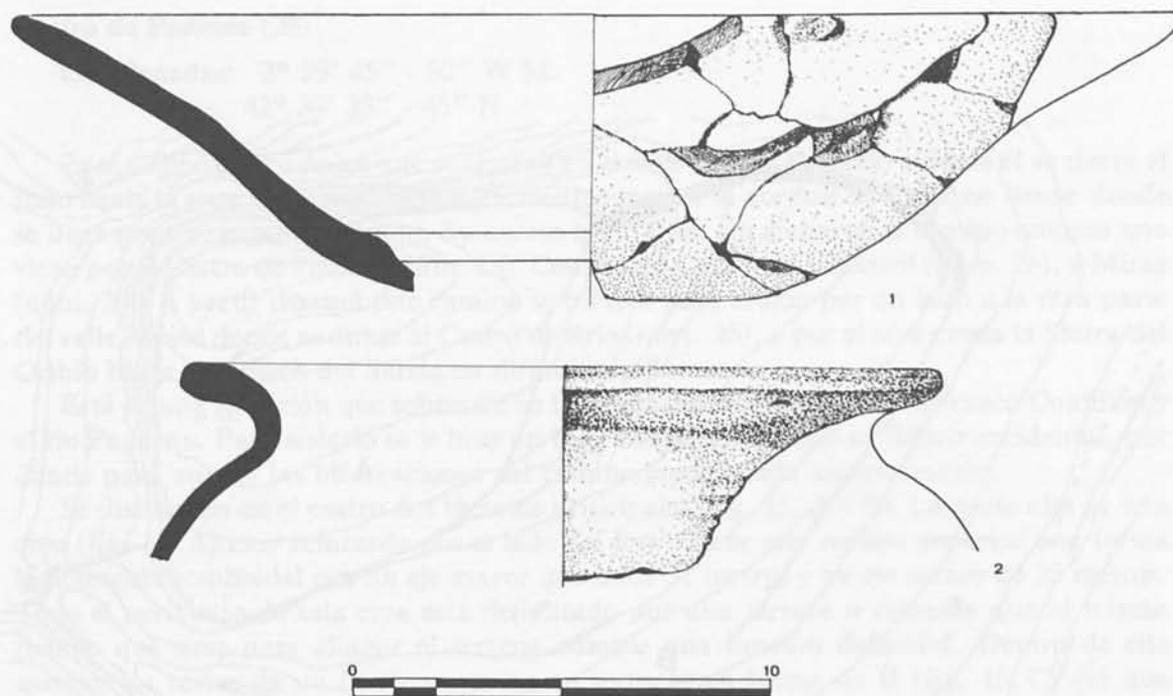


Fig. 16.—Castro de Paderne (n.º 28). Materiales arqueológicos de superficie: 1) S C 77/28-1; 2) S C 77/28-2.

recuerda a simple vista al de la terra sigillata hispánica, así como su propia forma, nos hacen pensar en una imitación local de esta variedad de la cerámica romana. Es de todos los restos cerámicos encontrados en el Caurel el que más claramente permite un encuadramiento cultural.

SC 77/28-2. Fragmento del borde, cuello y parte del galbo de una vasija hecha a mano, de forma globular y perfil en S. Su boca mide 18 cm de diámetro y sus paredes son de 0,3-0,6 cm. La pasta es de color gris claro y posee abundante degreasante silíceo. Las superficies aparecen alisadas en el propio torno.

SC 77/28-3. Parte superior de una vasija hecha a mano con el borde vuelto y el cuello poco desarrollado. El grosor de sus paredes oscila entre 0,9 y 1,4 cm. La pasta es de color ocre oscuro y tiene un degreasante grueso de cuarzo, pizarra y mica. Tiene la superficie alisada en ambas caras.

SC 77/28-4. Parte superior de un cuenco hecho a torno y con el labio redondeado. Lo reducido del fragmento impide reconstruir el diámetro. Las paredes son de 0,7 cm. La pasta es de color castaño oscuro y tiene un degreasante de cuarzo y mica. Las superficies están acabadas en una capa de engobe de color rojizo al exterior y castaño al interior.

SC 77/28-5. Base anular de una vasija hecha a torno. Tiene un diámetro de 4 cm y un grosor medio de paredes de 0,4 cm. La pasta es de color ocre grisáceo y apenas posee degreasante.

SC 77/28-6. Base plana de una vasija hecha a torno con un diámetro de 5,5 cm. El grosor medio de sus paredes es de 0,5 a 0,8 cm. La pasta es de color ocre claro y contiene gran cantidad de degreasante de cuarzo, pizarra y mica.

SC 77/28-7. Base plana de un recipiente de tamaño mayor que los anteriores, con un diámetro de 11,8 cm y unas paredes de 0,5 a 0,8 cm de grosor. Está hecho a torno y la pasta es de color castaño oscuro, con un degreasante fino de cuarzo, pizarra y mica. Su superficie exterior está alisada.

Castro de Miraz (20 y 20a)

Coordenadas: 3° 28' 50" - 29' 05" W M
42° 39' 40" - 45" N

Está a cuatrocientos metros al este de Miraz en una atalaya desde la que se domina el valle del río Pequeno hasta su confluencia con el Lor. Es un punto intermedio en el camino antiguo que comunica el Cotorro do Castro de Villasivil (núm. 16) con el de Paderne (núm. 28). Se llega a él por la carretera nueva que va de Seoane hacia Meiraos, Miraz y Paderne, que en esta parte coincide con el trazado primitivo (lám. 27).

Es un saliente de la montaña que cuenta con unas óptimas condiciones de defensa, no sólo por su situación, sino también por la misma naturaleza del terreno. Los lados este y norte están defendidos por un fuerte farallón rocoso que lo hacen prácticamente inaccesible. Por el lado sur es muy difícil su acceso, debido a la fuerte pendiente del monte. Por último, el lado occidental presenta un gran foso excavado en la roca (láms. 25 y 27).

Partiendo del lado oeste del foso se accede al castro por un pequeño sendero, que sigue en la actualidad el mismo trazado que hubo de tener originariamente. Inmediatamente entrados en el castro, se pasa a una croa aproximadamente ovalada que mide 60 metros de norte a sur y 30 metros en el eje E-W. Esta croa está partida en dos por un muro que lo divide en línea recta por su eje más corto.

Aunque la espesa vegetación nos impidió hacer un plano detallado, pudimos constatar la existencia de importantes retenidas o terrazas, especialmente en el lado oriental hasta el borde mismo del escarpe que delimita la fortificación por este lado.

Como ya se ha dicho, ocupa un punto intermedio en el camino antiguo, que pasa en este lugar por la cota 920 y se encajona a través del foso de forma idéntica a como ya hemos señalado en otros lugares. El Castro de Fouciños o Forcelas (núm. 14) es uno de los ejemplos más claros (lám. XIII, 2).

Según nos informaron hacia principios de siglo aparecieron en el vecino pueblo de Miraz algunas sepulturas al hacer los cimientos de la casa de Santiago Pombo a su regreso de Cuba. Todavía quedan junto a ella, que es la número 8 del lugar, los restos de una de estas sepulturas aflorando en la superficie (núm. 20a). Pertenece a las ya conocidas inhumaciones en cajas hechas con losas de pizarra (lám. 26), como las de Esperante (núm. 10) y otros lugares. Por su proximidad al castro y el paralelismo que ofrecen otros hallazgos similares en la zona, cabe suponer que se trate de la necrópolis del yacimiento anteriormente mencionado.

Cotorro do Castro de Villasivil o Cerca de Sucasro (16)

Coordenadas: 3° 28' 15" - 30" W M
42° 39' 25" - 40" N

Se localiza este castro en el valle secundario del río Pequeno, afluente del Lor por la derecha, pero en una cota comprendida entre los 200 y 300 m por encima de la del río. Se llega por la carretera de Seoane a Paderne, y queda a la altura de la iglesia de Santa María de Meiraos, cuya localización aquí responde muy posiblemente a una cristianización del lugar (láms. 27 y 28, 1).

Es un habitat de proporciones considerables, que calculamos en la fotografía aérea en unos 500 m de norte a sur por 200 de este a oeste. Consta de tres recintos delimitados por sendos taludes, de los cuales el más alto tenía una fuerte croa, que se halla muy derruida,

pero todavía visible. El lado norte está defendido por dos fosos, de los que el exterior es algo menos profundo (láms. 28, 2 y 29, 1 y 2). De los pocos restos cerámicos recogidos en superficie parece deducirse una segura ocupación de época romana.

Por encima de este castro, y en una cota unos 100 m más alta, toma sus aguas, en el manantial denominado A Fonte, el canal c-7 de la Mina da Toca.

Desde la privilegiada situación de dominio del valle del río Pequeno que tiene este castro, se ven en las inmediaciones los castros de Miraz, Paderne, Brío y el Cido, respondiendo así a una constante que se da en todo el Caurel, de que los castros altos estén siempre comunicados visualmente con el más próximo (lám. 30).

Es curioso anotar que en nuestra visita ninguno de los pastores, ni gente del lugar con los que hablamos, tenían noticia de que aquello hubiese sido un lugar antiguo de población.

Castro de Cousoliños o de Piñeira (18)

Coordenadas: 3° 27' 20" - 25" W M
42° 38' 55" - 39' 00" N

Magníficamente situado sobre la confluencia del río Pequeno con el río Lor y de los arroyos de la Rogueira y de Carbedo. Está en un saliente del monte Cousoliños entre las cotas 990 y 950. Se halla a mitad de distancia entre Piñeira y Meiraos y se llega a él por el camino que une estas dos poblaciones.

El yacimiento propiamente dicho tiene forma aproximadamente ovalada y se orienta en dirección NW-SE. El diámetro del lado mayor es de 125 metros y su anchura máxima de 40 metros (fig. 17 y láms. 30 y 31, 1).

Tiene por el lado noreste un foso que lo aísla de la parte alta de la ladera. Este foso circunvala el yacimiento a lo largo de todo su flanco occidental, que por ser el más accesible, está defendido por otros dos fosos más de dimensiones reducidas. En las lomas intermedias entre ellos, quedan vestigios de piedras hincadas que pudieron documentarse al menos en la parte alta (fig. 17). El lado oriental se halla defendido por un fuerte escarpe del terreno.

La parte alta de lo que es el castro está defendida también por una amplia croa sobre la que se ha construido modernamente el muro de una cerca. Quedan de ella las piedras acumuladas de lo que debió ser un muro de considerables proporciones que se dibuja claramente sobre el terreno (lám. 31, 2). El grosor aproximado era de unos dos metros. En la cota más alta de la croa y junto al foso principal, se construyó un fuerte parapeto. La acumulación de piedras nos hace suponer que también aquí se construyó una torre defensiva como las de Cido (2), Losada (32), Foz (15), Torre do Castro (12) y otros.

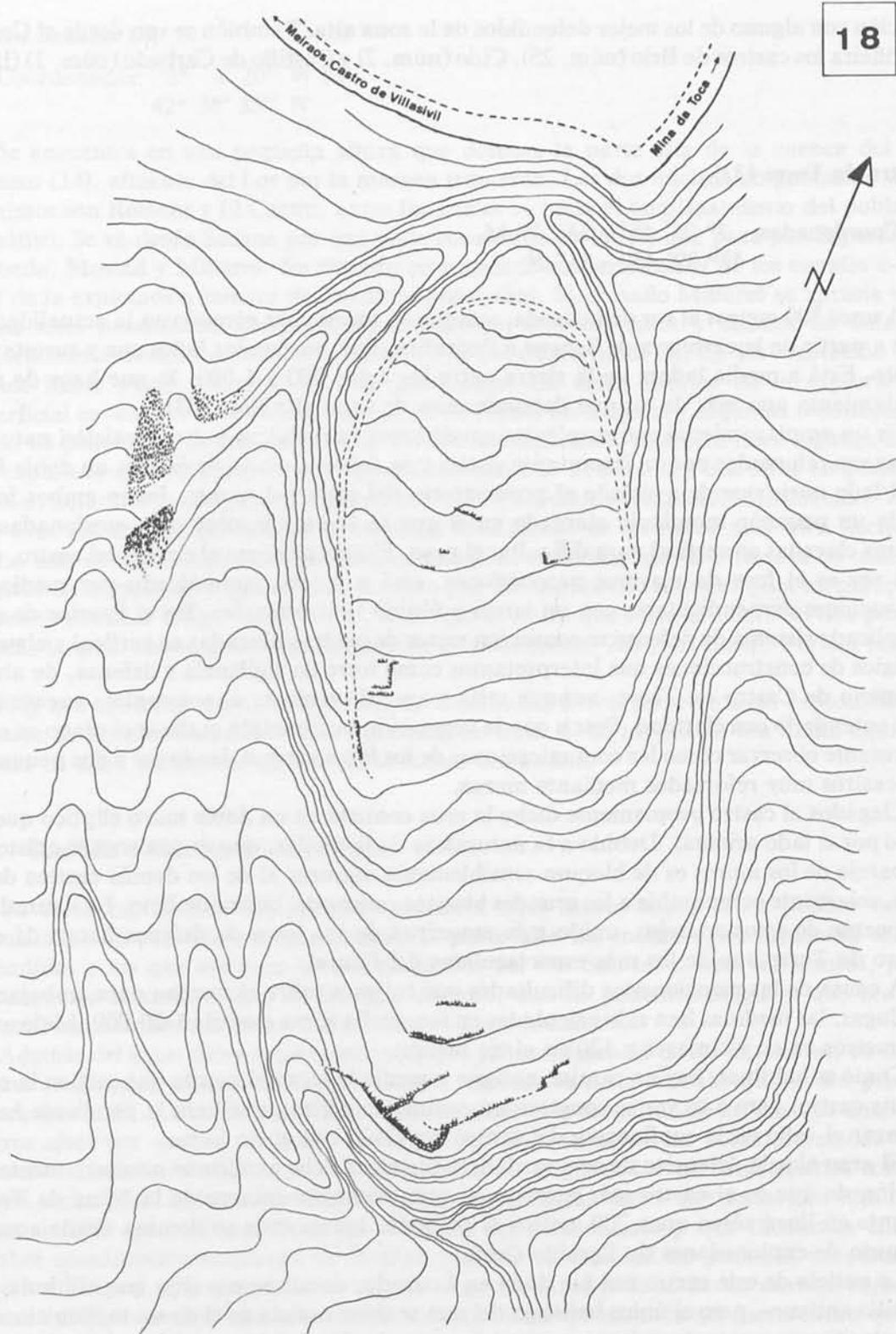
Por lo que se refiere a la defensa del lado sur, consiste en un triple sistema de muros escalonados junto al foso que rematan hacia el oeste en dos fuertes bastiones macizos (lám. 32, 1 y 2).

Al igual que el castro da Torre de Lousada (núm. 32) se sitúa al este de la Mina da Toca (núm. 4), este de Piñeira es el más próximo a las explotaciones mineras por el lado occidental. Precisamente el canal c-7 de esta explotación aurífera, que toma sus aguas en la fuente próxima al Cotorro do Castro de Villasivil (núm. 16), pasa inmediatamente por encima de este yacimiento en una cota más alta del monte Cousoliños.

Con ambos yacimientos está unido a través de un camino de media ladera, que pasa inmediatamente por encima del foso norte.

Al pie del monte, junto al río, se ve desde aquí el Castro da Devesa do Rei (núm. 9), que pertenece tipológicamente a los que se sitúan en la parte baja del valle, guardando siempre

18



Castro de Piñeira



Equidistancia: 2m.

Fig. 17.—Castro de Cousoliños o de Piñeira (n.º 18).

relación con alguno de los mejor defendidos de la zona alta. También se ven desde el Castro de Piñeira los castros de Brio (núm. 25), Cido (núm. 2) y Castillo de Carbedo (núm. 1) (lám. 30).

Castro da Torre (32)

Coordenadas: 3° 25' 45" - 55" W M
42° 39' 45" - 55" N

A unos 500 metros al sur de Lousada, aunque su acceso más cómodo en la actualidad se hace a partir de la carretera de Seoane a Pedrafita, que bordea los lados sur y sureste del monte. Está a media ladera de la sierra entre las cotas 900 y 1.000, lo que hace de este asentamiento uno más de los que denominamos de zona alta (lám. 33).

Es un emplazamiento con excelentes condiciones estratégicas por su posición natural, que se ven reforzadas por un importante sistema de defensa. Consiste éste en un doble foso en el lado norte que deja aislado el promontorio del resto del monte. Entre ambos fosos queda un pequeño montículo alargado en el que se ven las huellas muy erosionadas de piedras clavadas en vertical para dificultar el paso. El más próximo al centro del castro, que a su vez es el foso de mayores proporciones, está a su vez comunicado por medio de excavaciones perpendiculares con un tercer y último foso defensivo. En el interior de este complicado sistema de defensa se conservan restos de piedras hincadas en vertical y algunos vestigios de construcciones que interpretamos como torre de vigilancia y defensa, de ahí el topónimo de Castro da Torre, aunque sería necesario realizar una completa excavación para entenderlo con claridad. Pese a que la vegetación nos impidió realizar el plano es muy interesante observar cómo las comunicaciones de los fosos entre sí dan lugar a dos pequeños antecastros muy reforzados mediante muros.

Llegados al castro propiamente dicho la croa consiste en un doble muro elíptico que es único por el lado oriental. Debido a la naturaleza de la piedra, que es una roca esquistosa, el aparejo de los muros es de bloques sensiblemente mayores al de los demás castros de la zona, solamente comparable a los grandes bloques calizos del castro de Brio. La naturaleza imponente de estos aparejos, unido a la magnitud de los fosos de defensa hacen de este Castro da Torre uno de los más espectaculares del Caurel.

A causa de las mencionadas dificultades que tuvimos sobre el terreno para trabajar en este lugar, las medidas han sido calculadas en fotografía aérea a escala 1:20.000. Mide unos 220 metros en su eje mayor y 120 en el eje menor.

Como es habitual, hay un camino antiguo a media ladera del monte que está en la cota de este castro, pero a su vez se conserva un camino en zig-zag que baja la pendiente hasta alcanzar el valle en la confluencia del arroyo de Vilela con el río Lor.

El gran alarde defensivo de esta verdadera fortaleza debe explicarse necesariamente en función de que es el castro más próximo al gran complejo minero de la Mina da Toca, distante en línea aérea unos 700 metros al suroeste. Igualmente se domina desde aquí el conjunto de explotaciones de Torubio Oeste.

La noticia de este castro nos fue dada en Lousada, donde se nos dijo que allí hubo un «castillo antiguo», pero el único hallazgo del que se tiene noticia es el de un molino circular encontrado por una mujer mientras guardaba ganado. En la falda oriental, sin embargo, y concretamente en una leira al pie de la carretera, se localizaba la necrópolis en la que se hallaron sepulturas rectangulares hechas con lajas de pizarra como las de Esperante (10), Miraz (20a) y otros lugares.

Castro Romeor (6)

Coordenadas: 3° 4' 20" W M
42° 38' 35" N

Se encuentra en una pequeña altura que domina la parte alta de la cuenca del río Romeor (14), afluente del Lor por la margen izquierda. Los dos núcleos de población más próximos son Romeor y El Castro, entre los cuales se halla el emplazamiento del poblado primitivo. Se va desde Seoane por una pista construida en 1975 y que pasa por Esperante, Carbedo, Mostad y Millares. Su trazado corresponde en parte con el de los canales c-4 y c-4b de la explotación minera de Torubio Oeste (núm. 5). Pasado Millares se aprecia una buena vista panorámica del conjunto del monte, con sus fosos y taludes de defensa perfectamente dibujados en toda la ladera oeste del castro (lám. 34, 1). La vegetación nos impide hacer plano completo de este yacimiento. De todas formas en la exploración superficial se ven los restos de una habitación de planta rectangular y esquinas redondeadas hecha de pequeños bloques de pizarra. En sus inmediaciones apareció hace algunos años una sepultura que nos describieron cubierta de una losa de pizarra y con otras en posición vertical, descripción que parece coincidir con las de Esperante (núm. 10), Miraz (núm. 20a) y El Cido (núm. 2a). En su interior contenía «dos piezas de cerámica muy bien hechas».

Lo más característico de este castro es un ancho murallón que lo atraviesa en toda su longitud de norte a sur y que en el lado norte gira hacia el oeste, formando así un parapeto defensivo paralelo al foso (lám. 34, 2). Este tipo de muro que corta al castro en dos por su eje más largo lo encontramos igualmente en El Cido (núm. 2b) y en Castro Portela (núm. 33).

Hay que subrayar la proximidad de este asentamiento con respecto a las explotaciones mineras de Torubio Este (núm. 7) y Los Millares (núm. 8) de las que se ven desde aquí las traídas de agua a distintas alturas en la ladera del monte.

3.2. CASTROS DE LA ZONA BAJA

Ya en la relación de yacimientos que hasta aquí hemos hecho se ha podido ver la correlación entre los castros que ocupan la parte alta del monte o los espolones mejor defendidos y los que están en las proximidades del río. Son los menos numerosos, pues encontramos solamente siete de los que, además, uno no podemos asegurar que sea un castro. Nos referimos al llamado Castrín de Cotelo (núm. 19).

Además del lugar de su emplazamiento, que ya los diferencia de los anteriores, en estos castros se aprecian otros rasgos comunes que merecen la pena ser subrayados. En primer lugar carecen de una vía de comunicación entre ellos de la magnitud de las dos que unen los castros altos por ambos márgenes de la cuenca. Posiblemente las actuales veredas que transcurren junto al río fueran ya utilizadas desde la antigüedad. Otra característica común a estos yacimientos es la menor magnitud de las defensas. Lo único que destaca en ellas es el muro circular que defiende la parte más alta del promontorio y que llamamos con el nombre comúnmente empleado de la croa, aunque en realidad no pudimos documentar que en el Caurel se le denominara así. En algunos casos la croa de los castros bajos se encuentra relativamente bien conservada y da una idea aproximada del fuerte muro que se hizo en algunos lugares.

(14) Como dijimos en el apartado 2.3., Romeor provendría de Río Maor o Maior = Río Mayor, en contraposición al río Pequeno.

En el catálogo que damos a continuación guardamos un orden de exposición similar al que ya hemos seguido con los castros de media ladera.

O Campo de Vilar (22)

Coordenadas: 3° 22' 20" W M
42° 33' 05" N

Estando en el Castro de Vilar (núm. 21) nos hablaron de otro que se veía desde allí y está situado mucho más bajo, junto al río Lor, a unos 400 metros al este de Vilar. Abundan en él manantiales, por lo que se han parcelado varias leiras destinadas al cultivo de hortalizas.



Fig. 18.—O Campo de Vilar (n.º 22)

0 2.5 5 20
Escala 2m

Como todos los castros de la zona baja, próximos al río, su sistema de defensa es menos complejo que en los situados en los escarpes a media ladera. Faltan aquí los fosos o cortas que incomunican el promontorio por su lado más accesible, pero tiene, eso sí, una croa elíptica de 16 x 14 metros. Lo más llamativo de este castro es precisamente la croa, que se conserva casi intacta hasta una altura de más de dos metros en algunos puntos y tiene un espesor medio de 1,60 m. La entrada se hace por el lado sur, obligando a entrar en el recinto de la croa por un estrecho pasillo en forma de codo que se defiende desde dentro mediante un espeso parapeto que oscila entre un metro y cuatro metros en su parte más ancha (fig. 18).

Hacia levante de la croa se dibujan dos amplias terrazas con retenidas de pizarra para igualar la roca en un esquema muy parecido al que se utiliza en el Castro de Vilar (núm. 21), pero que da lugar a espacios más amplios. En una de estas terrazas junto a la puerta de entrada hay vestigios de lo que nos parece que es una fuente antigua.

Castro de Vilamor (36)

Coordenadas: 3° 32' 35" W M
42° 33' 55" N

Junto a la aldea de Vilamor se destaca una colina de forma muy regular, en cuya parte más alta está construida la iglesia de San Vicente (lám. 5, 2). A simple vista tiene el aspecto clásico de un castro, y lo mismo puede decirse de su observación en la fotografía aérea, en la que se ven los taludes que lo circundan. De todas formas, ni los habitantes de Vilamor ni nuestra exploración sobre el terreno nos han permitido tener confirmación de que se trate realmente de un castro antiguo, aunque todo parece indicarlo así. Aquí puede haber ocurrido, de la misma forma que en Parada, que la identificación del castro se ha reservado al hecho más visible en el Alto de la Golada, a una cota ligeramente superior y que no pudimos prospectar. Y, sobre todo, pensamos que se trata de un castro de los situados en las cotas bajas y más próximos al río por la doble razón de tener una iglesia construida sobre el lugar, y por existir el castro alto, más fortificado, que hemos mencionado anteriormente, y que repetiría el esquema que tantas veces hemos podido comprobar en el Caurel.

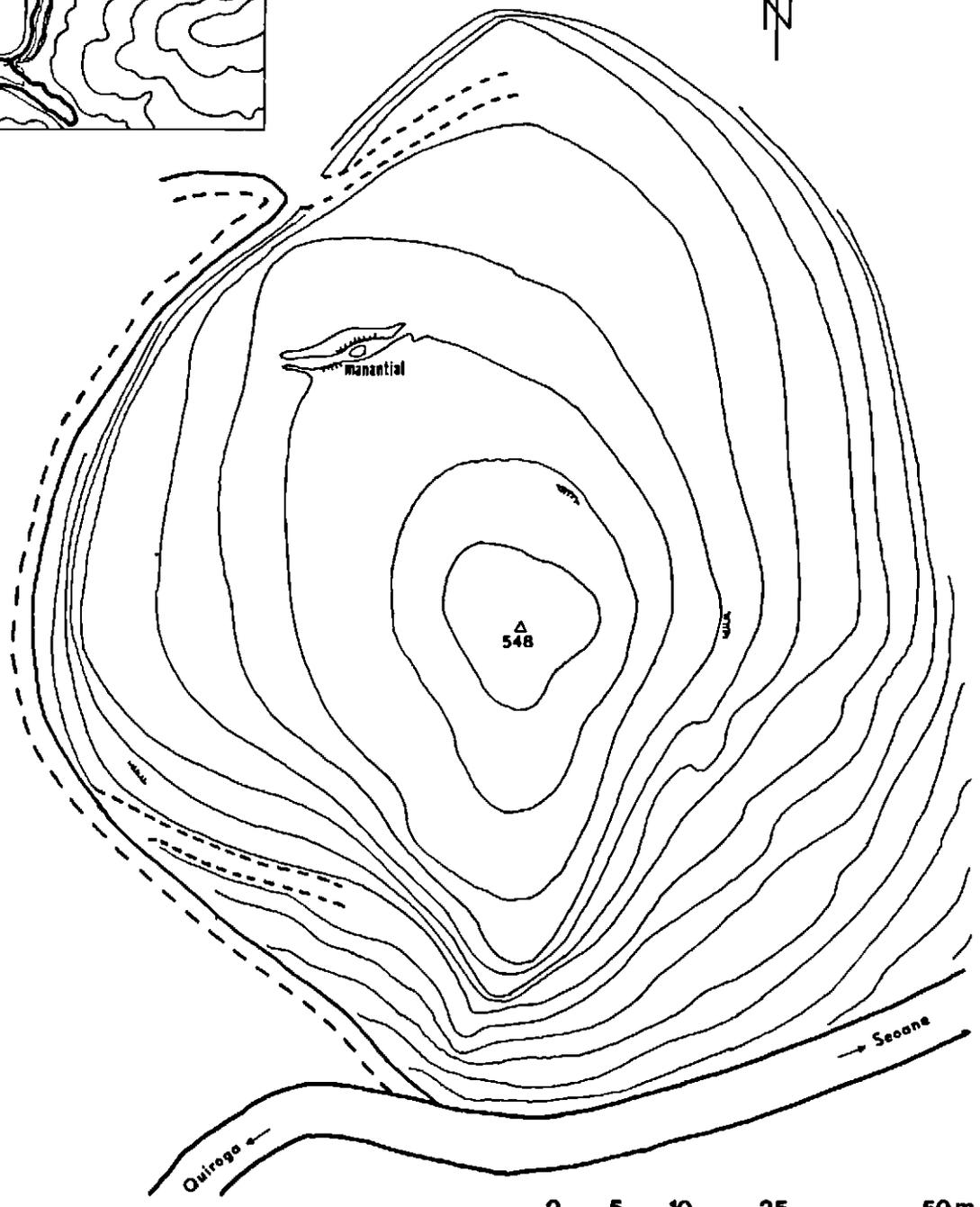
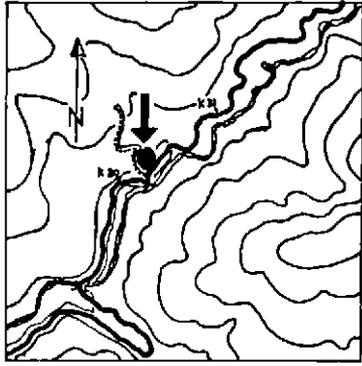
Castro de Mogoxe (3)

Coordenadas: 3° 29' 15" W M
42° 32' 15" N

Se encuentra a 5 km de Seoane, en el lado izquierdo de la carretera que viene de Quiroga, a la altura del km 30,200. Es un pequeño montículo junto al río Lor, muy bien situado para controlar el paso por la parte baja del valle. Tiene dos caminos de acceso o entradas por los lados sur y noroeste, que ascienden bordeando la colina por la ladera oeste (figs. 19 y 20). Desde las alturas próximas, en dirección a Sobredo, se obtiene una buena visión del conjunto de todo este castro y de los taludes que lo defienden, muy erosionados como todo el yacimiento, pero perfectamente identificables (lám. 35, 1) (15).

En la superficie se aprecian, en algunos puntos, escasos restos visibles de construcción,

(15) En M. Vázquez Seijas: op. cit., 1969 y 1970, 295 s. se hace mención a este castro.



Castro de Mogoxe

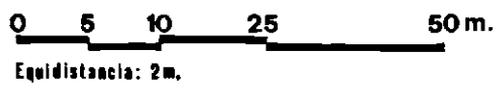


Fig. 19.—Castro de Mogoxe (n.º 3). Plano.

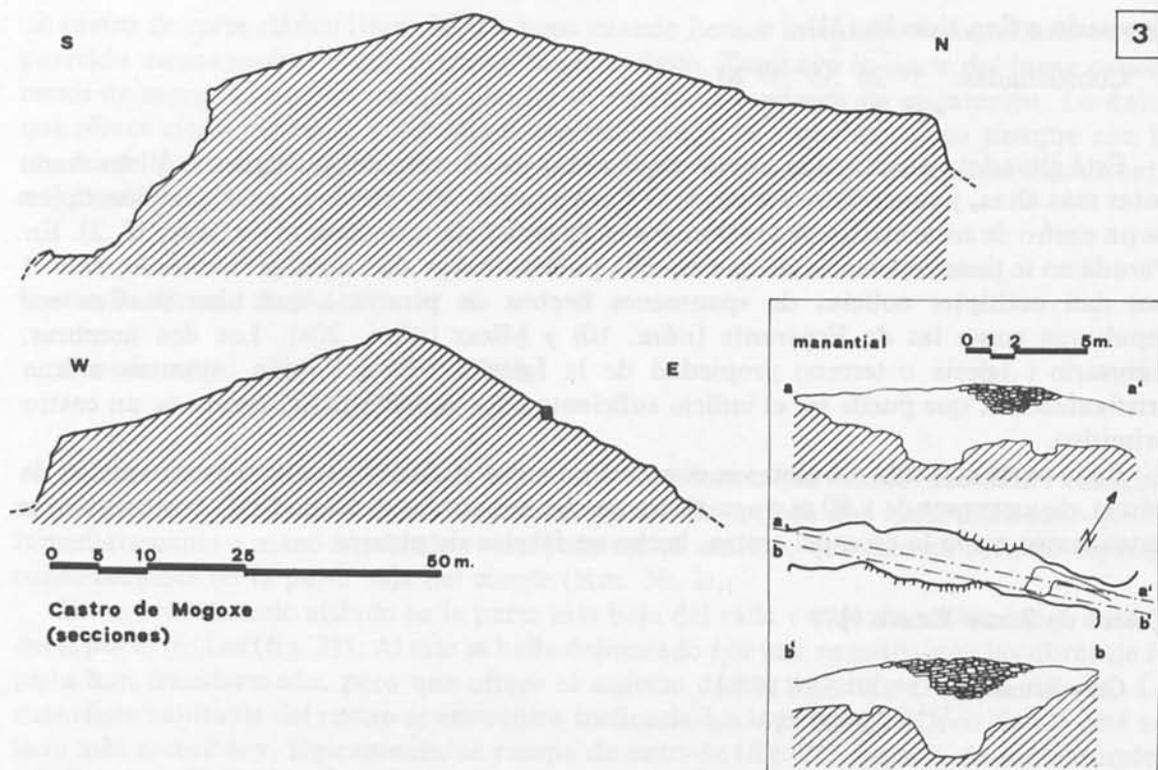


Fig. 20.—Castro de Mogoxe (n.º 3). Secciones y detalle del manantial.

entre los que destaca el acondicionamiento de un manantial para el abastecimiento de agua, hecho en forma de trinchera, de la que quedan las paredes laterales en fábrica de mampostería hasta una considerable altura. Este manantial tenía, al parecer, una conducción de agua en dirección al río, que fue destruida por la carretera Quiroga-Seoane, hecha entre 1932 y 1935. Como resultado de ello, todavía brotan las aguas en la misma carretera.

El castro de Mogoxe estuvo cubierto de robles hasta aproximadamente 1950, fecha en la que fueron talados, y posteriormente se hizo carbón sobre el lugar con los restos de ramas y troncos menores. Es precisamente en este momento cuando un vecino de la Fundición Vieja de Seoane encontró una pieza que, al igual que las del Cido, todavía se recordaba entre las gentes de los alrededores, y la describían con tal coincidencia de detalles que hacen muy verosímil la noticia. Nos hablaban de «una plancha de bronce en la que se veía un jinete con armadura y escudo en la parte superior». Este hallazgo debió contribuir a dos hechos que reseñamos: de una parte se produjo una fiebre por la búsqueda de tesoros que motivó el que se hicieran numerosos agujeros superficiales, que son todavía visibles por todas partes. En segundo lugar, la noticia de este descubrimiento debió repercutir en la fama que el castro de Mogoxe adquirió en los alrededores, y cuyo impacto perdura aún hoy día. Prácticamente en todo el Caurel, cuando preguntábamos por castros, se nos hablaba casi tan sólo del de Mogoxe, que además tiene acumulada toda una serie de leyendas.

Tipológicamente, responde este castro a un modelo de los que podemos llamar «castros de la zona baja», próximos todos ellos al río y situados al pie de otro que está en la zona de media ladera de la sierra. En el caso concreto de éste, el castro de la parte alta es el de Torre do Castro o castro de Sobredo.

Egresario o San Román (31)

Coordenadas: 3° 26' 55" W M
42° 37' 15" N

Está situado a unos 200 m al este de Parada; en el valle de A. Rogueira. Visto desde cotas más altas, y concretamente desde O Castro (núm. 30), ofrece la configuración típica de un castro de corte clásico de los situados en la zona baja, próximos al río (lám. 35, 2). En Parada no se tiene conciencia de que aquello pudiera haber sido un lugar habitado, pero sí nos dan múltiples noticias de «panteones hechos de pizarra», que bien pueden ser sepulturas como las de Esperante (núm. 10) y Miraz (núm. 20a). Los dos nombres, Egresario (iglesia o terreno propiedad de la Iglesia) y San Román, apuntan a una cristianización, que puede ser el indicio suficiente para suponer la existencia de un castro primitivo.

En la parte más alta del castro se conserva un muro ovalado (que ahora es separación de leiras), de un grosor de 1,80 m y una altura en algunos puntos de hasta 2 m, construcción de entendemos como la croa del castro, hecho en fábrica de pizarra.

Castro de Santo Estevo (17)

Coordenadas: 3° 27' 55" W M
42° 39' 00" N

Está a un kilómetro al norte de Seoane, aunque se accede a él más fácilmente por la carretera nueva de Meiraos. Es una elevación defendida en su parte más accesible por un profundo foso en el lado noreste.

El nombre del castro deriva posiblemente de una capilla arruinada que pudo haber estado consagrada a San Esteban. Sería una vez más otro de los tantos casos de cristianización de lugares paganos. Precisamente en las inmediaciones de la capilla se ven superficialmente los restos de algunas sepulturas de pizarra (17a) del tipo de las de Esperante (núm. 10) Cido (núm. 2a), Miraz (núm. 20a), Castro Portela (núm. 34), Romeor (núm. 6) y Lousada (núm. 32). Cabe la posibilidad de que no estén en relación con el castro sino con la capilla o ermita, pero para confirmarlo habría que excavar alguna y ver su tipología y la posibilidad de encontrar ajueres como el que nos fue descrito en Romeor (núm. 6).

El castro propiamente dicho se halla cubierto por una espesa vegetación de robles que nos impidió verlo claramente en su conjunto o realizar su planimetría. Pese a ello se notan los restos superficiales del muro de la croa en la parte más alta y un talud a lo largo de todo el perímetro.

Por lo que se refiere a su situación hay que decir que se encuentra en un saliente de la orilla izquierda del río Pequeno, afluente del Lor, y dada su posición relativamente baja, está dominado por los castros de Brio (núm. 25) y Piñeira (núm. 18).

Castrín de Cotelo (19)

Coordenadas: 3° 27' 40" W M
42° 38' 45" N

Situado en una cota algo más baja que el Castro de Piñeira y en la ladera suroeste del mismo monte. Visto desde arriba parece que se dibuja en él inconfundiblemente la croa de

un castro de corte clásico (lám. 36, 1), pero cuando hemos intentado topografiarlo nos ha parecido menos probable que fuera un lugar antiguo. Tampoco la gente del lugar conoce restos de muros ni ningún vestigio similar que pudiera servirnos de orientación. Lo único que ofrece cierta garantía, y por ello lo registramos, es el topónimo, pero siempre con la reserva de que una catalogación definitiva solamente sería posible tras realizar alguna cata o excavación.

Castro da Devesa do Rei (9)

Coordenadas: 3° 26' 40-45" W M
42° 38' 35" N

Está situado en un meandro del río Lor, en un punto en que éste es fácilmente vadeable en las proximidades de Esperante. Al pasar el puente de la pista que viene de Seoane queda inmediatamente a mano izquierda y, tan próximo al camino, que éste ha cortado algunas construcciones en la parte baja del monte (lám. 36, 2).

Es un promontorio aislado en la parte más baja del valle y rodeado en sus lados norte y oeste por el río Lor (fig. 21). Al este se halla delimitado por una vaguada que las obras de la pista han transformado, pero que ofrece el aspecto de ser un antiguo cauce del río. La superficie habitable del castro se encuentra inclinada hacia el lado sur, por donde está su lado más accesible y, lógicamente, la rampa de entrada (fig. 21). Aparte de sus naturales condiciones defensivas, muy acusadas en el lado norte del castro, donde el escarpe del terreno llega a tener hasta treinta metros de altura, existen en el lado sur restos de una «retenida» o muro de contención que parece ser el asentamiento de una considerable muralla de carácter defensivo.

En la parte más alta se conservan perfectamente los restos de la croa, que mide 23 metros en su eje mayor y está delimitada por una muralla de 1,60 m de ancho, fabricada en un aparejo de pizarra de muy buena calidad. En su interior vimos en superficie restos de una construcción rectangular de 10,25 m x 3,5-4 m a la que limpiamos la maleza para poder obtener fotografías. En esta limpieza observamos que su parte interna estaba cegada de trozos de pizarra que pudieron corresponder al desplome de la techumbre y erosión de los muros.

En el lado sur del castro, dentro del mismo meandro del río Lor, existe un depósito de aluvión de unos doscientos metros de largo, que pudo haber sido explotado utilizando el desvío del río mencionado anteriormente. Este lugar se cubre de agua con las crecidas del Lor y le llaman El Lago, nombre con el que algunos conocen también al castro. Es curioso reseñar que las personas que nos informaron hablaban de que «allí lavaban el oro los antiguos».

Tipológicamente responde este castro al modelo de los situados en la parte baja del valle y que suele corresponderse con otro en un lugar más escarpado a media ladera de la sierra. En este caso estaría relacionado con el Castro de Pifeira (núm. 18).

3.3. LAS EXPLOTACIONES AURIFERAS (fig. 22)

Presentamos las explotaciones auríferas del Caurel en un orden geográfico, ascendente a lo largo del río Lor, según se produjo, a nuestro parecer, el desarrollo de las labores en época romana (caps. 4, 7 y 8). El orden en que fueron objeto de prospección queda

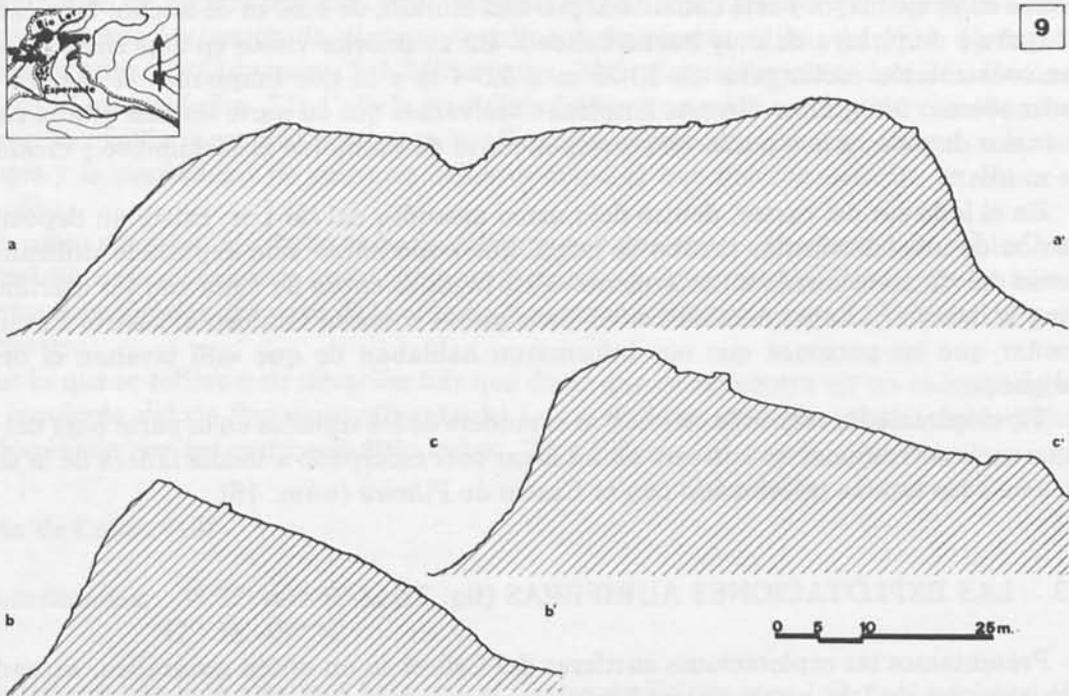
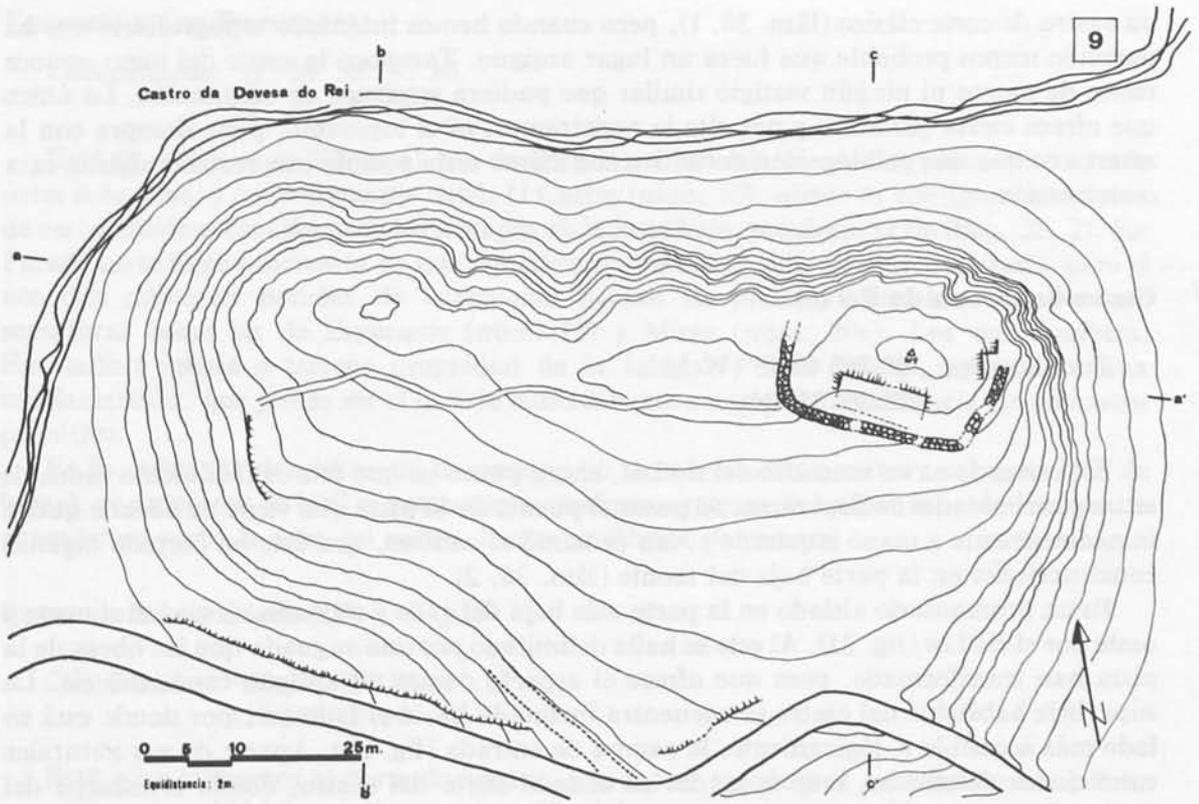
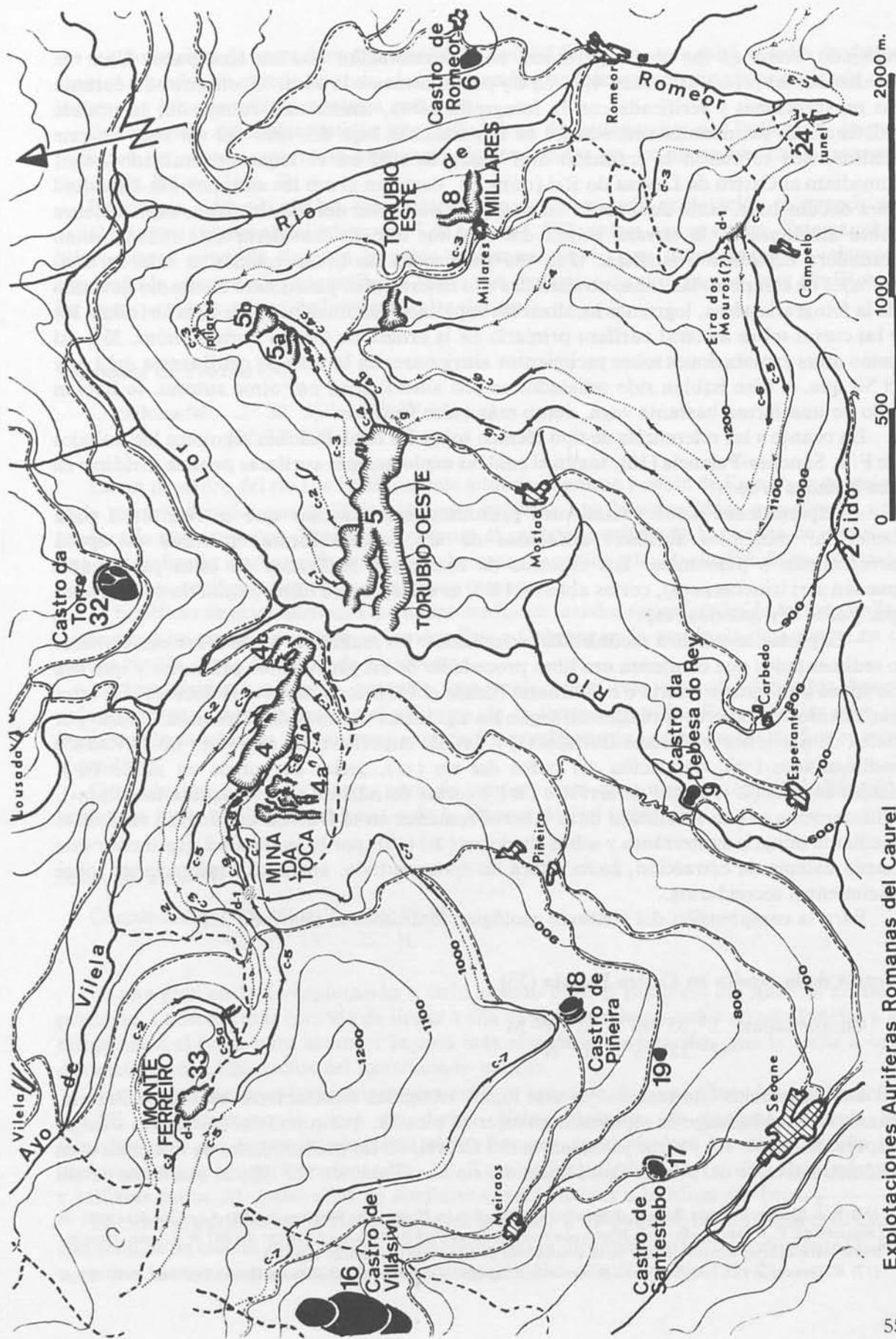


Fig. 21.—Castro da Devesa do Rei (n.º 9).



Explotaciones Auríferas Romanas del Caurel

Fig. 22.—Explotaciones auríferas romanas del Caurel. Plano de situación de la red de trida de aguas de la principal zona explotada.

reflejado, como en los otros apartados, en la numeración que les acompaña. Una vez localizadas las primeras: núms. 4, 5, 7 y 8 y posteriormente la núm. 33, encontrada durante las prospecciones y verificada con la fotografía aérea, intentamos comprobar la posible existencia de yacimientos secundarios en la parte más baja del valle del río Lor. En este sentido, nos refirieron la tradición oral según la cual en el lugar denominado Lago, inmediato al Castro da Devesa do Rei (núm. 9), «lavaban el oro los antiguos»; la dificultad para documentar, tanto aquí como en cualquier otra zona del NO. hispano, explotaciones sobre aluviones de la terraza actual del río, nos impide considerar este indicio como verdadera explotación aurífera. Una vez finalizadas las prospecciones, a raíz de unos trabajos de campo en las zonas no visitadas con anterioridad y mediante el estudio detenido de la fotografía aérea, logramos localizar las explotaciones aluvionares de Froxán (núm. 36) y las cortas sobre mineral aurífero primario de la ermita de Castro Portela (núm. 35), así como otras explotaciones sobre yacimientos aluvionares en la zona de confluencia del Lor y el Sil que, si bien habían sido señalados ya con anterioridad por otros autores, lo habían sido de una forma bastante vaga, como más tarde veremos.

En cuanto a las referencias de tipo técnico sobre las explotaciones seguimos los trabajos de F. J. Sánchez-Palencia (16), según el cual las explotaciones auríferas pueden dividirse en dos grandes grupos:

—Explotaciones sobre yacimientos primarios: son aquellas que se realizaron para beneficiar minerales auríferos encajados de una u otra forma en rocas de época precámbrica o paleozoica. Los sistemas de extracción realizados en estos yacimientos pueden ser: trincheras (■), cortas abiertas (■), es decir, al aire libre, y minería subterránea por pozos o/y galerías (⊠).

—Explotaciones sobre yacimientos secundarios: las realizadas sobre aluviones fluviales o sedimentados que contienen oro libre procedente de los yacimientos primarios y que son de época geológica terciaria o cuaternaria (desde el Oligoceno hasta el Holoceno). En estos yacimientos las labores se realizaron según los siguientes sistemas de extracción: lavado por batea de aluviones o placeres fluviales (▽), lavado superficial de aluviones no fluviales o sedimentados (▽), desviación del curso del río (⊕), series de surcos en arado (▽), zanjas-canales (⊕), cortas de arrastre (●) y cortas de minado (⊗) (la «ruina montium»). Ultimamente se han localizado unas labores romanas en el Duerna que fueron realizadas mediante minería subterránea y sobre aluviones (⊗) (17), por lo cual habrá que incluir este nuevo sistema de extracción, hasta ahora no documentado, entre las explotaciones sobre yacimientos secundarios.

Para la comprensión del contexto geológico remitimos al apartado 2.2.

Cortas de la ermita en Castro Portela (35)

Coordenadas: 3° 35' 40" - 55" W M
42° 32' 15" - 20" N

Las referencias que tenemos de este lugar, recogidas directamente en Castro Portela, consisten en el hallazgo de sepulturas en cajas de pizarra, que suponemos similares a las de Esperante (núm. 10) y otros yacimientos del Caurel, en las proximidades de la ermita a un kilómetro al oeste del pueblo aguas abajo del río Lor. También nos dijeros que cerca de allí

(16) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: «Römischer Goldbergbau im Nordwesten Spaniens» en *Der Anschnitt* 2-3 (1979) 38 ss.; resumen de: F. J. Sánchez-Palencia Ramos: *La explotación aurífera prerromana y romana del NO de España*. Memoria de licenciatura leída en febrero de 1977 en la Universidad Complutense de Madrid, cap. 2.2.

(17) C. Domergue y G. Herail: *Mines d'or romaines d'Espagne. Le district de la Valduerna (León)*. Toulouse 1978, 147 ss.

«se ven las huellas de herradura del caballo del apóstol Santiago, que saltó el valle desde los montes situados en el lado opuesto al río», leyenda que frecuentemente viene asociada con lugares en los que existen vestigios antiguos.

Examinando detenidamente la fotografía aérea de la zona que nos indicaron, lo que pudimos ver claramente es la existencia de dos cortas en un meandro de la margen izquierda del río (lám. 2).

En la cota más alta de las dos cortas que constituyen esta explotación se aprecia un canal que trae sus aguas del mismo río Lor a unos 1.500 metros aguas arriba. Este canal se bifurca poco antes de llegar a la mina y desagua en lo que interpretamos —siempre siguiendo la observación fotográfica— como dos depósitos de explotación muy similares a los vistos en otras minas de la cuenca alta del río.

Aluviones de Froxán (36)

Coordenadas: 3° 33' 25" - 55" W M
42° 32' 40" - 55" N

En un meandro del río Lor en el que está situado el mismo pueblo de Froxán se aprecian en la margen derecha una serie de aluviones cultivados en la actualidad, que ofrecen una topografía muy irregular. Teniendo en cuenta el carácter aurífero de la cuenca de este río y una vez realizado un detenido examen de la zona, llegamos a la conclusión de que se trata de aluviones auríferos explotados en época romana.

El beneficio de estos aluviones se realizó mediante lavados superficiales de forma similar a como se hizo en los meandros de los ríos Eria y Cabrera en la provincia de León, o en el propio río Sil, en la comarca de Valdeorras.

La irregularidad y escasa potencia que suele tener este tipo de depósitos hacen prácticamente imposible evaluar el volumen de la tierra removida. En cualquier caso su importancia en relación con las otras explotaciones mineras de la cuenca del río Lor es muy secundaria.

Otro aluvión parecido a este, pero de proporciones aún menores, pudo haber sido explotado junto al Castro del Lago o de la Devesa do Rei (núm. 9).

Mina da Toca (4)

Coordenadas: 3° 26' 05" - 35" W M
42° 39' 15" - 35" N

Es una gran corta de explotación a cielo abierto para el beneficio del mineral aurífero primario. La forma más cómoda de llegar a ella es por un camino que parte de Piñeira y se dirige hacia el norte para alcanzar la cota más alta de la explotación, que se halla a una distancia de dos kilómetros del mencionado pueblo.

Las labores romanas han vaciado una serie de venas de mineral alineadas en dirección NO-SE, que alcanzan la cima del monte. Estos filoncillos se prolongan desde las inmediaciones del arroyo Vilela hasta el río Romeor, localizándose en ellos también las explotaciones de Monte Barreiro (núm. 33), Torubio Oeste (núm. 5), Torubio Este (núm. 7) y Millares (núm. 8), todas ellas de similares características a la Mina da Toca.

El mineral aurífero beneficiado aquí está asociado a un paquete de esquistos cristalinos con venillas de cuarzo diseminadas, bien siguiendo la dirección de la roca encajante (E-W) o en brechas que cortan sus estratos en dirección N-S (fig. 23 y lám. 39, 2).

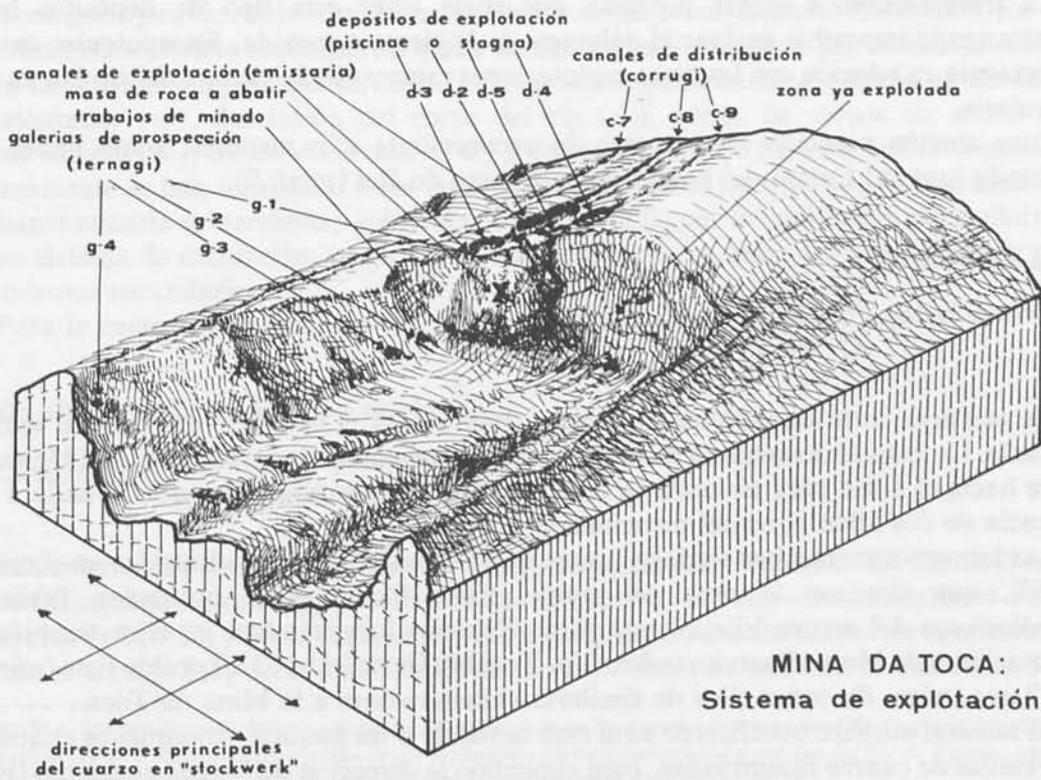
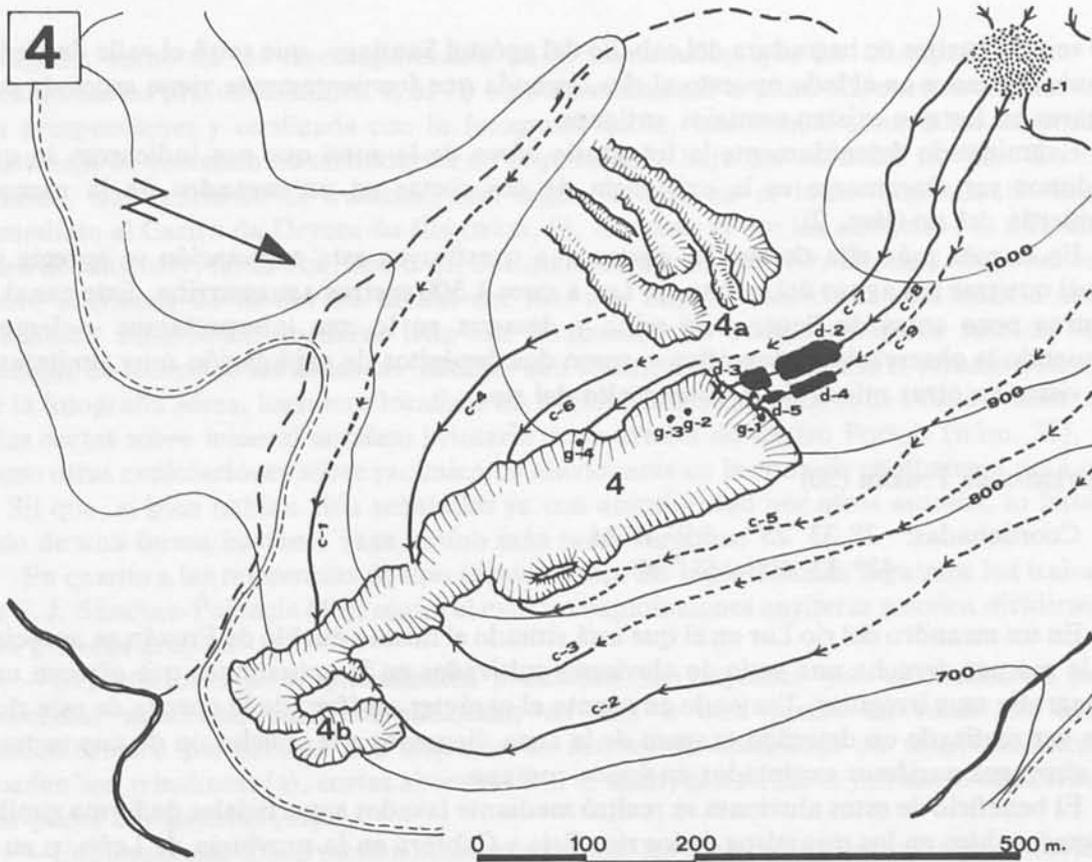


Fig. 23.—Mina da Toca (n.º 4). Sistema de explotación.

Para el beneficio de este yacimiento en época romana se hizo una gran obra de arranque que ha dejado un enorme socavón desde la cima del monte hasta casi la cota del río. Las dimensiones de la corta en la actualidad son de 675 m de longitud, 90-40 m de ancho y 30-15 m de profundidad. Con estos datos el volumen aproximado de mineral extraído que hemos llegado a calcular es de unos 800.000 metros cúbicos.

El sistema de extracción empleado es el mismo que utilizaron los romanos en todo el noroeste peninsular y en otras zonas del Imperio. Este procedimiento corresponde en parte al de las *arrugia*e descritas por Plinio (H.N. xxxiii-71-72), y en la Mina da Toca se documentan particularmente bien algunos pormenores del sistema de trabajo. En primer lugar destaca en la cabecera de la corta (lám. 41), en el lado sur, una masa de mineral preparada para su desplome (fig. 23, señalado *x* y lám. 42). Por otro lado también localizamos la existencia de galerías de prospección o *ternagi* en la cabecera y en el lado sur de la corta, para verificar sus posibilidades de explotación antes de hacer un eventual ensanche de los trabajos (figs. 23 y 24 y lám. 40, 2).

Teniendo en cuenta que este tipo de explotaciones se basa fundamentalmente en el empleo de fuerza hidráulica, la Mina da Toca está provista de varios canales a diferentes cotas del monte. Nosotros pudimos localizar tres canales por el lado sur (*c-1*, *c-4* y *c-6*), que tomarían sus aguas de la vaguada meridional de la mina. Por el noroeste accedían otros tres canales procedentes de los arroyos de la cabecera del Vilela. Por el oeste tiene otros dos procedentes del lugar denominado A Fonte sobre el Cotorro de Villasivil (núm. 16) y de la cabecera del arroyo de Vilela (láms. 37, 38, 1 y 2 y 40, 1). Las aguas aportadas por estos canales confluyen en un gran depósito de distribución (*stagnum*) desde el que se conduce el agua por otros canales a unos depósitos, que podríamos llamar de explotación, situados inmediatamente sobre la cabecera de la corta (fig. 23, *d-2* a *d-5*).

En la cota más baja de la mina se hizo una concavidad o socavón destinado a la recogida y primera elaboración del mineral enriquecido (lám. 39, 1). En este lugar nos informó un vecino de Piñeira del hallazgo de un molino circular que posiblemente fuera empleado en una de las fases de trituración.

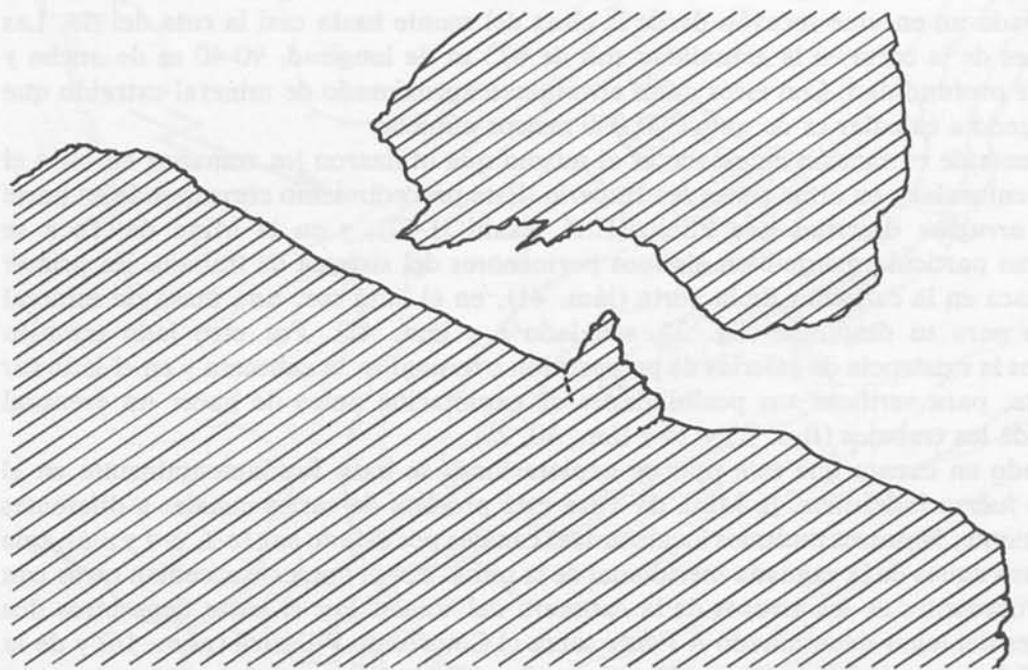
Monte Barreiro (33)

Coordenadas: 3° 27' 20" - 30" W M
42° 39' 45" - 55" N

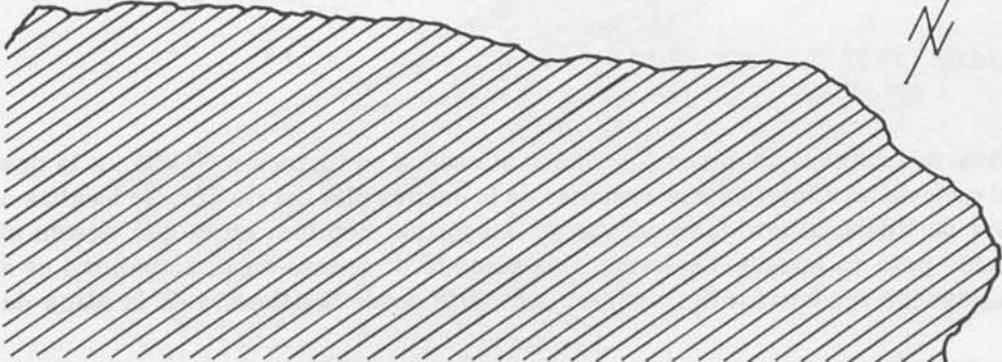
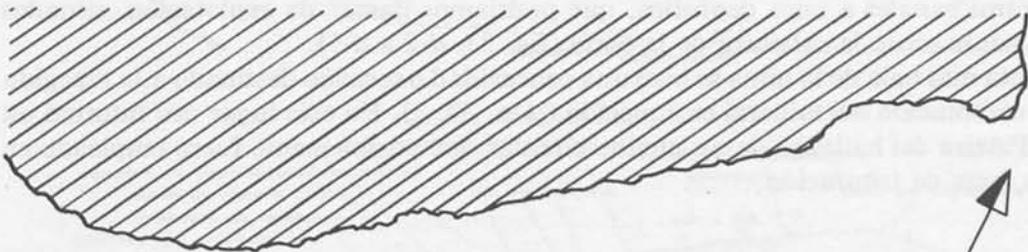
Forma parte de las venas de mineral aurífero, alineadas en dirección NO-SE, a la que pertenecen el resto de las explotaciones romanas de la cuenca alta del río Lor. Se localiza a 1.500 m al sur de Vilela, al otro lado del arroyo del mismo nombre, en el que vierten el mineral extraído para su lavado. La forma más cómoda de acceso en la actualidad es a través de un pequeño sendero (antiguo canal) que parte desde la cabecera de la Mina da Toca.

Es una corta de medianas proporciones que mide 225 m de longitud, con una anchura media de 70 m (110/40 m) y una profundidad aproximada de 15 m. El volumen aproximado de mineral extraído lo calculamos a partir de los datos anteriores en 150.000 metros cúbicos.

Su único canal de abastecimiento procede de los manantiales que hay en la cabecera del arroyo Vilela y tiene un depósito de explotación (*stagnum*) inmediatamente encima de la corta. En este mismo monte y unos cuatrocientos metros al este de la explotación principal existe otra de reducidas dimensiones que corta el canal *c-2* de la Mina da Toca (núm. 4).



sección



planta

MINA DA TOCA

(galería de prospección)



Fig. 24.—Mina da Toca (n.º 4). Galería de prospección o *ternagus g-I*.

Torubio Oeste (5-5a y 5b)

Coordenadas: 3° 24' 55" - 26' 05" W M
42° 39' 00" - 15" N

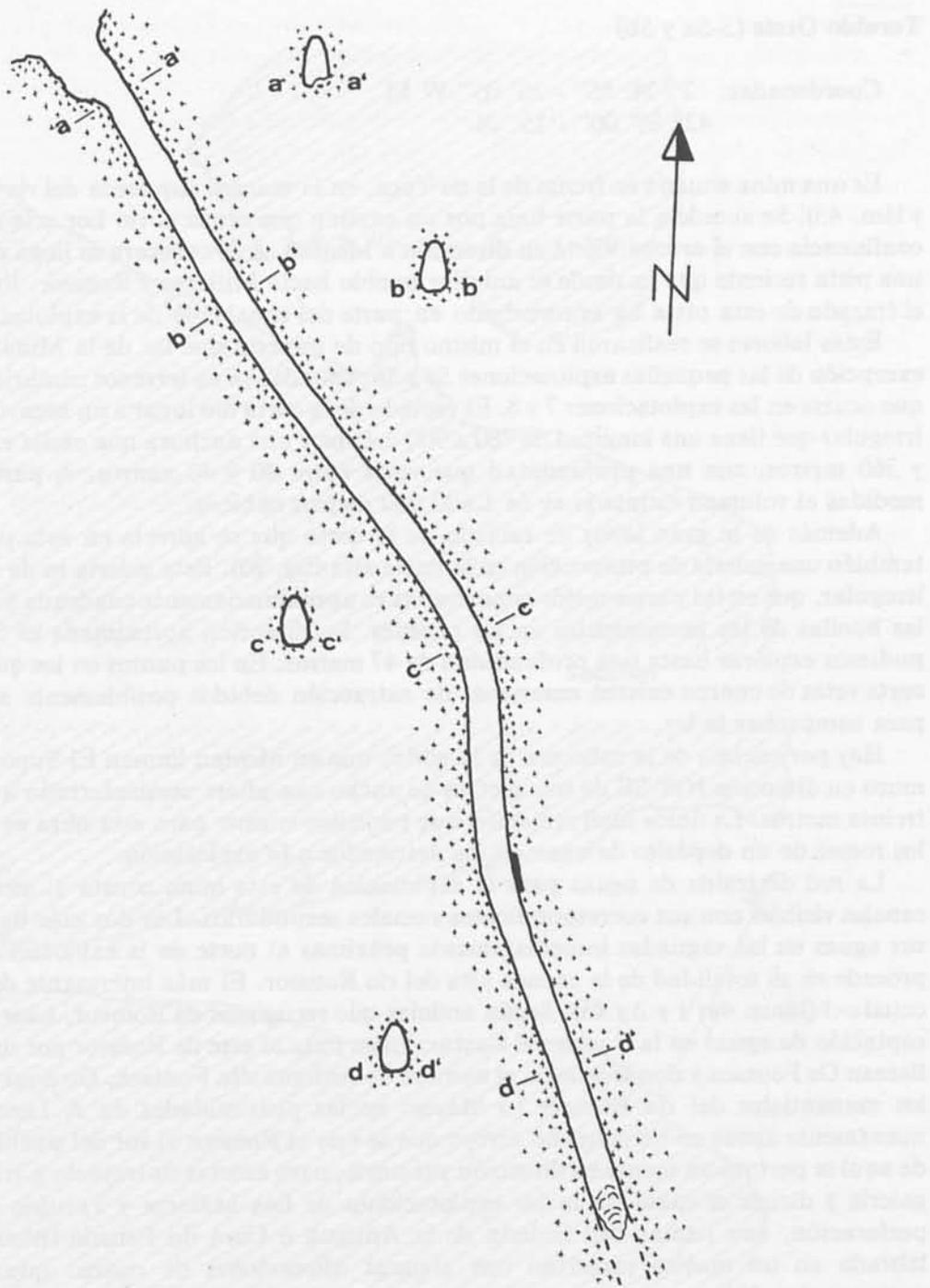
Es una mina situada en frente de la de Toca, en la margen izquierda del río Lor (fig. 22 y lám. 43). Se accede a la parte baja por un camino que cruza el río Lor a la altura de la confluencia con el arroyo Vilela en dirección a Mostad. A la cabecera se llega a su vez por una pista reciente que va desde el anterior pueblo hacia Millares y Romeor. Precisamente el trazado de esta pista ha aprovechado en parte del canal *c-4b* de la explotación minera.

Estas labores se realizaron en el mismo tipo de mineral que las de la Mina da Toca, a excepción de las pequeñas explotaciones *5a* y *5b*, situadas ya en terrenos cámbricos, al igual que ocurre en las explotaciones 7 y 8. El vaciado de la corta dio lugar a un socavón de forma irregular que tiene una longitud de 780 a 900 metros y una anchura que oscila entre los 180 y 360 metros, con una profundidad que varía entre 20 y 40 metros. A partir de estas medidas el volumen estimado es de 1.600.000 metros cúbicos.

Además de la gran labor de vaciado de la corta que se aprecia en esta mina, existe también una galería de prospección en la parte alta (fig. 26). Esta galería es de una sección irregular, que en las partes mejor conservadas es aproximadamente cuadrada y se aprecian las huellas de las herramientas en las paredes. Su dirección aproximada es SO-NE y la pudimos explorar hasta una profundidad de 47 metros. En los puntos en los que la galería corta vetas de cuarzo existen ensanches de extracción debidos posiblemente a muestreos para comprobar la ley.

Hay por encima de la cabecera de la corta, que en Mostad llaman El Suposodoiro, un muro en dirección NW-SE de tres metros de ancho que aflora semienterrado a lo largo de treinta metros. La única interpretación que podemos sugerir para esta obra es que fueran los restos de un depósito de agua de los destinados a la explotación.

La red de traída de aguas para la explotación de esta mina consta al menos de seis canales visibles con sus correspondientes ramales secundarios. Los dos más bajos recogen sus aguas en las vaguadas inmediatamente próximas al norte de la explotación. El resto procede en su totalidad de la cuenca alta del río Romeor. El más interesante de ellos es el canal *c-3* (láms. 44, 1 y 2 y 45). Según noticias que recogimos en Romeor, hace su primera captación de aguas en la Rocha del Castro, luego pasa al este de Romeor por un lugar que llaman Os Fontaos y donde se le da el nombre de Antigua dos Fontaos. De aquí sigue hacia los manantiales del río Romeor (o Mayor) en las proximidades de A Devesa, recoge nuevamente aguas en un pequeño arroyo que se une al Romeor al sur del pueblo. A partir de aquí se perforó un monte en dirección sur-norte, para acortar su trayecto a través de una galería y dirigir el canal hacia las explotaciones de Los Millares y Torubio oeste. Esta perforación, que llaman allí Galería de la Antigua o Cova do Penedo (núm. 24), está labrada en un macizo pizarroso con algunas afloraciones de cuarzo que no fueron prospectadas. Nosotros entramos en ella por el norte hasta una profundidad de 47,5 m (fig. 25), donde se encuentra atorada por los desplomes. Es de sección oval por la parte superior, con 1,80 m de altura por una anchura media de 1,05 m. Este mismo canal *c-3* bordea todo el monte a la cota 980 aproximadamente después de pasar por Los Millares. A partir de aquí hubo necesidad de hacer dos obras para salvar sendos torrentes en la ladera norte. La primera está localizada a 1.200 metros de la corta número 5 (Torubio Oeste) y consiste en una obra de fábrica o retenida para nivelar el terreno y hacer pasar por encima el canal. La segunda obra se encuentra a 1.000 m de la anterior explotación y aquí el desnivel se salva haciendo dos pilares en los extremos para colocar entre ellos un canal de madera. Digamos



**Túnel para conducción de aguas
(Cova do Penedo)**



Fig. 25.—Cova do Penedo o Galería da Antigua (n.º 24). Túnel para la conducción de aguas del canal. Canal c-3 de las explotaciones 7 y 5.

como curiosidad que este sistema de conducción de aguas se sigue utilizando en los *regos* del valle del Lor, donde los canales de madera son troncos vaciados.

En el sistema hidráulico de esta explotación, sólo pudimos documentar un depósito de distribución (*d-1*, en fig. 22). Es conocido como la Presa o Eira dos Mouros, y está situado en un collado entre los pueblos de Campelo y Romeor. De dicho depósito parte un canal por la ladera este, y otros dos por la ladera oeste.

A unos quinientos metros al noreste de la corta principal del Torubio existen otras dos de dimensiones mucho menores (5-a y 5-b) que se abastecen de la misma red hidráulica.

Torubio Este (7)

Coordenadas: 3° 24' 55" - 25' 05" W M
42° 38' 55" - 39' 00" N

Es la prolongación de la corta Torubio Oeste en dirección a Millares al otro lado del monte. Su acceso se hace por el camino que va de Mostad a Millares y Romeor y que pasa justamente por su parte baja.

Geológicamente está situada en la zona de pizarras del Cámbrico Inferior, al igual que la explotación de Millares (núm. 8) y las pequeñas cortas *5a* y *5b*, donde el volumen de mineral explotado es notablemente inferior al extraído en las cortas *4* y *5*, dentro del Eocámbrico. Su longitud es de 100 metros, su anchura oscila entre 20 y 60 metros y su profundidad media es de 10 metros. Con estas dimensiones hemos obtenido un volumen aproximado de 40.000 metros cúbicos.

Para su explotación hemos podido confirmar la utilización del canal *c-4*, que parte de la Presa o Eira dos Mouros (*d-1* en fig. 22) situada en la parte alta del monte.

Millares (8)

Coordenadas: 3° 24' 30" - 45" W M
42° 38' 40" - 50" N

Está alineada con la misma masa de mineral que la corta de Torubio Este (núm. 7). Situada inmediatamente al este del pueblo de Millares, se accede desde el camino que viene de Mostad a Romeor. Son dos grandes socavones en forma de V que vierten el mineral para su lavado hacia el río Romeor. Su longitud total es de 280 m con un ancho de 50 a 30 m y una profundidad media de 10 m. A partir de estas medidas calculamos un volumen explotado de 100.000 metros cúbicos (lám. 46).

La fuerza hidráulica necesaria para la explotación de esta corta llega a través del canal *c-3*, que también continúa hacia la explotación de Torubio Oeste (núm. 5).

3.4. NECROPOLIS

A medida que hemos ido haciendo la descripción de las fortificaciones de uno y otro tipo, se ha aludido en diversos casos al hallazgo fortuito de enterramientos antiguos. La pobreza de estas sepulturas, unida al respeto que los habitantes del Caurel tienen hacia los muertos, ha hecho que muchas de ellas se conserven intactas. Más aún, saben dónde están, las ven a flor del suelo y no las tocan. Se da el caso, por ejemplo, de una tumba en Esperante, partida por la pala mecánica que hizo la carretera, que nosotros vimos tal y

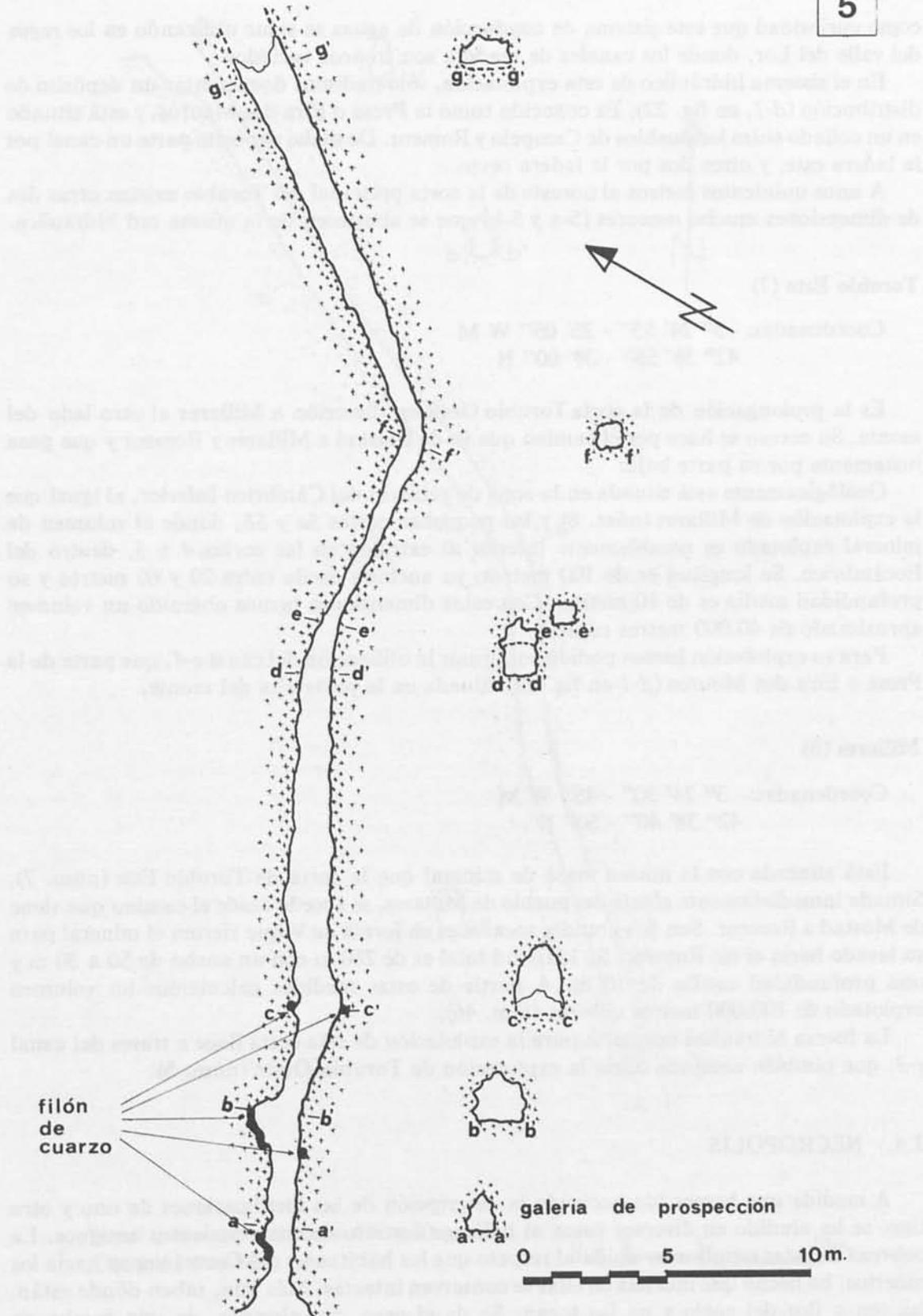


Fig. 26.—Torubio Oeste (n.º 5). Galería de prospección o terragus g.

como había quedado ocho años antes. Estaba junto a un camino de los más transitados, pero nadie la tocó.

En algunas ocasiones el campesino tropieza casualmente con las sepulturas y sabe llevarnos al lugar exacto. Así pudimos ir reuniendo los datos relativos a las necrópolis de los anteriores castros. La relación completa de estos lugares es la siguiente: 1) Junto al Castro da Torre en Lousada (núm. 32), donde nos describieron el hallazgo de varios enterramientos en una leira. 2) En el Castro de Romeor (núm. 6). En este caso se trata del hallazgo de una sepultura, que nos describieron con su ajuar, encontrada en una de las terrazas del castro mismo. 3) En Miraz (núm. 20a), donde se encontraron varias a principios de siglo y todavía se ve aflorar una en el camino que pasa junto a la casa número 8. 4) Junto al Castro de Santo Estevo, al lado de la ermita. 5) Frente a la fuente y ermita de Esperante (núm. 10). 6) En el Cido (núm. 2a). Aquí las sepulturas están situadas en el interior de uno de los fosos defensivos y fueron saqueadas en fecha reciente, dando lugar al hallazgo de la tabla de hospitalidad y el águila de bronce que se conservan en el museo de Lugo. 7) En el Castro del Egresario o de San Román, próximo a Parada (núm. 31), donde nos describieron «panteones hechos de piedra». 8) En Castro Portela (núm. 34) nos hablaron, por último, de sepulturas de pizarra a un kilómetro río abajo, en un lugar donde todavía hoy se ven las ruinas de una ermita.

Por los enterramientos que tuvimos ocasión de ver y documentar personalmente (Esperante, Miraz, Santo Estevo y Cido) pudimos comprobar que se trata siempre de inhumaciones. Las sepulturas aparecen hechas con losas de pizarra colocadas en el suelo a manera de cistas. Por lo general se suelen agrupar conjuntos de varias sepulturas, siempre en lugares muy próximos a los castros. Curiosamente, son estas necrópolis uno de los sitios que más se tiende a cristianizar. Así, encontramos ermitas o restos de ellas en Castro Portela, Santo Estevo, Egresario o San Román y Esperante, siempre asociadas con el hallazgo de sepulturas antiguas o «panteones de piedra». Por esta razón, es muy posible que la ermita de Santa María de Meiraos, próxima al Cotorro de Villasivil (núm. 16), esté situada allí precisamente por hallarse la necrópolis del castro. Lo mismo ocurre con la ermita que hay antes de llegar al castro de Vilar, situada donde, siguiendo el esquema habitual de ubicación de las necrópolis, pudo haber estado la de esta fortificación. El caso de Vilamor, sin embargo, nos parece que responde más bien a la cristianización de un castro.

Se deduce, pues, que el lugar escogido para los cementerios está fuera de la muralla, en lugares próximos al camino y, por lo general, en zonas de pendiente suave por la parte baja de la ladera donde se localizan los castros. La única excepción clara parecen ser las sepulturas del Cido (núm. 2), que están precisamente en uno de los fosos.

Sobre los ajuares, los datos de que disponemos son noticias recogidas en el campo y los hallazgos del Cido (águila y tabla de hospitalidad) que ya se han descrito. En Romeor (núm. 6) se nos habló de piezas de cerámica dentro de una de estas sepulturas. Nosotros intentamos comprobarlo sobre el terreno excavando lo que quedaba de un enterramiento en Esperante con el resultado negativo que recogemos a continuación.

Dado que en cada lugar se ha ido haciendo mención de las necrópolis, describiremos únicamente el conjunto de Esperante.

Necrópolis de Esperante (10)

Coordenadas: 3° 26' 55" W M
42° 38' 25" N

Hacia 1970, cuando se trabajaba con una pala mecánica en la pista de Seoane a Esperante, se pusieron al descubierto varias inhumaciones en cajas hechas a base de losas de pizarra. Dos de ellas se podían ver aún parcialmente destruidas en el talud próximo a la fuente de Esperante. Nosotros acometimos la limpieza de la que parecía mejor conservada sin lograr obtener ningún tipo de ajuar, aunque sí se recogieron algunos restos óseos. Se trata de una caja de pizarra de 1,77 m de largo en la que faltaban las losas del lado oeste y se habían hundido parte de las piedras que la tapaban (fig. 27). Se sacaron dos fémures y la tibia de la pierna derecha. La cabeza estuvo en el lado sureste, pero no quedaba nada de ella por llevar varios años abierta la caja y sometida a la erosión.

Dado lo reciente del descubrimiento, los vecinos de Esperante nos informaron con detalle del hallazgo de varias sepulturas similares, así como de la existencia de algunas más en la parte superior de la ladera. Todo esto nos hace pensar que se trata no de un conjunto aislado de enterramientos, sino de una verdadera necrópolis que forzosamente tenemos que poner en relación con el Castro de la Devesa do Rei (núm. 9) distante tan sólo 250 metros de este lugar.

La existencia de una fuente y una ermita en este mismo sitio dan pie a suponer que de antiguo fue este un lugar de culto en el que la fuente con su posible culto a las ninfas y la necrópolis constituían una unidad.

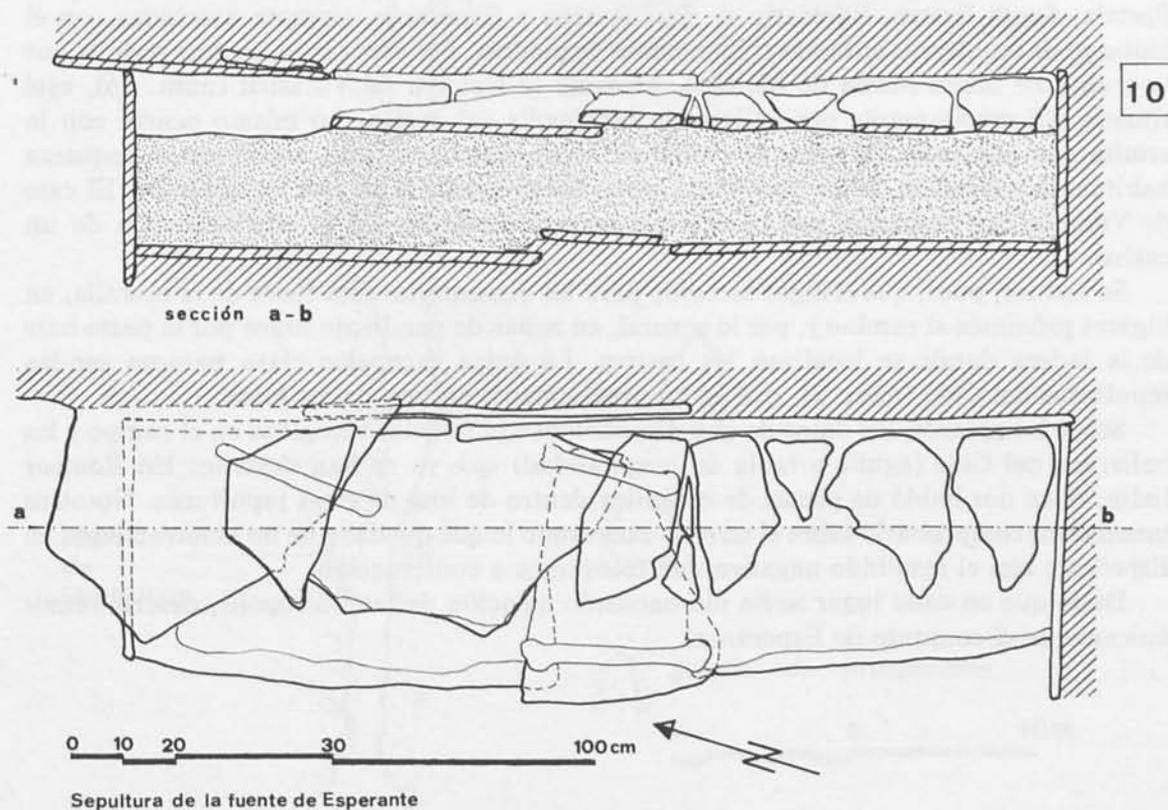


Fig. 27.—Necrópolis de Esperante (n.º 10). Planta y sección de una sepultura.

3.5. YACIMIENTOS EN CUEVAS

La conocida existencia de este tipo de yacimientos en el Caurel, que además habían proporcionado algún resto arqueológico como veremos, fue uno de los motivos que nos inclinaron a realizar las prospecciones. Los resultados obtenidos, si bien sitúan exactamente las cuevas y apuntan algunas ideas acerca de su conveniente excavación en el futuro, no nos han permitido realizar una evaluación más concreta de lo que supuso culturalmente su ocupación en época pre o protohistórica.

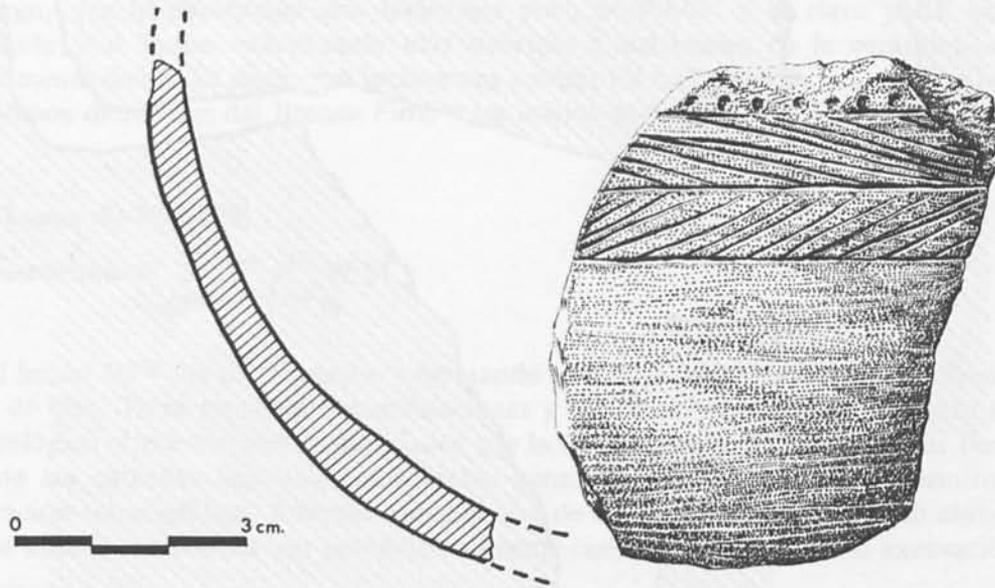


Fig. 28a. —Cerámica encontrada en la Cova do Oso.

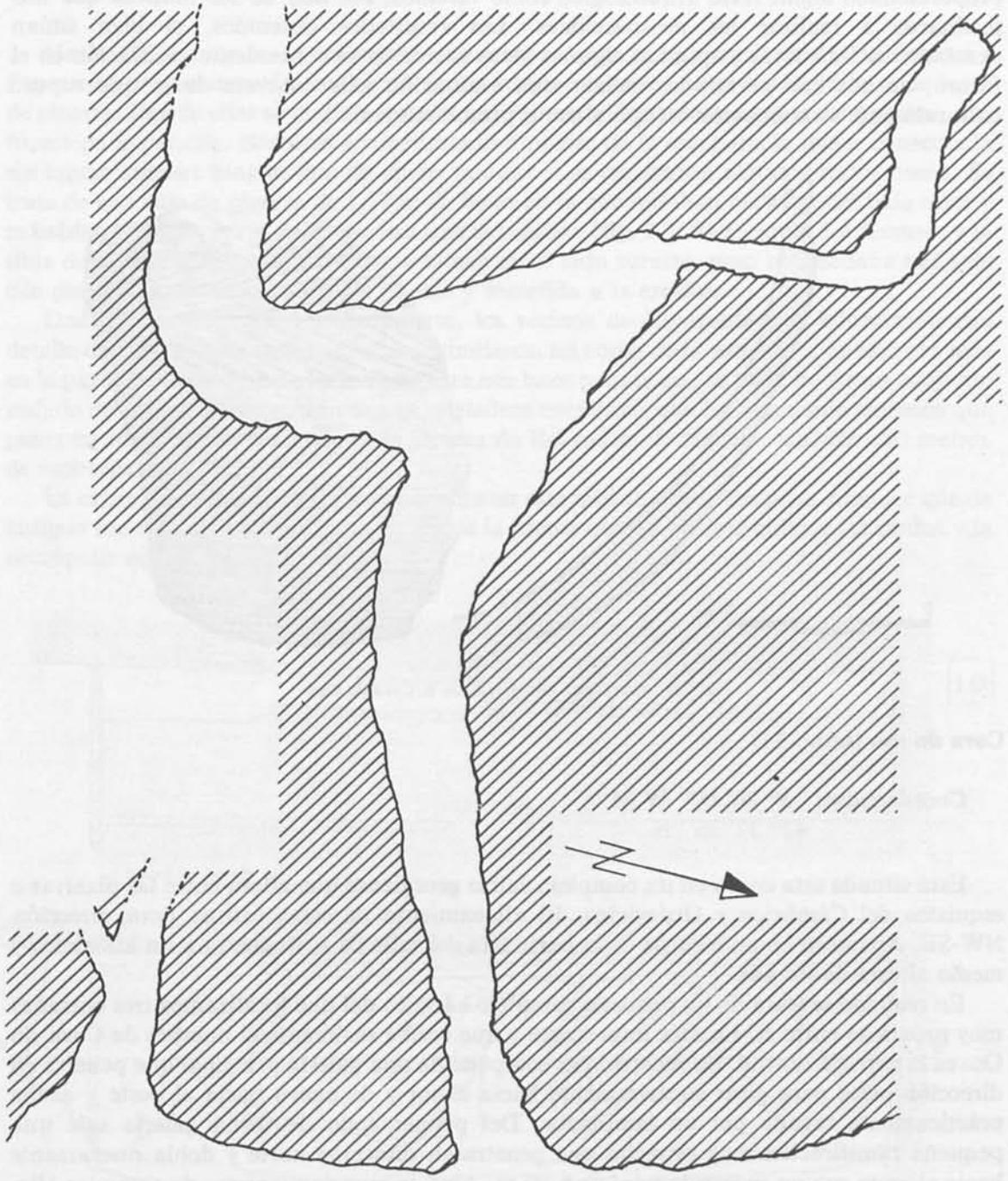
Cova do oso (núm. 11)

Coordenadas: 3° 26' 00" W M
42° 37' 25" N

Está situada esta cueva en un complejo calizo georgiense que aflora entre las pizarras o esquistos del Cámbrico y Ordovícico. El alineamiento de estas calizas lleva dirección NW-SE. Aparecen en un escarpe de la parte alta del valle de A Rogueira a un kilómetro y medio al este de Parada.

En realidad se trata de un pequeño complejo kárstico del que localizamos tres entradas muy próximas entre sí. La más importante y que recibe realmente el nombre de Cova do Oso es la entrada central. Su recorrido se compone de una galería principal que penetra en dirección oeste para girar sucesivamente hacia el sur y de nuevo hacia el oeste y acaba prácticamente cegada por un laminador. Del primer codo de dicha galería sale una pequeña ramificación muy estrecha que penetra en dirección norte y dobla nuevamente hacia el oeste con un recorrido total de 6,90 m. Aquí se recogieron restos de cerámica (fig. 28, a y b) y abundante cantidad de huesos. Igualmente se recogió algún fragmento de cerámica en la galería principal.

El interés de la cerámica encontrada y el relleno que apreciamos en la entrada y en la pequeña ramificación de la cueva dan una evidente importancia a este yacimiento con vista a futuras excavaciones.



Cova do Oso

0 1 2 5m.

Fig. 28b.—Cova do Oso (n.º 11).

Este es uno de los yacimientos del Caurel, junto con los enterramientos del Cido que se conocían con anterioridad a nuestra labor de prospección. Fue transmitido su conocimiento en el terreno arqueológico por don José Novo Fernández, quien facilitó materiales e información al Sr. Vázquez Seijas, director del Museo de Lugo (18).

Los hallazgos cerámicos de esta cueva constituyen un caso totalmente aislado hasta ahora en la arqueología de Galicia, por lo que es imposible relacionarlos con nada similar en un área más o menos próxima a esta zona. De todas formas, la decoración de incisiones en espiga y puntos que lleva en la panza, tiene paralelos aproximados tanto en la cerámica del tipo «Penha», como en ejemplares de época típicamente castreña. Digamos, sin embargo, que la decoración con incisiones poco profundas y el claro perfil en S del recipiente, nos hacen considerarlo más próximo a los inicios de la cerámica castreña propiamente dicha. Es decir, nos inclinamos a datar los hallazgos de la Cova do Oso entre los últimos momentos del Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro (19).

Cova Longo do Meo (29)

Coordenadas: 3° 25' 40" W M
42° 37' 15" N

Al fondo del Valle da Rogueira, y formando parte del mismo complejo calcáreo que la Cova do Oso. Tiene numerosas ramificaciones y varias entradas. Desde el punto de vista arqueológico ofrece mejores posibilidades que la Cova do Oso, en primer lugar porque en una de las entradas hay una considerable acumulación de tierras que permitiría una excavación estratigráfica. Además, junto a una de las bocas hay un pequeño abrigo en el que se aprecia un relleno con potencia suficiente como para justificar su excavación.

Cova tras da Lastra (23)

Coordenadas: 3° 26' 00" W M
42° 39' 00" N

Se encuentra en un afloramiento calizo del mismo tipo que el de la Cova do Oso. Se accede a ella desde el pueblo de Mostad por un camino que baja al río Lor pasando por la explotación minera del Torubio oeste (núm. 5). Su localización es bastante difícil si no se tienen referencias muy exactas debido a las reducidas proporciones de la boca de entrada y a la maleza que la cubre (20).

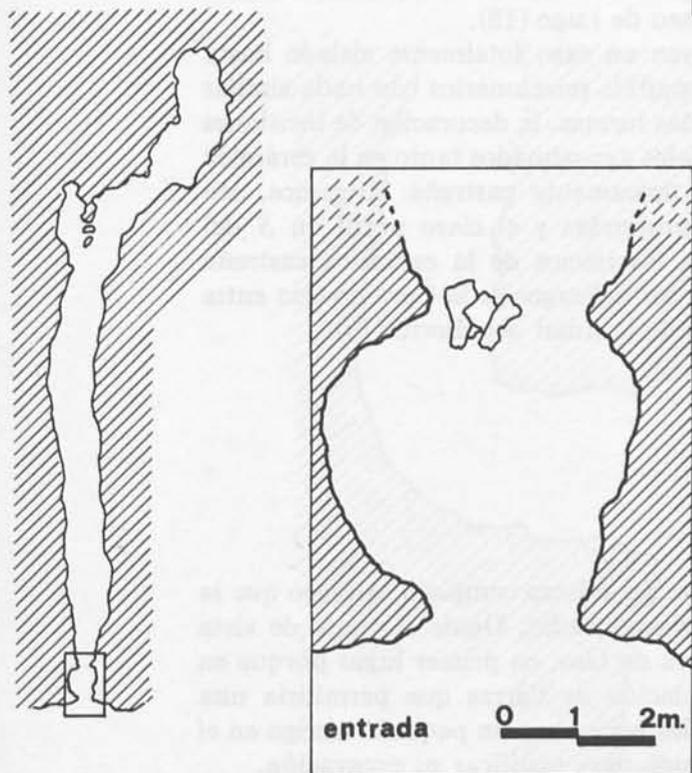
La boca está orientada hacia en NW y da acceso a una primera sala de 4 x 3,5 m donde pudimos apreciar un relleno de tierra en el que sería interesante realizar una excavación arqueológica. El resto de la cueva se extiende hasta una longitud de 90 metros y no parece tener interés arqueológico puesto que en casi todo su recorrido aflora la roca caliza. En el fondo de la cueva hay grandes desplomes y algunos pequeños estancamientos de agua (fig. 29).

(18) M. Vázquez Seijas: op. cit. 1969 y 1970, 292 ss.

(19) C. A. Ferreira de Almeida: «Cerâmica castreja» en *RG LXXIV* (1974) 179 y est. II, 5 y 7 para la cerámica de Penha; est. VIII, 5 para la cerámica castreña. Motivos decorativos de espiga similares a los existentes en la pieza encontrada en la Cova do Oso pueden verse en la cerámica proveniente de los castros de Briteiros y Sabroso, expuesta en la vitrina n.º 3 del Museo Martins Sarmiento de Guimarães.

(20) M. Vázquez Seijas: op. cit., 1969 y 1970, 295 s.; el autor parece referirse a esta cueva.

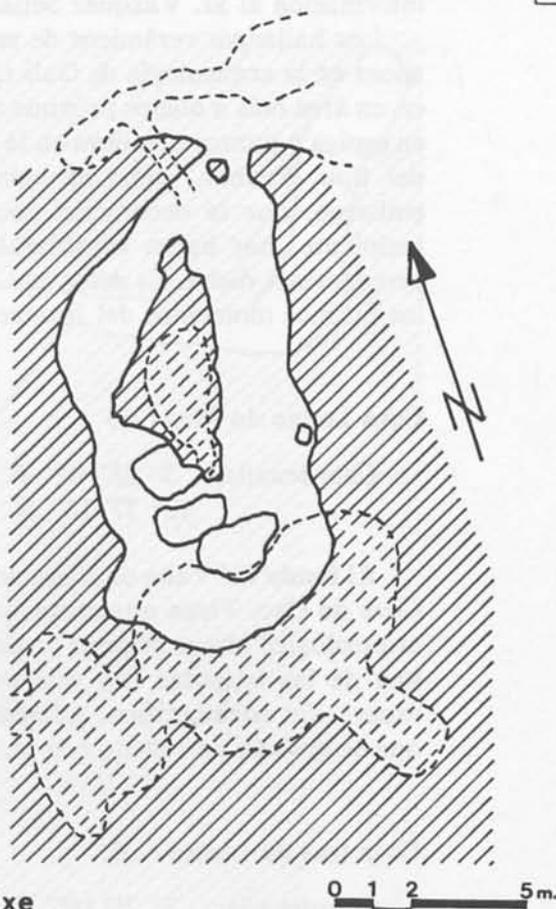
23



Cova tras da Lastra (Mostad)

Fig. 29.—Cova tras da lastra (n.º 23).

26



Cova do Eixe

Fig. 30.—Cova do Eixe (n.º 26).

Cova do Eixe (26)

Coordenadas: 3° 29' 15" W M
42° 38' 20" N

Se halla en el mismo complejo calizo que la Cova do Oso, y está situada entre Mercurín y el castro de Brio.

Recibe su nombre de que la boca está partida en dos por una columna estalagmítica, prácticamente a la entrada de la cueva. Se accede por ella a una sala de 6,5 m por 3 metros, en la que se han producido grandes desplomes sobre lo que posiblemente tenga mayor interés arqueológico (lám. 30). La sala es habitable y más cómoda que la del Oso, pero los únicos restos que encontramos fueron algunos huesos. Se nos había informado de que también aquí aparecen restos de cerámica, pero sería necesario hacer una excavación para comprobarlo. De todas formas, la relativa proximidad de la Cova do Oso, donde la presencia de cerámica antigua está documentada, hace suponer que ésta, como todas las demás cuevas de la zona, haya tenido el mismo destino.

4. VIAS DE COMUNICACION DEL CAUREL EN LA ANTIGÜEDAD

Actualmente el acceso al Caurel resulta realmente poco fácil y en el invierno no es raro que toda la zona quede incomunicada. La carretera de Quiroga a Seoane, construida avanzado ya el siglo, y unas recientísimas pistas forestales son la única aportación moderna a su red viaria. El resto está formado por una serie de caminos de anchura bastante reducida, aptos únicamente para la circulación de carretas de bueyes y caballerías. A partir de esta red de caminos, seleccionados en función de los yacimientos prospectados, hemos reconstruido lo que creemos que eran casi con exactitud las vías de comunicación del Caurel en la Antigüedad. Para ello nos hemos basado en los datos recogidos en los trabajos de campo y su confrontación con las correspondientes hojas del Mapa Topográfico Nacional y las fotografías aéreas de la zona. La importancia de esta documentación, poco frecuente por diversas causas en los trabajos arqueológicos, queda reflejada en las figs. 1 y 31.

Evidentemente el primer camino de acceso practicado en el Caurel tuvo que ser su vía de penetración natural: el valle del río Lor y de sus afluentes. Es posible que esta vía adquiriese mayor importancia a lo largo de la Edad de Bronce y con el auge de la orfebrería castreña a causa de sus arenas auríferas y en general como camino hacia los yacimientos minerales del Caurel (fig. 31) (21). Es, pues, lógico deducir que los primeros núcleos de población se asentasen en lo más profundo del valle, junto al río, donde, por otro lado, el clima era más benigno y las posibilidades de subsistencia mayores.

En segundo lugar, existe otra vía de comunicación perfectamente documentada en el Caurel. En este caso es doble, puesto que se trata del camino que transcurre a media ladera, paralelo y a ambos márgenes del río Lor, a lo largo de todo su recorrido. La hemos detectado desde antes de Castro Portela I y II (núms. 34 y 37) hasta Castro da Torre (núm. 32), Castro Romeor (núm. 6) y su posterior ramal único que se dirige hacia la zona del Cebreiro. Su firme es natural, es decir, no se halla pavimentada, aunque esto no quiere decir que la construcción de todo su trazado resultase fácil, al contrario, frecuentemente fue necesario cortar la roca, quedando el camino literalmente colgado sobre el valle, a modo

(21) F. López Cuevillas: *Las Joyas Castreñas*. Madrid 1951, 5 ss. y 10 ss.; L. Monteagudo: «Orfebrería del NW hispánico en la Edad del Bronce» en *EAErq.* XXVI (1953) 170 s.; Idem: «Metalurgia Hispana de la Edad del Bronce, con especial estudio de Galicia y Norte de Portugal» en *Caesaraugusta* 4 (1954) 59 s. y J. Maluquer de Motes: «El mundo indígena del Noroeste hispánico antes de la llegada romana» en *Actas del Bimilenario de Lugo*. Lugo 1977, 9, el autor resume aquí la importancia que tuvo el desarrollo de la minería y la metalurgia del NO durante el período subboreal gracias a especiales condiciones climáticas, lo que influyó notablemente en el desarrollo de la Cultura Castreña; es una opinión mantenida por el autor desde los primeros trabajos que hizo sobre el tema.

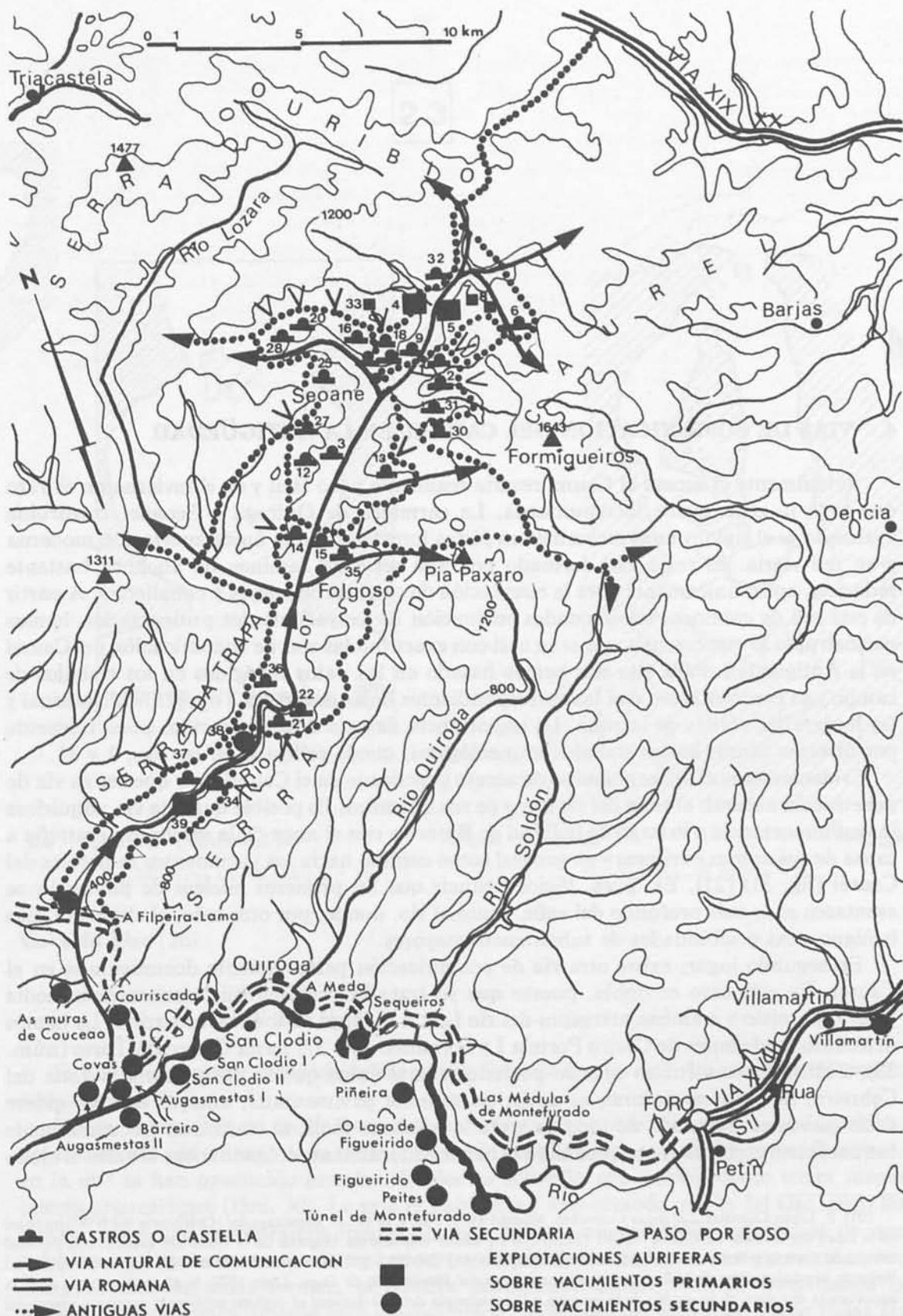


Fig. 31).—Vías de comunicación del Caurel en la Antigüedad.

de repisa entre las abruptas laderas. En otros casos se tuvo que asentar el firme sobre pequeños bancales o retenidas de lajas de pizarra. De esta forma, con una técnica constructiva similar a la practicada en los asentamientos castreños, se consiguió el trazado de la doble vía, que posee una anchura media de 3 m.

La antigüedad que le atribuimos no se basa únicamente en el hecho de que vaya uniendo absolutamente todos los castros a la misma altura a lo largo de su recorrido, testimonio que es de por sí mismo suficiente, en nuestra opinión, sino que, aún más importante, discurre por estos asentamientos a través de sus fosos. Tal es el caso en los yacimientos núms. 34, 21 (al menos en parte), 35, 13, 2 y 1 por la margen izquierda del río y 37, 14, 27, 28, 20, 16 y 18 por la margen derecha. Esta particularidad adquiere una gran importancia a la hora de interpretar la funcionalidad tanto de la vía de acceso, como de las propias fortificaciones, ya que el paso por los fosos no se justifica por necesidades estrictamente topográficas, ni la entrada a los castros se realiza a través de dichos fosos, que presentan unos cortes en la roca que lo hacen prácticamente imposible. Se trata de verdaderos «pasos forzados», a través de los cuales se controlaba de tramo en tramo y fácilmente esta vía de acceso. El viandante quedaba expuesto de forma directa a los ocupantes de las fortificaciones que, como más adelante veremos, poseían especiales dispositivos defensivos junto a los fosos, generalmente una torre. En otros casos, el camino transcurre inmediatamente próximo a los asentamientos y normalmente por su parte más baja, como ocurre en los yacimientos núms. 12, 25, 32 y 30.

Un indicio claro de su antigüedad es el total abandono en que se hallan muchos tramos de su trazado, invadido por la maleza y el monte bajo, ya que no es utilizado como camino de unión entre poblaciones actuales. Entre otros este es el caso de tramos como el existente entre los yacimientos de As Pontes (núm. 35), Foz (núm. 15) y la Coroa de Ferreirós (núm. 13); entre los de Cido (núm. 2) y Romeor (núm. 6) por Campelo y entre la Coroa de Ferreirós (núm. 13) y los valles de los ríos Selmo y Soldón, al otro lado de la vertiente.

Otra particularidad de esta vía de acceso es la regularidad de su trazado, puesto que transcurre en grandes tramos manteniendo la misma cota y cuando pierde la horizontalidad lo hace bajando o subiendo suavemente. Únicamente en aquellos puntos donde se comunican ambos márgenes del río existen fuertes pendientes, como en el enlace a la altura de los yacimientos núms. 21 con 36 o 15 con 14. Por otro lado, estos puntos de comunicación entre las dos márgenes del río están perfectamente controlados. En unos casos se ha elegido un estrechamiento del valle, de modo que el camino de enlace quedase perfectamente protegido por dos castros dispuestos a uno y otro lado del río (comunicación entre los núms. 21 y 36 o 15 y 14, figs. 1 y 3, láms. 5, 2; 10 y 12, 1). En otras zonas el paso del río queda controlado por un solo castro colgado materialmente sobre el río (núms. 12 y 28) o situado en su misma orilla (núm. 9).

La doble vía de acceso a que nos venimos refiriendo posee una serie de ramales que enlazan con los valles que rodean el Caurel y que se hallan perfectamente controlados. En algunos casos, los asentamientos que cumplen esta función parecen haber sido establecidos exclusivamente con esta finalidad, puesto que no dominan amplias extensiones del valle del río Lor, como es lo usual, sino que se hallan encajonados en los valles de los afluentes, es decir, no poseen un valor estratégico de conjunto, sino únicamente en función de la entrada o salida al valle. Ta es el caso de la Coroa de Ferreirós (núm. 13, fig. 8), el Castro de Mercurín (núm. 27), el Castro de Parada (núm. 30) o el Castro de Paderne (núm. 28, fig. 15). Otras veces, las vías laterales de acceso se controlan desde fortificaciones alineadas en el propio valle del Lor, como es el caso del Castro das Pontes (núm. 25, lám. 10) en el paso desde Folgoso hacia los ríos Selmo y Soldón, el Castro da Torre (núm. 32, lám. 33) hacia Pedrafita o el Castro de Brio (núm. 25, fig. 11) hacia Samos. Es muy posible que tanto en

la parte alta del valle de Folgoso, como en la cuenca del Louzara existiesen asentamientos similares a los que encontramos en los otros afluentes del Lor, pero la falta de tiempo nos impidió comprobar estos extremos.

La facilidad de comunicación existente entre los asentamientos de media ladera del río Lor quedaba reforzada gracias a la estratégica y prominente posición que ocupaban, que permitiría un directo control visual tanto del camino de acceso como de todos ellos entre sí. También hay que tener en cuenta que esta visión directa podía reforzarse a efectos estratégicos mediante la utilización de cualquier tipo de señales ópticas o sonoras, su transmisión de uno a otro extremo de la zona sería cuestión de minutos. De esta forma podría solventarse, por otro lado, el casi seguro aislamiento a que se verían sometidos algunos de los castros durante el invierno a causa de la nieve, hielo y otras circunstancias climáticas que imposibilitarían el tránsito por las vías de media ladera del Caurel durante buena parte del año.

En último término, hemos de plantearnos cuál fue la vía de penetración utilizada por los romanos para llegar a los yacimientos auríferos que tan intensamente explotaron y creemos que la respuesta ha de buscarse precisamente en el gran interés económico que la minería del oro poseía.

En unas prospecciones recientemente realizadas por un equipo de la Subdirección Gral. de Arqueología en las comarcas leonesas de la Valdería y la Cabrera (22) se ha podido demostrar, de forma clara, el progresivo desarrollo de las explotaciones auríferas romanas, que avanzan desde la parte baja de los valles, donde están los yacimientos aluvionares de oro secundario, hasta alcanzar las zonas altas y montañosas, donde se explotaban los yacimientos de oro primario, es decir, la «roca madre» del mineral. Obviamente este desarrollo implicaba a su vez un sistemático trabajo de prospección en el mismo sentido. Un proceso similar se puede documentar en la Valduerna (23), aunque aquí la apreciación del desarrollo minero no se puede ver con tanta claridad debido a la complejidad de las explotaciones.

Es imposible realizar un análisis similar en el Caurel, puesto que las explotaciones de la cuenca del río Lor se hallan demasiado distanciadas entre sí y por lo tanto no pudo producirse una superposición de los trabajos en ellas realizados. No obstante, creemos que la evolución debió de ser la misma. Efectivamente, la existencia de gran cantidad de explotaciones auríferas romanas sobre yacimientos de oro secundario, de las que nos ocuparemos más tarde, localizadas no sólo en la zona más cercana del valle del río Sil, sino también en el propio valle del Lor, confirman esta opinión.

De todo lo anterior se deduce que el camino seguido por los romanos para alcanzar el Caurel tuvo que partir de la vía XVIII del It. de Antonino, que unía *Asturica Augusta* con *Bracara Augusta* a través de las actuales provincias de León, Lugo y Orense. Esta vía cruza el Sil a la altura del yacimiento arqueológico de A Cigarrosa, al otro lado de Peñín, donde J. M. Caamaño sitúa la mansión *Foro*, el *Forum Guigorrorum* que citan de diversa forma las fuentes literarias clásicas y que fue la capital del pueblo de los *Guigurri* (24). Desde esta mansión, verdadero centro comercial romano de la zona como su denominación indica, el camino de penetración seguiría aguas abajo el valle del río Sil, en cuyo recorrido encontramos las explotaciones auríferas de Las Médulas de Montefurado, el Túnel de Montefurado, Peites, Figueirido, O Lago de Figueirido, Piñeira, Sequeiros, A Meda, San

(22) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: «Prospecciones en las explotaciones auríferas romanas del NO de España (Cuencas de los ríos Eria y Cabrera y Sierra del Teleno, León)» en *NAH* 1979-8, en prensa.

(23) C. Domerque y G. Herail: *Mines d'or romaines d'Espagne. Le District de la Valduerna (León)*. Toulouse 1978, 281.

(24) J. M. Caamaño Gesto: «Las Mansiones de la vía 18 en su tramo orensano» en *Galaecia* 3-4 (1979) 126 ss.

Clodio I, San Clodio II, Barreiro y Augasmestas I. Pasando ya a la cuenca del río Lor, encontramos las explotaciones de Augasmestas II, Covas, A Couriscada de Marguerida, As Muras de Couceao y Lama - A Filpeira. Todas son explotaciones sobre yacimientos auríferos secundarios. A partir de aquí los romanos pudieron deducir la existencia de los yacimientos primarios del Caurel, utilizando el sistema de prospección ya mencionado. Avanzando por la cuenca del río Lor debieron encontrar el yacimiento aurífero primario de la Ermita de Castro Portela (núm. 39, lám. 2), si es que antes no encontraron otros, ya que aún no se ha prospectado adecuadamente el tramo entre Castro Portela y Barxa do Lor. Más adelante, los aluviones de Froxán les debieron servir de indicio para presumir la existencia de mineral aurífero primario aguas más arriba del río Lor. De esta forma, alcanzarían las explotaciones núms. 4, 5, 6, 7 y 33.

Si todo lo dicho hace suponer que la vía lógica de acceso, el río Lor, fue la empleada en la penetración romana, no es menos cierto que la posterior puesta en funcionamiento de las minas auríferas hacía necesaria una infraestructura viaria más compleja. Es evidente que el acceso natural a través del valle, excesivamente encajonado, con pasos que presentan ambas márgenes casi cortadas a pico y por supuesto no navegable, no ofrecía las condiciones de rapidez, comodidad y seguridad que poseían los caminos de media ladera que ya hemos mencionado y que creemos deben atribuirse a la ingeniería romana. Al hacer tal afirmación nos basamos en varias razones:

—La nivelación de su trazado, tan característica de las vías romanas, que mantienen la misma cota siempre que es posible.

—El gran sistema defensivo que se construyó para proteger la doble vía, cuyas características ya hemos expuesto y que concuerda perfectamente con el tipo de vías de penetración romanas en territorios aún no dominados (25). En las conclusiones abordaremos más detenidamente este tema.

—La razón de ser a nivel económico de una vía fortificada que no se comprende en función de una economía esencialmente agropecuaria como era la prerromana y sí encuentra justificación en unos intereses económicos tan fuertes como era la obtención del oro en época romana (26).

Si admitimos lo anterior, hemos de deducir que la vía de acceso al Caurel ha de ser posterior a la vía XVIII o Vía Nova y por lo tanto posterior o contemporánea a época flavia (27). Esto no quiere decir que la presencia romana en el Caurel se produzca únicamente a partir de esta época, ya que el proceso de penetración ha de ser anterior cronológicamente al establecimiento de la red viaria.

En resumen, la comunicación del Caurel con las vías de la red oficial romana del NO se realizaba de la siguiente forma:

(25) Payly - Wisowa: *RE* s.v. *limes* y R. Cagnat: «Limes Imperii» en *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines* III (1904) 1255 ss.

(26) Ver el gran paralelismo existente entre el desarrollo de la política monetaria romana y el de las explotaciones auríferas en el NO de Hispania en: F. J. Sánchez-Palencia Ramos: «Römischer Goldbergbau im Nordwestern Spaniens. Ein Forschungsbericht» en *Der Anschnitt* 2-3 (1979) 56 ss., resumen sucinto de: Idem: *La explotación aurífera prerromana y romana del NO de España*. Memoria de Licenciatura leída en febrero de 1977 en la Universidad Complutense de Madrid, 154 ss.

(27) Los autores que se han ocupado de la vía XVIII del It.^o de Antonino han sido muchos a lo largo de la historiografía romana, pero el estado de la cuestión y una bibliografía completa puede verse en: M. D. N. Estefanía Alvarez: «Vías romanas de Galicia» en *Zephyrus* XI (1960) 11 ss.; J. Rodríguez: «Las vías militares romanas en la actual provincia de León» en *Legio VII Gemina*, León 1970, 407 s. y 416 ss.; J. M. Roldán Hervás: *Itineraria Hispana*. Valladolid-Granada 1975, 71 ss. y 136 s.; A. Rodríguez Colmenero: *La red viaria romana del Sudeste de Galicia*. Valladolid 1976, 30 ss.; J. M. Caamaño Gesto: *La vía n.º 18 del Itinerario de Antonino a su paso por la actual provincia de Orense*. Extracto de tesis doctoral. Santiago de Compostela 1976; Idem: «Aportaciones al estudio de los miliarios del tramo orensano de la vía XVIII» en *Bol. Auriense* VI (1976) 121 ss.; Idem: «Las mansiones de la vía 18 en su tramo orensano» en *Galaecia* 3-4 (1979) 109 ss. e Idem: «Aportaciones al estudio de la vía 18: los codos del Larouco y el puente romano sobre el río Bibey» en *BSAA* XLV (1979) 203 ss.

—La doble vía de media ladera del valle del Lor proseguía por el SO hasta Augas Mestas. En ambos márgenes encontramos una serie de castros o topónimos castreños que bien pueden corresponder a asentamientos fortificados similares a los del Caurel. En la derecha, por encima del lugar denominado Caselas y a unos 2,5 km aguas arriba de Barxa do Lor, existe el topónimo A Roda do Castro (Arroda do Castro según el M.T.N., hoja n.º 156) y más abajo, dominando el paso por el puente de Barxa do Lor, el Castro de Lama, donde pudimos apreciar restos de construcciones, lo que confirma su carácter de asentamiento castreño, atestiguado por otro lado por la denominación que recibía en el pueblo una casa situada en las inmediaciones de su talúd defensivo occidental: A Casa do Castro. En la izquierda conocemos la existencia de un castro por debajo y al NO de Vilar do Lor, el pueblo que sigue a Castro Portela; aguas abajo, existe otro entre las aldeas de Bustelo do Lor y Lamas y, más abajo aún, los topónimos de Castro Mairón, por encima de los pueblos de Santa María de Quinta do Lor, Carballo do Lor y Sobredo, y Castrogare, al otro lado del río y a la altura de la aldea de Santa Andrea. Por último, la confluencia entre el Lor y el Sil está dominada por un promontorio donde existe en la actualidad una ermita y que seguramente fue un castro, puesto que en él encontramos abundantes restos de retenidas o aterrazamientos similares a los vistos en los castros del Caurel, que no corresponden desde luego a cultivos modernos. Enfrente de dicho promontorio, al otro lado del Sil, existe una aldea denominada Castro de Abaixo.

—A la altura del puente de Barxa do Lor, esta doble vía debía enlazar con la vía secundaria que iba desde la mansión *Foro* de la vía XVIII hasta un punto aún no precisado al N de Chantada (Lugo) y correspondiente a otra vía secundaria que desde las cercanías de *Lucus Augusti* se encaminaba hacia Orense y *Aquae Flaviae* (Chaves) (28).

—Por el N el sistema viario del Caurel enlazaba con las vías XIX y XX, que poseían un trazado común entre *Astúrica* y *Lucus*. Nosotros hemos situado este enlace a la altura de Pedrafita del Cebreiro. El punto en que lo hiciera no puede establecerse con exactitud, ya que el trazado entre las mansiones *Timalino*, localizable en los alrededores de Vilartelín (29), y *Uttaris*, que según todos los autores debe localizarse en la cuenca del Valcarce, entre Ruitelán y Vega de Valcarce (30), ofrece aún muchas dudas.

—Por último, otra serie de vías de acceso enlazaban el Caurel con la zona de la actual Sarria a través de Samos o de Incio. En este último lugar existía además una cantera romana de mármol (31), por lo que obvias afinidades técnicas potenciarían un estrecho contacto con la zona minera del Caurel. A través de los valles de A Rogueira, Rego da Veiga y de Folgoso se establecería la comunicación con los valles del Selmo y Soldón, por los que se podía acceder a la zona de Quiroga y otros puntos del Valle del Sil por los que pasaba la vía XVIII.

(28) Seguimos aquí a A. de Abel Vilela y F. Arias Vilas: *Guía Arqueológica romana de Lugo y su Provincia*. Lugo 1975, 43 y fig. 2, quienes se basan en la tabla II del Itinerario de Barro de Astorga, la única no falsificada al parecer de J. M. Roldán Hervás: op. cit., 163 ss.

(29) F. Arias Vilas: «Dous miliarios do tramo viario Lucus-Timalino» en *Bol. Auriense* VI (1976) 105.

(30) Acerca del estado de la cuestión en este problema ver: M. D. N. Estefanía Álvarez: op. cit., 46 ss.; J. M. Roldán Hervás: op. cit., 73 ss. y F. Arias Vilas: op. cit., 97 ss.

(31) A. M. Canto: «Avances sobre la explotación del mármol en la España romana» en *AEArq* 50-51 (1977-1978), 180 s.

5. EL HABITAT: LOS SISTEMAS DEFENSIVOS

Uno de los aspectos que conviene tratar por separado y subrayar acerca de los asentamientos localizados en el Caurel es el de sus complejos sistemas de defensa. En algunas ocasiones les hemos denominado «fortificaciones», eludiendo de manera consciente la palabra castro, que tiene un significado muy concreto en la arqueología del noroeste. En realidad lo son, aunque difieren notablemente en su estructura de los más comunes, con fosos, parapetos y terraplenes en todo su entorno que conocemos en el resto de Galicia. Si la tabla de hospitalidad hallada en el Cido (32) se refiere a alguno de estos lugares prospectados por nosotros, tendríamos confirmado epigráficamente por lo menos el nombre de uno de estos lugares: *Castellum Toletense*. Una reciente interpretación de la Ω propuesta por M.^a Lourdes Albertos (33) permitiría reconocer otro topónimo en el *Castellum Aiobaiciaecum*, pero las circunstancias de su aparición y el contexto arqueológico de la mencionada tabla hacen que no podamos asegurar por ahora que el anterior *hospitium* se llevara a cabo en esta comarca.

Concretándonos a lo que se refiere a las fortificaciones en sí, tenemos que hacer una clara distinción entre las situadas en la parte baja del valle, junto al río, y las que se hallan a mitad de la ladera en promontorios más o menos adecuados para la defensa por su propio emplazamiento. Nosotros hemos distinguido entre ambos tipos desde un principio, porque desde nuestros primeros contactos con la zona apreciamos claramente una neta separación tipológica entre unos y otros. Cuestión distinta será la de su cronología y el problema que se plantea acerca de si hay dos etapas de población o si ambas modalidades de asentamiento conviven simultáneamente. Sobre este tema nos remitimos a lo ya expuesto en páginas anteriores.

Los castros de la parte baja.—Estos asentamientos ocupan promontorios próximos al río y por consiguiente muy encajonados en las zonas bajas del valle. Se localizan en lugares que podemos denominar cómodos y de relativamente fácil acceso en una época anterior a la construcción del sistema viario que facilita el paso al valle del Lor, es decir, cuando la única

(32) M. Vázquez Seijas: «Nuevas inscripciones romanas de la provincia de Lugo», en *BCPMHA Lugo* VII, 49-52 (1958 y 1959) 271 s.; A. D'Ors: «Miscelanea epigráfica», en *Emerita* XXVIII, 1 (1960) 143 s.; F. Acuña Castroviejo: «La cultura en la Galicia romana» en *La Romanización de Galicia*, La Coruña 1976, 68 y 70 con lámina; M.^a Lourdes Albertos Firmat: «Perduraciones en la Galicia Romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía» en *Actas del Bimilenario de Lugo*, Lugo 1977, 17 ss., lám. pg. 27; F. Arias Vilas, P. Le Roux y A. Tranoy: *Inscriptions romaines de la province de Lugo*, París 1979, 75 ss.

(33) M.^a Lourdes Albertos Firmat: «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua» en *St. Arch.* 37, Valladolid 1975 = en *BSAA* 40-41 (1975) 4 ss.

forma de penetrar en el Caurel sería remontar el río por un camino paralelo a su orilla. Pero las ventajas de una comunicación cómoda se ven fuertemente contrarrestadas en estos castros por su gran vulnerabilidad desde las partes altas de la sierra. El caso más característico es el de Mogoxe (núm. 3), en el que apenas se ven otras defensas que las de su propio emplazamiento en una pequeña altura a la orilla del río. Tipológicamente es lo más parecido que hemos encontrado a cualquier castro tradicional de reducidas proporciones de los que hay en otras partes de Galicia. La única obra de protección de la que quedan huellas visibles consiste en un talúd de tierra a modo de *ager*, que defiende el flanco occidental, donde posiblemente serviría de base a una empalizada. Por este mismo lado tenía el recinto una entrada en rampa.

Como en el castro de Mogoxe, faltan en todos los castros de la parte baja del valle grandes obras artificiales de fosos incluso en aquellos casos, como es el de O Campo de Vilar (núm. 22) en que la topografía del lugar no sólo lo permitía, sino que hasta lo hacía necesario. Pero si aquí faltan unas obras de defensa que luego vamos a describir en las fortalezas de la parte alta de la sierra, en lo que se conserva de alguno de ellos se puede constatar la importancia que tiene en ellos el muro de la croa como último reducto defensivo. Esto ocurre en el mencionado de O Campo de Vilar (núm. 22), con un característico ensanche del muro en un extremo de la puerta de entrada a la croa, que nuevamente nos acerca a otros castros conocidos en Galicia (34). Prescindiendo de este ensanche, el grosor medio del muro de la croa en O Campo de Vilar es de 0,60 m y encierra un recinto que en su eje más largo alcanza los 27 metros. Otros ejemplos de castros localizados en la parte baja, donde se conservan huellas de la croa, son el Egresario o San Román (núm. 31), con un muro de 1,80 m de espesor, que se conserva hasta una altura próxima a los 2 m, el castro da Devesa do Rei (núm. 9), donde la muralla de la croa defiende un recinto de 23 m en su eje más largo y tiene un grosor medio de 1,60 m y el de Santo Estevo, en el que la vegetación nos permitió tan sólo detectar su presencia.

A la vista de los ejemplos citados se aprecia claramente que en este tipo de castros se concentra gran parte del esfuerzo defensivo en la construcción de un sólido muro en la parte más alta del promontorio. Pese a ello llama la atención a primera vista lo vulnerables que son estos asentamientos encajonados en el fondo del valle y distantes considerablemente los unos de los otros.

Fortificaciones de la zona alta.—A diferencia de los anteriores existen en el Caurel unos asentamientos que se localizan por término medio en una zona comprendida entre las cotas 700 y 1.000 aproximadamente. Están más alejados del río, que es la vía natural de penetración, pero las condiciones de seguridad que ofrecen son muy superiores a las de los castros anteriormente citados. Aquí conviene subrayar de qué manera resulta curioso ver cómo todos los castros de la zona baja se corresponden con otro inmediatamente por encima y, por supuesto, mucho mejor defendido. Así pues, el de O Campo de Vilar (núm. 22) se domina visual y estratégicamente desde Vilar (núm. 21). El de Vilamor (núm. 36) está al pie de otro fortificado con grandes fosos. El Castro de Mogoxe (núm. 3) es totalmente vulnerable para los que ocupaban Torre do Castro (núm. 12) cerca de Sobredo. El Castro da Devesa do Rei (núm. 9) está al pie del de Pifeira (núm. 18) desde donde se podrían controlar hasta los más mínimos movimientos de sus habitantes en el caso de ser contemporáneos (figs. 1 y 22 y lám. 36, 2).

Llegado aquí tenemos que hacernos una pregunta que ya hemos adelantado y para la que no podremos tener una respuesta definitiva mientras no se acometa un estudiado plan de excavaciones. El problema radica en la posible contemporaneidad de ambos tipos de

(34) A. Romero Masiá: *El habitat castreño*, Santiago 1976, 44, fig. 12.

asentamiento. Como tratamos en otro lugar de esta memoria, todos los elementos racionales de cronología que podemos hilvanar sobre los castros altos nos llevan a época romana y los hacen contemporáneos de las explotaciones auríferas cuyo auge hay que situar en el siglo II d.C. En el caso de que esto fuese así habría que pensar en un sector de la población (castros altos) dominando a otro sector (castros bajos). Pero no es lo probable, dado que, entre otras razones, las fortificaciones de la parte alta son mayores y más numerosas que los castros de la zona baja. Nosotros nos inclinamos a pensar que estos últimos, cuya tipología es, como se ha dicho, más clásicamente castreña, correspondieron a una etapa inmediatamente anterior a la construcción de las fortalezas del tipo Vilar, Torre do Castro, Brio, etc. Su construcción responde a un programa ordenado de control de una zona minera en época romana y es con toda probabilidad contemporánea del sistema de comunicaciones y el inicio de las explotaciones mineras a gran escala. Incluso algunas grandes obras de fortificación, como por ejemplo el gran foso de Torre do Castro (núm. 12) requieren un esfuerzo que sólo es comparable al de la apertura de grandes cortas en las explotaciones mineras.

Tendríamos que confirmar, pues, si estamos ante un caso de estratigrafía desplazada en el que la secuencia cultural de los castros bajos se continuaría sin interrupción en su correspondiente de la parte alta.

A diferencia de los castros bajos, los situados a media ladera tienen entre sí el rasgo común de haber realizado un enorme esfuerzo para garantizar su defensa. Para ello se comenzó por seccionar con un profundo tajo a manera de foso, alguno de los salientes o promontorios en los que, por su emplazamiento, o por sus condiciones, fuera necesario. Nos lo explicaba con gran expresividad Euxio Novo Neira, profundo conocedor de su tierra del Caurel: «cortaban as nervaduras da serra».

La apertura de los fosos es sin duda el primer paso para garantizar la inexpugnabilidad de aquellas fortalezas. Pero por regla general no hay una norma única en su construcción. Unas veces se practican varios fosos consecutivos de diverso tamaño, como ocurre en Vilar (núm. 21), Foz (núm. 15), o Cido (núm. 2) y otras veces se concentra todo el esfuerzo en una impresionante corta del monte que hace innecesarios más fosos. Este último caso lo vemos en Torre do Castro (núm. 12) o, en menor escala, en Ferreirós de Arriba (núm. 13), y el Cotorro de Villasivil (núm. 16). Otras veces el foso se hace prácticamente innecesario, como ocurre en el Castro de Brio (núm. 25), donde apenas se hicieron algunos retoques en la vaguada natural del lado suroccidental. En el castro de Piñeira, sin embargo, encontramos, además del foso principal que corta el espolón ocupado por el asentamiento, otros fosos complementarios que refuerzan los flancos descendiendo ladera abajo. Estos pequeños fosos, que a veces podríamos llamarles más propiamente zanjas, se sitúan a veces en la ladera inferior para cortar la subida en aquellos casos en que el terreno no lo dificulte demasiado. El ejemplo más claro lo tenemos en Torre do Castro (núm. 12). Por consiguiente, podemos decir que los fosos están siempre ajustados a la situación concreta y a la topografía de cada lugar, buscando siempre las condiciones de máxima seguridad del asentamiento.

Como complemento de estos fosos encontramos casi siempre una muralla, en la parte interior de la fortificación, que corre paralela a él. De esta forma se acentuaba la altura sin necesidad de hacer mayores excavaciones y ofrecía un sólido parapeto a sus defensores. Cuando son varios los fosos que cortan uno tras otro el acceso al castro, como se da en Vilar (núm. 21) y Foz (núm. 15), se levantan otras tantas murallas consecutivas. Es decir, en estas fortificaciones el foso y la muralla forman una unidad en el sistema de cierre de los accesos al promontorio por la parte más vulnerable. El muro *c-1* que todavía se ve junto al foso *A-2* del Castro de Vilar (núm. 21), se conserva en una longitud de 33 metros y tiene el

respetable espesor de 4,60 metros. Igualmente sólido es el muro c-4 en el lado norte, que llega a tener un grosor de 2,5 metros. También la construcción de estos muros interiores que complementan la defensa del foso obedecen a esquemas que pueden ser muy variados. En el castro de Foz (núm. 15) se conservan los restos de uno de ellos muy ajustado a la topografía del promontorio. En El Cido (núm. 2) el muro se interpone a quien acceda al castro por el lado oriental como una barrera que se prolonga bastantes metros hacia abajo por la ladera meridional del monte. En el Castro de Paderne (núm. 28) se levantó un enorme parapeto con la parte interior escalonada para facilitar de algún modo la organización de la defensa.

Como vemos existe el embrión de un cierto amurallamiento que se limita siempre o casi siempre al lado más vulnerable de la posición. En sólo dos casos la muralla se prolonga cerrando un mayor perímetro de la superficie ocupada. En el Castro de Brio (núm. 25) se ven todavía los restos de una larga muralla a lo largo de toda la ladera sur, que es precisamente la de acceso a la fortificación (fig. 11 y lám. 18).

Queda, por último, comentar con respecto a estas murallas que la técnica de sus aparejos es variable en función de los materiales utilizados. Lo más común es el empleo de lascas de pizarra de tamaño mediano que se colocan horizontalmente formando las dos caras exteriores. El interior, que como se ha visto puede ser un macizo de más de cuatro metros de ancho, se rellena de piedras de tamaño irregular. Pero cuando la piedra local tiene otras características, como es el caso de Brio (núm. 25) o Castro da Torre (núm. 32), se aprovecha la piedra del lugar colocando bloques de mucho mayor tamaño. Una cosa está muy clara en estos yacimientos: de la misma manera que se hace un foso con *ager* en los lugares en que no hay tanta piedra como aquí, en El Caurel la misma piedra que se extrae en el construcción del foso se acumula en la construcción de un gran parapeto. Es más, dado el carácter esquistoso del suelo, al abrirse los fosos estos se convierten en las canteras naturales para toda la piedra que se va a necesitar en la construcción de retenidas, viviendas, cercas, etc. Ello implica que al abrirse el foso en un terreno de pizarra se seleccione el material extraído para utilizarlo de una u otra forma según los casos. Los bloques mayores irían a la muralla y las torres. Las piedras que salieran más afiladas serían apartadas para colocarlas verticalmente en las laderas menos pendientes de la parte exterior. Otras piedras menores de tamaño más o menos uniforme se emplean para las retenidas o plataformas de las casas y de los caminos o para la construcción de las viviendas. Por último, todos los fragmentos menores de pizarra se emplearían para el drenaje de la parte inferior de los muros y los pavimentos (fig. 7 y lám. 15) o para el relleno de la parte interior de las murallas.

Como un tercer elemento perfectamente diferenciable en el sistema defensivo de estas fortificaciones, existen unas torres situadas también inmediatamente a continuación del foso y la muralla, o bien formando unidad con esta última. Algunas de estas torres debieron haberse conservado bastante bien hasta una fecha relativamente próxima, ya que en las poblaciones vecinas a varios de los castros se conservan recuerdos toponímicos de ellas. Así pues, en Sobredo llamaban al castro próximo, en función del último vestigio visible que debió quedar *Torre do Castro* (núm. 12). En Parada llamaban al Cido (núm. 2) *Torre Cabrerira*, aún cuando en la actualidad sólo se pueden reconocer los cimientos de la torre que afloran en la superficie del terreno, si previamente se sabe que existe. En Lousada nos indicaron cómo llegar al *Castro da Torre* (núm. 32), que estaba allí cercano. Efectivamente, a pesar de la abundante maleza que cubría este lugar, llegamos a localizar una torre de considerables proporciones, que fue sin duda la que dio lugar al topónimo en otro tiempo en que estuviese más visible.

Las torres varían mucho de uno a otro lugar tanto por su número como por sus

dimensiones o su técnica de construcción. En Vilar (núm. 21) encontramos tres torres consecutivas (B-1, B-2 y B-3) correspondientes a otros tantos fosos. Solamente en una de ellas pudimos ver y medir con claridad su planta, que era cuadrada y de 2,5 m de lado. En el Castro de Foz (núm. 15) hay una única torre de considerables proporciones, en la parte interior, junto al grueso muro que defiende el último de los seis fosos que cierran el paso por el lado oriental. En Castro da Torre (Lousada) (núm. 32) existe un importante complejo defensivo del que forma parte una torre construida con grandes bloques de piedra en una especie de antecastro formado por dos profundos fosos excavados en el lado norte.

Este esquema de foso, muralla y torre, que constituye el eje de la defensa por la parte más vulnerable de los espolones montañosos, no es exclusivo del Caurel aunque sí sea este el lugar donde se han localizado hasta la fecha en mayor número. En el Castro de Carvalhelhos (Portugal) (35), los trabajos de excavación han permitido ver con mayor claridad algunos aspectos constructivos que nosotros estamos describiendo a partir tan sólo de los restos visibles en superficie. Digamos, sin embargo, que un reciente incendio en gran parte de la sierra del Caurel nos ha permitido ver los montes calcinados en muchos casos y un cierto número de los castros sin vegetación alguna (láms. 11 y 14, 1 y 2), haciendo así posible la descripción de unos muros que en circunstancias normales hubiesen sido muy difíciles de detectar. Aún así sería conveniente planificar una investigación futura en la que se aclarasen los pormenores de estos complejos sistemas defensivos. Los más importantes a nuestro juicio para una investigación detallada en la que sería imprescindible alguna excavación serían: Vilar (núm. 21) por las excepcionales condiciones en que se encuentra conservado, Paderne (núm. 28) y Castro da Torre (núm. 32) por sus peculiares e importantes obras de defensa y, por último, El Cido (núm. 2) en cuya necrópolis aparecieron la tabla de hospitalidad y el águila que se conservan en el Museo de Lugo (36) y donde aún quedan visibles e intactas un cierto número de sepulturas. Mientras no se acometan estos trabajos tendremos que remitirnos como ejemplo tipológico más próximo al mencionado castro de Carvalhelhos. Esta fortificación del área portuguesa tiene una cronología igualmente muy baja que los sitúa también plenamente en época romana. Al igual que los de Lugo el castro de Carvalhelhos está en función de unas explotaciones mineras (37). Por último, coincide plenamente con los de El Caurel en lo que se refiere a su emplazamiento y sistema defensivo con fosos cavados en la roca y una sólida muralla a continuación del más interior de ellos.

Otro castro de este mismo tipo que constituye junto con el de Carvalhelhos los dos únicos excavados de los conocidos en el noroeste es el de A Cidá do Castro de San Millán (Orense) (38). Los excavadores lo consideraron un *oppidum* de la tribu de los bibalos y el material encontrado en él les lleva a una cronología igualmente romana. Este castro se halla situado, junto con los de Casa da Mina de Videferne, el Castelo de Cidadelle de Segirei, el ya mencionado de Carvalhelhos y el Castro de Curalha en un importante distrito minero en el que hubo grandes explotaciones de época romana, tanto de estaño como auríferas (fig. 32). De las más conocidas de estas explotaciones cabe mencionar la del Poço das Freitas (39).

(35) J. R. dos Santos Junior: «As notaveis condições de defesa do Castro de Carvalhelhos» en *TAE* XXII, 3 (1973) 207 s., con bibliografía.

(36) Sobre la table vide nota 32. Para el águila: A. García y Bellido: «Nuevos documentos militares de la Hispania romana» en *AEArq* XXXIX (1966) 37 s., figs. 14 y 15.

(37) J. R. dos Santos Junior: op. cit., 215 ss. y nota 1.

(38) J. Taboada Chivite: «Carta arqueológica de la comarca de Verín» en *III CNA*, Zaragoza 1955, 339; F. López Cuevillas y J. Taboada: «Un *oppidum* de la tribu de los Bibalos» en *AEArq* XXVIII (1955) 77 ss.; F. López Cuevillas: «La "Cidá do Castro" de San Millán» en *CEG* X, 30 (1955) 139.

(39) D. Fernando de Almeida: «Minas de ouro na "Galaecia" portuguesa» en *Legio VII Gemina*, León 1970, 297. Junto a esta explotación existe otra hasta ahora desconocida y que se denomina Corta do Penedo das Bruxas, en ella se benefició mineral aurífero primario, al igual que en el Poço das Freitas.

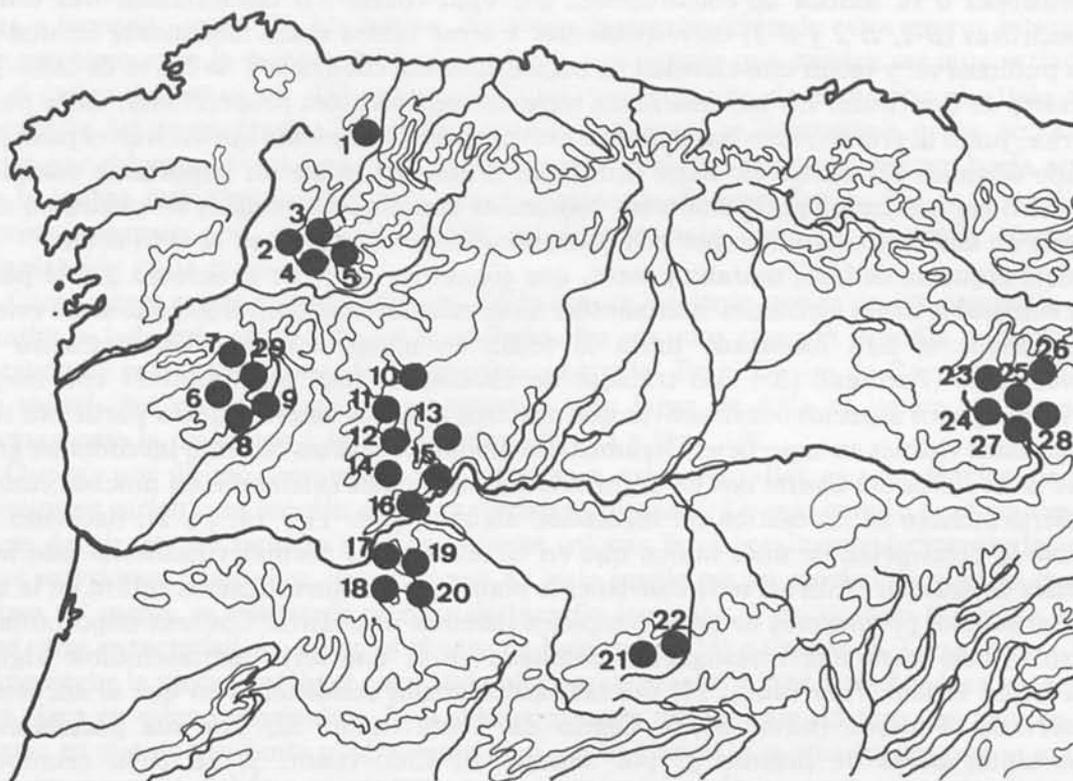


Fig. 32.—Distribución de los asentamientos castreños que poseen piedras hincadas en sus sistemas defensivos a lo largo de la cuenca del río Duero y noroeste de la Península (entre paréntesis se indican los concejos portugueses o provincias españolas donde se sitúan los castros): 1) Castro del Monte de San Isidro (Oviedo); 2) Torre do Castro (Lugo); 3) Castro de Piñeira (Lugo); 4) Castro de Foz (Lugo); 5) Castro da Torre (Lugo); 6) Castelo de Cidadelhe de Segirei (Chaves); 7) Cida do Castro de San Millán (Orense); 8) Carvalhelhos (Chaves); 9) Castro de Curalha (Chaves); 10) Vivineira (Zamora); 11) Penhas Justas (Vinhais); 12) Parada (Bragança); 13) Tejera (Zamora); 14) Calvelhe (Bragança); 15) Ciquadenha de Picote (Miranda do Douro); 16) Algosinho (Miranda do Douro); 17) Castro de Saldeana (Salamanca); 18) Castro de Bermellar (Salamanca); 19) El Picón de la Mora (Salamanca); 20) Las Merchanas (Salamanca); 21) Las Cogotas (Avila); 22) La Mesa de Miranda (Avila); 23) Castro de las Espinillas de Valdeavellano (Soria); 24) El Castillejo de Langosto (Soria); 25) Los Castillejos de Gallinero (Soria); 26) El Castillejo de Taniñe (Soria); 27) El Castillejo de Hinojosa de la Sierra (Soria); 28) Castilfrío de la Sierra (Soria); 29) Casa da Mina de Videferre (Orense).

De la misma forma que encontramos estas fortalezas de cierta condición castreña, pero de cronología romana en las proximidades de dos distritos mineros en Galicia y norte de Portugal, tenemos indicios para suponer que una exhaustiva exploración de las explotaciones romanas de oro en otras zonas del noroeste nos llevaría a la localización de unos sistemas de defensa muy similares a los que hemos venido estudiando. En Asturias cabe citar el de Pesoz en la Sierra de San Isidro, junto al río Navia (40), que también se encuentra en las inmediaciones de una explotación minera.

Pero no queda ahí la defensa que los habitantes del Caurel hacen de estas fortificaciones. Como complemento a los fosos, muros y torres, salpican determinadas zonas con algo que nos es ya conocido fuera de Galicia, pero que aquí constituyen casi una novedad: las piedras hincadas. En el Caurel es muy fácil recurrir a este procedimiento, porque el material para su construcción abunda por todas partes. Las mismas lajas de

(40) P. Harbison: «Wooden and stone *Chevaux-de-Frise* in Central and Western Europe» en *Proceedings of the Prehistoric Society* XXXVII, (1971) 213.

pizarra, que al extraerlas presentan a veces bordes sumamente cortantes y picos afilados, son seleccionadas y colocadas cuidadosamente en vertical para hacer prácticamente imposible cruzar determinadas zonas ni a pie ni a caballo. En el Caurel estas piedras sobresalen del terreno alrededor de 50 cm en los casos de las mejor conservadas, como son las de Foz (núm. 15) y las de la ladera sureste en Torre do Castro (núm. 12).

Por lo que se refiere a los lugares en que se colocan las piedras hincadas hay que señalar que coinciden siempre en los puntos de mínima pendiente, por donde sería relativamente más fácil un ataque masivo a pie o de caballería. En Foz se prolongan hasta la mitad de la ladera en el mismo eje de los fosos. En Torre do Castro (núm. 12), se hincan en lo más alto de los caballetes intermedios de los fosos y en las laderas de la vertiente sureste. En el de Piñeira (núm. 18) afloran todavía los restos de piedras hincadas en el terreno. Son de tamaño menor que las anteriores, quizá por la misma naturaleza de la pizarra, que es de menor consistencia, pero se hallan colocadas muy próximas entre sí, formando un espeso tupido de agujones en vertical que cubre la porción intermedia entre los fosos de la ladera noreste. La imagen puede recordar al visitante —salvando las diferencias—, la moderna colocación de cristales en la parte alta de un muro. Por último, también en el Castro da Torre (núm. 32) se ven los restos muy erosionados de pequeñas piedras clavadas en la loma intermedia que separa los dos fosos del lado norte.

Estas piedras hincadas las habría posiblemente en todas las fortificaciones, pero por unas razones o por otras se han conservado de forma muy desigual o incluso han desaparecido en varios lugares. Curiosamente los habitantes de las aldeas próximas conocían la existencia de estas piedras y coincidían en que su colocación era «para evitar los ataques de la caballería».

Las piedras hincadas nos eran ya conocidas en las fortificaciones de la Edad del Hierro en la Península y concretamente en las culturas de la Meseta (41). En el área del noroeste se conocían hasta ahora los ya mencionados castros del norte de Portugal y sur de la provincia de Orense. Este hecho se interpretaba como una influencia de la Meseta en la cultura castreña del NO. Pero con la incorporación de los numerosos casos en el Caurel, donde encontramos el mismo procedimiento defensivo y el castro de Pesoz en Asturias, todos ellos con una cronología claramente de época romana, habrá que explicar de otra forma su presencia en el noroeste (fig. 32) (42). Recientemente Harbison ha planteado la hipótesis del origen centroeuropeo de las piedras hincadas, dando un amplio mapa de su distribución desde la Península Ibérica hasta las Islas Británicas (43). Supone este investigador que originariamente serían de madera y que sólo en una fecha más reciente asistiríamos al proceso de su petrificación, a fin de hacer este procedimiento defensivo menos vulnerable. De todas formas no debemos pasar por alto que la colocación de piedras, estacas o agujas de hierro afiladas es una técnica conocida y descrita en las fuentes clásicas, que no se limita exclusivamente al área delimitada actualmente con las excavaciones arqueológicas. Los romanos se enfrentaron a este tipo de defensas, pero también las utilizaron en diversas modalidades y variantes. Unas veces son piedras afiladas, pero otras, sin que ello implique ninguna diferencia cronológica, se trata de estacas de madera que Amiano llama *eminentes lignei stili* (Amiano XV.10.5). Como es lógico, estas agujas de madera que cubren amplias zonas en los alrededores de una fortificación estarían disimuladas o cubiertas, de manera

(41) P. Harbison: «Castros with Chevaux-de-Frise in Spain and Portugal» en *MM* 9 (1968) 116 s.; Idem: «Castros with "pedras hincadas" in Trás-os-Montes» en *TAE* 20 (1967-68) 385 ss. e Idem: «El Castro de Vivinera (Zamora) y sus «pedras hincadas» en *Zephyrus* 19-20 (1968-69) 57 ss.

(42) Para la elaboración de nuestra figura 32 nos hemos basado en los trabajos ya mencionados de P. Harbison, F. López Cuevillas y J. Taboada y Ana Romero Masiá, así como en R. Marín Valls: «El Castro del Picón de la Mora (Salamanca)» en *BSAA* 37 (1971) 126 ss. y nota 19, además de los incorporados por nosotros en la zona del Caurel.

(43) P. Harbison: op. cit., 1971, fig. 13.

que serían como verdaderos «campos de minas»; de ahí su denominación de *stili caeci* (44). César describe en Alesia estos campos sembrados de los que él llama *cippi* y se refiere a ellos denominándolos *lilia* (*Bell. Gall.* VII.73). Una variante de estas agujas pueden considerarse las agujas metálicas de cuatro puntas (*tribuli*) así como los *ericii* mencionados también por Julio César (*Bell. Civil.* III.67). Todo ello hace explicable que, sin perjuicio de que en la Península Ibérica se conocieran en la Edad del Hierro, encontremos las piedras hincadas ampliamente utilizadas en el Caurel en fortalezas de época romana.

De igual modo que los sistemas descritos suelen estar en la parte de más fácil acceso, también aquí se localiza la entrada natural a las fortificaciones. Esta puede hacerse de distinta manera y siempre amoldándose a las especiales circunstancias del terreno. No se puede hablar de verdaderas puertas de entrada, sino de caminos que van sorteando los fosos hasta penetrar en el interior. Un claro ejemplo de esto que describimos lo constituye el Castro de Vilar (núm. 21), donde el camino entra bordeando el foso A-1 por el lado occidental (fig. 3). De esta o parecida manera se traza el camino de entrada en aquellos casos en que la vía pasa por la parte más alta del castro (Foz, núm. 15) o incluso por el interior del foso (Fouciños, núm. 14). Sin embargo, cuando el camino pasa por una parte más baja de la ladera, se traza desde él un ramal que parte en zig-zag ascendente hasta llegar al castro bordeando a veces también algunos fosos de menores proporciones. En Torre do Castro (núm. 12) el camino antiguo bordea el promontorio por la parte baja. En la ladera sureste se hubiera podido haer un ramal de acceso que facilitaría la entrada, debido a su escasa pendiente. Pero lejos de hacerlo, los habitantes de esta fortificación excavan dos fosos que cortan totalmente el paso. A su vez aprovechan la ladera noreste que ofrece una pendiente natural muy acusada y no necesita obras de defensa, para trazar un camino que va serpenteando trabajosamente hacia la parte más alta del recinto (fig. 3). De esta forma se controla la entrada sin necesidad de construir nada parecido a lo que nosotros pudiéramos calificar como puerta. Esto mismo vemos en el castro de Lousada (Castro da Torre, núm. 32), donde la fotografía aérea permite ver un camino de entrada por el lado sur, que nosotros no registramos sobre el terreno debido a que la vegetación de monte bajo impedía verlo (lám. 33).

Pero no se trata sólo de estos ramales, que se unen a las que podríamos llamar vías de comunicación principales. Las fortalezas de la parte alta de la sierra disponían además, de caminos de bajada al río, hechos con la misma técnica de «retenidas» y tallas en la roca. En algunos casos se conservan francamente bien y su localización en el plano se hace con relativa facilidad. Los casos más claros de este contacto con el río los tenemos en Vilar (núm. 21), Foz (núm. 15), Fouciños (núm. 14) y Torre do Castro (núm. 12). El de Vilar constituye un caso especial, que merece la pena ser destacado, porque el camino de bajada al río se hace por una ladera muy pendiente en el lado occidental, pero está perfectamente controlado y defendido por un muro que baja recto hacia el río y remata en una torre. En nuestra figura 3 se puede comprobar hasta qué punto la muralla que parte de la torre B-1 y baja a lo largo de 16 metros por la pendiente, está en función de impedir el paso por este camino. Para más dificultad, en la parte superior de esta muralla se hace pasar el camino a través de una estrecha puerta de 0,75 m.

En los casos de Foz (núm. 15) y Fouciños (núm. 14) se ven todavía, como ya hemos dicho, las trazas de dos caminos que bajan en zig-zag desde ambos lados de la sierra y vienen a confluír en el mismo punto del río. En la actualidad se utiliza todavía el tramo inferior del camino que parte del Castro de Foz, para cruzar el río por un puente de madera situado donde ya debió haber uno similar en la antigüedad.

(44) Pauly - Wisowa: *RE* s.v. *stilius*.

Anteriormente hemos aludido a un muro en el Castro de Vilar que termina en una torre a mitad de la ladera del promontorio ocupado por la fortaleza. Esta especie de barbacana se repite en el Cido (núm. 2) por la ladera meridional y en el Castro de Paderne (núm. 28), donde termina en una sólida torre circular que defiende el extremo de uno de los fosos.

Como vemos, el esfuerzo defensivo que se hace en los castros de media ladera es aparentemente desproporcionado a las exiguas dimensiones de la superficie ocupada en la mayor parte de los casos. Solamente en función de la infraestructura necesaria para abrir las minas, controlar sus vías de acceso y atender al mantenimiento de los canales podremos entender las fortificaciones descritas. Constituyen, a nuestro juicio, uno de los aspectos más sobresalientes de la arqueología de El Caurel y del que convendría resolver algunas cuestiones mediante pequeñas excavaciones en lugares concretos.

6. EL HABITAT: LOS TIPOS DE VIVIENDAS

Las cuevas son los tipos de habitat más antiguo de los encontrados en el Caurel. Ya hemos mencionado la segura ocupación de la Cova do Oso y la muy posible de las otras cuevas catalogadas. No obstante, los pocos datos que poseemos y la carencia de paralelos para un contexto geológicamente tan aislado como son las cuevas del Caurel harían prematuras todo tipo de conclusiones, por más que fuesen mínimas. Únicamente cabe adelantar la relación del habitat en cuevas con posibles actividades en los yacimientos mineros asociados a los estratos calizos del Caurel (indicios metalogenéticos en fig. 2).

Prácticamente todos los autores que se han ocupado de la Cultura Castreña del NO peninsular están de acuerdo en señalar las estructuras defensivas y la uniformidad general del habitat como dos de sus características más claras. El trabajo de prospección realizado en el Caurel nos ha permitido conocer con bastante precisión los sistemas defensivos, según acabamos de exponer, pero no puede permitirnos alcanzar unas conclusiones tan claras en lo que atañe a otros aspectos del habitat, para lo cual sería necesario continuar los trabajos con excavaciones. De cualquier forma, es muy cierto que lo intacto de la zona, por las causas que ya hemos mencionado, nos facilitó el conocimiento de muchos más datos de los que hubiese sido normal en otras áreas similares del NO.

La documentación que poseemos sobre la organización general de los asentamientos situados en la zona baja del valle, próximos al río, es muy escasa. No hemos logrado reconstruir ninguna planta de vivienda, a excepción de una de forma rectangular y grandes dimensiones en el Castro da Devesa do Rei (núm. 9) (fig. 21).

Hemos de suponer que este tipo de castros poseerían las viviendas comunes en toda la arquitectura castreña desde época prerromana, distribuidas de forma que se acoplasen a las características del terreno, más o menos acondicionado con bancales o retenidas como las que se aprecian en los yacimientos núms. 22, 3 y 9. Curiosamente, la única estructura claramente visible en el popular Castro de Mogoxe es la correspondiente al acondicionamiento del manantial o fuente allí existente (figs. 19 y 20). La trinchera y obras de mampostería en él realizadas ofrecen un aspecto bastante primitivo y no resultan tan espectaculares como las encontradas en el Castro de Elviña (45), aunque sí poseen una conformación cóncava e incluso se aprecia una depresión en la parte central que, de no ser un mero hoyo de buscadores de tesoros, hace pensar en la existencia de un pequeño aljibe

(45) J. M. Luengo Martínez: «La fuente-aljibe del castro céltico de Elviña» en *Rev. del Inst. J. Cornide de Ests. Coruñeses* I, 1 (1965) 159 s.

que facilitaría la recogida del agua del manantial. Fuentes acondicionadas en el interior de recintos castreños se documentan en diversos lugares del NO. (46); su finalidad debió de ser fundamentalmente práctica, ya que propiciarían un cómodo abastecimiento de agua, pero también es posible que en aquellos casos donde el manantial aparece especialmente acondicionado dentro del recinto, como es el caso de Mogoxe, existiese una funcionalidad sacralizadora, máxime si tenemos en cuenta el amplio desarrollo que alcanzaron en el NO los cultos relacionados con las aguas en general y las fuentes en particular desde época prerromana (47).

Los poblados unidos por las vías de comunicación de la ladera media de la sierra presentan, en algunos casos, una distribución general que puede considerarse como la típica de la Cultura Castreña; uno o varios recintos circulares, ovales o elípticos escalonados (48). En el Cotorro do Castro de Villasil (núm. 16) (lám. 27), Castro de Paderne (núm. 28) (fig. 15) y Castro de Brio (núm. 25) (fig. 11) se diferencian tres, en el último precedido por un antecastro; en el Castro de Pifeira (núm. 18) (fig. 17) existen dos; en el de Mercurín (núm. 18) sólo uno. En el resto de los asentamientos, las divisiones del poblado no corresponden a modelos comunes en el NO. En algunos de ellos, el núcleo de población se concentra claramente en las zonas más resguardadas y protegidas de los vientos del N. Así, en el Castro de Vilar (núm. 21) (fig. 3) y en el de Forcellas (núm. 14) (lám. 10) los restos de viviendas se localizan al occidente, mientras que en Foz (núm. 15) (lám. 10) y Monte Cido (núm. 2) (fig. 12) se sitúan al sur. La división más clara parece la de Vilar, donde las viviendas ocupan el área occidental, mientras en el oriental apenas aparecen construcciones sobre las amplias terrazas allí existentes (fig. 3, láms. 3, 2 y 7). Algunos autores han interpretado los recintos vacíos aparecidos en castros del NO y similares a los de Vilar como zonas de estabulación para el ganado (49). Hemos de señalar que dichos castros, como Briteiros o Sanfins, poseen una estructura urbana de época avanzada, es decir, romanizada.

Especialmente difíciles de interpretar son los muros longitudinales que dividen algunos asentamientos en dos. En Monte Cido (núm. 2) (fig. 12) podría explicarse este muro como refuerzo defensivo frente a la ladera septentrional, pero en los casos de Castro Portela (núm. 34), la croa del Castro de Miraz (núm. 20) o Castro Romeor (núm. 6) (lám. 34, 2) su explicación no es sencilla y no podemos adelantar hipótesis convincentes sin una mínima excavación. Únicamente cabría relacionar esta particular división del espacio comparándola con la que posee Vilar (núm. 21), es decir, podría tratarse de una diferencia entre la zona de habitación humana y de estabulación del ganado, aunque en el caso de Vilar se trata de una distribución perfectamente apoyada en su topografía natural, mientras que en los otros castros adquiriría un carácter totalmente artificial. De cualquier forma, no parece

(46) A. Romero Masiá: *El habitat castreño*. Santiago 1976, 114 s.

(47) F. Cuevillas: «O Culto das Fontes no NO hispánico» en *TAE VIII* (1935) 73 ss.; J. R. Santos Junior y M. Cardozo: «Exvotos as Ninfas em Portugal» en *Zephyrus* 4 (1953) ss.; acerca de la distribución peninsular del culto a las aguas: J. Mangas: «Religiones Indígenas en Hispania» en *J. M. Blázquez y otros: Historia de España Antigua. II. Hispania Romana*. Madrid 1978, 590 ss. y fig. pg. 581; un resumen de los abundantes estudios realizados por Blázquez puede encontrarse en *J. M. Blázquez: Imagen y Mito*. Madrid 1978, 307 ss.

(48) A. Romero Masiá: op. cit., 14.

(49) M. Cardozo: *Citanía de Briteiros e Castro de Sabroso*. Guimarães 1976, 7.^a ed., est. VI, 1; Idem: «La Culture des Castros du Nord du Portugal» en *TAE XXII* (1973) 274 s., si bien en este caso también apunta el autor la posibilidad de que los espacios libres se destinasen a la acogida de población diseminada por los valles en caso de peligro; A. Romero Masiá: op. cit. 118, habla de la protección del ganado, en caso de grandes rebaños, en el interior del poblado e incluso llega a señalar la utilización de los espacios anejos a los barrios de los castros para tal fin. No hemos de olvidar que en la Meseta también existen asentamientos castreños en los que parecen existir espacios libres dedicados a recoger el ganado: R. Martín Valls: «El Castro del Picón de la Mora (Salamanca)» en *BSAA XXXVII* (1971) 31 y nota 20.

lógica la construcción de unos muros de la anchura descrita en Romeor (núm. 6) para realizar una función de este tipo.

La abrupta posición que ocupan los castros de media ladera hizo que el habitat se esculpiera materialmente sobre la roca. Las superficies quedaban igualadas mediante el empleo conjunto de cortes de roca y levantamiento de muros de contención o retenidas que, una vez rellenos, proporcionaban espacios aterrizados uniformes. Las retenidas son muy visibles en Castro Portela (núm. 34), Vilar (núm. 21) (fig. 3, láms. 3, 2 y 7). Forcellas (núm. 14), Foz (núm. 15), Torre do Castro (núm. 12) (fig. 6, lám. 16, 2), A Coroa de Ferreirós (núm. 13) (fig. 8), Brio (núm. 25) (fig. 11), Paderne (núm. 28) (fig. 15), Miraz (núm. 20) y Piñeira (núm. 18) (fig. 17). Por la misma razón era muy difícil la existencia de un urbanismo geométrico, aunque en Torre de Castro (núm. 12) existe una marcada orientación de todas las construcciones en la dirección de los ejes NE-SO y NO-SE (fig. 6), por lo que no puede desecharse la existencia de una cierta planificación del habitat, que sólo será comprobable con una profunda limpieza al menos de buena parte de su superficie. En el Castro de Vilar (núm. 21) el habitat se cifó de una forma extremada al terreno, según dijimos en el catálogo (fig. 3, láms. 3 a 9); las viviendas se levantaron de acuerdo con la superficie conseguida y las puertas se abren en los espacios libres de la forma más práctica: por el E en la vivienda 5, por el SO en la 7 y por el O en la 10. En la única casa excavada, la núm. 5, encontramos unas lajas de pizarra que aún poseían huellas claras de haber servido como quicios de puerta (lám. 8, 2). Dentro de este acondicionamiento artificial pueden distinguirse agrupaciones de casas en conjuntos o «barrios», tales serían: la plataforma donde se halla la vivienda 2 y donde habría otra más, el formado por las viviendas 3, 4 y 5, la plataforma donde están las viviendas 7 y 8 y el que formarían la 10, 11 y 12.

Estos dos últimos castros, Vilar (núm. 21) y Torre do Castro (núm. 12) han sido los que han proporcionado mayor número de viviendas con su estructura visible. Aunque encontramos restos en prácticamente todos los yacimientos, sólo pudimos obtener datos mínimamente concretos sobre viviendas en otros cuatro castros: Forcellas (núm. 14), Parada (núm. 30), Monte Cido (núm. 2) (fig. 12) y Devesa do Rei (núm. 9) (fig. 21). Las dimensiones de sus plantas y su tipología queda resumida en el Cuadro 1.

La comparación de estos datos con los conocidos dentro de la Cultura Castreña, nos permite llegar a las siguientes conclusiones:

—Las viviendas de planta angular presentan siempre, a excepción de la construcción del Castro da Devesa do Rei, sus esquinas redondeadas, circunstancia común dentro de la Cultura Castreña (50).

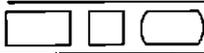
—En los castros de media ladera del Caurel queda clara la contemporaneidad de plantas circulares y angulares. La mayor abundancia de viviendas circulares en Vilar que en Torre de Castro ha de explicarse por su mejor adaptación a las dificultades topográficas del primero.

—La superficie habitable es casi igual en Vilar, media de 20,55 m², y en Torre do Castro, media de 18,05 m², lo que confirma la similitud de ambos habitat. Ambas dimensiones están dentro de las medias usuales en el mundo castreño del NO, si bien la capacidad de las viviendas circulares está por encima de lo común (51).

(50) A Romero Masiá: op. cit., 66, señala que sólo un 5 por 100 de las casas conocidas en la cultura castreña presentan sus esquinas escuadradas.

(51) F. López Cuevillas: *La Edad del Hierro en el Noroeste*. Zaragoza 1953, 21 s.; A Balil: «Casa y Urbanismo en la España Antigua, II» en *St. Arch.* 18 (1972) 13. J. Maluquer de Motes: «Formación y desarrollo de la Cultura Castreña» en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Santiago 1974, 281, Maluquer comete un pequeño error de cálculo al señalar que la superficie de las viviendas de 3 y 5 m de diámetro es de 4,81 y 13,38 m² respectivamente, ya que las dimensiones verdaderas son 7,06 y 19,62 m². Por otro lado, la mayor capacidad de las casas con planta de tipología circular en relación con las de tipología angular en el Castro de Vilar contradice, al menos

CUADRO 1

YACIMIENTO	dimens. interior en m.	m ²	grosor muros en m.	TIPOLOGIA		
				circular	angular	
						
Vilar (n.º 21)	1	4 x 3	10,50		X*	
	2	?	?	X		
	3	7 x 6,50	35,80	0,90	X	
	4	7 x 4,90	27,80	0,90	X	
	5	4,99 x 4,55	17,80	0,70/0,85	X	
	6	11 x 4/5	49,50	0,83		X*
	7	3,50 x 2,50	7,05	0,73	X	
	8	? x 4	?	?		X
	9	?	?	?		X
	10	4,65 x 3,30/2,90	14,40	0,73		X*
	11	4,50 x 4	14,10	0,76	X	
	12	4/3 x 3/1,60	8,05	0,80		X*
	13	?	?	?		X
	14	?	?	?		X*
	Total			6	8	
	Media	20,55	0,80	20,50 m ²	20,60 m ²	
Torre do Castro (n.º 12)	1	? x 4,15	?		X	
	2	4,45 x 4,12	13,05	0,80/1	X	
	3	5,40 x 3,50	16,90	0,70		X
	4	5,40 x 5,10	27,55	0,70		X
	5	7 x 2,80	19,60	0,70		X
	6	?	?	?		X
	7	4,60 x 3,65	16,80	0,90		X
	8	6,40 x 4	25,60	0,70		X
	9	3,70/3,20 x 3,10	10,70	0,60		X*
	10	?	?	0,65		X
	11	4,50 x 2,80	12,90	0,65		X*
	12	?	?	?		X
	Total			1	11	
	Media	18,05	0,72		18,60 m ²	
Forcellas (n.º 14)	?	?	?	4	2	
Castro de Parada (n.º 30)	6,50 x 3,60	23,40	0,80		1	
Monte Cido (n.º 2)	?	?	?		1	
Devesa do Rei (n.º 9)	?	?	?		1	

* Vivienda de forma irregular.

—La existencia de muros medianeros en Vilar (fig. 3) y Torre do Castro (fig. 6) reviste un especial interés. En el primero la vivienda 7 debe interpretarse como un anejo de 8, ya que su capacidad, 7,05 m², es más bien escasa en relación con el resto (52). Pero la unión de las construcciones 3 y 4 en Vilar y 3, 4 y 5 en Torre do Castro no parece tener el mismo sentido, se puede tratar perfectamente de viviendas individuales. En este caso debe interpretarse como algo ajeno al común aislamiento de la vivienda castreña (53) y por lo tanto puede estar en relación con transformaciones introducidas en la arquitectura castreña en una época avanzada, en conexión quizás con un mayor grado de ordenación y distribución de las viviendas (54).

—El aparejo de los muros es de lajas de pizarra o esquisto, sin ningún tipo de argamasa y dispuesto en hiladas horizontales irregulares, a excepción de los casos de Brió (núm. 25) y Castro da Torre (núm. 32) ya mencionados en el catálogo. Su grosor medio, 0,72 m en Torre do Castro y 0,80 m en Vilar, es superior a lo común en la arquitectura castreña. Los muros están formados por dos lienzos o paramentos paralelos sin una ligazón transversal clara. Esto pudimos apreciarlo tanto en los muros visibles a primera vista como, especialmente, en las dos viviendas excavadas parcialmente en Vilar (fig. 4, lám. 8, 1 y 2) y en Torre do Castro (fig. 7, láms. 15 y 16, 1). Es algo muy común en los aparejos castreños (55), aunque el tipo de material empleado, pizarra o esquisto, no permite un mejor tratamiento del paramento externo, como es lo usual.

—Prácticamente en todos los asentamientos del Caurel con restos de viviendas, sus muros han sido construidos sobre las retenidas, que igualan la superficie habitable y sobresalen por debajo de ellos. Aparte de la función de cimentación, este sistema de construcción contribuiría a evitar la humedad en las casas (56).

—En último lugar, es necesario resaltar el particular sistema de pavimentación-cimentación aparecido en la vivienda 2 de Torre do Castro (fig. 7, lám. 15), que ha de interpretarse como un sistema de drenaje y del que no conocemos paralelos en el mundo castreño; es semejante al tipo de cimentación documentado en las murallas de Lugo, cuya finalidad era también la de conseguir un perfecto drenaje (57).

Respecto a la distribución del habitat de tipo castreño dentro del Caurel, es necesario hacer constar la mayor concentración de asentamientos en la zona más alta de la cuenca del río Lor. En esta zona, delimitada por los afluentes Pequeno, Ayo de Vilela, A Rogueira y Romeor, se encuentran más de la mitad de los asentamientos prospectados, tanto si

en este lugar, la argumentación de Maluquer, op. cit. 1974, 281, quien relaciona la evolución de las viviendas circulares hacia las angulares con un proceso de gradual aumento de la superficie habitable, correspondiente a su vez con desarrollo de las necesidades o características económicas entre la población castreña. Con esto no queremos negar la posible evolución de la vivienda castreña hacia un progresivo aumento de su capacidad y en relación con un proceso de desarrollo socioeconómico. A. Romero Masiá: op. cit., 58 ss.

(52) Estamos de acuerdo en este sentido con J. M. Maluquer de Motes: op. cit. 1974, 281 y con A. Romero Masiá: op. cit., 58.

(53) F. López Cuevillas: op. cit. 1953, 23; A. García y Bellido: «El Castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura» en *AEArg* 42 (1941) 192 ss.; A. Blanco Freijeiro: «La Cultura Castreña» en *1^{er} Symp. de Preh.^a de la península Ibérica*. Pamplona 1960, 180, y A. Romero Masiá: op. cit., 76.

(54) La mayoría de los autores está de acuerdo en considerar la organización del habitat castreño y su división en barrios dentro de un urbanismo geométrico o axial como un fenómeno tardío, relacionado de una u otra forma con el influjo romano: A. Blanco Freijeiro: op. cit., 180; A. Balil Illana: op. cit., 9; M. Cardozo: op. cit. 1973, 276; J. Taboada: «La Romanización del habitat castreño» en *TAE XXII* (1973) 241; J. Maluquer de Motes: op. cit. 278; A. Romero Masiá: op. cit., 101 y Sección de Arqueología e Prehistoria do Instituto de Estudos Galegos «P. Sarmiento»: *Prehistoria e Arqueoloxía de Galicia. Estado da cuestión*. Lugo 1979, 83.

(55) F. López Cuevillas: op. cit. 1953, 21; A. Balil: op. cit., 12; M. Cardozo: op. cit. 1973, 276 y A. Romero Masiá: op. cit., 75.

(56) A. Romero Masiá: op. cit., 71 s.

(57) F. Arias Vilas: «Notas sobre el recinto bajoimperial de Lugo» en *XII CNA*, Zaragoza 1973, 768.

consideramos el total, como si nos referimos únicamente a uno de los dos tipos diferenciados: castros de media ladera o castros próximos al río. Esta desigualdad en la distribución de la población ha de estar en relación con diferencias de tipo económico, que serán objeto de nuestro estudio en un posterior capítulo.

7. ECONOMÍA: LA MINERÍA

Acerca del primer período de ocupación que hemos podido documentar en el Caurel, aquel en el que aparece el habitat en cuevas, lo único que sabemos es la estrecha relación que tuvo que existir entre los pobladores establecidos en las cavidades naturales alineadas en los farallones calcáreos y los yacimientos minerales de plomo, cinc y cobre existentes en los contactos de estas calizas con los estratos superiores de pizarra. De esta forma, en la transición del Bronce al Hierro —como fecha atribuida a la cerámica encontrada en la Cova do Oso— se halla documentado ya el desarrollo de la minería en el Caurel, factor que seguirá siendo a lo largo de su historia el recurso económico que ejerza mayor atracción sobre las poblaciones caurelanas.

Hemos de pensar que durante el desarrollo de la Cultura Castreña prerromana las características económicas de los pueblos asentados en el Caurel serían similares a las que poseían otros contemporáneos en el resto de Galicia (58), es decir, existencia de una ganadería no muy desarrollada, quizás con especial abundancia del ganado cabrío por el carácter montañoso de la zona y una agricultura donde la mujer desempeñaba un papel predominante (59). Obviamente, la pesca en el río Lor y sus afluentes adquiriría un especial papel en la dieta alimenticia, sobre todo en aquellos establecimientos situados en la zona baja de los valles. Estos recursos se completarían con la recolección de frutos como la bellota que, si tuvo gran importancia en todo el NO prerromano, favorecida por la extensión del encinar mixto (*Quercetum mixtum*) desde el período Boreal (60), más aún, debió de tener en la zona del Caurel, ya que su topografía no facilitaba en absoluto el desarrollo de los cultivos agrícolas, limitados ya en buena parte por la excesiva altitud media de la región, y sí existían una serie de árboles, similares a excepción del castaño o a los actuales, que proporcionarían abundantes frutos recolectables (ver apartado 2.5.).

(58) A. Blanco: op. cit., 183 s.; F. López Cuevillas: «A economía nos tempos da Cultura Castrexa» en *Grial* 13 (1966) 216 ss.; J. M. Blázquez: «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto» en *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Barcelona 1968, 193 ss.; J. M. Vázquez Varela: «Bases paleontológicas para el estudio de la ganadería de la Cultura Castreña» en *Compostellanum* XVIII (1973), 309 ss.; J. M. Maluquer de Motes: *Historia Social y Económica. La Prehistoria Española*. Madrid 1975, 97 y 99; J. L. Maya González: *La Cultura Castreña Asturiana*. Barcelona 1977, 15; J. M. Vázquez Varela: «La pesca en la Cultura Castrexa de Galicia» en *Braña* 2 (1978) 79 ss. y Sección de Prehistoria y Arqueoloxía do Instituto do Estudos Galegos «P. Sarmiento»: op. cit., 68.

(59) J. Caro Baroja: *Los Pueblos de España*. Madrid 1976, I, 192 y J. C. Bermejo Barrera: *La Sociedad en la Galicia Castreña*. Santiago 1978, 17 s.

(60) M. V. Jato Rodríguez y J. M. Vázquez Varela: «Correlación entre los datos palinológicos y hallazgos prehistóricos en Galicia» en *Compostellanum*, XVII, 1-4 (1972) y J. R. Vidal: «El Período Cuaternario en Galicia» en *Gallaecia* 3/4 (1979) 28 s.

Igualmente, la caza sería bien aprovechada, ya que aún hoy es abundante y se ve favorecida por la impenetrabilidad de algunas zonas boscosas del Caurel.

De acuerdo con las limitadas posibilidades alimenticias que brindaban estos recursos, es lógico deducir que los habitantes del Caurel en época prerromana se asentasen en aquellas zonas donde pudiesen hacer uso de todos ellos, es decir, en lo más bajo de los valles, donde podrían explotar además los placeres auríferos fluviales. Por el contrario, las laderas medias o altas de la sierra no sólo son prácticamente inutilizables para el cultivo agrícola, sino que incluso es difícil encontrar en ellas lugares aptos para pasto a causa del abundante y cerrado monte bajo que las invade, así como por lo impracticable de sus abruptas pendientes.

Durante época romana, los recursos agropecuarios serían prácticamente los mismos, pero una nueva actividad económica debió romper de forma tajante el desarrollo de la vida normal en el Caurel, nos referimos, claro está, a la intensiva minería aurífera puesta en práctica por los romanos, cuyas características más importantes vamos a sistematizar a continuación, comenzando por el sistema de explotación utilizado (61).

Como ocurre en la mayoría de las labores mineras, el trabajo puede dividirse fundamentalmente en tres fases: extracción, preparación y lavado o tratamiento de enriquecimiento del mineral. Pero en las explotaciones auríferas romanas la primera tarea era en realidad la captación y conducción de aguas hasta la zona a explotar, ya que la fuerza hidráulica jugaba un papel de primer orden.

Plinio hace una descripción de esta primera labor y la califica de tanto o más pesada que la realizada en la *ruina montium* (62). En la fig. 22, correspondiente a la principal zona explotada, puede apreciarse el trazado de los canales, llamados *corrugi* por el historiador latino; los que abastecen las explotaciones 33, 4, 4a y 4b son captados en la cabecera del Ayo de Villela y en los torrentes o fuentes de la margen izquierda del río Pequeño, mientras

(61) Acerca de este tema ya se realizó un trabajo, a modo de avance, presentado en el XV Congreso Nacional de Arqueología: F. J. Sánchez-Palencia Ramos: «Las explotaciones auríferas romanas del Caurel» en XV CNA, Zaragoza 1979, 879 ss. Con anterioridad a nuestras prospecciones, varios autores habían citado de una forma general la existencia de explotaciones auríferas romanas en la cuenca del río Lor, así: G. Schulz; *Descripción geognóstica del Reino de Galicia*. Madrid 1930, 2.ª ed., 162, que se refiere a la cuenca del río Lor en general; aunque en su mapa topográfico sólo señala explotaciones auríferas por debajo de Barxa do Lor; L. Saunier: «Investigación histórica acerca de las antiguas explotaciones de oro en España» en *BCPMHA Orense* (1910) 97 s., indica la existencia de labores romanas en San Cibrán (?) y desde Ponte Lor hasta el Sil; O. Davies: *Roman Mines in Europe*, Oxford 1935, 101 s., nota 6 y mapa IIIa, apunta la existencia de labores auríferas cerca del río Lor; F. López Cuevillas: *Las Joyas Castreñas*, Madrid 1951, 12 y fig. 1, señala la existencia de labores romanas en San Cibrao, población cercana a Pobo do Brollón y que debe ser la misma a que se refiere Saunier, que nosotros no hemos podido localizar, y a lo largo del río Lor, desde su desembocadura en el Sil hasta Ponte Lor (junto a Barxa do Lor); L. Monteagudo: op. cit. 1953, 27 y op. cit., 1954, 60 sigue al anterior autor; P. R. Lewis y G. D. B. Jones: «Roman Gold Mining in North-West Spain» en *JRS* 61 (1970) fig. 23, señalan toda la cuenca del Lor, confundiéndola en la cabecera con el Lóuzara; C. Domergue: Introduction à l'étude des mines d'or du nord-ouest de l'Espagne dans l'antiquité, en *Legio VII Gemina*, León 1970, fig. pg. 284 y en «Les exploitations aurifères du Nord-Ouest de la Péninsule Iberique sous la domination romaine» en *La Minería Hispana e Iberoamericana*, León 1970, fig. 23, indica la existencia de explotaciones romanas, sin precisar más, a la altura de San Pedro; D. G. Bird: «The Roman Gold Mines of North-West Spain» en *Bonner Jahrbücher* 172 (1972) 63 s., incluye en su catálogo la explotación aluvionar de San Pedro; C. Sáenz Ridruejo y J. Vélez González: *Contribución al estudio de la minería primitiva del oro en el Noroeste de España*. Madrid 1974, 23 y 153, menciona en general las explotaciones auríferas romanas de la cuenca del Lor, siguiendo a Schulz y Lewis y Jones; L. C. Pérez: op. cit., 336, cita aluviones explotados en época romana en el río Lor y X. Nespereira Iglesias: «Síntesis sobre los yacimientos auríferos gallegos» en *Braña* 1 (1978) 37, fig. 1, incluye al río Lor dentro de la zona aurífera de Montefurado, en la que afirma se explotaron aluviones en época romana, y también señala pequeñas investigaciones antiguas en filoncillos de cuarzo aurífero. El carácter aurífero de la zona del Lor se halla reflejado igualmente en las publicaciones del Inst. Geológico y Minero de España, aunque, como en la bibliografía arriba mencionada, no se señala en ningún caso la principal zona aurífera del Caurel que nosotros hemos prospectado. Así, en el *Mapa Metalogenético de España E: 1/1.500.000, Mapa predictor de mineralizaciones de oro*, Madrid 1972, se señala la existencia de yacimientos e indicios aluvionares a lo largo de la cuenca del Lor, pero sólo desde Folgoso aproximadamente; en el *Mapa Metalogenético de España E: 1/200.000, hoja n.º 17, Orense*, Madrid 1975, se marca un yacimiento aluvionar a la altura de San Pedro, en el río Lor.

(62) Plin. NH. 33, 74.

que los que se dirigen a las cortas 8, 7, 5, 5a y 5b proceden de la cabecera del río Romeor. En total vienen a sumar 37.200 m de recorrido (Cuadro 2), a los que hay que añadir los 1.500 m que mide aproximadamente el canal de la explotación núm. 39. Los habitantes de Romeor los denominan *antiguas* y los utilizan como caminos, al igual que sucede en Asturias; ellos mismos se han percatado de la perfecta nivelación que poseen, a la que también alude Plinio, mencionando que era necesario realizar diversas obras auxiliares para conseguirla. Efectivamente, ya hemos señalado la ejecución de un túnel (núm. 24) (fig. 25), una obra de fábrica y un pequeño acueducto para dar paso al canal c-3 de las explotaciones 8, 7 y 5. Si admitimos los datos facilitados por Vitrubio sobre los acueductos, el mejor aparato para realizar esta nivelación era el *chorobates*, que proporcionaba menos error que los niveles de pínulas o con alidada, *dioptrae*, o los niveles de agua, *librae aquariae* (63). El mismo Vitrubio señala un porcentaje de pendiente para los canales de fábrica de 1,5 %, es decir, un pie y medio cada cien pies (64), pero algunos autores transcriben *sicílico* en vez de *semipede*, apoyándose en el dato que proporciona Plinio (65), en cuyo caso la pendiente sería de 0,0156 %. Nosotros medimos la pendiente del canal c-3 en su último kilómetro de recorrido, resultando ser de un 0,7 %. En los canales de la Valderia y la Cabrera el porcentaje oscila entre el 1,2 y el 1,9 % (66).

El agua que transportaban los canales de aportación era regulada y distribuida, según las circunstancias, a través de unos primeros depósitos de distribución, por ejemplo, el depósito d-1 de las cortas 8, 7, 5, 5a y 5b, conocido por las gentes del lugar como *Eira dos Mouros*, que es atravesado por las *antiguas*. De los depósitos de distribución el agua era enviada a los depósitos de explotación, *piscinae* o *stagna* según Plinio (67). Así, del depósito de distribución d-1 de la explotación 4 salían en principio los canales c-5 y c-7 y posteriormente, según avanzaban los trabajos, el c-8 y c-9, que desembocaban en los depósitos de explotación d-2 a d-5, desde donde el agua era arrojada sobre la zona explotada a través de unas bocas o canales de salida, *emissaria* (68).

De acuerdo con este proceso, era necesario elaborar nuevos canales a medida que los trabajos mineros progresaban ladera arriba, lo cual obligaba a subir la cota de su trazado e ir a buscar el agua cada vez más lejos (láms. 37, 38, 43 y 44, 2).

Para documentar el proceso de extracción del mineral vamos a fijarnos en la cabecera de la corta 4, la Mina da Toca, donde se han conservado una serie de restos que nos permiten reconstruirlo totalmente (fig. 23, láms. 37 a 42).

En el área X apreciamos una gran masa de roca en trance de ser abatida. En su parte inferior habían sido realizados unos trabajos de minado, socavando toda la base de la masa rocosa. Una vez acabados dichos trabajos, se aplicaría el sistema alterno de fuego y vinagre para conseguir el resquebrajamiento de la roca, según lo describen Plinio (69) y Diodoro (70), aunque en vez de vinagre se usaría agua, arrojándola sobre la base de X desde los depósitos o *stagna* d-3 y d-5 por medio de los correspondientes canales de explotación o *emissaria*. Para ayudar al abatimiento del mineral beneficiable se utilizarían también las cuñas, *cunei*, y grandes mazos de hierro, *mallei*, de que habla Plinio en el mismo pasaje, si bien no tenemos ninguna prueba arqueológica que documente estos instrumentos en el Caurel. También es muy posible que se colocasen entibos mientras se iba realizando la

(63) Vitr. De Arch. 8, 5, 1.

(64) Vitr. De Arch. 8, 6, 1.

(65) Plin. NH. 31, 57.

(66) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. en prensa.

(67) Plin. NH. 33, 75.

(68) Plin. Ibidem.

(69) Plin. NH. 33, 71-72.

(70) Diod. 3, 12.

EXPLOTACION	N.º	COORDENAS GEOGRAFICAS	CANALES (en m.)	MINERAL (en m ³)
MONTE BARREIRO	33	42° 39' 45" - 42° 39' 55" N 3° 27' 20" - 3° 27' 30" WM	600	150.000
MINA DA TOCA	4 4a 4b	42° 39' 15" - 42° 39' 35" N 3° 24' 55" - 3° 26' 05" WM	16.250	800.000
TORUBIO-OESTE	5 5a 5b	42° 39' 00" - 42° 39' 15" N 3° 24' 55" - 3° 26' 05" WM		1.575.000
TORUBIO-ESTE	7	42° 38' 55" - 42° 39' 00" N 3° 24' 55" - 3° 25' 05" WM	20.350	40.000
MILLARES	8	42° 38' 40" - 42° 38' 50" N 3° 24' 30" - 3° 24' 45" WM		100.000
TOTAL			37.200	2.665.000

labor de zapa. Acerca del minera ya abatido Plinio dice: «*quod effosum est, tuditur, labatur, uritur, mollitur*» (71). Es decir, que antes de proceder a su lavado, el mineral debía ser sometido a un laborioso proceso de preparación y enriquecimiento, incluyendo su transporte hasta el pie de la corta mediante el empleo de la fuerza hidráulica y la mano de obra.

También encontramos en la cabecera de la Mina da Toca cuatro bocas de galería, de las que sólo pudimos examinar una, *g-1* (fig. 23 y 24, lám. 40, 2), otras dos, *g-2* y *g-3*, estaban inundadas y en *g-4* no pudimos entrar por razones de seguridad. Creemos que estas galerías eran de prospección, es decir, son los *ternagi* mencionados en la segunda tabla de Vipasca, realizados «*explorandi novi metalli causa*» (72). Varias son las razones que nos impulsan a hacer esta afirmación. En primer lugar, estas galerías están situadas o en la parte más alta de la explotación, *g-1*, en 4 y *g* en 5, o en sus laterales superiores, *g-2*, *g-3* y *g-4* en 4, es decir, en aquellas zonas por donde debían seguir los trabajos mineros. En segundo lugar, está claro, sobre todo en algunos puntos de la galería de prospección *g* de la corta 5 (fig. 26), que se han realizado sondeos allí donde se ha tropezado con las venas del cuarzo aurífero. También ha de notarse que la inclinación que llevan *g-2*, *g-3* y *g-4* parece estar relacionada con la inclinación natural estratigráfica del terreno, es decir, siguen los filoncillos de cuarzo aurífero diseminados entre los estratos de la roca esquistosa. Por

(71) Plin. NH. 33, 69. En nuestra opinión esta cita de Plinio ha de entenderse como un proceso de preparación aplicado en los yacimientos auríferos primarios, donde el oro no se encuentra en estado libre: F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. 1979, 48 ss., donde se estudia con más profundidad este problema, comparando los datos de Plinio con los de Agatarchides (Diod. 3, 13) y Agrícola (De Re Met. 8, 303-305, edición: G. Agrícola: *De Re Metallica, de la minería y los metales*. Traducción de C. Andreu, edición corregida por J. C. Paredes. Madrid 1972); el autor no se muestra de acuerdo con la interpretación de J. Ramin: «Le connaissances de Plin l'Ancien en matière de métallurgie» en *Latomus* 36, 1 (1977) 144-148 e Idem: *La technique minière et métallurgique des Anciens*. Bruxelles 1977, 134 ss., que piensa que la descripción del naturalista latino corresponde a un método aplicable a todo tipo de mineral y en el que los términos no están adecuadamente ordenados; tampoco está de acuerdo con la interpretación de C. Domergue, quien opina se trata de un proceso puramente metalúrgico, aplicable a sulfuros auríferos: C. Domergue: op. cit. 1970¹, 156.

(72) Vip. 2, 15.

último, es imposible pensar en una explotación subterránea de estos filoncillos, ya que no resultaría rentable, de ahí que todas las explotaciones de la zona sean cortas al aire libre.

A la par que se progresaba en la explotación de las grandes cortas, las núms. 4 y 5, por ejemplo, se comenzaba a trabajar en otras áreas cercanas a ellas, como puede apreciarse en 4a, 4b, 5a y 5b, y los canales no utilizables para las primeras pasaban a abastecer a las últimas (fig. 22).

Apenas poseemos datos para documentar *in situ* las fases de preparación y lavado del mineral. La única noticia que tenemos es el hallazgo por un vecino del pueblo de Piñeira de un molino de mano plano a los pies de la Mina da Toca (núm. 4). Molinos y morteros han sido encontrados frecuentemente en las zonas auríferas romanas portuguesas y españolas (73), especialmente allí donde la explotación se produjo sobre yacimientos auríferos primarios. En nuestra opinión, estos instrumentos fueron empleados para hacer el preparado final del mineral de cara a su lavado, es decir, para triturarlo y molerlo de forma similar a como indican Diodoro (74) y Agricola (75). También es posible que se utilizasen pisones similares en su funcionamiento a los mencionados por Agricola (76); Chamoso (77) apunta la existencia de un tipo de cigüeñal con pisón en su extremo en Barbantes, que podría realizar una misión similar a la señalada por Agricola, pero ni creemos que pueda hablarse de explotación aurífera en Barbantes, coincidiendo en esta opinión con lo que ya dijera X. Lorenzo Fernández (78), ni los dos supuestos pisones, conservados en el Museo Arqueológico de Orense, ofrecen suficientes garantías para pensar en tal utilización.

Una vez transformado el mineral beneficiable en finas partículas, éstas debían ser lavadas a fin de separar el metal precioso de la ganga. Basándose en las descripciones de Plinio (79), Diodoro (80) y Agricola (81) sobre las formas de lavar el oro y comparándolas con lo que se sabe acerca de los lavaderos californianos del siglo pasado (82), como ya hiciera Domergue (83), Sánchez-Palencia ha reconstruido lo que debían ser las *agogae* o canales plinianos para lavar el oro (84). El mineral y agua serían arrojados en las cabeceras de las *agogae*, situadas al pie de las cortas, donde más abunda el agua, y el oro se depositaría por gravedad en el fondo de los canalones, obstaculizado además por los cantos colocados a intervalos según Plinio, así como por las urces resinosas, *ulices*. Por último, estas *ulices* serían secadas, quemadas y sus cenizas lavadas sobre soportes o canalones de césped herboso a fin de retener el oro que contuviesen (85); Agricola, citando a Plinio, ilustra perfectamente en qué consiste este último paso para evitar la más mínima pérdida de oro (86).

En el Cuadro 2 ofrecemos un resumen de la situación, longitud de la red de traída de aguas y volumen de mineral extraído en la principal zona de explotaciones auríferas del Caurel. El volumen ha sido calculado a partir de los datos obtenidos directamente sobre el

(73) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. 1979, 48, abb. 21 y 22.

(74) Diod. 3, 13.

(75) Agricola, De Re Met. 8, 303-305.

(76) Idem, 232 s. y 289 ss.

(77) M. Chamoso Lamas: «Excavaciones arqueológicas en la Citania de San Cibrán das Lás y en el poblado y explotación minera de oro de la época romana de Barbantes (Orense)» en *NAH* III y IV, 1-3 (1954-1955) 116 ss.

(78) J. Taboada: op. cit. 246.

(79) Plin. NH. 33, 76.

(80) Diod. 3, 14.

(81) Agricola, De Re Met. 8, 334, 337 s., 351 ss. y 359.

(82) M. Ed. Sauvage: *Notice sur l'exploitation hydraulique de l'or en Californie*. París 1876, 45 s., figs. 6 y 7.

(83) C. Domergue: op. cit. 1973, 570 ss.

(84) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. 1979, 49, abb. 23.

(85) Plin. NH. 33, 77.

(86) Agricola, De Re Met. 8, 345 s. y fig. pg. 346.

terreno y las mediciones realizadas sobre la fotografía aérea, asimilando los vaciados dejados por los romanos a figuras geométricas. Una comparación entre el mineral extraído en el Caurel y el que extrajeron los romanos en el resto del NO peninsular, según los datos más recientes (87), nos permite evaluar la importancia minera de la zona prospectada. En el Caurel se extrajeron 2.665.000 m³, es decir, 1/241 o un 0,41 % de lo extraído en todo el NO, que sumó 642.000.000 m³. No obstante, la ley de oro en los yacimientos primarios es superior en general a la existente en los secundarios; si aplicamos al Caurel las leyes medias que poseen los yacimientos auríferos primarios de la zona astur-leonesa explotados en época romana —ya señalamos las similitudes geológicas entre ambas zonas— que se calculan (88) en 2.000-5.000 mgr/m³, obtendremos una cantidad de 5.330 a 13.325 kg de oro obtenido en el Caurel, lo que supone 1/25 o un 4 % del total de kg de oro obtenidos en todo el NO peninsular (89). Si bien el valor de estos datos es totalmente relativo, ya que en el Caurel no se ha realizado ningún desmuestre o sondeo del mineral aurífero, permiten comprender más claramente la importancia que tuvieron los recursos minerales de la zona prospectada para el fisco romano.

Sobre el proceso de prospección y progresivo avance de las explotaciones auríferas nos remitimos al apartado 4.

Una vez estudiada la tecnología empleada en las explotaciones auríferas del Caurel, es necesario plantearse algunas cuestiones sobre la datación que ha de atribuirse a las mismas. Desde luego, todas las explotaciones de este tipo han sido consideradas hasta el momento como romanas, tanto las localizadas en León, Asturias, Galicia y Norte de Portugal como las conocidas en otras zonas sometidas al Imperio Romano (90). Si bien hemos de entender la descripción de Plinio acerca de la *ruina montium* o *arrugia* (91) como un sistema de explotación aplicado sobre yacimientos secundarios, existen indicios en su relato que nos permiten suponer que el historiador latino vio cortas sobre filón o *stockwerk*, cuyas características de explotación mezcla e identifica con la *ruina montium*: la existencia de bloques de piedra, *silices*, que es necesario resquebrajar mediante el proceso alterno de fuego-vinagre (agua) o con mazos de hierro de 150 libras de peso o, incluso, que han de ser rodeados por los mineros ante el obstáculo que representan, ha de atribuirse a yacimientos primarios, puesto que es poco frecuente encontrar tamaños bloques en los conglomerados aluvionares; el empleo de los entibos mencionados en la misma descripción también pudo darse en cortas como las del Caurel, según dijimos con anterioridad; por último, está claro que los *corrugi* o canales de donde procede la denominación del proceso como *arrugia* existen tanto en las cortas sobre yacimientos primarios, como en el resto de las explotaciones de tipo aluvionar o secundarias. No obstante, la mayoría de los autores que se han ocupado del tema piensan que fue posible una explotación prerromana más allá de los placeres fluviales o de las terrazas actuales de los ríos, incluso en los yacimientos auríferos primarios; esta posibilidad la basan en el vocabulario minero pliniano, donde algunos de los términos son de clara procedencia indígena, no latina. Domergue ha sido el autor que analizó este tema con más detenimiento (92), su opinión queda resumida en una de sus frases: «*remarquons que Pline ne donne du tout ces termes aucun equivalent latin, ce qui*

(87) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. 1979, 53.

(88) Idem, 53 s.

(89) Idem, 54.

(90) R. J. Forbes: *Studies in Ancient Technology*. VIII. Leiden 1966, 168 s.; O. Davies: *Roman Mines in Europe*. Oxford 1935, 63 s., 77, 79, 82, 99 ss., 154 s., 174 ss., 186 ss., 198 ss., 217 s., 223, 231 s.; J. Ramin: op. cit. 1977, 89 ss. y J. F. Healy: *Mining and metallurgy in The Greek and Roman World*. London 1978, 90.

(91) Plin. NH. 33, 70-78.

(92) C. Domergue: op. cit. 1970, 263 ss. e Idem: op. cit. 1972-74, passim.

montre q'en plus de mots, c'est la technique qui doit être étrangère à la civilisation romaine». Nosotros, por el contrario, pensamos que, con los datos que actualmente poseemos, sólo puede probarse la explotación aurífera de los placeres fluviales o terrazas actuales de los ríos y nos basamos en:

—La distribución geográfica de los hallazgos de orfebrería prerromana están en clara relación con los placeres fluviales y no aparecen prácticamente en las principales zonas explotadas por los romanos, las más ricas en yacimientos primarios y secundarios no fluviales.

—La existencia de una serie de términos y testimonios en las fuentes literarias clásicas que permiten suponer un excelente conocimiento del laboreo de los placeres fluviales o de las terrazas actuales de los ríos en época prerromana.

—El análisis del resto de los términos mineros empleados por las fuentes literarias clásicas al hablar de las explotaciones auríferas no implica la existencia de técnicas prerromanas empleadas sobre yacimientos primarios o secundarios no fluviales, sino la existencia de un vocabulario autóctono que define una serie de terrenos o tierras típicas de las regiones del NO y caracterizadas por su contenido, color o aspecto topográfico.

Sería interesante detenerse más hondamente en los dos últimos puntos, pero creemos que sería salirse del tema que ahora nos ocupa y remitimos para ello a algunos estudios recientemente realizados (93).

Además de los testimonios de las fuentes literarias y los paralelos existentes en otras partes del Imperio, que atestiguan el carácter romano de las explotaciones del Caurel, esta datación queda reforzada por una serie de elementos relacionados con las propias explotaciones que ahora estamos estudiando. En primer lugar, cabe destacar la adecuación existente entre la distribución de las explotaciones a lo largo del Lor y el proceso de prospección aplicado por los romanos para el desarrollo de las explotaciones auríferas, según señalamos ya en el apartado 4. Por otro lado, hemos encontrado en el Caurel una serie de materiales arqueológicos que nos permiten encuadrar la zona dentro del esquema administrativo y demográfico que poseen otros distritos mineros similares en el NO peninsular durante la época romana, como a continuación veremos.

A medida que aumentan los trabajos de prospección y excavación en el NO de la Península, se va conociendo cada vez mejor la organización y administración de las explotaciones auríferas romanas. De acuerdo con el actual estado de la cuestión (94), podemos resumir de la siguiente forma su pirámide administrativa a partir de la época flavia y hasta las primeras décadas del s. III d.C.:

—El *Procurator Augusti per Asturiam et Gallaeciam* es la máxima autoridad financiera dentro de toda la región aurífera del NO peninsular, al menos hasta finales del s. II d.C. A partir de entonces la administración pasaría a depender de nuevo del procurador de toda la Tarraconense y, por fin, del nuevo procurador de la *Provincia Nova Citerior Antoniniana*, creada por Caracalla hacia el año 214 d.C.

—Subordinado al *Procurator Augusti* estaba el *Procurator Metallorum*, liberto imperial que administraba directamente un distrito minero. Está documentado en la zona entre el 163 y el 191 d.C., pero la existencia de libertos imperiales con cargos similares en otros distritos mineros de Hispania desde finales del s. I d.C., tales como *Pudens*, procurador en las minas de Río Tinto en época de Nerva (95), *M. Ulpus, procurator metall. Alboc.* en

(93) *Ibidem* y F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. 1979, 56 s.

(94) C. Domergue: op. cit. 1970, 269 ss.; F. J. Lomas Salmonte: *Asturia Prerromana y Altoimperial*. Sevilla 1975, 166 ss.; R. F. J. Jones: «The Roman occupation of North West Spain» en *JRS* 76 (1976) 61 s. y M. Pastor Muñoz: *Los Astures durante el Imperio Romano*. Oviedo 1977, 201 ss. y 253 ss.

(95) CIL II 936.

época de Trajano posiblemente (96) o *L. Flavius Polichrysus, Procurator Montis Mariani* a comienzos del s. II d.C. (97), y su posible relación con la *Lex Metallis Dicta* mencionada en las tablas vipascenses (98), nos hace pensar, con buena base, en la creación de los *procuratores metallorum* en época flavia. Hemos de puntualizar que, si bien se le puede asignar a este *procurator metallorum* un papel de dirección técnico-administrativa sobre un distrito minero similar al que documentan las tablas de Vipasca (99), no por ello ha de deducirse también la existencia de arrendadores o concesionarios como ocurría allí y según parece entender Pastor Muñoz (100), puesto que las explotaciones auríferas eran llevadas a cabo directamente por el fisco imperial.

—Existe también un cargo de *Beneficiarius Procuratoris Augusti*; se trataría de un puesto secundario en la administración y subordinado en principio a un procurador de rango ecuestre. Está documentado entre el 163 y el 175 d.C. El hecho de que aparezcan dos beneficiarios distintos documentados en el mismo año y fecha, uno en la Valderia, *Aemu... (Aemilius ?) Aecianus*, y otro en la Valduerna, *Fabius Marcianus* (101), nos induce a concretar algo más la función que pudieron desarrollar estos personajes. Si bien Domergue piensa que debieron estar por su cargo al servicio del *Procurator Augusti per Asturiam et Gallaeciam*, es evidente que en las explotaciones auríferas estarían subordinados al *procurator metallorum*, junto al que figuran en las inscripciones y que era un cargo de rango ecuestre, aunque en este caso estuviese ocupado por un liberto de la casa imperial (102).

—Junto a ellos aparecían una serie de fuerzas militares, las conocidas *vexillationes*. Su misión no sólo estaría relacionada con el control de los trabajos, trabajadores y producción de las explotaciones, que ineludiblemente debían ejercer por su propio carácter castrense, sino que también desempeñaban una función técnica, según señaló ya Domergue.

Creemos que la zona aurífera del Caurel ni siquiera formaría por sí misma un distrito minero, ya que en extensión y cantidad de explotaciones es inferior, por ejemplo, a la Valderia y a la Valduerna, que, como puede desprenderse de lo que acabamos de decir, integrarían un único distrito minero. Por lo tanto, suponemos que, como máximo, el funcionario administrativo a cargo del cual estaría el Caurel sería un *beneficiarius procuratoris* o similar, auxiliado por el o los correspondientes destacamentos militares y bajo las órdenes de un *procurator metallorum*, quien controlaría toda la actividad del distrito aurífero donde quedase comprendido el Caurel. Precisamente sólo la existencia de un destacamento legionario en la zona explicaría el hallazgo del águila del Caurel, encontrado como ya hemos dicho en el Monte Cido. La estratégica posición que ocupa este asentamiento, así como sus peculiares características formales hacen factible su elección para controlar y dirigir las labores mineras por parte de los explotadores romanos. Esto no excluye la existencia de más guarniciones en otros castros de la zona.

Controlados por la presencia militar romana, la mano de obra necesaria para los trabajos mineros ocuparía el resto de los castros de la zona, especialmente los de media ladera. En otras zonas del NO con explotaciones auríferas romanas también se ha podido constatar la existencia de asentamientos castreños situados en zonas de media ladera del monte o al menos claramente retirados de los valles y buscando la proximidad de las

(96) CIL II 2598.

(97) CIL II 1179.

(98) A. D'Ors: *Epigraffa Jurídica de la España Romana*. Madrid 1953, 75 ss.

(99) Vip. I, 1.

(100) M. Pastro Muñoz: op. cit., 255.

(101) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. en prensa.

(102) A. D'Ors: op. cit., 73.

explotaciones. En ellos habitaba la mano de obra minera no cualificada. Tal es el caso de las coronas o castros alineados a lo largo de las cuencas de los ríos Eria y Cabrera (103) y de la cuenca alta del Duerna (104) en León o del oeste de Asturias (105), como los de San Chuis y de Larón. En el caso de los asentamientos de la Valduerna, se sabe que son castros de nueva planta, contruidos en época romana, y no se conoce en sus cercanías ningún tipo de habitat prerromano, lo que obliga a pensar en un verdadero traslado de mano de obra indígena para trabajar en las labores mineras romanas.

Esto último debió de ocurrir en el Caurel. Un aumento demográfico, debido a una «forzada migración» de mano de obra, justificaría la mayor densidad de poblamiento en la cabecera del río Lor, en torno a la principal zona minera (figs. 1 y 31). Como en las otras zonas auríferas del NO, los romanos aprovecharían el mismo tipo de habitat preexistente en época prerromana, imprimiéndole unas especiales características en función de las nuevas circunstancias económicas. Evidentemente, este planteamiento incide de forma directa en el problema de los *castella* como núcleos de población de época romana, que recientemente ha sido objeto de diversos estudios y que trataremos más detenidamente en las conclusiones.

Todo lo dicho hasta aquí no excluye que también se ocupasen en época romana los castros de las zonas bajas del valle. Por el contrario, es lógico pensar en su aprovechamiento, habida cuenta la abundante población que absorberían las explotaciones auríferas, es más, ha de tenerse en cuenta la posible existencia de mano de obra estacional. Las bajas temperaturas que llegan a alcanzarse en el Caurel durante el invierno provocarían la congelación, al menos parcial, de los canales de agua que abastecían las labores mineras e incluso las abundantes nevadas dificultarían continuamente los trabajos. Por todo ello, es de suponer que el trabajo en las explotaciones auríferas fuese estacional, con dos o tres meses de inactividad invernal, al contrario de lo que piensa Pastor Muñoz con respecto a la minería romana aurífera en Asturias y León (106), donde también existen zonas que presentarían problemas similares. La mano de obra estacional podría asentarse en los espacios libres existentes dentro de los núcleos de población permanentes o/y en campamentos establecidos de forma provisional con este fin, como los descubiertos en la sierra del Teleno (107).

(103) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. en prensa.

(104) C. Domergue y P. Sillieres: *Minas de oro romanas de la Provincia de León*. I. EAE 93, Madrid 1977, fig. 2 y C. Domergue et H. Herail: op. cit. fig. 2.

(105) J. L. Maya: op. cit. 17. Las excavaciones llevadas a cabo en el castro de Larón, si bien no proporcionaron apenas materiales arqueológicos, si permitieron documentar su ocupación en época romana, según comunicación oral facilitada amablemente por sus directores J. L. Maya y M. A. de Blas Cortina. El castro tuvo que estar necesariamente en relación con las explotaciones auríferas romanas de la cuenca alta del río Ibias, al igual que el castro de San Chuis con respecto a las explotaciones de la cuenca alta del río Arganza, afluente del Narcea.

(106) M. Pastor Muñoz: op. cit., 251 s.

(107) F. J. Sánchez-Palencia Ramos: op. cit. en prensa.

8. CONCLUSIONES

La prospección cuyos resultados hemos dado a conocer nos ha servido para incorporar a la arqueología de Galicia una zona de la que hasta la fecha no sabíamos prácticamente nada. El presente estudio aporta un considerable número de yacimientos acompañados de suficiente información gráfica y sus correspondientes planos que esperamos sirvan de base para futuros estudios más concretos por parte de otros investigadores.

Nosotros hemos detectado en el Caurel tres momentos culturales que se definen con bastante precisión: en primer lugar, una Edad del Bronce (posiblemente un Bronce Final), en el que el lugar de habitación serían las cuevas que tanto abundan en la zona de calizas. La única en la que nosotros hemos encontrado restos de cerámica es la Cova do Oso, que ya había sido publicada por Vázquez Seijas (108). Es muy probable que el resto de las cuevas localizadas por nosotros en las inmediaciones hayan servido como lugar de ocupación en este mismo momento, aunque para confirmarlo sería necesario practicar alguna excavación. Un segundo momento cultural lo encontraríamos en la Cultura Castreña prerromana, representada en el Caurel por lo que hemos denominado castros de la zona baja y de los que el más significativo de todos es, sin lugar a dudas, el Castro de Mogoxe. Sobre esta fase cultural se superpone la tercera estructura detectada por nosotros y que consiste en la implantación en época romana de un fuerte sistema defensivo en función de un sistema viario y de unas explotaciones mineras. Lo más destacable de este último momento es quizás la forma misma en que las fortalezas construidas en época romana se colocan por encima de los asentamientos castreños preexistentes, como si se tratasen de imponer a la población indígena.

El paso en el Caurel de uno a otro de los tres momentos culturales debió corresponderse con profundas transformaciones socioeconómicas. De una vida en cuevas, cuya principal base de subsistencia debió ser la caza y una agricultura muy rudimentaria se pasó a habitar promontorios defendidos, junto al río, en los que ya se construyen viviendas. Es indudable que la ocupación de zonas con mayores posibilidades para una pequeña agricultura, así como su proximidad a un río con placeres auríferos, debieron determinar un considerable desarrollo de estas dos bases de la economía, con la consiguiente repercusión en el terreno demográfico. Tanto en la época anterior como en este momento castreño, la dureza del terreno debió suponer un continuo desafío para la población del Caurel, que nunca debió de llegar a ser numerosa.

(108) M. Vázquez Seijas: «La Cueva del Oso» en *BCPMHA Lugo* VIII, 71-74 (1969 y 1970) 295.

Con la presencia romana en el Caurel, en función de unas explotaciones mineras a gran escala, las transformaciones socioeconómicas debieron ser no menos profundas que el momento anteriormente descrito. La explotación de las minas presenta unas características muy similares a las que conocemos en todo el NO y, muy en especial, en regiones de fuertes variaciones climáticas. Las montañas del Caurel, por cuyas laderas transcurren gran parte de los canales de traída de aguas empleados para la extracción y arrastre de mineral en las cortas, se hallan cubiertas de nieves una gran parte del año, como ocurre en la Sierra del Teleno y los montes de la Cabrera, próximos a Astorga. Esto trae como consecuencia que las explotaciones auríferas sean únicamente posibles en las temporadas cálidas y que para ello se haga necesaria la concentración de una abundante mano de obra que ahora denominaríamos eventual. Este proceso cíclico de inmigración en las zonas mineras nos es ya conocido y tuvo sin lugar a dudas, importantes repercusiones en el aspecto social, ya que no se logra la integración cultural en el mundo romano de poblaciones estables.

Todo el esfuerzo llevado a cabo por los romanos para poner en explotación los yacimientos auríferos del valle del Lor, así como la misma construcción de un sistema de vías secundarias que empalma con la vía XVIII hace que los recursos del Caurel se integren en un sistema de producción totalmente ajeno al de sus primitivos habitantes y sometido a unas fluctuaciones que no tendrán ya nada que ver con el sistema de economía cerrada que hasta entonces había tenido esta comarca. Esto condiciona grandemente la estructura de penetración del mundo romano, que tiene que basarse en una fuerte militarización de toda la comarca y la construcción de un espectacular sistema defensivo. La presencia militar en el Caurel, que ya fue apuntada por García y Bellido (109) a propósito del águila de Carbedo, estaría justificada, como en otras áreas mineras, no sólo por la ocupación en sí de un territorio, sino por la utilización de una tecnología minera en el desarrollo de la explotación y el trazado de canales que, según sabemos por los numerosos hallazgos epigráficos en torno a la zona de Astorga (110), están vinculados a una cierta especialización dentro de la carrera militar. El interés económico de la zona del Caurel para los romanos, con unas medias de contenido de oro superiores a lo normal en otras zonas del NO, justificaría, a nuestro modo de ver, el amplio despliegue de medios que se realizó para hacer el valle del Lor prácticamente impenetrable a cualquier elemento extraño. En función de ello están los grandes sistemas defensivos compuestos por fosos, murallas, torres y piedras hincadas que, si bien conocíamos en otros lugares, nunca hemos tenido ocasión de verlos formar parte de toda una unidad socioeconómica y cultural como la que hemos conocido en esta comarca.

El nuevo tipo de asentamiento no es sino un desarrollo en época romana de los tipos de habitat de la cultura castreña, que adquirirían aquí la modalidad de *castella*. Esto vendría a confirmar la tesis expresada por Lourdes Albertos (111), según la cual la Ω de la epigrafía tiene un sentido territorial y no se refiere por consiguiente a la pretendida organización

(109) A García y Bellido: «Nuevos documentos militares de la Hispania Romana» en *AEArq* XXXIX, 113-114 (1966) 37 s.

(110) Nos referimos a las inscripciones encontradas en Villalís, Luyego y Corporales. Las halladas en el primer lugar fueron publicadas originariamente por Muratori y en el *CIL* II, 2552, 2553, 2554, 2555 (desaparecida) y 2556 y redescubiertas por M. Gómez-Moreno: *Catálogo Monumental de España. Provincia de León* (1906-1908). Madrid 1925-26, I, 70 ss., que dio a conocer dos nuevas inscripciones pertenecientes al mismo grupo. García y Bellido dio a conocer las de Luyego: A. García y Bellido: «El Exercitus Hispanicus» desde Augusto a Vespasiano» en *AEArq* XXXIV, 103 y 104 (1961) 148 ss. y fig. 16 e Idem: «Nuevos documentos militares de la Hispania Romana» en *AEArq* XXXIX, 113-114 (1966) 24 ss. y figs. 1 y 2. La de Corporales es la más recientemente conocida y ha sido publicada por F. J. Sánchez-Palencia Ramos: «Prospecciones en las explotaciones auríferas romanas del NO de España (Cuencas de los ríos Eria y Cabrera y Sierra del Teleno, León)» en *NAH* 1979-8, en prensa.

(111) M.^a Lourdes Albertos Firmat: «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua» en *St. Arch.* 37, Valladolid 1975 = en *BSAA* 40-41 (1975) 4 ss. e Idem: «Pervivencias en la Galicia Romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía» en *Actas del Bimilenario de Lugo*, Lugo 1977, 17 ss.

suprafamiliar de las centurias. Obviamente estos *castella* pueden responder a una estructura que ya era propia del mundo prerromano.

Por lo que se refiere finalmente a la cronología de este último momento de la vida del Caurel en la Antigüedad, contamos con algunos indicios que nos permiten encajar las líneas generales del proceso de integración de la comarca al mundo romano. El sistema de vías secundarias que penetra en el Lor por Castro Portela confluye en la vía XVIII del It.^o de Antonino, cuya construcción está documentada en época flavia (112), de esta forma el proceso de explotación a gran escala de las minas del Caurel habría que llevarlo al último cuarto del siglo I y sobre todo al siglo II.

Un segundo elemento cronológico de que disponemos es la tabla de hospitalidad hallada en el foso del Monte Cido, donde se nos da la fecha consular del 28 d.C. Ahora bien, esta sería una fecha excesivamente temprana a nuestro juicio para pensar en la integración económica del Caurel en el sistema de explotaciones auríferas de época romana en el NO. Ya Alvaro D'Ors apuntó la posibilidad de que el *Susarrus* de la tabla de hospitalidad del Caurel pudiese guardar alguna relación con la población de *Curunda* (113), cercana a Astorga. Por ello cabría pensar en que fuera traída a la zona del Caurel en una fecha sensiblemente posterior a la contenida en su texto. Tengamos en cuenta que su aparición tuvo lugar en una sepultura, lo que no deja de ser un contexto anómalo para este tipo de hallazgos.

Otros indicios cronológicos menos precisos, pero no menos seguros desde el punto de vista cultural, nos llevan a situar igualmente en época romana todo este gran momento de explotaciones auríferas en el valle del Lor. El mismo sistema de inhumaciones en necrópolis con sepulturas hechas de lajas de pizarra, la cerámica a torno en la que se aprecian algunas formas que imitan claramente a la vajilla romana y la construcción de un sistema viario atravesando los fosos de los asentamientos castreños, todo ello testimonia suficientemente la vinculación del Caurel con el gran sistema de explotaciones mineras del NO peninsular en época romana. La desaparición de unos móviles económicos ajenos a la zona determinaron en épocas anteriores el abandono administrativo en que se ha visto inmersa la comarca, incluso hasta nuestros días, excepción hecha quizás del breve paréntesis que supuso la explotación del hierro en el siglo XIX.

(112) Vide nota 27.

(113) A. D'Ors: «Miscelanea Epigráfica» en *Emerita* XXVIII, 1 (1960) 143 ss.

LAMINAS

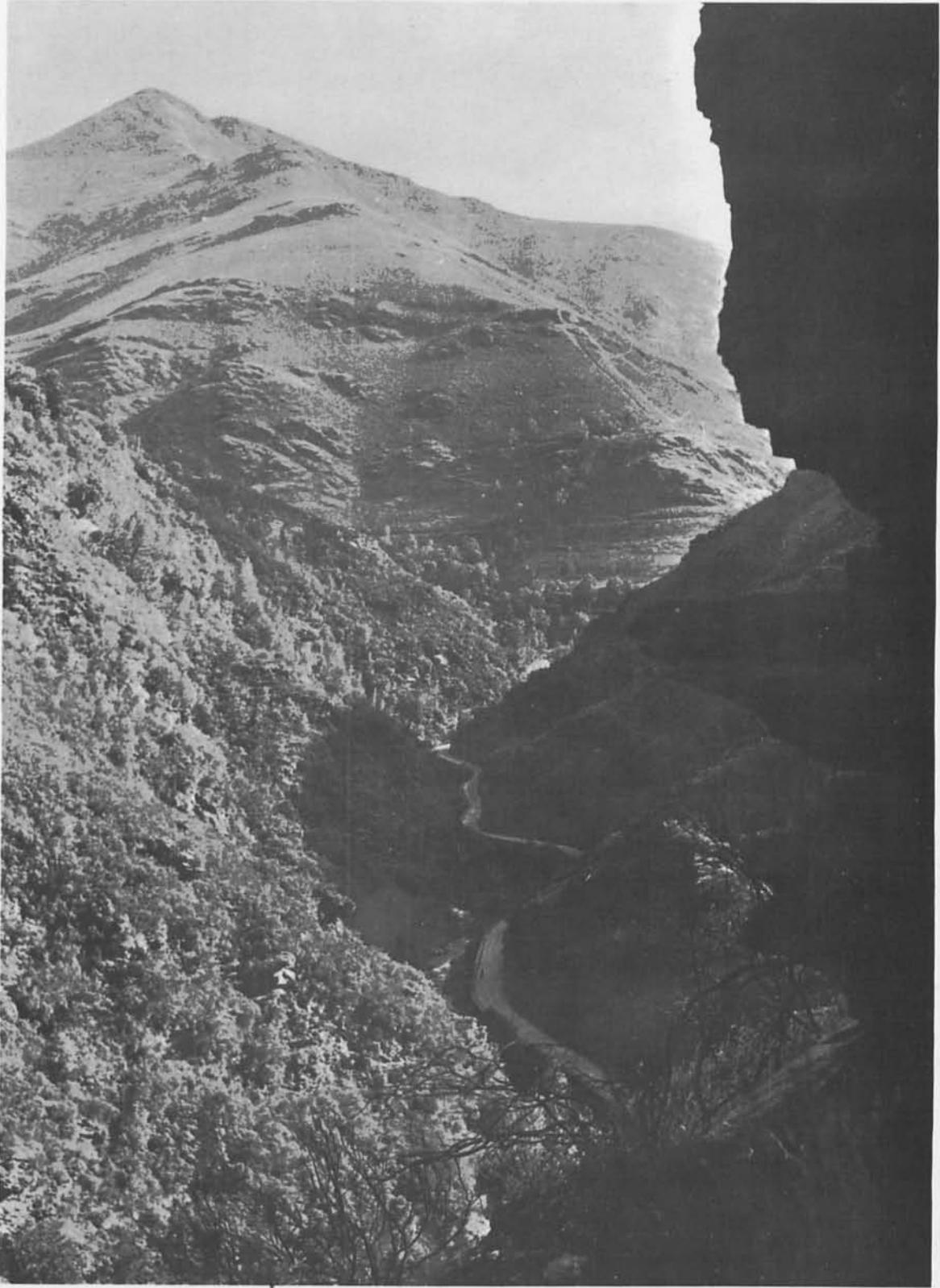


Lámina 1.—Valle del río Lor. Vista general desde Torre do Castro (n.º 12). (Neg.: S C 1-6).

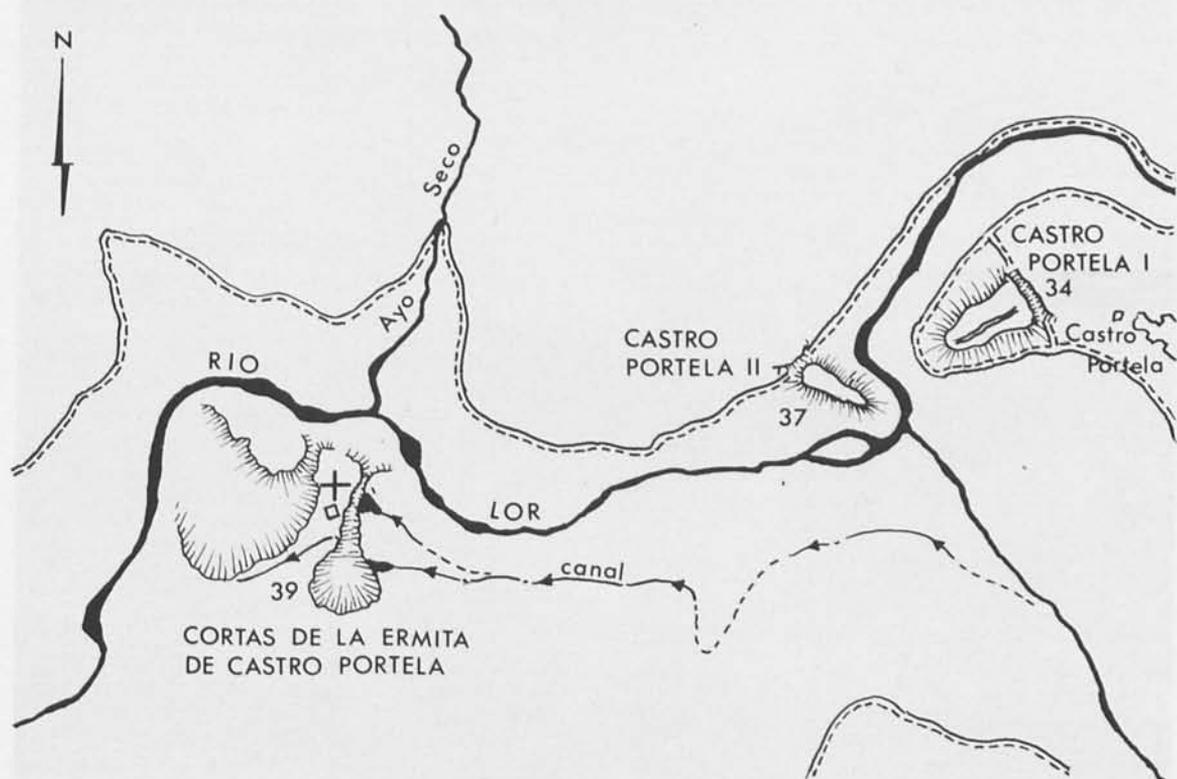
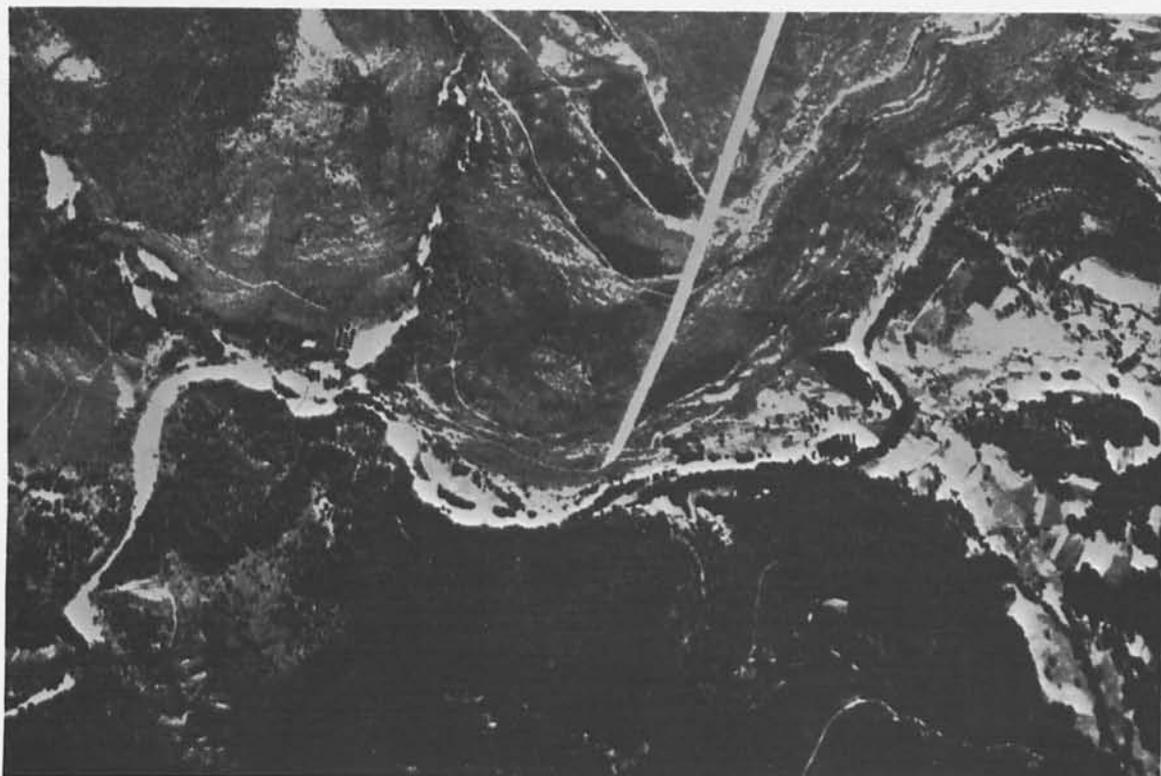


Lámina 2.—Explotación aurífera de las Cortas de la Ermita de Castro Portela (n.º 39). Castro Portela II (n.º 37) y Castro Portela I (n.º 34). Fotografía aérea y croquis de situación (Neg.: I.C.O.N.A., vuelo E: 1/20.000. 1971, pasada 48, n.º 265).



Lámina 3-1.—Castro de Vilar (n.º 21). Vista desde la carretera que baja del Alto do Boi (Neg.: S C 9-35).



Lámina 3-2.—Castro de Vilar (n.º 21). Retenidas o bancales situados en la ladera oriental. (Neg.: S C 8-14).



Lámina 4-1.—Castro de Vilar (n.º 21). Complejo defensivo C-1, que protege la entrada junto al foso A-2 (Neg.: S C 7-8).



Lámina 4-2.—Castro de Vilar (n.º 21). Detalle del complejo defensivo C-1. (Neg.: SC 8-13).



Lámina 5-1.—Castro de Vilar (n.º 21). Complejo defensivo C-2. (Neg.: S C 11-40).



Lámina 5-2.—Castro de Vilar (n.º 21). Complejo defensivo C-2, ladera abajo se aprecia claramente una de las terrazas o retenidas sin viviendas de la ladera oriental. Al fondo el Castro de Villamor (n.º 36). (Neg.: S C 8-21).



Lámina 6-1.—Castro de Vilar (n.º 21). Parte superior del foso A-2. (Neg.: S C 7-22).

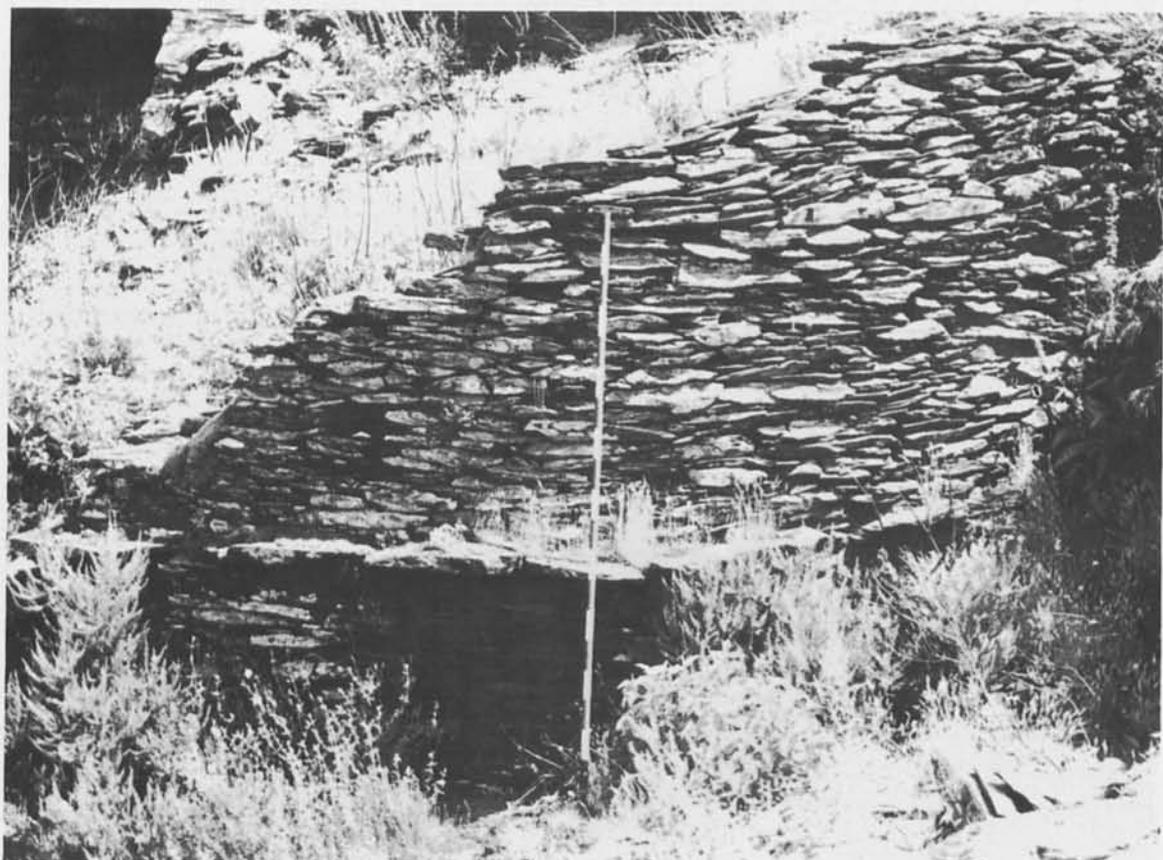


Lámina 6-2.—Castro de Vilar (n.º 21). Detalle de la vivienda n.º 11 con un zócalo exterior resaltado al nivel del piso. (Neg.: S C 9-19).

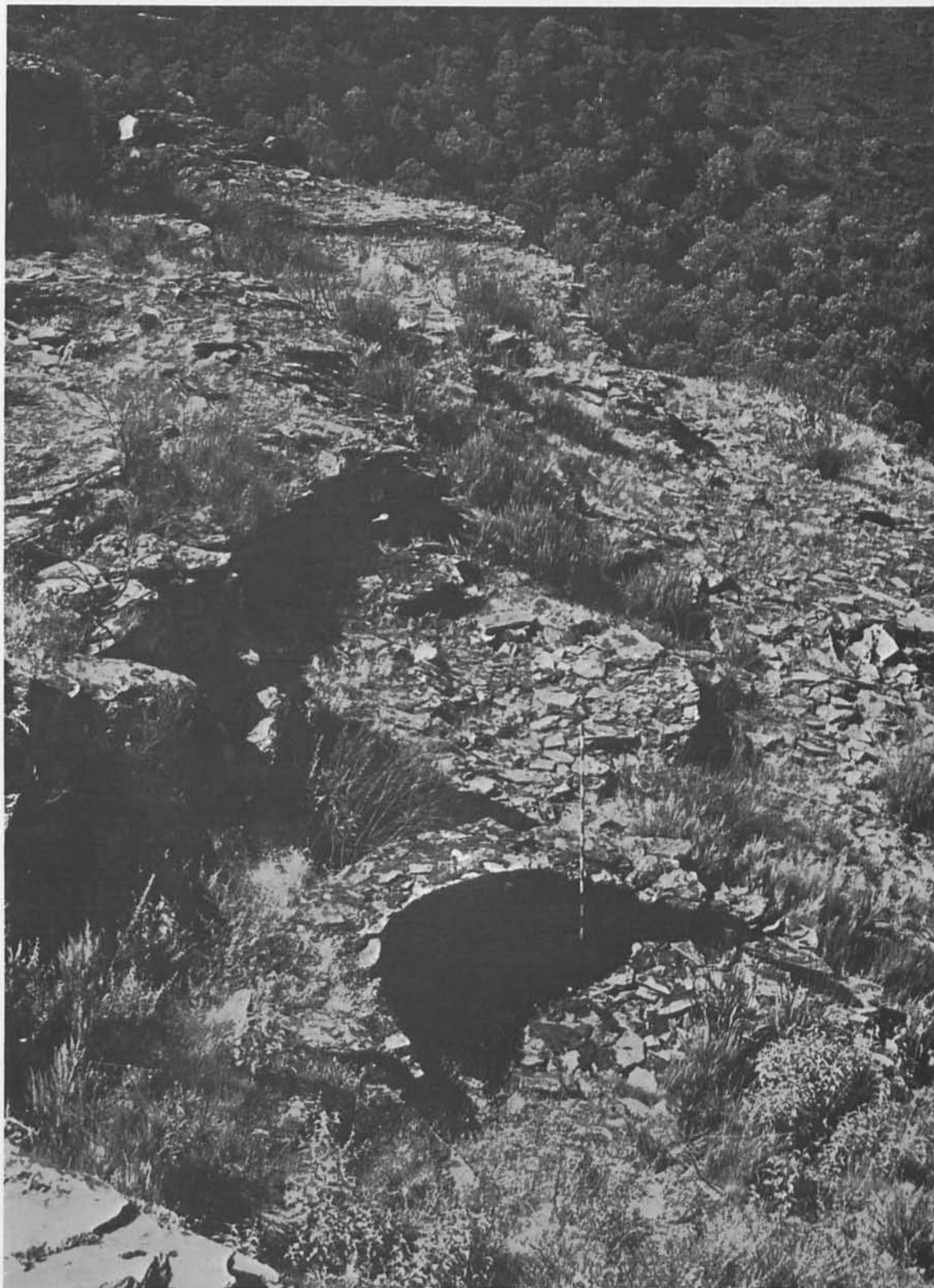


Lámina 7.—Castro de Vilar (n.º 21). Vista general de la parte habitada en la ladera occidental. (Neg.: S C 9-18).



Lámina 8-1.—Castro de Vilar (n.º 21). Vivienda n.º 5 después de su limpieza interior y tras la excavación de un cuadrante en el pavimento. (Neg.: S C 9-30).



Lámina 8-2.—Castro de Vilar (n.º 21). Entrada de la vivienda n.º 5 desde el interior. En el suelo los goznes de pizarra perforada para la puerta. (Neg.: S C 9-31).

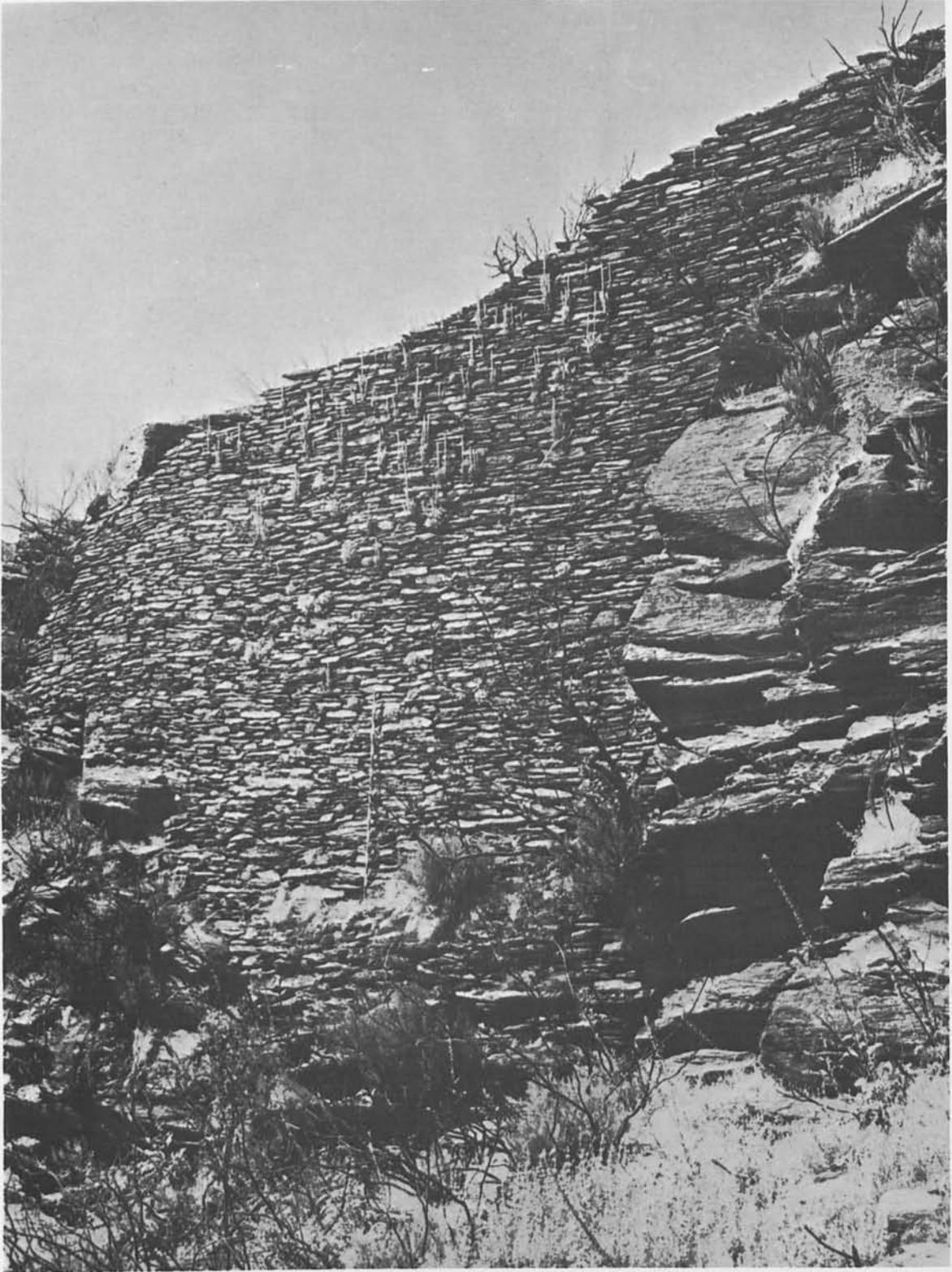


Lámina 9.—Castro de Vilar (n.º 21). Muro defensivo C-5. (Neg.: S C 9-11).

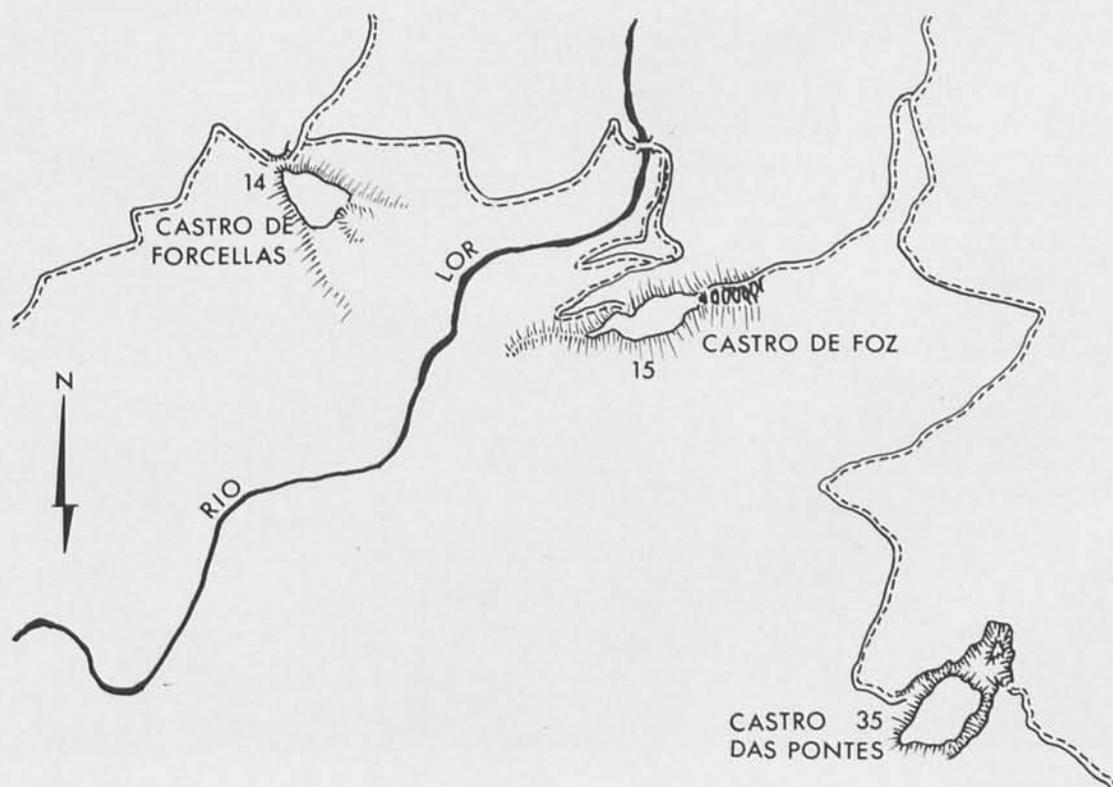


Lámina 10.—Castro de Forcellas (n.º 14), Castro de Foz (n.º 15) y Castro das Pontes (n.º 35). Fotografía aérea y croquis de situación. (Neg.: I.C.O.N.A., vuelo E: 1/20.000. 1971, pasada 46, n.º 496).

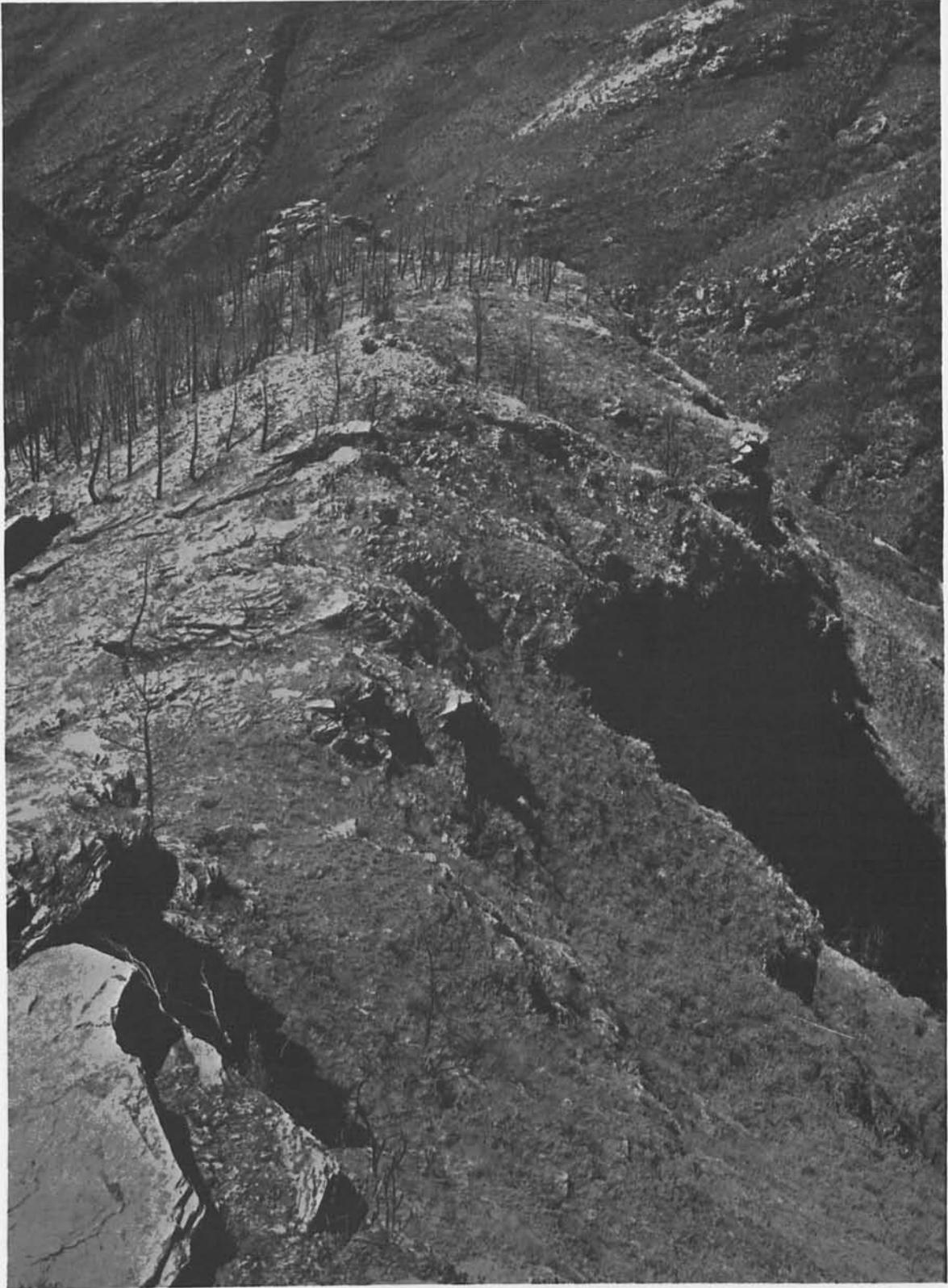


Lámina 11.—Castro de Foz (n.º 15). Vista longitudinal desde el Este (Neg.: S C 12-2).



Lámina 12-1.—Castro de Foz (n.º 15) y Castro de Forcellas (n.º 14). Vista de conjunto donde puede apreciarse la estratégica posición que ocupan para controlar el paso por el valle del río Lor. (Neg.: S C 12-3).



Lámina 12-2.—Castro de Foz (n.º 15). Conjunto defensivo compuesto por el foso, piedras hincadas y restos del torreón del acceso oriental. (Neg.: S C 12-11).



Lámina 13-1.—Castro de Foz (n.º 15). Detalle de las piedras hincadas entre dos fosos del lado oriental. (Neg.: S C 12-7).



Lámina 13-2.—Castro de Forcellas o Fouciños (n.º 14). Vista desde el lado norte. Aquí puede apreciarse el foso practicado para separarlo del resto de la ladera y el trazado de la vía de acceso por esta garganta artificial a fin de controlar fácilmente el paso. (Neg.: S C 6-5) .



Lámina 14-1.—Castro de Sobredo o Torre do Castro (n.º 12). Vista general desde el norte, donde se aprecia el gran foso practicado para defender su acceso desde la parte más alta. (Neg.: S C 4-30).



Lámina 14-2.—Torre do Castro (n.º 12). Vista longitudinal desde la parte alta del foso. (Neg.: S C 4-29).



Lámina 15.—Torre do Castro (n.º 12). Aspecto parcial de la estructura del pavimento en la vivienda n.º 2. (Neg.: S C 5-13).



Lámina 16-1.—Torre do Castro (n.º 12). Vivienda n.º 2. (Neg.: S C 5-15).



Lámina 16-2.—Torre do Castro (n.º 12). Construcción n.º 9. (Neg.: S C 5-11).



Lámina 17-1.—A Coroa o Teso do Castro de Ferreirós de Arriba (n.º 13). Vista desde la entrada al mencionado pueblo. (Neg.: S C 5-25).



Lámina 17-2.—A Coroa de Ferreirós de Arriba (n.º 13). Vista desde la parte alta del monte donde se aprecia el profundo tajo vertical practicado en la ladera. En la parte superior izquierda de la fotografía se ven algunas casas desde la aldea. Al fondo el valle del Rego da Veiga. (Neg.: S C 5-21).

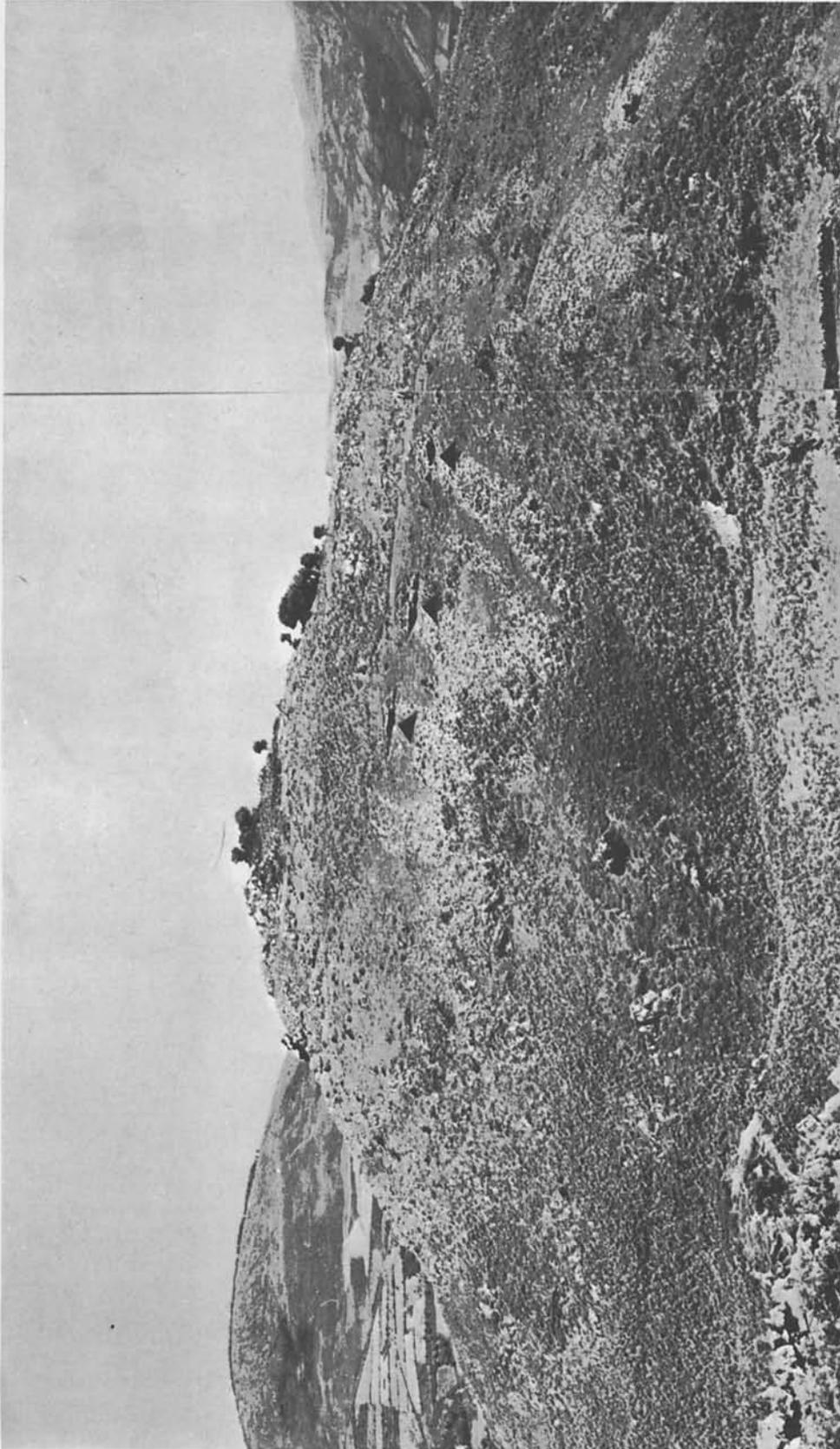


Lámina 18.—Castro de Brió (n.º 25). Vista del conjunto. Señalado con flechas los trozos mejor conservados de la muralla exterior. En la ladera se ven esparcidos los materiales de esta construcción. (Negs.: S C 1-1 y 1-2).



Lámina 19-1.—Monte del Cido (n.º 2) desde Parada. Señalada con flechas la cresta del espolón ocupada por las construcciones. (Neg.: S C 12-14).



Lámina 19-2.—Monte del Cido (n.º 2). Foso y restos del torreón vistos desde el lado occidental. (Neg.: S C 1-13).



Lámina 20-1.—Monte del Cido (n.º 2). Vivienda 2c. (Neg.: S C 1-2).



Lámina 20-2.—Monte del Cido (n.º 2). Boca de pozo junto a las sepulturas de la zona 2a. (Neg.: S C 1-8).



Lámina 21.—Monte del Cido (n.º 2). Aspecto actual de una de las sepulturas de la zona 2a, donde fueron hallados la tabla de hospitalidad y el águila de Carbedo, conservados en el Museo de Lugo. (Neg.: S C 1-17).



Lámina 22.—Aguila de Carbedo o del Caurel, encontrado en la zona sepulcral 2a del Monte del Cido (n.º 2). Museo de Lugo.

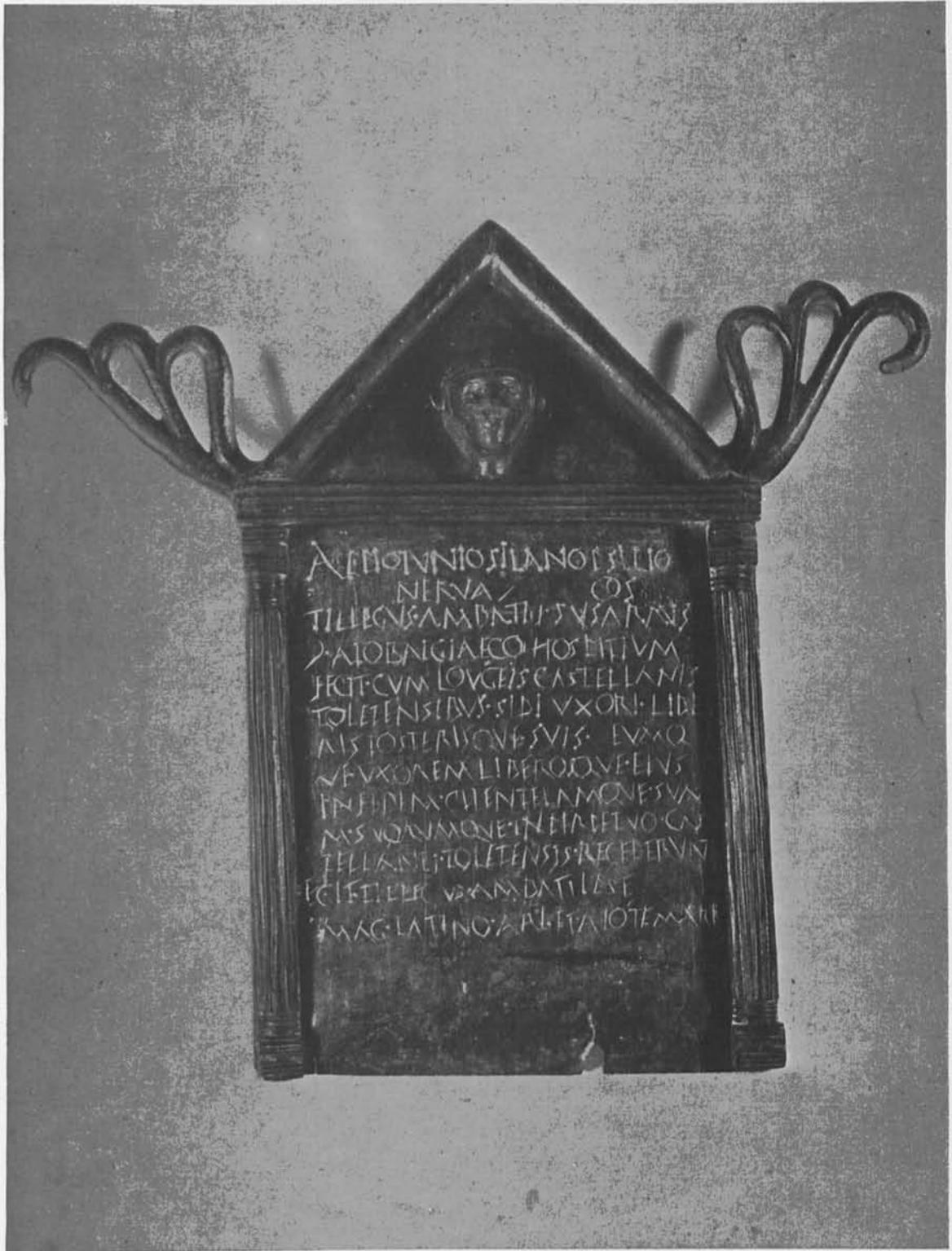


Lámina 23.—Tabla de hospitalidad de Carbedo o del Caurel, encontrada en la zona sepulcral 2a del Monte del Cido (n.º 2). Museo de Lugo. (Neg.: D.A.I.M. 0-84).



Lámina 24-1.—Castro y Castillo de Carbedo (n.º 1). Vista desde el Monte del Cido. Obsérvese la posición estratégica del promontorio para controlar el paso por el valle. (Neg.: S C 1-15).



Lámina 24-2.—Castro y Castillo de Carbedo (n.º 1). Vista desde el camino que conduce al Monte del Cido. (Neg.: S C)



Lámina 25.—Valle del río Pequeno, con el Castro de Miraz (n.º 20) al fondo, visto desde el puente de Seoane. (Neg.: S C 11-18).



Lámina 26.—Sepultura 20a en Miraz (Neg.: S C 11-12).

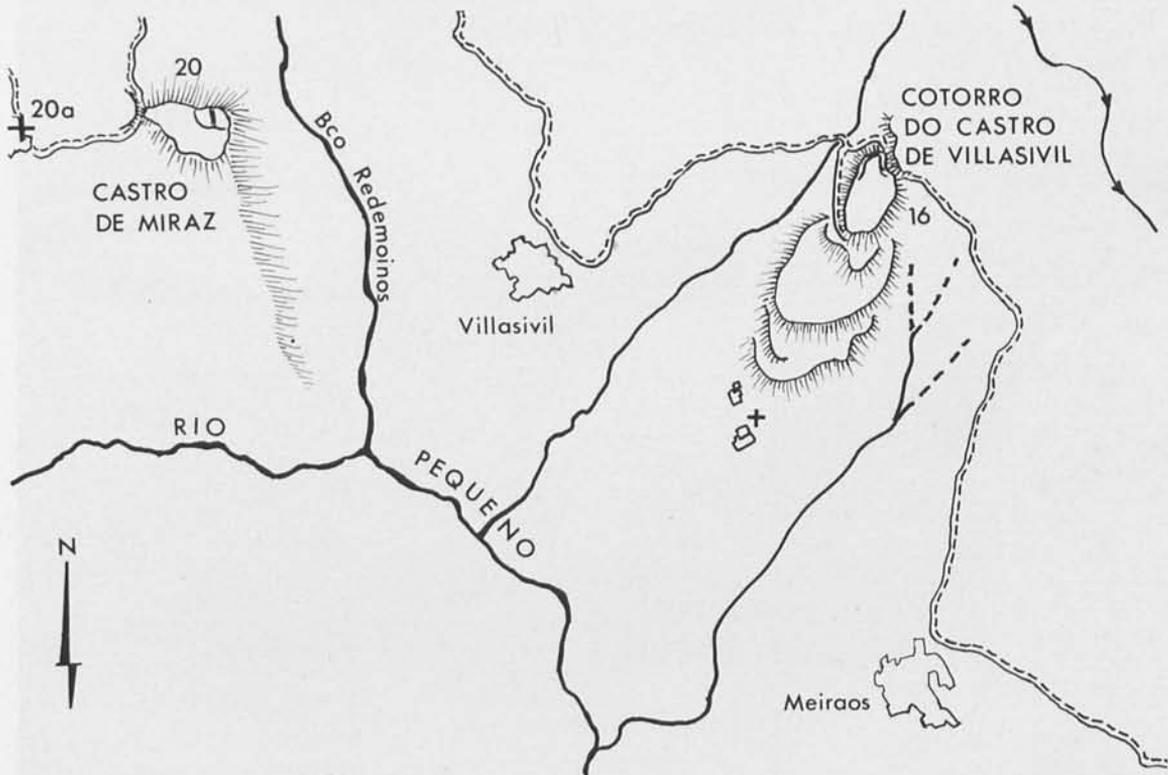


Lámina 27.—Castro de Miraz (n.º 20) y Cotorro do Castro de Villasivil (n.º 16). Fotografía aérea y croquis de situación. En la esquina derecha se aprecia el trazado del canal c-7 que llega hasta la Mina da Toca (n.º 4). (Neg.: I.C.O.N.A., vuelo E: 1/20.000, pasada 43, n.º 678).



Lámina 28-1.—Cotorro do Castro de Villasivil (n.º 16). Vista de su emplazamiento en el valle del río Pequeño desde el Castro de Brio. (Neg.: S C 10-2).



Lámina 28-2.—Cotorro de Villasivil (n.º 16). Detalle de la parte superior, con el foso defensivo a la derecha. (Neg.: S C 6-8).



Lámina 29-1.—Cotorro de Villasivil (n.º 16). Vista del foso y de la parte alta de la croa. (Neg.: S C 6-10).



Lámina 29-2.—Cotorro de Villasivil (n.º 16). Vista desde el norte del foso y croa. (Neg.: S C 6-9).

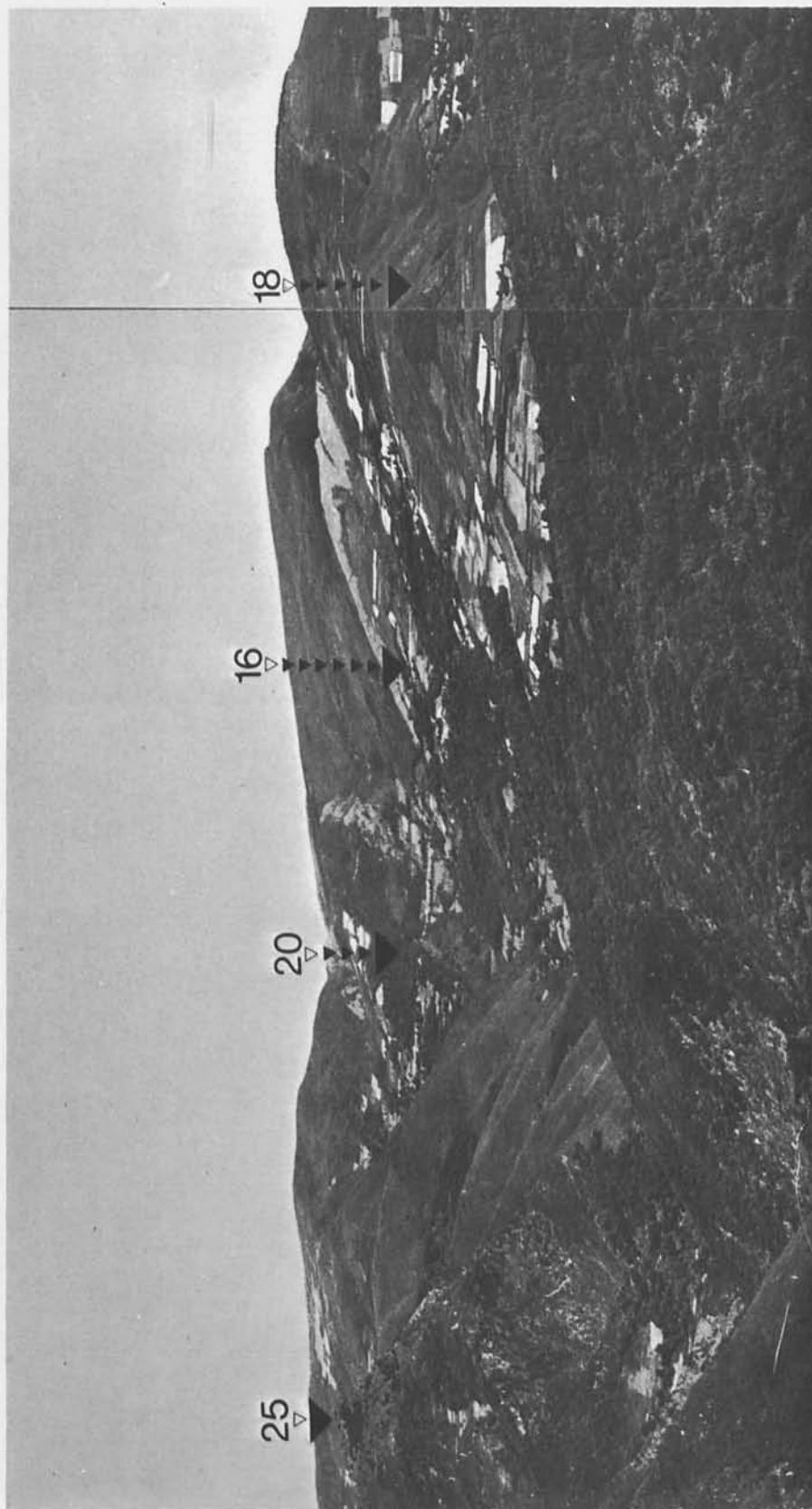


Lámina 30.—Castro de Brió (n.º 25), Castro de Miraz (n.º 20), Cotorro de Villasivil (n.º 16) y Castro de Piñeira (n.º 18) vistos desde el de Parada. En primer término el Monte del Cido (n.º 2). (Negs.: S C 12-12 y 12-13).

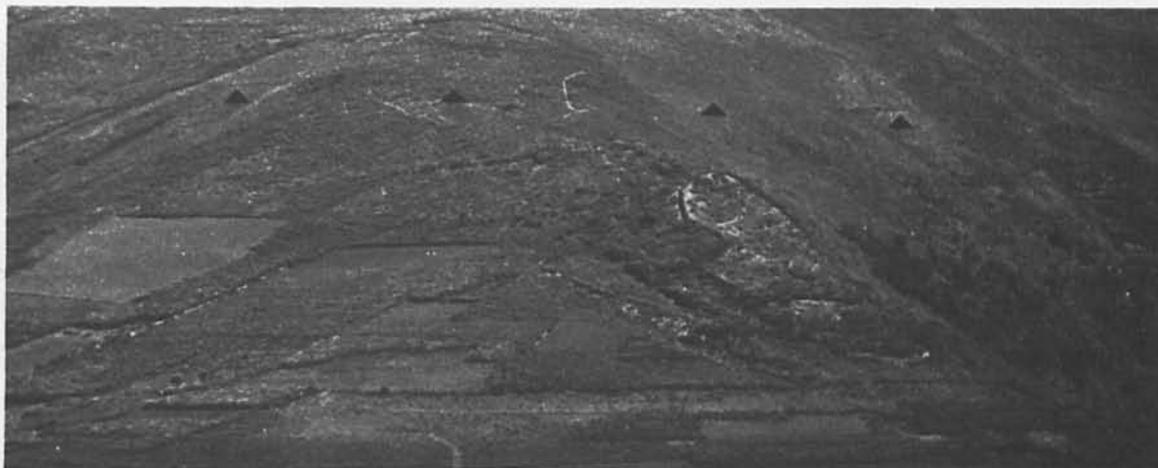


Lámina 31-1.—Castro de Piñeira (n.º 18) visto desde el de Parada. Señalado con flechas el canal c-7 que va a la Mina da Toca (n.º 4). (Neg.: S C 12-27).



Lámina 31-2.—Castro da Piñeira (n.º 18). Detalle del muro de la croa. (Neg.: S C 12-24).



Lámina 32-1.—Castro de Piñeira (n.º 18). Muro del sistema defensivo en el lado suroriental. (Neg.: S C 6-33).



Lámina 32-2.—Castro de Piñeira (n.º 18). Otro aspecto de los muros anteriores. (Neg.: S C 6-27).

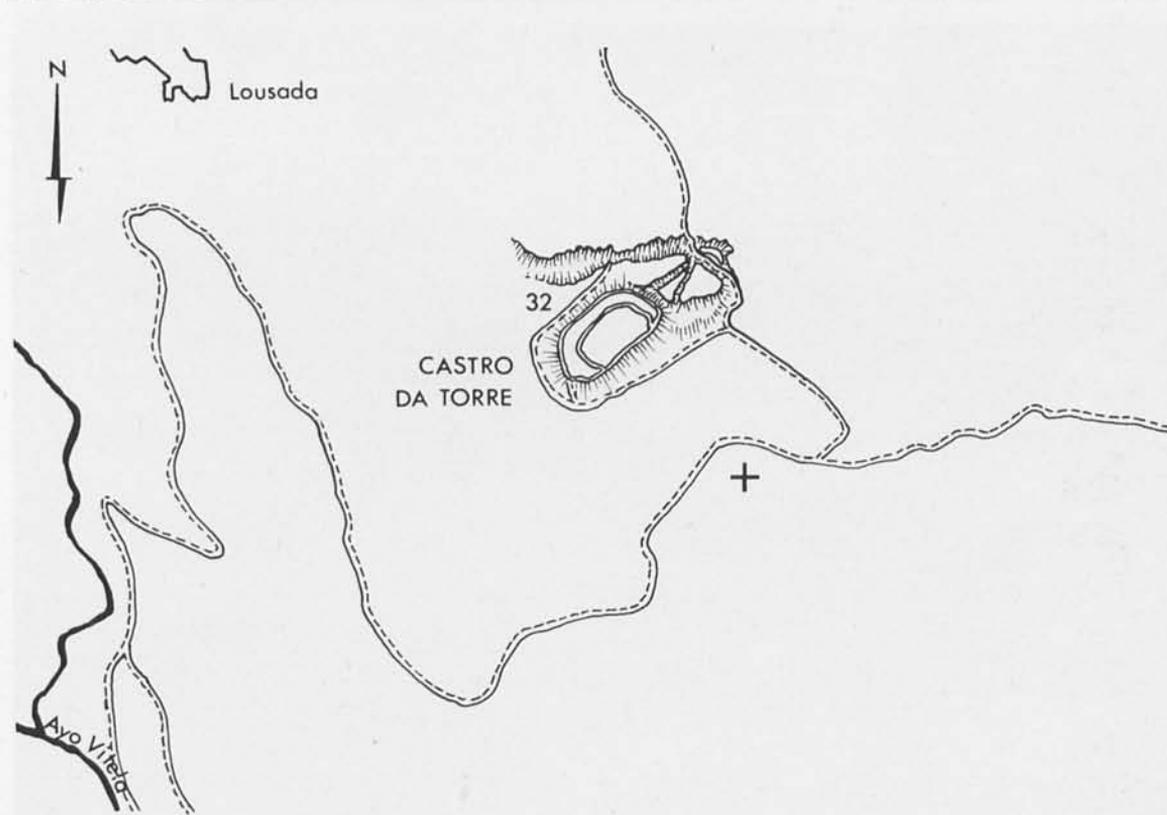
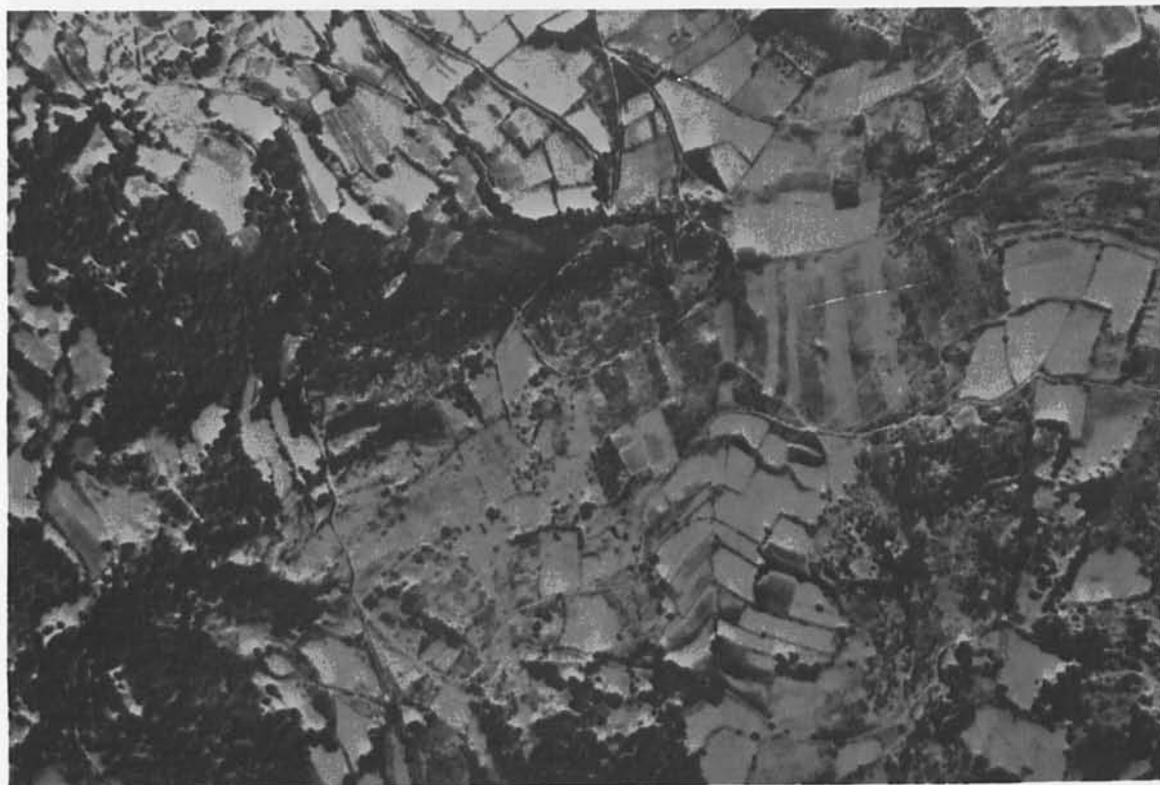


Lámina 33.—Castro da Torre (n.º 32). Fotografía aérea y croquis de situación. Señalada con una cruz la necrópolis situada en sus inmediaciones. (Neg.: I.C.O.N.A., vuelo E: 1/20.000, pasada 42, n.º 703).



Lámina 34-1.—Castro Romeor (n.º 6) visto desde la pista que conduce a Millares. (Neg.: S C 4-12).



Lámina 34-2.—Castro Romeor (n.º 6). Muro que divide todo el recinto longitudinalmente. (Neg.: S C 4-13).



Lámina 35-1.—Castro de Mogoxe (n.º 3). Señalado con flechas el perfil del promontorio ocupado, en primer término el talud defensivo. (Neg.: S C 1-5).



Lámina 35-2.—Castro del Egresario o de San Román (n.º 31). Vista desde el Castro de Parada. (Neg.: S C 12-16).



Lámina 36-1.—Castrín do Cotelo (n.º 19). Vista desde el NO, al fondo El Cido. (Neg.: S C 6-19).



Lámina 36-2.—Castro da Devesa do Rei (n.º 9). Obsérvese como el trazado de la pista ha cortado parte del promontorio. A la derecha la llanura aluvionar de El Lago. (Neg.: S C 6-23).

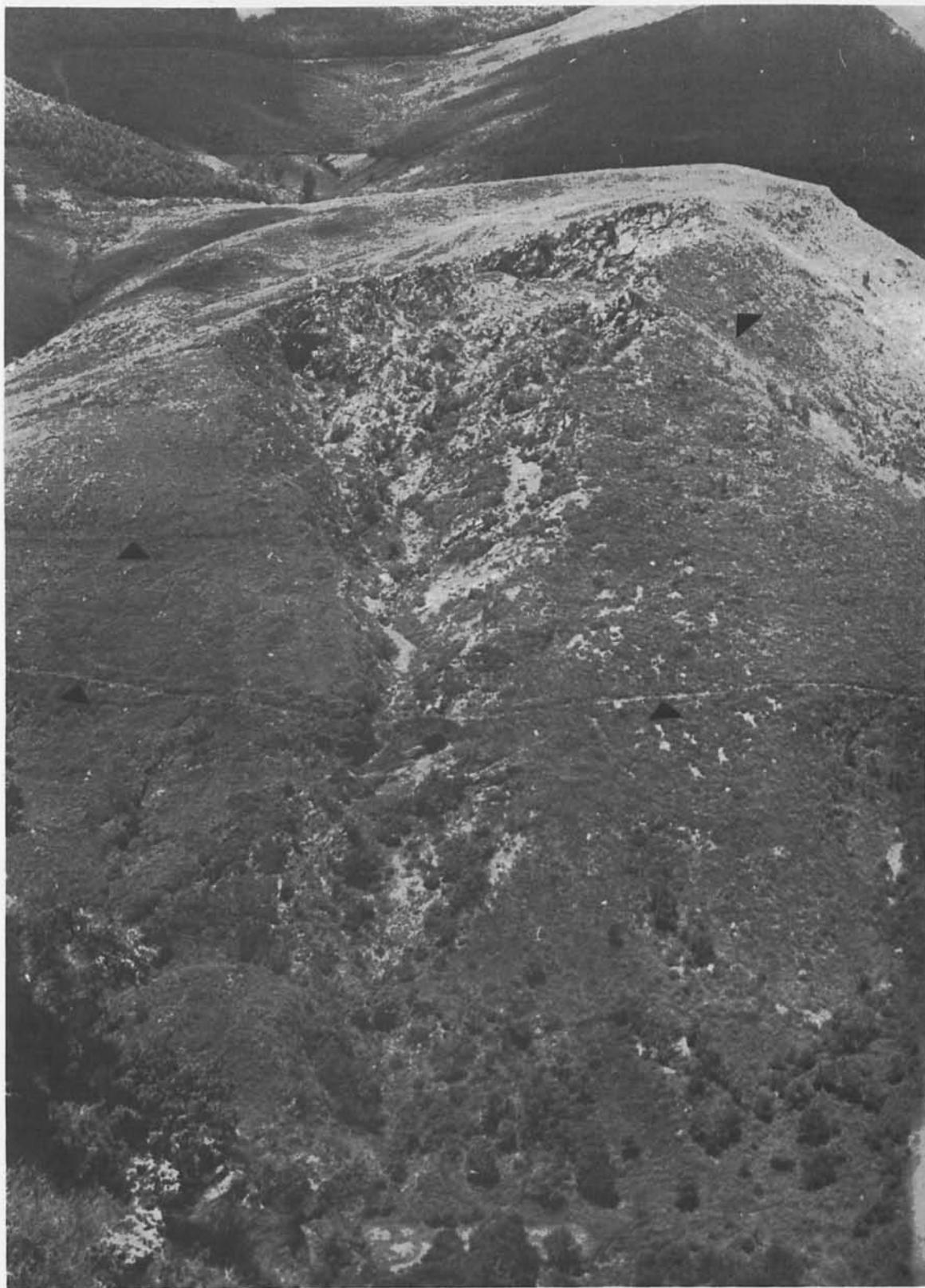


Lámina 37.—Mina da Toca (n.º 4). Vista de la explotación y de la llegada de los canales, señalados con flechas, desde lo alto de la explotación del Torubio Oeste. (Neg.: S C 10-6).



Lámina 38-1.—Mina da Toca (n.º 4). Llegada de los canales de agua por la vertiente norte del monte. (Neg.: S C 12-33).



Lámina 38-2.—Mina da Toca (n.º 4). Paso del canal de agua c-7 por el monte situado al sur de la explotación. (Neg.: S C 2-10).



Lámina 39-1.—Mina da Toca (n.º 4). Vista de la parte más baja de la explotación desde el SE. (Neg.: S C 2-31).



Lámina 39-2.—Mina da Toca (n.º 4). Detalle de los filoncillos de cuarzo intercalados entre la roca esquistosa. (Neg.: S C 2-20).



Lámina 40-1.—Mina da Toca (n.º 4). Llegada del canal c-7 hasta la explotación. (Neg.: S C 2-3).



Lámina 40-2.—Mina da Toca (n.º 4). Boca de la galería de prospección g-1. (Neg.: S C 4-11).



Lámina 41.—Mina da Toca (n.º 4). Frente de la explotación. (Neg.: S C 2-4).

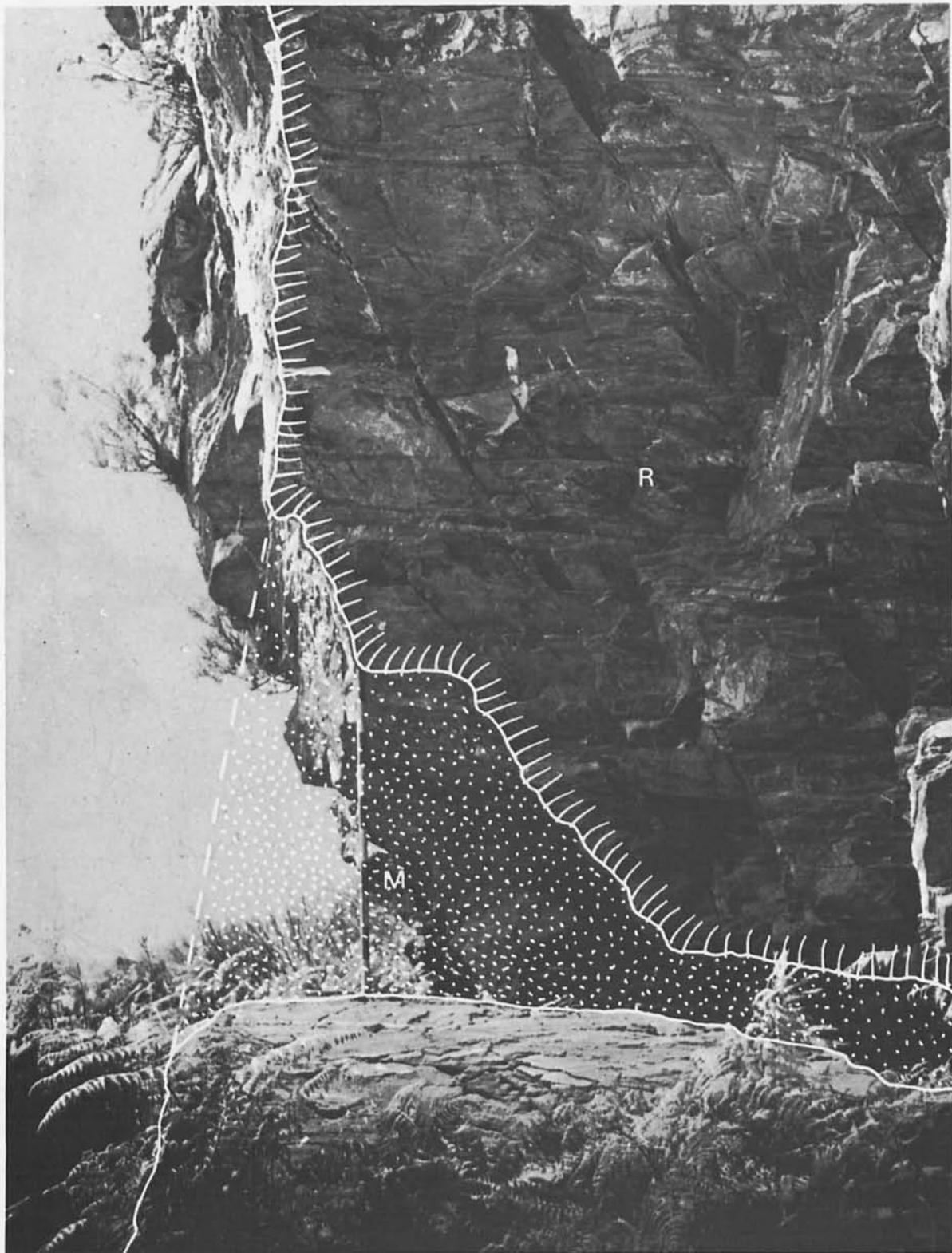


Lámina 42.—Mina da Toca (n.º 4). Minado (M) de la masa rocosa (R), en la cabecera de la explotación. (Neg.: S C 2-11).



Lámina 43.—Explotaciones auríferas de Torubio Oeste (n.º 5, 5a y 5b). Vista general desde el norte. Señalados con flechas los canales. (Negs.: S C 12-25 y 12-26).



Lámina 44-1.—Canal c-3 poco antes de llegar a la explotación del Torubio Oeste (n.º 5). (Neg.: S C 2-25).



Lámina 44-2.—Canales c-3 y c-4 de las explotaciones auríferas de Millares (n.º 8), Torubio Este (n.º 7) y Torubio Oeste (n.º 5) a su paso entre los pueblos de Romeor y Millares. (Neg.: S C 4-18).



Lámina 45.—Explotación aurífera del Torubio Oeste (n.º 5). Marcas de trabajo en uno de los canales de la parte baja. (Neg.: S C 2-32).



Lámina 46.—Explotación aurífera de Millares (n.º 8) vista desde Castro Romeor. (Neg.: S C 4-15).



Lámina 47.—Cova do Oso (n.º 11). Entrada a la galería del lado norte, donde se hallaron los fragmentos de cerámica. (Neg.: S C 10-1).

CATALOGO

DE LAS

**PUBLICACIONES DE LA JUNTA SUPERIOR
DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS,
COMISARIA NACIONAL DE EXCAVACIONES,
SERVICIO NACIONAL DE EXCAVACIONES
ARQUEOLOGICAS Y SUBDIRECCION GENERAL
DE ARQUEOLOGIA**

MEMORIAS DE LA JUNTA SUPERIOR DE EXCAVACIONES Y ANTIGÜEDADES

La Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades publicó desde los años 1916 a 1935 su serie de «Memorias», según prescripción de la Ley de Excavaciones Arqueológicas de 1911. Su sede estuvo en el Palacio del Museo Arqueológico Nacional, Serrano, 13, cuyo Director fue siempre Secretario General de la Junta citada.

1. EXCAVACIONES DE NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1916. Precio, 300 ptas.
2. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1916.
3. EXCAVACIONES EN CLUNIA, por Ignacio Calvo. Agotado. Madrid, 1916.
4. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por Rodrigo Amador de los Ríos. Madrid, 1916. Precio, 350 ptas.
5. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Madrid, 1916. Precio, 200 ptas.
6. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO, por Antonio Blázquez. Agotado. Madrid, 1916.
7. MEMORIA DE SECRETARIA. Agotado. Madrid, 1916.
8. EXCAVACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1917.
9. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS DEL VALLE DEL DUERO Y CASTILLA LA NUEVA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1917.
10. EXPLORACIONES EN TOLEDO, por Rodrigo Amador de los Ríos. Madrid, 1917. Precio, 400 ptas.
11. EXCAVACIONES EN MERIDA: UNA CASA-BASILICA ROMANO-CRISTIANA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1917.
12. EXCAVACIONES EN PUNTA DE LA VACA Y EN PUERTA DE TIERRA (CADIZ), por Pelayo Quintero. Agotado. Madrid, 1917.
13. EXCAVACIONES EN EL DOLMEN DE LLANERA (SOLSONA), por Juan Serra. Madrid, 1917. Precio, 200 ptas.
14. MEMORIA DE SECRETARIA. Madrid, 1917. Precio, 300 ptas.
15. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: BRIVIESCA A PAMPLONA Y BRIVIESCA A ZARAGOZA, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1918.
16. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA Y COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré. Agotado. Madrid, 1918.
17. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN BILBILIS, CERRO DE BAMBOLA (CALATAYUD), por Narciso Sentenach. Agotado. Madrid, 1918.
18. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1918. Precio, 200 ptas.
19. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
20. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN CALA D'HORT (IBIZA), por Carlos Román. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
21. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN LA CUEVA DEL SEGRE, por Juan Serra. Madrid, 1918. Precio, 300 ptas.
22. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DE COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAEN), por Ignacio Calvo y Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1919.

23. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE MERIDA, por José Ramón Mélida. Agotado. Madrid, 1919.
24. EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE BOTOA A MERIDA; MERIDA A SALAMANCA; ARRIACA A SIGÜENZA; ARRIACA A TITULCIA; SEGOVIA A TITULCIA Y ZARAGOZA A SEARNE, por Antonio Blázquez y Claudio Sánchez Albornoz. Agotado. Madrid, 1919.
25. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS IBERICA DE LA GALERA (GRANADA), por Juan Cabré y Federico Motes. Precio, 500 ptas.
26. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Precio, 200 ptas.
27. EXCAVACIONES EN CASTELLVALL (SOLSONA), por J. Serra. Precio, 200 ptas.
28. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1920. Precio, 200 pesetas.
29. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS: DE CARRION A ASTORGA Y DE MERIDA A TOLEDO. EXCAVACIONES EN LANCIA, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Agotado. Madrid, 1920.
30. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
31. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1920. Precio, 300 ptas.
32. EXCAVACIONES EN NERTOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1920. Precio, 200 ptas.
33. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por Paul Werner y José Pérez de Barradas. Agotado. Madrid, 1921.
34. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por Narciso Sentenach. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
35. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE ANSERESA (OLIUS), por Juan Serra. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
36. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida y Blas Taracena. Madrid, 1921. Precio, 400 ptas.
37. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1921. Precio, 200 ptas.
38. EXCAVACIONES EN MONTE-CILLAS, por Ricardo del Arco. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
39. EXCAVACIONES EN MERIDA, por José Ramón Mélida. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
40. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1921. Precio, 300 ptas.
41. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo Moltó. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
42. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
43. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 300 ptas.
44. EXCAVACIONES EN EL POBLADO IBERICO DE SAN MIGUEL DE SORBA, por Juan Serra y Vilaró. Madrid, 1922. Precio, 500 ptas.
45. EXCAVACIONES EN LA SERRETA (ALCOY), por Camilo Visedo. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
46. EXCAVACIONES EN DIVERSOS LUGARES DE LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1922. Precio, 400 ptas.
47. EXCAVACIONES EN SENA, por Vicente Bordaviù. Madrid, 1922. Precio, 300 pesetas.
48. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1923. Precio, 500 ptas.

49. EXCAVACIONES DE NUMANCIA, por Ramón Mélida y Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
50. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DE LOS VALLES DEL MANZANARES Y DEL JARAMA, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
51. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
52. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
53. EXCAVACIONES EN LA CUEVA DEL REY, EN VILLANUEVA (SANTANDER), por Jesús Carballo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
54. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Ricardo Velázquez Bosco. Madrid, 1923. Precio, 600 ptas.
55. EXCAVACIONES EN UN MONUMENTO CRISTIANO BIZANTINO DE GABIA LA GRANDE (GRANADA), por Juan Cabré. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES EN EL MONTE «LA SERRETA», CERCA DE ALCOY, por Casimiro Visedo. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Francisco Cervera. Madrid, 1923. Precio, 400 ptas.
58. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
59. EXCAVACIONES EN VIAS ROMANAS: DE SEVILLA A CORDOBA, POR ANTEQUERA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EPORA; DE CORDOBA A CASTULO, POR EL CARPIO; DE PUENTE LA HIGUERA A CARTAGENA, Y DE CARTAGENA A CASTULO, por Antonio Blázquez y Delgado Aguilera y Antonio Blázquez Jiménez. Madrid, 1923. Precio, 300 ptas.
60. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES, por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
61. EXCAVACIONES EN NUMANCIA, por José Ramón Mélida, Manuel Aníbal Álvarez, Santiago Gómez Santa Cruz y Blas Taracena. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
62. EXCAVACIONES EN EL MONTE «SANTA TECLA», EN GALICIA, por Ignacio Calvo y Sánchez. Madrid, 1924. Precio 300 ptas.
63. EXCAVACIONES EN UNA ESTACION IBERICA, TERMAS ROMANAS Y TALLER DE «TERRA SIGILLATA», EN SÓLSONA (LERIDA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
64. EXCAVACIONES EN YACIMIENTOS PALEOLITICOS DEL VALLE DEL MANZANARES (MADRID), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
65. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL BERRUECO, por P. César Morán. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
66. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL CUERVO, TERMINO DE ALCANIZ (TERUEL), por Pedro París y Vicente Bordaviú. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
67. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez, Rafael Castejón, Félix Hernández Jiménez, Ezequiel Ruiz Martínez y Joaquín María de Navascués. Madrid, 1924. Precio, 300 ptas.
68. EXCAVACIONES EN LA ISLA DE IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1924. Precio, 400 ptas.
69. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN VIAS ROMANAS, por Antonio Blázquez y Angel Blázquez. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
70. EXCAVACIONES EN EL ANFITEATRO DE ITALICA, por el conde de Aguilar. Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
71. EXCAVACIONES EN DIVERSOS SITIOS DE LAS PROVINCIAS DE SEGOVIA Y DE CORDOBA, por Manuel Aulló Costilla. Madrid, 1925. Precio, 400 ptas.

72. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE MERIDA, por José Ramón Mérida, Madrid, 1925. Precio, 300 ptas.
73. EXCAVACIONES EN ABELLA (SOLSONA), por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1925-1926. Precio, 400 ptas.
74. EXCAVACIONES EN LAS FORTIFICACIONES DE NUMANCIA, por González Simancas. Madrid, 1926. Precio, 400 ptas.
75. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
76. EXCAVACIONES EN LOS EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
77. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DE NTRA. SRA. DE LA LUZ, EN MURCIA, por Cayetano de Mergelina. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
78. EXCAVACIONES EN «MAS DE MENENTA» (ALCOY), por Fernando Ponsell. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
79. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Gatella. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
80. EXCAVACIONES EN IBIZA, Por Carlos Román. Madrid, 1926. Precio, 300 pesetas.
81. EXCAVACIONES EN ITALICA, por el Conde de Aguilar. Madrid, 1926. Precio, 300 pesetas.
82. EXCAVACIONES EN OCILIS (MEDINACELLI), por José Ramón Mérida. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
83. EXCAVACIONES EN SOLSONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
84. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1926. Precio, 300 ptas.
85. EXCAVACIONES EN MEDINA AZAHARA, por Rafael Jiménez Amigo, Ezequiel Ruiz Martínez, Rafael Castejón y Félix Hernández Jiménez. Madrid, 1926. Precio, 500 ptas.
86. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
87. EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES EN EL CERRO DEL CASTILLO DE SORIA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
88. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1927.
89. EXCAVACIONES EN LAS MESAS DE VILLARREAL, EL CHORRO (MALAGA), por C. de Mergelina. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
90. EXCAVACIONES EN MONTEALEBRE (DOMAYO), por Antonio Losada. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
91. EXCAVACIONES EN IBIZA, por Carlos Román. Madrid, 1927. Precio, 300 ptas.
92. EXCAVACIONES EN SAGUNTO, por Manuel González Simancas. Madrid, 1927. Precio, 500 ptas.
93. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1928.
94. EXCAVACIONES EN MOLA ALTA DE SERELLES (ALCOY), por Ernesto Botella. Precio, 300 ptas.
95. EXCAVACIONES EN EXTRAMUROS DE CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
96. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Manuel Castaños Montijano, Ismael del Pan Fernández, Pedro Román Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
97. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL TRIGO, TERMINO DE AYAMONTE (HUELVA), por Jorge Bonsor. Madrid, 1928. Precio, 300 ptas.
98. EXCAVACIONES DE MERIDA, por José Ramón Mérida y Maximiliano Macías. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.

99. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero. Madrid, 1929. Precio, 300 ptas.
100. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Domínguez. Madrid, 1929. Precio, 350 ptas.
101. EXCAVACIONES EN EL ROQUIZAL DEL RULLO, TERMINO DE FABARA (ZARAGOZA), por Lorenzo Pérez Temprano. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
102. EXCAVACIONES EN CARTAGENA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1929. Precio, 300 ptas.
103. EXCAVACIONES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA Y LOGROÑO, por Blas Taracena Aguirre. Madrid, 1929. Precio, 400 ptas.
104. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Agotado. Madrid, 1929.
105. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DEL ALTILLO DE CERROPOZO (ATIENZA, GUADALAJARA), por Juan Cabré, con la cooperación de Justo Juberías. Madrid, 1930. Precio, 500 ptas.
106. EXCAVACIONES EN LA COLONIA DE SAN PEDRO DE ALCANTARA (MÁLAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
107. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DEL MOLAR, por J. J. Sennent Ibáñez. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
108. EXCAVACIONES EN EL CAMINO DEL MESTE, PROXIMO AL PUENTE DEL ARROYO DE PEDROCHES (EXTRAMUROS DE CORDOBA), por Enrique Romero de Torres. Madrid, 1930. Precio, 350 ptas.
109. EXCAVACIONES EN EL CIRCO ROMANO DE TOLEDO, por Francisco de B. San Román, Ismael del Pan Fernández, Pedro Román Martínez y Alfonso Rey Pastor. Madrid, 1930. Precio, 300 ptas.
110. EXCAVACIONES EN LA COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguiló. Agotado. Madrid, 1930.
111. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1930. Precio, 400 ptas.
112. EXCAVACIONES EN TORREMANZANAS (ALICANTE), por José Belda Domínguez. Madrid, 1931. Precio, 500 ptas.
113. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, Por César Morán. Madrid, 1931. Precio, 600 ptas.
114. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE DAGANZO DE ARRIBA (MADRID), por Saturio Fernández Godín y José Pérez de Barradas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
115. EXCAVACIONES EN LA CITANIA DE TRONA (PUENTEAREAS, PONTEVEDRA), por Luis Pericot García y Florentino López Cuevillas. Madrid, 1931. Precio, 400 ptas.
116. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1932. Precio, 1.000 ptas.
117. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1932. Precio, 500 ptas.
118. EXCAVACIONES EN EL TEATRO ROMANO DE MERIDA, por José Ramón Mérida y Maximiliano Macías. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.
119. EXCAVACIONES EN LA PROVINCIA DE SORIA, por Blas Taracena Aguirre, Madrid, 1932, Precio, 600 ptas.
120. EXCAVACIONES EN LAS COGOTAS (CARDEÑOSA, AVILA), por Juan Cabré Aguiló. Madrid, 1932. Precio, 1.500 ptas.
121. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE CASCARUJO, TERMINO DE ALCAÑIZ (TERUEL), por Adrián Bruhl. Madrid, 1932. Precio, 400 ptas.
122. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1933. Precio, 400 ptas.
123. EXCAVACIONES EN EL PENDO (SANTANDER), por Carballo y Larín. Madrid, 1933. Precio, 600 ptas.

125. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS VISIGODA DE HERRERA DE PISUERGA, Por Julio Martínez Santaolalla. Agotado. Madrid, 1933.
126. EXCAVACIONES EN LA ALBUFERA DE ALICANTE (ANTIGUA LUCENTUM), por José Lafuente Vidal. Madrid, 1934. Precio, 1.200 ptas.
127. EXCAVACIONES EN ITALICA, por Andrés Parladé. Madrid, 1934. Precio, 600 ptas.
128. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE VEGA DEL MAR (SAN PEDRO DE ALCANTARA, MALAGA), por José Pérez de Barradas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
129. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
130. EXCAVACIONES EN OCAÑA, por Manuel González Simancas. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
131. EXCAVACIONES EN POLLENTIA, por Juan Llabrés Sernal y Rafael Isasi Ransome. Madrid, 1934. Precio, 500 ptas.
132. EXCAVACIONES EN LA ISLA DEL CAMPELLO, por Francisco Figueras Pacheco. Madrid, 1934. Precio, 400 ptas.
133. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS ROMANO-CRISTIANA DE TARRAGONA, por Juan Serra Vilaró. Madrid, 1935. Precio, 1.000 ptas.
134. EXCAVACIONES EN CADIZ, por Pelayo Quintero Atauri. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
135. EXCAVACIONES EN LOS DOLMENES DE SALAMANCA, por César Morán. Madrid, 1935. Precio, 300 ptas.
136. EXCAVACIONES EN LA CUEVA REMIGIA (CASTELLON), por Juan B. Pocar, Hugo Obermaier y Henri Breuil. Madrid, 1935. Precio, 1.500 ptas.

INFORMES Y MEMORIAS DE LA COMISARIA GENERAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS

La anterior Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades quedó reorganizada en 1940 en la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, que continuó sus publicaciones con la serie siguiente (1942-1956).

1. MEMORIA SOBRE LA SITUACION ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE CADIZ EN 1940, por César Pemán. 1942, 2.^a edición. Precio, 300 ptas.
2. EL TESORO PREHISTORICO DE CALDAS DE REYES (PONTEVEDRA), por Fermín Bouza Brey, 1942. Precio, 300 ptas. Agotado.
3. MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS POR LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE ALBACETE EN 1941, por Joaquín Sánchez Jiménez, 1943. Precio, 300 ptas.
4. LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN LOS BAÑALES DE SADABA (ZARAGOZA), por José Galia Sarañana, 1944. Precio, 300 ptas.
5. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN MONTE BERNORIO (PALENCIA), PRIMERA CAMPAÑA 1943, por Julián San Valero Aparisi. 1944. Precio, 250 ptas.
6. LA CAVERNA PREHISTORICA DE «EL CUETU», LLEDIAS (ASTURIAS), Y SUS PINTURAS RUPESTRES, por Juan Uria Riu, 1944. Precio, 250 ptas.
7. EL CASTRO DE YECLA, EN SANTO DOMINGO DE SILOS (BURGOS), por Saturio González Salas, 1945. Precio, 250 ptas.
8. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN MEDINA AZAHARA (CORDOBA), CAMPAÑA DE 1943, por Rafael Castellón y Martínez de Arizala, 1945. Precio, 300 ptas. Agotado.
9. EL TESORO PREIMPERIAL DE PLATA DE DRIVES (GUADALAJARA), por Julián San Valero Aparisi, 1945. Precio, 500 ptas.
10. EL TESORILLO VISIGODO DE TRIENTES DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1944-1945, EN ZORITA DE LOS CANES (GUADALAJARA), por Juan Cabré Aguiló. 1946. Precio, 500 ptas.
11. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN GRAN CANARIA DEL PLAN NACIONAL DE 1942, 1943 y 1944, por Sebastián Jiménez Sánchez. 1946. Precio, 500 ptas.
12. MEMORIA ARQUEOLOGICA DE LA PROVINCIA DE MALAGA HASTA 1946, por Simeón Jiménez Reina. 1946. Precio, 1.000 ptas.
13. PRIMERA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN EL CABEZO DEL TIO PIO (ARCHENA), por Julián San Valero Aparisi y Domingo Fletcher Valls. 1947. Precio, 500 ptas.
14. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN TENERIFE (CANARIAS), por Juan Alvarez Delgado y Luis Diego Cuscoy. 1947. Precio, 1.000 ptas.
15. EXCAVACIONES Y TRABAJOS ARQUEOLOGICOS EN LA PROVINCIA DE ALBACETE, DE 1942 A 1946, por Joaquín Sánchez Jiménez. 1947. Agotado.
16. EXCAVACIONES EN LA CIUDAD DEL BRONCE, II MEDITERRANEO DE LA BASTIDA, DE TOTANA (MURCIA), por Julio Martínez Santalalla, Bernardo Sáez Martín, Carlos F. Ponsac, José A. Soprano Salto y Eduardo del Val Caturia. 1947. Precio, 1.000 ptas.
17. LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA CUEVA DEL POLVORIN (PUEBLO DE BENIFAZA, PROVINCIA DE CASTELLON), por Salvador Vilaseca, 1948. Precio, 500 ptas.
18. EXCAVACIONES EN SANTA MARIA DE EGARA (TARRASA), por José de C. Serra-Rafols y Epifanio de Fortuny, Barón de Esponellá. 1949. Precio, 500 ptas.

19. SEGUNDA CAMPAÑA DEL PLAN NACIONAL EN LOS BAÑALES (ZARAGOZA), por José Galiay Sarañana. 1949. Precio, 250 ptas.
20. EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL EN EL CASTELLET DE BAÑOLAS, DE TIVISA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca Anguera, José de C. Serra-Rafols y Luis Brull Cedo. 1949. Precio, 500 ptas.
21. EXCAVACIONES EN EL SANTUARIO IBERICO DEL CIGARRELEJO (MULA, MURCIA), por Emeterio Cuadrado Díaz. 1950. Precio, 1.000 ptas.
22. EXCAVACIONES DE ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), CAMPAÑA DE 1945-1946, por Manuel Esteve Guerrero, 1950. Agotado.
23. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL CASTRO Y SU NECROPOLIS DE MEIRAS (LA CORUÑA), por José María Luengo y Martínez, 1950. Precio, 600 ptas.
24. ACTAS DE LA I ASAMBLEA NACIONAL DE COMISAROS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1950. 1951. Precio, 500 ptas.
25. LA NECROPOLIS DE VILLARICOS, por Mirian Astruc. 1951. Precio, 1.000 pesetas. Agotado.
26. LOS SEPULCROS MEGALITICOS DE HUELVA. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DEL PLAN NACIONAL 1946, por Carlos Cerdán Márquez, Georg Leisner y Vera Leisner, 1952. Precio, 1.200 ptas.
27. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1942 A 1948, por Luis Pericot y García, con la colaboración de J. M. Corominas Planelles, M. Oliva Prat, etc. 1952. Precio, 1.200 ptas.
28. NUEVAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LAS CANARIAS OCCIDENTALES. YACIMIENTOS EN TENERIFE Y LA GOMERA (1947-1951), por Luis Diego Cuscoy, 1953. Precio, 1.200 ptas.
29. ACTAS DE LA II ASAMBLEA NACIONAL DE COMISARIOS DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS, 1951-1954. Agotado.
30. LA LABOR DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE GERONA DURANTE LOS AÑOS 1952-1953, por Miguel Oliva Prat. Precio, 500 ptas.
31. MEMORIA DE LAS EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL REALIZADAS EN CORDOBA (1948-1950), por Samuel de los Santos Gener, 1955. Agotado.
32. VIII REUNION DE LA COMISARIA PROVINCIAL DE EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE BARCELONA, CELEBRADA EN BADALONA EL 23 DE OCTUBRE DE 1955. 1956. Agotado.

Pedidos: Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional
Serrano, 13
Madrid-1

ACTA ARQUEOLOGICA HISPANICA

La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas también publicó la serie «Acta Arqueológica Hispánica» (1943-1950), que se continuará próximamente.

- I.—EL POBLADO Y LA NECROPOLIS PREHISTORICOS DE LA MOLA (TARRAGONA), por Salvador Vilaseca. Precio, 1.000 ptas.
- II.—EL SAHARA ESPAÑOL ANTEISLAMICO (ALGUNOS RESULTADOS DE LA PRIMERA EXPEDICION PALETOLOGICA AL SAHARA. JULIO-SEPTIEMBRE 1943), por Julio Martínez Santaolalla. Precio, 2.000 ptas.
- III.—EXCAVACIONES EN ASTA REGIA (MESAS DE ASTA, JEREZ), por Manuel Esteve Guerrero. Campaña de 1942-1943. Precio, 2.000 ptas.

- IV.—LA NECROPOLIS VISIGODA DE DURATON (SEGOVIA). EXCAVACIONES DEL PLAN NACIONAL DE 1942 Y 1943, por Antonio Molinero Pérez. Precio, 2.500 pesetas.
- V.—EL CASTRO Y LAS NECROPOLIS DEL HIERRO CELTICO DE CHAMARTIN DE LA SIERRA (AVILA), por Juan Cabré Aguiló, Encarnación Cabré de Morán y Antonio Molinero Pérez. Precio, 3.500 ptas.
- VI.—EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «EL BARRANQUETE» (ALMERIA), por María Josefa Almagro Gorbea. Precio, 2.000 ptas.
- VII.—EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DE LA OLMEDA, por Pedro de Palol y Javier Cortés. Precio, 2.000 ptas.
- VIII.—CASTULO I, por José María Blázquez, p. 344. Lám. LXXXIII. Madrid, 1975. Precio, 2.000 ptas.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN ESPAÑA

A partir de 1962 el Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas sustituyó a la anterior Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, publicando la nueva serie con el título «Excavaciones Arqueológicas en España». Esta serie se publica actualmente por la Subdirección General de Arqueología.

1. LANCIA, por Francisco Jordá Cerdá. Precio, 200 ptas.
2. HERRERA DE PISUERGA, por A. García Bellido, A. Fernández de Avilés, Alberto Balil y Marcelo Vigil. Precio, 350 ptas.
3. MEGALITOS DE EXTREMADURA, por Martín Almagro Basch. Precio, 200 pesetas.
4. MEGALITOS DE EXTREMADURA (II), por Martín Almagro Basch. Precio, 200 ptas.
5. TOSSAL DEL MORO, Por Juan Maluquer de Motes. Precio, 200 ptas.
6. ATZBITARTE, por José Miguel de Barandiarán. Precio, 200 ptas.
7. SANTIMAMINE, por José Miguel de Barandiarán. Precio, 100 ptas.
8. LA ALCUDIA, por Alejandro Ramos Folques. Precio, 150 ptas.
9. AMPURIAS, por Martín Almagro Basch. Agotado.
10. TORRALBA, por F. C. Howel, W. Butzer y E. Aguirre. Precio, 100 ptas.
11. LA NECROPOLIS DE MERIDA, por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
12. CERRO DEL REAL (GALERA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle. Precio, 200 ptas.
13. LAS FORTIFICACIONES DEL MONTGO, CERCA DE DENIA (ALICANTE), por Hermanfrid Schubart, Domingo Fletcher Valls y José Oliver y de Cárdenas. Precio, 200 ptas.
14. NECROPOLIS Y CUEVAS ARTIFICIALES DE S'ON SUNYER (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
15. EXCAVACIONES EN «ES VINCLE VELL» (PALMA DE MALLORCA), por Guillermo Roselló Bordoy. Precio, 200 ptas.
16. ESTRATIGRAFIA PREHISTORICA DE LA CUEVA DE NERJA, por Manuel Pellicer Catalán. Precio, 300 ptas.
17. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS PUNICA «LAURITA», DEL CERRO DE SAN CRISTOBAL (ALMUÑECAR, GRANADA), por Manuel Pellicer Catalán. Precio, 400 ptas.
18. INFORME PRELIMINAR SOBRE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN CENTCELLES, por Helmut Schlunk y Theodor Hauschild. Precio, 500 ptas.
19. LA VILLA Y EL MAUSOLEO ROMANOS DE SADABA, por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
20. EXCAVACIONES EN SEPULCROS MEGALITICOS DE VALDOSERA (QUEROL, TARRAGONA), por Juan Maluquer de Motes, P. Giro y J. M. Masachs. Precio, 150 ptas.
21. CUEVA DE LAS CHIMENEAS, por Joaquín González Echegaray. Precio, 400 pesetas.
22. EL CASTELLAR (VILLAJIMENA, PALENCIA), por M. A. Guinea. P. Joaquín González Echegaray y Benito Madariaga de la Campa. Precio, 300 ptas.
23. UNA CUEVA SEPULCRAL DEL BARRANCO DEL AGUA DE DIOS, EN TEGUESTE (TENERIFE), por Luis Diego Cuscoy. Precio, 200 ptas.
24. LA NECROPOLIS DE «SON REAL» Y LA «ILLA DELS PORRÓS», por Miguel Tarradell. Precio, 200 ptas.
25. POBLADO IBERICO DE EL MACALON (ALBACETE), por M. A. García Guinea y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 250 ptas.
26. CUEVA DE LA CHORA (SANTANDER), por P. J. González Echegaray,

- doctor M. A. García Guinea, A. Begines Ramírez (Estudio Arqueológico); y B. Madariaga de la Campa (Estudio Paleontológico). Precio, 300 ptas.
27. EXCAVACIONES EN LA PALAIAPOLIS DE AMPURIAS, por Martín Almagro. Precio, 800 ptas.
 28. POBLADO PRERROMANO DE SAN MIGUEL VALROMANES (MONTORNES, BARCELONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y L. Monreal Agustí. Precio, 200 ptas.
 29. FUENTES TAMARICAS, VELILLA DEL RIO CARRION (PALENCIA), por Antonio García Bellido y Augusto Fernández de Avilés. Precio, 250 ptas.
 30. EL POBLADO IBERICO DE ILDURO, por Mariano Ribas Bertrán. Precio, 200 ptas.
 31. LAS GANDARAS DE BUDIÑO (PORRIÑO, PONTEVEDRA), por Emiliano Aguirre. Precio, 300 ptas.
 32. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE SAN JUAN DE BAÑOS (PALENCIA), por Pedro de Palol. Precio, 350 ptas.
 33. EXCAVACIONES EN LA VILLA ROMANA DEL «CERCADO DE SAN ISIDRO» (DUEÑAS, PALENCIA), por el Rvdo. D. Ramón Revilla Vielva, Ilmo. Sr. D. Pedro de Palol Salellas y D. Antonio Cuadros Salas. Precio, 350 ptas.
 34. CAPARRA (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
 35. EXCAVACIONES EN EL CONJUNTO TALAYOTICO DE SON OMS (PALMA DE MALLORCA, ISLA DE MALLORCA), por Guillermo Rosselló Bordoy. Precio, 300 ptas.
 36. EL TESORO DE VILLENA, por José María Soler García. Precio, 600 ptas.
 37. TRES CUEVAS SEPULCRALES GUANCHES (TENERIFE), por Luis Diego Cuscoy. Precio, 350 ptas.
 38. LA CANTERA DE LOS ESQUELETOS (TORTUERO, GUADALAJARA), por Emeterio Cuadrado, Miguel Fusté y Ramón Justé, S. J. Precio, 200 ptas.
 39. EL COMPLEJO ARQUEOLOGICO DE TAURO ALTO (EN MOGAN, ISLA DE GRAN CANARIA), por Sebastián Jiménez Sánchez. Precio, 200 ptas.
 40. POBLADO DE PUIG CASTELLAR (SAN VICENTE DELS HORTE, BARCELONA), por E. Ripoll Perelló, J. Barberá Farrás y M. Llongueras. Precio, 200 ptas.
 41. LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE LAS MADRIGUERAS (CARRASCO-SA DEL CAMPO, CUENCA), por Martín Almagro Gorbea. Precio, 350 ptas.
 42. LA ERETA DEL PEDREGAL (NAVARRRES, VALENCIA), por Domingo Fletcher Valls, Enrique Pla Ballester y Enrique Llobregat Conesa. Precio, 200 ptas.
 43. EXCAVACIONES EN SEGOBRIGA, por Elena Losada Gómez y Rosa Donoso Guerrero. Precio, 350 ptas.
 44. MONTE BERNORIO (AGUILAR DE CAMPOO, PALENCIA), por Julián San Valero Aparisi. Precio, 250 ptas.
 45. MERIDA: LA GRAN NECROPOLIS ROMANA DE LA SALIDA DEL PUENTE (Memoria segunda y última), por Antonio García y Bellido. Precio, 150 ptas.
 46. EL CERRO DE LA VIRGEN, por Wilhelm Schüle y Manuel Pellicer. Precio, 350 ptas.
 47. LA VILLA ROMANA DE LA TORRE LLAUDER DE MATARO, por Mariano Ribas Beltrán. Precio, 300 ptas.
 48. STILLOT, por Guillermo Rosselló Bordoy y Otto Hermann Frey. Precio, 300 ptas.
 49. LAS CASAS ROMANAS DEL ANFITEATRO DE MERIDA, por Eugenio García Sandoval. Precio, 600 ptas.
 50. MEMORIA DE LA EXCAVACION DE LA MEZQUITA MEDINAT AL-ZAHRA, por Basilio Pavón Maldonado. Precio, 750 ptas.
 51. EXCAVACIONES EN EL CIRCULO FUNERARIO DE «SON BAULO DE DALT» (SANTA MARGARITA, ISLA DE MALLORCA), por Guillermo Rosselló Bordoy. Precio, 200 ptas.

52. EXCAVACIONES EN EL CERRO DEL REAL (GALERA, GRANADA), por Manuel Pellicer y Wilhelm Schüle. Precio, 200 ptas.
53. CUEVA DEL OTERO, por P. J. González Echeagaray, doctor M. A. García Guinea y A. Begines Ramírez. Precio, 350 ptas.
54. CAPARRA II (CACERES), por J. M. Blázquez. Precio, 350 ptas.
55. CERRO DE LOS SANTOS (MONTEALEGRE DEL CASTILLO, ALBACETE), por A. Fernández de Avilés. Precio, 400 ptas.
56. EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN IBIZA, por María José Almagro Gorbea. Precio, 300 ptas.
57. EXCAVACIONES EN NIEBLA (HUELVA), por Juan Pedro Garrido Roiz y Elena María Orta García. Precio, 300 ptas.
58. CARTEIA, por Daniel E. Woods, Francisco Collantes de Terán y Concepción Fernández Chicharro. Precio, 600 ptas.
59. LA NECROPOLIS DE «ROQUES DE SAN FORMATGE» (EN SEROS, LERIDA), por Rodrigo Pita Mercé y Luis Díez-Coronel y Montull. Precio, 350 ptas.
60. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS CELTIBERICA DE RIBAS DE SAELICES, por Emeterio Cuadrado. Precio, 350 ptas.
61. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA (OLLEROS DE PISUERGA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. González Echeagaray y J. A. San Miguel Ruiz. Precio, 600 ptas.
62. OTRA CUEVA ARTIFICIAL EN LA NECROPOLIS «MARROQUIES ALTOS», DE JAEN (CUEVA IV), por M.^a Rosario Lucas Pellicer. Precio, 250 ptas.
63. EXCAVACIONES EN HUELVA, EL CABEZO DE LA ESPERANZA, por Juan Pedro Garrido Roiz. Precio, 250 ptas.
64. AVANCE AL ESTUDIO DE LAS CUEVAS PALEOLITICAS DE LA HOZ Y LOS CASARES (GUADALAJARA), por Antonio Beltrán Martínez e Ignacio Barandiarán Maestu. Precio, 300 ptas.
65. EXCAVACIONES EN LA «TORRE DE PILATOS» (TARRAGONA), por Alberto Balil. Precio, 400 ptas.
66. TOSCANOS, por Hermanfrid Schubert, Hans Georg Niemeyer y Manuel Pellicer Catalán. Precio, 900 ptas.
67. CAPRA III, por J. M. Blázquez. Precio, 400 ptas.
68. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES EN «EL CARAMBOLO», por J. de M. Carriazo. Precio, 500 ptas.
69. EL TESORO Y LAS PRIMERAS EXCAVACIONES DE EBORA, por J. de M. Carriazo. Precio, 350 ptas.
70. ALCONETAR, EN LA VIA ROMANA DE LA PLATA. GARROVILLAS (CACERES), por L. Caballero Zoreda. Precio, 700 ptas.
71. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE «LA JOYA», HUELVA, por J. P. Garrido Roiz. Precio, 600 ptas.
72. APORTACIONES DE LAS EXCAVACIONES Y HALLAZGOS CASUALES (1941-1959) AL MUSEO ARQUEOLOGICO DE SEGOVIA, por Antonio Molinero Pérez. Precio, 1.000 ptas.
73. EL POBLADO DE ALMALLUTX (ESCORCA, BALEARES), por Manuel Fernández Miranda, Bartolomé Enseñat y Catalina Enseñat. Precio, 500 ptas.
74. EXCAVACIONES ALTOMEDIEVALES EN LAS PROVINCIAS DE SORIA, LOGROÑO Y BURGOS, por Alberto del Castillo. Precio, 500 ptas.
75. POLLENTIA: I. EXCAVACIONES EN SA PORTELLA, ALCUDIA (MALLORCA), por Antonio Arribas, Miguel Tarradell y Daniel E. Woods. Precio, 750 ptas.
76. LA CUEVA DE LOS CASARES (EN RIBA DE SAELICES, GUADALAJARA), por Ignacio Barandiarán. Precio, 750 ptas.
77. SEGUNDA CAMPAÑA DE EXCAVACIONES EN «LA CUEVA DE LOS MURCIELAGOS» (ZUHEROS, CORDOBA), por Ana María Vivent Zaragoza y Ana María Muñoz Amilibia. Precio, 750 ptas.

78. EXCAVACIONES EN ITALICA, ESTRATIGRAFIA EN EL PAJAR DE ARTILLO (Campaña 1970), por J. M. Luzón Nogué. Precio, 750 ptas.
79. EXCAVACIONES DE LA CASA DE VELAZQUEZ EN BELO (BOLONIA, CADIZ), CAMPAÑAS 1966 A 1971, por C. Domergue, G. Nicolini, D. Nony, A. Bourgeois, F. Mayet y J. C. Richard. Precio, 750 ptas.
80. LA NECROPOLIS TARDORROMANA DE FUENTESPREADAS (ZAMORA), UN ASENTAMIENTO EN EL VALLE DEL DUERO, por L. Caballero Zoreda, con un apéndice redactado por Tito Varela. Precio, 750 ptas.
81. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA EDAD DEL BRONCE «CERRO DE LA ENCINA», MONACHIL (GRANADA), por A. Arribas Palau. Precio, 750 ptas.
82. EXCAVACIONES EN MONTE CILDA (OLLEROS DE PISUERGA, PALENCIA), por M. A. García Guinea, J. M. Iglesias Gil y P. Caloca. Precio, 750 ptas.
83. LOS CAMPOS DE TUMULOS DE PAJARONCILLOS, por M. Almagro Gorbea. Precio, 750 ptas.
84. LA NECROPOLIS HISPANO-VISIGODA DE SEGOBRIGA, SAELICES (CUENCA), por M. Almagro Basch. Precio, 750 ptas.
85. ABDERA. EXCAVACIONES EN EL CERRO DE MONTECRISTO (ADRA, ALMERIA), por M. Fernández-Miranda Fernández y L. Caballero Zoreda. Precio, 750 ptas.
86. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE LA CUESTA DEL NEGRO (PURULLENA, GRANADA), por F. Molina González y E. Pareja López. Precio, 750 ptas.
87. LA NECROPOLIS VISIGODA DEL LUGAR LA VARELLA-CASTELLAR (CODO, ZARAGOZA), por José Luis Argente Oliver. Precio, 400 ptas.
88. EXCAVACIONES EN EL POBLADO MEDIEVAL DE CAULERS (CALDES DE MALAVELLA, GERONA), por Manuel Riu. Precio, 400 ptas.
89. LA BASILICA PALEOCRISTIANA DE CASA HERRERA EN LAS CERCANIAS DE MERIDA (BADAJOZ), por Luis Caballero Zoreda y Thilo Ulbert. Precio, 750 ptas.
90. TRAYAMAR (Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo), por Hermanfrid Schubart y Hans Georg Niemeyer. Precio, 1.200 ptas.
91. EXCAVACIONES EN LA ALCUDIA DE ELCHE, por Alejandro Ramos Folques y Rafael Ramos Fernández. Precio, 750 ptas.
92. EL YACIMIENTO IBERICO DEL ALTO CHACON, por Purificación Atrian Jordan. Precio, 750 ptas.
93. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON, TOMO I, por Claude Domerge y Pierre Silliere. Precio, 750 ptas.
94. MINAS DE ORO ROMANAS DE LA PROVINCIA DE LEON, TOMO II, por Claude Domerge y Pierre Silliere. Precio, 750 ptas.
95. EXCAVACIONES EN EL POBLADO DE «EL PICACHO», por Francisca Hernández Hernández e Inés Dug Godoy. Precio, 750 ptas.
96. EXCAVACIONES EN LA NECROPOLIS DE LA «JOYA», HUELVA, por Juan Pedro Garrido Roiz y Elena María Orta García. Precio, 750 ptas.
97. HALLAZGOS ISLAMICOS EN BALAGUER Y LA ALJAFERIA DE ZARAGOZA, por Christian Ewert. Precio, 1.750 ptas.
98. POLLENTIA II, por A. Arribas, M. Tarradell y D. Woods. Precio, 1.750 ptas.
99. EXCAVACIONES EN EL YACIMIENTO PROTOHISTORICO DE LA PEÑA NEGRA, CREVILLENTE (ALICANTE), por Alfredo González Prats. Precio, 1.500 ptas.
100. LA VILLA TARDORROMANA DE BAÑOS DE VALDEARADOS (BURGOS), por José Luis Argente Oliver. Precio, 1.500 ptas.
101. CALES COVES, por Manuel Fernández-Miranda y María Belén. Precio, 1.500 pesetas.
102. EXCAVACIONES EN EL CABEZO DE SAN PEDRO (HUELVA), por J. M.

- Blázquez Martínez, D. Ruiz Matz, J. Remesal Rodríguez, J. L. Ramírez Sadaba y K. Claus. Precio, 1.500 ptas.
103. EL POBLADO IBERICO DE CASTILLEJO DE LA ROMANA (LA PUEBLA DE HIJAR, TERUEL), por Miguel Beltrán Lloris. Precio, 1.500 ptas.
 104. LA NECROPOLIS SURESTE DE BAELO, por José Remesal Rodríguez. Precio, 1.500 ptas.
 105. CASTULO II, José M.ª Blázquez.
 106. EL YACIMIENTO ACHELENSE DE PINEDO (TOLEDO), M.ª A. Queral, M. Santonja.
 107. CUEVA DEL ASNO, por Jorge Juan Eiroa.
 108. CAESAR AVGUSTA, por Miguel Beltrán Lloris.
 109. STA. MARIA DE MELQUE, por Luis Caballero Zoreda.
 110. EL CAUREL, por J. M.ª Luzón Nogué y F. J. Sánchez-Palencia Ramos.

NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO

Paralelo a la serie reseñada de «Memorias», desde 1953 se publicó el «Noticiero Arqueológico Hispánico», por el Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas. Desde 1968, al organizarse de nuevo la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, se sigue publicando el «Noticiero» en uno o más volúmenes cada año. A partir de 1972 ha quedado subdividido en dos series: Prehistoria y Arqueología, cada una de las cuales recoge las memorias correspondientes a las épocas que indican sus títulos.

- TOMO I, 1953. Precio, 2.000 ptas.
 TOMO II, 1955. Precio, 2.000 ptas.
 TOMO III-IV, 1954-1955. Precio, 3.000 ptas.
 TOMO V, 1956-1961. Precio, 1.000 ptas.
 TOMO VI, 1962. Precio, 3.000 ptas.
 TOMO VII, 1963. Precio, 1.500 ptas.
 TOMO VIII-IX, 1964-1965. Precio, 2.000 ptas.
 TOMO X-XI-XII, 1966-1968. Precio, 1.500 ptas.
 TOMO XIII-XIV, 1969-1970. Precio, 2.000 ptas.
 TOMO XV, 1971. Precio, 1.800 ptas.
 TOMO XVI, 1971. Precio, 3.000 ptas.

NUEVA SERIE

- | | |
|--|--|
| Prehistoria 1. 1972. Precio, 1.200 ptas. | Arqueología 1. 1972. Precio, 1.200 ptas. |
| Prehistoria 2. 1973. Precio, 1.200 ptas. | Arqueología 2. 1973. Precio, 1.200 ptas. |
| Prehistoria 3. 1975. Precio, 1.200 ptas. | Arqueología 3. 1975. Precio, 1.200 ptas. |
| Prehistoria 4. 1975. Precio, 1.200 ptas. | Arqueología 4. 1976. Precio, 2.000 ptas. |
| Prehistoria 5. 1976. Precio, 1.200 ptas. | Arqueología 5. 1977. Precio, 2.000 ptas. |

- N. A. H. 6. 1979. Precio, 2.500 ptas.
 N. A. H. 7. 1979. Precio, 2.000 ptas,
 N. A. H. 8. 1979 (en prensa).

Pedidos: Administración de Publicaciones del Patronato
 Nacional de Museos
 C/ San Mateo, 13
 Madrid-14

Museo Arqueológico Nacional
 Serrano, 13
 Madrid-1

mC